EL REHÉN DE DIOS

UNA HISTORIA REAL DE PERSECUCIÓN, ENCARCELAMIENTO Y PERSEVERANCIA



ANDREW BRUNSON

EL REHÉN DE DIOS

ANDREW BRUNSON

UNA HISTORIA REAL DE PERSECUCIÓN, ENCARCELAMIENTO Y PERSEVERANCIA

Título del libro original: *God’s Hostage* © 2019 por Andrew Brunson
y publicado por Baker Books, una división de Baker Publishing Group
PO Box 6287, Grand Rapids, MI

Edición en castellano *El Rehén de Dios* © 2021 por Andrew Brunson
y publicado (versión electrónica) por Preciosa Sangre.

Traducción al castellano: José María Almarza Cano

Biblioteca Británica de Catalogación de Datos de Publicaciones
La Biblioteca Británica dispone de un registro de catálogo para este libro.

ISBN: 978-1-78893-127-4
978-1-78893-128-1 (e-book)

Preciosa Sangre es una organización misionera nacida en España y con alcance en toda Latinoamérica. Nuestra misión es inspirar, capacitar y movilizar a la iglesia hispana a interceder y cumplir con la gran comisión en Medio Oriente.
Nuestra base se encuentra en Turquía.

Visítanos en: www.preciosasangre.org
Escríbenos a: info@preciosasangre.org

A nuestros preciosos hijos:

Jordan, Jacqueline y Kevin, y a Blaise.

Y a nuestros hermanos y hermanas en Cristo en Turquía,
la oración que tan frecuentemente oré para mí mismo y para mi familia
mientras estuve en la cárcel es la que ahora también oro por ustedes:

"Dios Padre: derrama sobre tus hijos e hijas la valentía, la fuerza, la confianza, la perseverancia, la entereza y tenacidad de Jesús. Que podamos correr la carrera que tenemos por delante y que la acabemos bien, siendo purificados en el fuego de la obediencia fiel, probados y hallados dignos de Jesús, el Rey de la Gloria."

ÍNDICE

RECONOCIMIENTOS

¿CÓMO AGRADECER a nuestra familia de creyentes por todo el mundo? Protestantes, católicos y ortodoxos de cada continente oraron, ayunaron, escribieron cartas y oraron todavía más… y algunos de ellos estaban enfrentándose a la persecución ellos mismos. Fue por sus oraciones que todas las piezas se ordenaron para dar lugar a mi liberación.

Doy gracias de forma especial a los niños y a los adolescentes que oraron y que ayunaron, ¡renunciando a comidas, a dulces y a aparatos electrónicos!

El apoyo de nuestros hermanos y hermanas en Turquía quienes estuvieron a nuestro lado fue especialmente significativo. No estuvimos solos.

PARTE 1

1. ES TIEMPO DE IR A CASA

ME ESTABA RASURANDO CUANDO TODO ESTO EMPEZÓ. Estaba en el baño frente al espejo cubierto en vapor, a penas consciente de los sonidos típicos del ajetreo y del tráfico procedentes de la calle. La ciudad y yo nos estábamos preparando para otro día común y corriente.

Y, entonces, es cuando me llegó con fuerza un pensamiento, como venido de la nada: *"Es tiempo de ir a casa".*

Me quedé perplejo y me detuve. ¿Qué es lo que acababa de escuchar? No tenía ningún sentido. Aunque soy estadounidense, ese día en que me encontraba frente al espejo del baño no pensé en Estados Unidos como mi casa. Turquía era mi casa. Cuando compramos esta vivienda dos años antes, sabíamos que nuestras rodillas podían permitirse subir a la cuarta planta sin elevador, pero nos preguntábamos si íbamos a poder seguir haciéndolo veinte años después. El plan era quedarnos aquí para toda la vida.

"Es tiempo de ir a casa".

Mi corazón comenzó a latir más fuerte porque, de repente, creí saber lo que esas palabras significaban. Ni siquiera quería pensar en lo que eso implicaría. Yo ya estaba en casa. Sin embargo, mi fe me dice que hay otra casa a la que, en última instancia, me dirijo. ¿Acaso estaría Dios diciéndome que me había llegado el momento de morir, es decir, de ir a mi casa en el cielo?

"Es tiempo de ir a casa".

Reprendí el pensamiento. No puede ser Dios. Todavía quedan tantas cosas por hacer. No, no puede ser mi tiempo para morir…

DURANTE VEINTITRES AÑOS, Norine y yo habíamos estado viviendo y sirviendo en Turquía. Nos habíamos conocido en la biblioteca de Wheaton

College. Norine estaba allí estudiando, y yo estaba buscando chicas que estuvieran estudiando. Estaba determinado a únicamente casarme con alguien que estuviese dispuesta a ser misionera.

Desde niño, tuve la fuerte convicción de que había sido llamado a las misiones, algo que se remontaba a Hudson Taylor, el gran misionero enviado a China. Cuando él era un hombre mayor, una madre le llevó a sus dos hijos jóvenes y le pidió que orara por ellos y los apartara para las misiones. Ellos llegaron a ser misioneros y, cuando uno de ellos, Stanley Soltau, llegó a ser un hombre mayor, mi madre nos llevó a mi hermana y a mí a verlo. Ella le pidió que hiciera por nosotros lo que Hudson Taylor había hecho por él, y lo hizo. Como me estaba portando mal, mi madre me tuvo que pegar, lo cual marcó el día en mi mente. Yo tenía tres años y nunca lo olvidé. Estoy seguro de que ese día Dios puso algo en mí que hizo que más adelante fuera a Turquía con Norine.

Llegamos a Turquía en 1993. Habíamos comenzado iglesias, organizado conferencias nacionales, establecido una casa de oración e invitado a personas de otros países para que vinieran y se unieran a nosotros en la proclamación del evangelio en ciudades donde nunca antes ninguna persona había conocido a ningún cristiano. Ya contábamos con un equipo internacional de buen tamaño y estábamos emocionados por un grupo de nuevos misioneros que había llegado unos meses antes para hacer un programa de formación de un año con nosotros.

En nuestra ciudad habíamos trabajado con cientos de refugiados procedentes de Siria y de Irak que habían huido de Assad y de ISIS. Algunos estaban de paso, esperanzados en lograr hacer el peligroso viaje en barca hacia Europa. Otros se habían instalado en Turquía. Unos pocos, incluso, habían decidido volver a su tierra. Hicimos lo que pudimos para ayudarles a conseguir mantas, estufas, comida, leche para bebés y otros productos conforme llegaban los donativos de diferentes congregaciones.

Habíamos dado nuestras vidas a este país donde tuvo lugar una gran parte de la historia que leemos en la Biblia. Sin embargo, ahora tan solo hay alrededor de seis mil cristianos de origen musulmán en medio de una

población de más de ochenta millones de personas. ¿Cómo empezar una congregación cuando uno de cada dieciséis mil turcos se convierten en cristianos? A veces eso es muy desalentador.

Cuando llegamos a Turquía en 1993, comenzamos un curso junto a veinte personas para aprender el idioma. Cuatro años después, solamente cinco estábamos todavía en el país. Finalmente, Norine y yo fuimos los únicos que quedamos de ese grupo.

Nuestros años en Turquía no fueron fáciles. Supimos de unos cuantos cristianos que fueron martirizados por el trabajo que llevaban a cabo. Nosotros mismos habíamos recibido amenazas de muerte. Después de las primeras amenazas, durante un tiempo solamente usaba calzado deportivo y me los ataba fuertemente, algo que no es normal en mí ya que me gusta que los zapatos me queden sueltos y cómodos. Norine se dio cuenta de esto y me preguntó por qué no estaba usando otros zapatos ya que hacía mucho calor. Y mi respuesta fue sencilla y pragmática: "Porque puede que tenga que correr."

Ese fue un tiempo aterrador, especialmente como padres de niños pequeños. Pero nos forzó a enfrentar el problema del riesgo. ¿Íbamos a salir corriendo ante la primera amenaza? Así que decidimos que nos íbamos a quedar hasta que Dios mostrara claramente que teníamos que irnos.

Recientemente, habíamos pasado tiempo trabajando con refugiados en la frontera siria, cerca de la zona de guerra, lo suficientemente cerca como para oír los fusiles y las bombas mientras que los kurdos luchaban contra ISIS, y nos preguntábamos si algún fanático decidiría secuestrarnos y hacernos rehenes. Norine sentía un gran alivio siempre que volvíamos a casa después de esos viajes. En general, habíamos contado el costo. Sabíamos los riesgos y los habíamos aceptado. Turquía era el lugar donde teníamos que estar. No, no era el tiempo de "ir a casa".

TERMINÉ DE RASURARME, me vestí y di un pequeño paseo hasta el local de nuestra iglesia. Habíamos aprendido a lo largo de los años que, cuando las personas están en una búsqueda espiritual, a menudo buscan en lugares donde saben que se van a reunir cristianos. Por eso pusimos un letrero con

una cruz fuera de nuestro local, para que fuese difícil no verlo. No estábamos infringiendo ninguna ley y nunca intentamos ocultar lo que estábamos haciendo. De hecho, queríamos ser lo más visibles que fuese posible.

Habíamos dudado en alquilar este pequeño edificio cuando comenzamos la iglesia. Era todo lo que nos podíamos permitir en el centro de la ciudad, pero se encontraba en el distrito rojo y travesti. Por eso nos preguntábamos quién iba a venir. Sin embargo, pronto nos dimos cuenta de que se trata de un lugar estupendo, con calles peatonales llenas de gente, comercios y restaurantes.

En un momento dado, empezamos a llenar los dos aparadores del local con libros cristianos y colocamos un letrero en el que anunciábamos a las personas que podían llevárselos libremente. Y así lo hicieron. Al cabo de pocos días, estábamos regalando más de mil Nuevos Testamentos cada mes.

Nunca tuvimos un día aburrido en Turquía. Cualquier cosa podía ocurrir en un domingo, buena o mala. Podíamos orar por un visitante y verle sanar, o alguien podía empezar a gritar profiriendo amenazas y alterando el orden de nuestra reunión. Cuando la puerta estaba abierta, alguien podía entrar tan solo para ver una iglesia por primera vez. Muchos venían con preguntas y casi todos estaban dispuestos a que oráramos por ellos.

Los que se hacían cristianos pronto solían desaparecer a las pocas semanas o meses debido a la presión de la familia y de los amigos. Otro reto era el hecho de que venía todo tipo de personas: desde buscadores sinceros hasta los que buscaban algún tipo de beneficio o los que querían ocasionar algún problema. Con el paso del tiempo, las motivaciones de las personas se hacían más evidentes. Sabíamos que la policía secreta entraba y salía, y algunas personas nos advirtieron de que tuviésemos cuidado, aunque en realidad no teníamos nada que esconder. Teniendo en cuenta todas estas cosas, era increíble el mero hecho de que la iglesia creciera.

Como personas introvertidas que somos, Norine y yo no encajábamos de lleno en esta cultura tan sociable. Sin embargo, Dios había enlazado nuestros corazones con la gente de Turquía. Y, además, estábamos convencidos de que

Dios nos había dado a nosotros y a la iglesia una tarea muy específica: prepararnos para una gran cosecha espiritual.

NECESITABA ENFOCARME. Había clases que preparar. Lo que no necesitaba era que ese pensamiento regresara a mi mente. Pero lo hacía a modo de un susurro leve, pero insistente: *"Es tiempo de ir a casa".*

Aunque ya había reprendido el pensamiento, no podía deshacerme de la sensación de que se trataba de Dios diciéndome que me preparara para encontrarme con Él… para morir.

No era la primera vez que me encontraba en esta iglesia pensando que mi vida podría estar acercándose a su fin. Cinco años y medio antes, salí del local durante una reunión de oración para hablar con un miembro de la iglesia. La calle estaba llena de gente, como era normal. Unos travestis se estaban asomando por la ventana encima de nosotros, sonriendo y saludando a los peatones como era su costumbre. De repente, un hombre vestido con traje de camuflaje captó nuestra atención, y la razón por la que destacaba era porque a escasos metros me estaba apuntando con una pistola.

Aunque el hombre estaba callado, daba la sensación de estar completamente determinado y sus ojos estaban encendidos de rabia. Yo me quedé helado. Tan solo pude quedarme fijo en la pistola que sostenía en su mano temblorosa.

Fue así que disparó seis veces seguidas. Entonces, tiró la pistola y sacó una escopeta de una bolsa que estaba en el suelo junto a él.

Finalmente, mi cerebro pudo comenzar a funcionar. Mientras cargaba su escopeta, yo supe que no iba a fallar con ella. Y, si lograba entrar en la iglesia después de dispararme, podía producirse una masacre. En un rápido reflejo, me abalancé sobre el hombre armado y lo abracé fuertemente desde atrás para inmovilizarlo. En realidad, él era más grande y más fuerte que yo. En el forcejeo, él logró apretar el gatillo y la escopeta se disparó. El hombre comenzó a gritar: "¡Has comenzado una iglesia y eso no lo vamos a permitir! ¡Vamos a poner una bomba! ¡Vamos a matarlos! ¡Van a pagar por esto!"

No sentía nada. Estaba entumecido. Todo lo que sabía era que mi vida, y las vidas de otras personas, dependían de que no lo soltara. Finalmente, la policía llegó y detuvo al hombre. Una vez que se lo llevaron, yo entré de nuevo en la iglesia. La adrenalina me había ayudado a aferrarme a mi asesino en potencia, pero, cuando me senté, la conmoción me sobrevino como si fuese un huracán. Todo mi cuerpo comenzó a temblar y no podía hacer nada por detenerlo. Conforme la tensión fue disminuyendo, me di cuenta, para mi sorpresa, de que no estaba asustado.

Dios había hablado tantas palabras sobre mi futuro que estaba convencido de que Él todavía tenía planes para mí en Turquía y de que me iba a mantener vivo hasta que se llevaran a cabo. Así que, cuando el gobierno me asignó dos policías como mis guardaespaldas, renuncié a ellos después de un par de semanas ya que estaba seguro de que no los necesitaba.

En los días y semanas que siguieron al ataque, la gente nos preguntaba si íbamos a quedarnos en Turquía. Norine y yo supimos la respuesta inmediatamente. Ya habíamos procesado esto antes: hasta que Dios no nos dijera que era el momento de irnos, íbamos a quedarnos.

Pero ahora ya no estaba tan seguro de que podía quedarme en Turquía. Todas esas palabras en cuanto a mi futuro… ¿sería posible que Dios acortara sus planes para mí?

“Es tiempo de ir a casa”.

—Dios —oré solemnemente—, hay tantas cosas que he estado esperando. No quiero dejar a mi familia. No estoy preparado. Pero te pertenezco a Ti, y puedes hacer lo que quieras. Si quieres que vaya a casa contigo, entonces prepara mi corazón.

AL DÍA SIGUIENTE, me reuní con Norine en un centro de retiros donde ella había pasado la noche sola en oración. Juntos fuimos hasta la casa de verano que mis padres habían comprado años atrás. Había sido un tiempo ajetreado para nosotros y, aunque muchos de nuestros amigos habían usado la casa

para descansar, nosotros no habíamos podido pasar allí todo el tiempo que nos hubiera gustado. Por eso, era estupendo estar juntos y solos. Estábamos contentos. Teníamos muchas expectativas. La vida nos sonreía.

No había mencionado el pensamiento de *"Es tiempo de ir a casa".* Aunque me había pasado por la mente un par de veces ese día, no quería alarmar a Norine.

A la mañana del día siguiente, mi teléfono sonó interrumpiendo nuestro tardío desayuno. Era una llamada de alguien de la iglesia.

—¿Andrew? La policía ha estado aquí buscándote. Quieren saber cuándo vas a volver.
—Gracias —contesté. — Regresaré mañana.

Norine y yo nos intercambiamos una sonrisa.

—Quizás son buenas noticias —, dijo Norine cuando colgué el teléfono. Y yo estaba de acuerdo.

Unos meses antes, habíamos solicitado nuestra residencia permanente que nos permitiría seguir viviendo en Turquía hasta el año 2099, es decir, por el resto de nuestras vidas. Después de horas completando formularios, entrevistas en la comisaría de policía y mucha espera, teníamos la esperanza de que nuestros visados estuvieran preparados. Para ambos, el hecho de que la policía quisiera vernos tenía que ver con la solicitud de residencia.

Habíamos planificado pasar un par de días en la playa, pero esto era una buena razón para acortar nuestras mini-vacaciones. Nos dimos prisa para limpiar la casa y dejarla bien cerrada para el invierno, cargamos la camioneta con la comida de la despensa y regresamos a la ciudad.

Ya era de noche cuando estacionamos el automóvil en la calle y subimos las escaleras hacia nuestro departamento.

—Mira esto, cariño —, dijo Norine al despegar un papel de la puerta que habían pegado con celofán. Era de la policía y en él se nos decía que debíamos ir a la comisaría de policía lo más pronto posible.

Yo sonreí. *"Es tiempo de ir a casa"*. Seguro que todavía no.

2. EL ARRESTO

RECORRÍA EL DEPARTAMENTO mientras esperaba que alguien en la comisaría de policía contestara el teléfono. Estaba bastante desordenado. Habíamos llegado demasiado tarde la noche anterior. Sin embargo, quería sacarme de la cabeza la visita a la policía antes de que Norine comenzara el día de limpieza para dejar todo listo para los invitados que esperábamos.

—Sí, dígame —. Eran las nueve y media de la mañana, y el policía sonaba un tanto aburrido ya.

—Hola, me llamo Andrew Brunson. Tengo una notificación que dice que mi esposa y yo tenemos que ir a la comisaría. ¿Podemos llegar en una hora o dos?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Y qué quiere que llevemos? ¿Nuestros pasaportes?

—Sí.

DESPUÉS DE VOLVER de hacer ejercicio, preparamos el desayuno y comimos juntos en el balcón. Norine comió su mezcla típica de frutas y nueces, y yo desayuné huevos con frijoles.

Era el 7 de octubre, el cumpleaños de nuestro hijo mayor, Jordan. Este día cumplía veintiún años, todo un acontecimiento. Igual que nuestros otros hijos, Jordan había crecido con nosotros en Turquía. Después de terminar sus estudios de secundaria, regresó a Estados Unidos para estudiar en la universidad, y ahora estaba cursando el tercer año en la Universidad Cornell.

Nuestra hija, Jacqueline, estudiaba en la Universidad de Carolina del Norte y vivía en Chapel Hill. Un par de meses antes, su novio, Kevin, un piloto de helicóptero del ejército estadounidense, nos había pedido su mano para casarse con ella. Nos acababa de enviar una foto del anillo de compromiso, pero tenía que ser una sorpresa, Jacqueline todavía no lo sabía.

Nuestro hijo menor, Blaise, estudiaba en una escuela secundaria en Carolina del Norte, y vivía con mis padres, luchando con una casa y una cultura nueva lejos de nosotros. Especialmente en los días de cumpleaños, sentíamos más fuerte la distancia física de nuestros hijos. Esto era parte del precio de servir en Turquía.

NORINE Y YO caminamos diez minutos hasta la comisaría. Nos remitieron a otra oficina en la planta superior donde un policía tomó nuestros pasaportes. No decía nada y miraba su ordenador como si estuviera roto.

—Veintiún años —musitó Norine—. ¿Cómo ha podido pasar tan rápido el tiempo? Podemos llamar a Jordan en unas horas. Todavía es pronto en los Estados Unidos.

Finalmente, el policía se desplazó en su silla y se giró para mirarnos.

—Aquí dice —dijo apuntando a la pantalla al tiempo que se ponía de pie —, que hay una orden de deportación para ustedes dos. Síganme.

—¿Cómo? ¿En base a qué? —. Las preguntas salían de nuestras bocas mientras seguíamos al policía por las estrechas escaleras hacia el mostrador principal—. Debe ser un error.

El policía no nos dijo nada, pero el comisario nos miraba entre llamadas telefónicas.

—Hay una orden de deportación para ustedes. Siéntense. No salgan de esta habitación. Vamos a retenerles aquí por un buen tiempo.

Así que nos sentamos donde nos ordenaron que nos sentáramos e hicimos lo que nos dijeron, que era esperar. Esperamos en la oficina llena de gente mientras él hablaba por teléfono, tapándolo con la mano para hacer difícil que nosotros oyéramos lo que estaba diciendo. Mientras esperábamos la sensación de conmoción se acrecentó en nosotros.

Esto no podía ser verdad. Era imposible que veintitrés años en Turquía terminaran de esta manera. Amábamos nuestra iglesia, un programa nuevo

de formación acababa de despegar, el trabajo con los refugiados iba en aumento. Por supuesto que sabíamos que algo así *podía* ocurrir… pero nosotros habíamos venido hoy esperando recibir el permiso para vivir aquí por el resto de nuestras vidas. Estábamos perplejos.

El comisario nos llamó:

—La orden dice G-82: Amenaza a la Seguridad Nacional.

Yo ya había oído acerca de la G-82. Era un *cajón de sastre* que se había utilizado para deportar a otros misioneros.

La sonrisa de Norine ya había desaparecido, y podía sentir que la sangre ya no me circulaba por las mejillas. Me acerqué a ella y le susurré en voz baja:

—¿Es esto obra de Eyup?

Eyup era un alborotador. Después de pedirle que se fuera de nuestra iglesia, unos cuantos meses atrás, nos había amenazado repetidamente con acusarnos de apoyar el PKK, un grupo terrorista kurdo. Aunque sus acusaciones no tenían fundamento alguno, ¿no podría ser que él estuviera detrás de esto?

—Pues no lo sé, pero tenemos que hacer unas cuantas llamadas.

EL PRIMER NÚMERO que marqué fue el de la embajada estadounidense en Ankara. Les expliqué lo poco que sabía, y ellos inmediatamente nos pusieron en contacto con el funcionario consular.

No todos los misioneros eran expulsados de Turquía de la misma manera. Un mes antes, uno de nuestros amigos había regresado en avión a Turquía cuando le dijeron en el aeropuerto de Estambul que se le había denegado su visado y que ya no iba a poder entrar. Sabíamos de otros a los que se les había citado en la comisaría de policía para notificarles que tenían quince días para salir del país. De vez en cuando, se llevaban a personas a centros de

deportación y desde allí se les conducía al aeropuerto, aunque eso último era sobre todo para refugiados.

Todo lo que podía esperar en ese momento era que íbamos a necesitar asegurarnos de contar con esos quince días antes de poder salir. Durante ese tiempo, podíamos iniciar un proceso de apelación y, al menos, podríamos poner todos nuestros asuntos en orden. Para ello necesitábamos un abogado. Aunque no creía que eso iba a cambiar mucho las cosas, al menos debíamos intentarlo.

Seguramente, pasamos casi una hora allí sentados, acurrucados, buscando entre nuestros contactos, haciendo llamadas y comentándolas entre nosotros. Hacer que se iniciara una cadena de oración era tan importante como encontrar a un abogado, más importante, de hecho. Conforme las noticias sobre nuestra situación se extendieron por la comunidad cristiana, unos pocos amigos comenzaron a llegar a la comisaría. Después de intentar obtener más información de la policía, se quedaron ahí esperando con nosotros.

MIENTRAS ESTABA SENTADO ALLÍ, algo saltó en mi mente: la frase *"Es tiempo de ir a casa"*. Me preguntaba si Dios me había dado este pensamiento para prepararme para la conmoción de la deportación, o de perder nuestro ministerio en Turquía. Él querría que yo estuviera seguro de que esto para nada le estaba tomando por sorpresa y, todavía más, que Él estaba en ello. No me sentí ni contento ni con paz. Sin embargo, en medio de todas mis emociones a flor de piel, de mi confusión y de la pérdida de control, sí sentía un atisbo de ánimo al saber que Dios estaba implicado.

UNOS CUANTOS POLICÍAS se arremolinaban a nuestro alrededor. El teléfono sonaba constantemente y el volumen de la conversación iba en aumento. Al parecer, mucha de la actividad tenía que ver con nosotros. El comisario había estado al teléfono tanto tiempo como nosotros. Cuando terminó de hablar, Norine se le acercó y le preguntó si íbamos a tener los quince días antes de salir. Él se encogió de hombros y dijo con los brazos abiertos delante de nosotros:

—Bien, ustedes no han transgredido ninguna ley aquí, por lo que eso es posible. Pero eso no depende de nosotros. Estamos esperando a que alguien tome una decisión.

Entonces, su teléfono volvió a sonar. Se alejó de nosotros para contestar.

Norine regresó a sentarse a mi lado y esperamos en silencio.

—Acabamos de recibir una orden —dijo incluso antes de colgar el teléfono —, ustedes quedan arrestados.

HAY DOS TIPOS de arrestos en Turquía: el administrativo, cuando la policía te remite a otro departamento que quiere verte; y el judicial, en el que eres investigado como supuesto autor de un delito. El comisario nos dijo que el nuestro era administrativo, y que habíamos sido arrestados en nombre de Gestión de Migración, el departamento que se ocupaba de las deportaciones. Tenía sentido que pudieran escoger detenernos si nos iban a deportar, aunque en realidad no era necesario. No éramos criminales. Podían decirnos que nos fuéramos, y nos iríamos.

Al escuchar las palabras del comisario y darme cuenta de su cambio de comportamiento hacia nosotros, me quedé un poco desconcertado. Algo había cambiado después de esa última llamada. Se había sentado más firme y había comenzado a hablarnos con más intensidad.

Después de eso, los acontecimientos fueron precipitándose. Dos policías nos sacaron de la habitación, nos metieron en una patrulla y nos llevaron a las oficinas de la Policía Antiterrorista. Allí nos fotografiaron, tomaron nuestras huellas digitales y nos ficharon. El hecho de que ahora fuera la Policía Antiterrorista la que estaba lidiando con nosotros me hizo sentir incómodo.

Al regresar a la comisaría de policía quedó claro, mientras esperábamos ahí, que de ninguna manera nos iban a permitir estar en Turquía un par de semanas antes de salir. En base a los trozos de conversaciones que pudimos oír por encima, parecía que nuestra deportación se iba a producir mucho más rápidamente. Y todavía no teníamos abogado, aunque un amigo nuestro estaba tratando de solucionar eso.

—Por favor —les pedí—, ¿podemos al menos contar con un notario aquí para poder otorgar un poder notarial a alguien? Nuestras vidas están en Turquía. Tenemos una camioneta, un apartamento, cuentas corrientes… ¿Podemos al menos hacer trámites para que alguien se ocupe de estas cosas?

—No debería haber problema — dijo el comisario tomando el teléfono—, pero antes tendré que comprobarlo.

Unos minutos más tarde, nos dio el veredicto: "*No*", nos dijo de una forma que dejaba bastante claro que no había ninguna opción para la discusión.

SONÓ MI TELÉFONO. Teníamos noticias: nuestro amigo había encontrado un abogado. Taner Kilic, un abogado especializado en derechos humanos, resultaba ser el presidente de Amnistía Internacional en Turquía y había acordado venir. Enviamos un mensaje a Taner y, como el tiempo pasaba, le enviamos otros mensajes pidiéndole que se diera prisa. Finalmente, llegó. No obstante, tan pronto como supo que se nos había detenido por amenaza a la Seguridad Nacional, buscó una salida rápida para no involucrarse en nuestro caso. Tan solo había estado unos pocos minutos con Taner y él ya estaba tratando de irse. Yo intentaba con todas mis fuerzas aferrarme a la única ayuda legal disponible. Él solo me dio un consejo:

—Déjenles que les deporten y después apelen desde Estados Unidos. Si ustedes apelan ahora, es posible que les retengan en prisión durante las dos semanas que lleve resolver el caso. - Y después, se fue.

Irónicamente, el mismo Taner Kılıç fue injustamente arrestado ocho meses después. Aunque en ese momento no podíamos saberlo, el gobierno turco iba a utilizar esta breve interacción con un abogado al que nunca antes había conocido como una de las pruebas principales para vincularme con grupos terroristas.

—¡VÁMONOS! Les vamos a llevar a Gestión de Migración —, nos anunció el comisario—, ya que ellos son los que les van a dar más información sobre su deportación.

Cuando salíamos por la puerta, recibí una llamada del funcionario consular y le conté los últimos acontecimientos.

—¿A qué centro les están llevando?

—No lo sabemos. ¿Por qué?

—No es común que retengan a ciudadanos estadounidenses si van a ser deportados. Pero uno de los centros, *Isikkent*, es mucho menos agradable que el otro. Voy a hablar con el gobernador para ver si puede ayudar de alguna manera.

Yo podía sentir como mi garganta se tensaba. Dos policías nos llevaron a una patrulla que estaba afuera. No nos pusieron esposas, y nos permitieron sentarnos juntos en la parte de atrás, todavía agarrando nuestros celulares. Sin embargo, la forma en la que los policías nos metieron en el automóvil y cerraron las puertas con fuerza nos hizo saber que no cabía duda alguna de que estábamos arrestados.

—Disculpe —pregunté tan pronto como comenzamos a circular—, ¿puede decirnos a dónde nos llevan?

—A Isikkent —, nos dijo.

Yo tomé la mano de Norine y así viajamos durante unos cuantos minutos. La patrulla se detuvo en una calle concurrida. El policía en el asiento de copiloto acababa de recibir una llamada.

—¿Cuál es su domicilio? —preguntó—. El gobernador ha dicho que podemos llevarles a casa para que hagan sus maletas antes de llevarles a Gestión de Migración.

Aunque no era un gran triunfo, eso nos gustó. Al menos podíamos llevar algo de ropa, papeles importantes y nuestras computadoras portátiles. Eso nos haría las cosas más sencillas al llegar a Estados Unidos.

Reanudamos la marcha y ahora nos dirigíamos hacia nuestra casa. Sin embargo, nuestra alegría pronto desapareció cuando el teléfono del policía

volvió a sonar. Podía oír la voz de su interlocutor diciéndole que ignorara la petición del gobernador: *"¡Tráelos aquí AHORA!"*

ISIKKENT ESTÁ A POCOS KILÓMETROS de distancia del centro de la ciudad y, aunque el tráfico del viernes por la tarde era intenso, llegamos rápidamente. Yo saqué un paquete de pilas de mi mochila y me aseguré de que Norine sabía cómo usarlo con su teléfono. En el caso de que nos separaran, íbamos a mantenernos en contacto el uno con el otro, así como con la familia.

Muy pronto, la patrulla comenzó a ir más lento y se metió en una zona industrial de la ciudad. Las calles estaban vacías. Las únicas luces procedían de la parte de atrás de la verja de unos cinco metros de altura coronada de acero cortante que rodeaba el centro. Tan pronto como las puertas principales se cerraron detrás de nosotros, nos separaron. A Norine se la llevó una mujer, y a mí un hombre hasta una pequeña habitación dentro.

—Vacíe sus bolsillos —me ordenó—. Bolígrafos, cordones de zapatos, cinturón, teléfono.

¡¿Teléfono?! Esto me sorprendió ya que nos habían permitido tener nuestros teléfonos todo el día. De haberlo sabido, nuestra prioridad habría sido llamar a nuestros hijos. ¿Y los cordones de los zapatos? ¿El cinturón? ¿Qué era todo esto? Yo entregué todo lo que me pidieron. Quería protestar, pero, antes de que pudiera hablar, me estaban cacheando y estaban inspeccionando mi mochila.

Minutos más tarde, me sacaron de la habitación y me llevaron a una oficina. Norine ya estaba allí, al lado del mostrador. En su semi-sonrisa pude percibir la misma mezcla de emociones que yo estaba sintiendo. Alivio por estar juntos de nuevo y horror por lo que estaba sucediendo. Los guardias permanecieron detrás de nosotros.

SENTADO EN EL MOSTRADOR estaba un hombre de pelo oscuro que tendría unos treinta años, claramente descontento por tener que trabajar tan

tarde un viernes por la noche. Cuando nos miró no hizo ningún esfuerzo por ocultar sus sentimientos. Yo le pregunté su nombre.

—Melih

—Por favor, Melih Bey —le dije—, ¿nos permite llamar a nuestros hijos? Están en Estados Unidos y todavía no hemos hablado con ellos.

—No

—Necesitamos contarles lo que está pasando.

—Estamos desesperados —añadió Norine—. Por favor, solo será una llamada rápida. Podemos llamar delante de usted. O podemos darle a usted el número de teléfono para que usted llame. Por favor. Deben estar preocupados. El menor solo tiene quince años.

Su semblante era frío. Era como si estuviera al mismo tiempo fascinado y enojado por tener a dos estadounidenses en su oficina.

—No —, y apuntando a un papel nos dijo: ¡Firmen aquí!

Extendí la mano para recoger el papel pero me detuve cuando Melih no se movió.

—¿Puedo leerlo antes, por favor?

Recibí la misma mirada fría. Entonces, encogiéndose de hombros, me entregó el papel.

Aunque Norine y yo hablábamos bien el idioma turco, en lo que respecta a asuntos legales, muchos de los documentos oficiales en Turquía usan palabras y frases antiguas que no conocemos bien. Acurrucados, leímos juntos la página en la que pudimos leer estas palabras: “Entendemos que hemos sido informados de la razón para nuestra deportación”, seguido de una lista de delitos diversos. Él había marcado el recuadro correspondiente a la *G-82: Amenaza a la Seguridad Nacional*. Esto ya lo supimos anteriormente ese día.

Melih volvió su atención a la pantalla de su computadora, y Norine y yo susurramos nuestras preocupaciones.

—¿Crees que debemos esperar a que un abogado vea esto? Si firmamos —dijo Norine—, ¿implicará que estamos renunciando a nuestro derecho de protestar? ¿Vamos a enterrar toda esperanza de volver a Turquía?

Yo sacudí la cabeza y le contesté:

—¿Te acuerdas de lo que me dijo el abogado? Dijo que tenemos que tener cuidado con protestar. Si protestamos ahora, antes de que nos deporten, puede que nos retengan durante un par de semanas mientras que consideran la apelación.

No podía ni imaginar estar en ese lugar durante dos semanas.

—Si han decidido deportarnos, no hagamos nada que lo impida. Podemos luchar desde los Estados Unidos mejor de lo que podemos luchar aquí en una celda de detención.

Norine estuvo de acuerdo, así que firmamos y le devolvimos el papel a Melih. Él exhaló mientras la examinaba. Después, el teléfono sonó. Melih contestó.

—Ya lo tengo —dijo. La voz del otro lado del teléfono estaba amortiguada, pero hablaba con rapidez. Después de decir sí varias veces mientras veía la página, Melih colgó el teléfono, tomó su bolígrafo y marco un segundo recuadro. Aún leyéndolo al revés, Norine y yo sabíamos perfectamente lo que decía: "*Líder, miembro o seguidor de una organización terrorista.*"

En ese momento, sentí cómo los dedos de Norine apretaban los míos. Más tarde, me dijo que en ese momento su corazón quedó atenazado por el temor.

Melih miró a los dos guardias que se encontraban detrás de nosotros y les dijo:

—Pueden llevárselos ahora.

3. ENCERRADOS

CON UN GUARDIA DELANTE Y OTRO DETRÁS, nos condujeron por el pasillo y por una pesada puerta metálica hasta las celdas. Norine decía sin parar:

—Algo no va bien, algo no va bien.

Todo lo que podía hacer era orar para que no nos separaran. Cada puerta por la que pasábamos mientras recorríamos ese pasillo era pesada, sólida y herméticamente cerrada. El guardia que iba adelante abrió la última puerta y nos indicó que entráramos.

—Volveremos con algo de comida —dijo—, y no se preocupen por los ruidos que escuchen de la celda de al lado. El tipo es un poco raro.

Norine y yo nos miramos. El sonido de la llave cerrando la puerta era contundente y enervante. Ambos miramos alrededor. El habitáculo estaba casi vacío, con cuatro literas, un suelo sucio de baldosas y dos lavabos sucios con un pequeño baño a un lado. Una ventana por encima de los lavabos tenía unos barrotes gruesos que la cruzaban. Era todo muy básico, pero, al menos, estábamos juntos y solos.

Me quedé mirando el inodoro. Cada lugar donde habíamos vivido en Turquía había incluido un inodoro occidental típico, en el que uno puede sentarse. Este otro, de estilo turco, era diferente: un agujero en el suelo sobre el que uno tiene que ponerse en cuclillas y un grifo para limpiarse uno mismo y el inodoro. Miré la ventanita y me di cuenta de que era el lugar por el que entraban las moscas. No había cristal en la ventana. Intenté en vano cerrar la puerta del inodoro para mantenerlas encerradas.

En pocos minutos, otro guardia llegó con mantas, sábanas, cajas de poliestireno con comida y un par de barras de pan.

—¿Puede darnos algo más para beber? —le pregunté mirando a las cuatro botellitas de agua.

—No en los fines de semana. ¿Necesitan jabón? Eso sí puedo dárselos. Y también cepillos de dientes, una toalla y pijamas.

Eso era de gran ayuda ya que no teníamos más ropa que la que llevábamos puesta, así como una camiseta y una sudadera en mi mochila que habían quedado ahí de nuestro reciente viaje a la playa. Le dimos las gracias y abrimos la caja de comida. Se trataba de un tomate, un pedazo de queso y un poco de mermelada. El desayuno. La otra caja tenía arroz y algunas verduras.

—Norine, no hemos comido nada desde esta mañana, tenemos que comer algo.

Ella paró después de dos bocados. Yo me obligué a comer la mitad de la comida. Estábamos agotados por todos los sucesos y las emociones del día.

—¡Allahu Akbar!

El ruido de un hombre gimiendo en árabe llenó la habitación. Provenía de la celda de al lado y su voz estaba tan llena de pasión que casi estaba gritando. Ya estaba oscuro afuera, y la única luz del techo era tenue. Nos miramos el uno al otro en silencio. Los ojos de Norine estaban abiertos como ventanas del miedo.

Yo rompí el silencio:

—Dudé en decírtelo, pero después de lo que sucedió hoy, tiene sentido. No entiendo por qué, pero creo que Dios está implicado en esto, y que nuestro tiempo en Turquía ha terminado por ahora.

Por primera vez, le expliqué a Norine el pensamiento que había tenido de *“Es tiempo de ir a casa”*, con el que había estado luchando durante los últimos días. Su primera reacción fue preguntar:

—¿Estás seguro que esto viene de Dios?

Sin embargo, mientras seguíamos hablando, ella comenzó a experimentar una sensación de alivio al pensar que Dios estaba allí, en ese inesperado giro de acontecimientos.

Aun así, todavía era difícil hacernos a la idea de que, ciertamente, regresaríamos a Estados Unidos. ¿Por qué Dios permitía esto cuando había tantas cosas positivas que estaban pasando en nuestro ministerio? Además, Dios nos había dicho en 2009 que nos preparáramos para una cosecha espiritual en Turquía. ¿De verdad que solamente la íbamos a ver a la distancia?

Cuanto más hablábamos y pensábamos en ello, peor nos sentíamos. Pensamos en una persona tras otra a las que íbamos a tener que dejar atrás. Estábamos los dos afligidos. La sensación de ser separados de todas estas cosas para las que me había entregado era tan real que casi podía sentirla en mis huesos.

Norine estaba mirando por la ventana. Después de unos minutos, habló:

—Creo que deberíamos irnos con gratitud.

Inmediatamente, comprendí. Un amigo nos había enviado un mensaje apenas unas horas antes: *“No miren todo lo que han perdido o todo lo que es difícil en el día de hoy. Tan solo estén agradecidos.”*

Norine continuó:

—Recordemos todas las cosas buenas que Dios ha hecho a lo largo de estos años en Turquía, comenzando con el hecho de habernos guardado aquí durante veintitrés años.

Y eso es lo que hicimos. Empezamos a enumerar todas las cosas en las que podíamos pensar y por las que estábamos agradecidos. Pero, por cada recuerdo que nos hacía sonreír, las dificultades que había traído también nos venían a la mente. Es como si la gracia que había estado ahí durante años se

alejara de repente. Aunque habíamos visto muchas victorias a lo largo de los años, cada una de ellas había implicado también un alto costo.

ERA TARDE. Estábamos agotados y necesitábamos dormir.

—¿Sabes lo que es raro? —le dije a Norine mientras hacíamos las camas —. Usualmente, cuando deportan a misioneros, sencillamente echan al marido y dan por hecho que la esposa y los hijos van a ir detrás. Sin embargo, la orden de deportación es para ambos.

Norine durmió esa noche al igual que suele hacerlo: profundamente. Yo no dejé de dar vueltas en la litera, despertándome cada vez que la ranura metálica de la puerta se abría y se veía la luz de la linterna.

Cuando la llamada a la oración al amanecer resonó por las paredes y por las ventanas abiertas, las voces provenientes de otras celdas comenzaron a gemir con ella. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

Al vivir en un país musulmán, estábamos acostumbrados a la llamada de oración proveniente de las mezquitas, pero esto era distinto. Nos habían dicho que Isikkent era el peor de los dos centros, pero me imaginaba que ese “peor” no se refería solo a la calidad de la comida o de las camas. También tenía que ver con las personas que estaban detenidas allí. Yo sospechaba que este centro era el destino de los casos más serios. Y en Turquía en el año 2016, eso solamente podía significar una cosa: ISIS. Así que me imaginé que, si Norine y yo estábamos encerrados con terroristas de máximo nivel, eso no podía ser nada bueno.

—¿Qué tal tus lentes de contacto? —le pregunté a Norine cuando finalmente la oí despertándose. Ella nunca dormía con sus lentes de contacto puestos. Respondió que los tenía pegados y se preguntaba cómo iba a aguantar hasta el lunes sin el líquido especial.

Con la luz del día, buscamos el colchón más limpio y lo pusimos en el suelo para sentarnos con la espalda derecha. Al sacar el desayuno, le recordé a Norine la bolsa de comestibles que nuestro amigo Ali nos había traído el día

anterior cuando nos llevaban hacia la patrulla. Nuestro mundo se había vuelto patas arriba, pero este acto de bondad ahora había alentado nuestros corazones. Nos preguntábamos si alguno de nuestros amigos siquiera sabía dónde estábamos.

—Estoy preocupada por los niños —dijo Norine mientras miraba la comida sobre el plato que no se había comido—. Seguro que Jordan les habrá contado lo de la deportación, pero estarán esperando que lleguemos a casa. Cuando no oigan nada esta noche y comprueben que no pueden hablar con nosotros, van a empezar a preocuparse.

Cuando volvíamos del lugar donde nos tomaron las huellas digitales, habíamos enviado un texto breve a nuestro hijo Jordan por su cumpleaños, diciendo que estaban a punto de deportarnos y que nos pondríamos en contacto con él cuando supiéramos más.

—¡Señor, no tenemos ningún medio para informar a nuestros hijos de nuestro paradero! Por favor, ayúdalos. Nosotros no podemos hacer nada.

Una oración llevaba a la otra…

—Pero, Señor, también queremos adorarte en este lugar. Escogemos alabar tu nombre…

Era la hora del almuerzo: pasta, algo de verdura y, por supuesto, media barra de pan cada uno. En Turquía no puede haber una comida sin pan.

ESTAR ENCERRADO tras una enorme puerta metálica en un país extranjero, oyendo las llaves dando vueltas y los cerrojos cerrándose de golpe es algo impactante. Uno ya no puede estar seguro de nada. Ahora, todo te sucede a *ti*. Es una repentina pérdida de control, una caída hacia la incertidumbre.

Justo cuando ya habíamos terminado de especular con la manera en la que se produciría nuestra deportación, la cerradura de la puerta giró y la puerta se abrió lentamente.

—Vamos a sacarles para que tomen el aire —dijo un guardia al que no habíamos visto antes—. ¡Vamos!

Norine daba la impresión de estar tan insegura como yo mientras seguíamos al guardia fuera de la celda, bajamos las escaleras y llegamos a un patio pequeño exterior rodeado por muros altos.

—Tienen veinte minutos —dijo el guardia sentándose en una silla en una esquina desde la que nos observaba.

—Mira —dijo Norine en voz baja, señalando a varios letreros en los que se enumeraban las normas del centro—. Ahí está en turco, pero esto es árabe, y eso es ruso. Farsi. Urdu. Con todas esas personas estamos aquí.

El resto del día lo pasamos en nuestra celda con la puerta bien cerrada. Oramos, cantamos y hablamos. Vez tras vez, hablamos sobre las mismas cosas: nuestros hijos, la iglesia, nuestro futuro… Lo único que nos alegraba de irnos de Turquía era que íbamos a estar más cerca de nuestros hijos. Preguntamos a cada uno de los guardias que se acercaban a nuestra puerta cuándo nos iban a deportar, pero la única respuesta que obteníamos era: "*Esperen hasta el lunes.*"

La cena llegó, y con ella el desayuno. Nos sentamos, paseamos y miramos la oscuridad del exterior a través de la ventana. Norine volvió a dormir, pero, al igual que sucedió en la primera noche, mi mente estaba demasiado activa como para dormir, por lo que tan solo logré dormitar algo.

Finalmente, la puerta se abrió para la inspección matutina de ventana y barrotes. Norine preguntó entonces:

—¿Tienen algo más de jabón o champú para que pueda lavar la ropa?

—Sí, claro. ¿Quiere un cubo para lavarla ahí?

Eso era de agradecer. Norine se puso a lavar mientras yo caminaba de la ventana a la puerta y de la puerta a la ventana vez tras vez.

Norine estaba colgando una camisa de los barrotes de la ventana.

—¿No es esa la camioneta de la iglesia estacionada en el camino de tierra? —Exclamó—. ¡Mira, ahí está Mert!

Finalmente, buenas noticias. Nuestros amigos sí que sabían dónde estábamos, y estaban haciendo algo para que nosotros lo supiéramos. Ver a personas que nos querían, amigos a los que extrañábamos tanto, me hizo llorar. Amaba a estas personas, y me dolía tener que dejarles.

Miré a Norine. Ella estaba callada, y en su rostro no se reflejaba ninguna emoción.

—¿Estás conteniéndote? —le pregunté.

—No, cariño —respondió—, ya lloraré cuando estemos en el avión yéndonos de Turquía.

CUANDO EL LUNES llegó finalmente, nos vestimos con gran anticipación, con la esperanza de que algo sucediera. Después de todo un fin de semana encerrados, estábamos listos para irnos.

Yo me quedé mirando por la ventana las calles vacías más allá de la verja cortante. Aunque la entrada principal casi no podía verse, sí vi cómo un hombre con traje se acercó. Le oí hablar y reconocí que se trataba de Robert, el funcionario consular que me había advertido sobre Isikkent. A los pocos instantes, vi que se iba y me pregunté si le habrían denegado la entrada. Cuando Robert se iba, vi que un automóvil paraba y que una pareja bien vestida, desconocida para mí, salía del automóvil e intercambiaba unas palabras con él. La pareja caminó hacia la puerta, aunque, al parecer, también les denegaron la entrada.

Nosotros golpeamos fuertemente la puerta esperando llamar la atención de alguien, y pidiendo poder ver a Melih Bey.

—Tendré que pedir permiso —dijo un guardia cansado.

Una hora más tarde, nos llevó hasta la oficina. Melih estaba sentado tras el mostrador como lo había estado antes, pero había otro hombre con él. Nos dijo que se llamaba Burak y fue él quien habló.

—¿Qué quiere?

—Queríamos asegurarnos que usted sepa que no queremos apelar la deportación por el momento.

—De acuerdo —dijo después de una leve pausa—. Puede dejar eso por escrito, algo así como: “Yo, Andrew Craig Brunson, deseo regresar voluntariamente a los Estados Unidos. Renuncio a todos mis derechos.”

Yo asentí con la cabeza, y añadí:

—Ni siquiera tienen que deportarnos. Sencillamente, llévennos al aeropuerto y nosotros tomaremos el primer avión disponible.

Burak hizo una mueca y meneó la cabeza:

—Nosotros tenemos un procedimiento. Las deportaciones siempre se hacen con un vuelo directo a Estados Unidos. Sin embargo, primero tiene que haber una comunicación entre nosotros y Ankara. Los papeles no deberían tomar mucho tiempo, un día o algo así. Incluso podría ser al final del día de hoy.

EL MARTES POR LA MAÑANA, la misma pareja bien vestida apareció en el exterior, acompañada por dos miembros de la iglesia. En esta ocasión, podía oír hablar al hombre y a la mujer, y estaban diciendo con insistencia que tenían el derecho de visitarnos. Logré oír a uno decir: “abogado”. ¿Estaban tratando de detener la deportación sin saber que nosotros habíamos decidido apelar solamente cuando nos encontráramos en suelo estadounidense? Sin llamar la atención de los guardias que estaban abajo, Norine y yo tratamos de hacer señales a nuestros amigos de la iglesia para hacerles saber que nosotros no queríamos un abogado.

En menos de un minuto, la puerta se abrió de golpe y dos guardias nos gritaron:

—¿Qué están haciendo? ¿Estaban hablando con alguien en la calle? ¡Está prohibido!

—Perdonen, pero no dijimos nada.

Cuando se fueron, Norine y yo nos miramos, esperando que eso no tuviera consecuencias. La última cosa que quería es que nos castigaran separándonos… y que nos pusieran en la misma celda con alguno de nuestros vecinos de ISIS. Así que nos alejamos de la ventana. Nuestra puerta se abrió pronto de nuevo y por ella entró un guardia distinto.

—Ahora van a la oficina.

Nosotros le seguimos en silencio por el pasillo. Burak nos miró con intensidad:

—¿Están apelando la deportación? Si lo hacen, es posible que tengan que quedarse aquí meses.

¿Meses? Se suponía que iban a ser dos semanas. Por supuesto que no queríamos quedarnos ahí por meses. Así que apelaríamos más tarde.

—No —respondí—, deseamos ir a los Estados Unidos.

—Entonces, escriban que no quieren ver a un abogado.

Acto seguido, me dio una hoja de papel en blanco y miró a Melih quien asintió mirándole. Yo tomé el bolígrafo y escribí lo que me dictó: *"Quiero volver a los Estados Unidos tan pronto como sea posible. No quiero un abogado."*

—Añada que no quiere *reunirse* con un abogado.

Yo hice lo que me pidió, firmé y le di el bolígrafo a Norine. Cuando ella terminó, Burak tomó el papel y se lo dio a Melih.

Él volvió a dárnoslo a nosotros:

—Escriba la hora, las 10:30.

Una vez que lo hicimos, Norine habló:

—¿Han llegado de Ankara los papeles de la deportación?

Burak hizo una indicación al guardia para que nos acompañara de nuevo a la celda, y añadió:

—Todavía estamos esperando recibir sus instrucciones.

Tan pronto como entramos en nuestra celda, escuchamos gritos desde fuera, en la calle.

—¡Andrew, Norine! ¿Están ahí?

Un par de guardias estaban diciendo a nuestros amigos y a la pareja que se fueran, pero, mientras retrocedían, oí a nuestro amigo gritar:

—¡Tenemos un abogado para ustedes! ¡Tenemos abogados, pero no les dejan entrar para verles!

Yo quería gritarles para decirles que no pasaba nada, que no necesitábamos un abogado, pero no quería correr el riesgo de meterme en problemas. Así que nos sentamos apoyando nuestras espaldas a la pared, agarrados de la mano. Ahora no tendrían ninguna excusa para mantenernos ahí. Pronto estaríamos volando a casa.

No obstante, otro pensamiento me asaltó: Melih y Burak no eran hombres amigables. No podíamos confiar en sus intenciones. ¿Habíamos cometido un error?

Esa noche, tomamos dos colchones y los juntamos en el suelo. Para Norine, el sueño era un escape, ya que ella sí podía dormir. Pero yo estaba teniendo problemas, y quería estar cerca de mi esposa conforme las horas avanzaban. Cuando, finalmente, la luz de un nuevo día invadió la celda y

Norine se despertó, rápidamente pusimos los colchones sobre las literas antes de que se abriera la pesada puerta.

Con seguridad íbamos a ver más movimiento hoy.

PARA LA HORA DE LA COMIDA, no habíamos tenido noticias. Y ya estábamos hartos. Golpeamos la puerta y pedimos ver a Melih otra vez. En esta ocasión, él y Burak entraron a nuestra celda para hablar con nosotros.

—¿Qué está pasando? —pregunté—. ¿Hay algún problema?

Burak miró para otro lado, pero Melih siguió mirándonos a los dos. El silencio que se percibía en la habitación nos resultaba agónico.

Entonces, Melih habló:

—Ankara tomará la decisión.

Norine tomó aire con fuerza:

—¿Qué quiere decir con que *tomará* una decisión? ¿Quiere decir que no es seguro que nos vayan a deportar?

Después de una pausa, contestó:

—Lo más seguro es que sean deportados… —y dejó que las palabras se quedaran suspendidas en el aire—. Hay un… 95% de probabilidades.

Por primera vez, un funcionario turco nos estaba diciendo que era posible que no nos enviaran a casa. Yo no quería ni pensar en lo que eso podía significar. Me derrumbé en una de las literas sintiéndome abatido.

Burak y Melih se fueron y los guardias nos sacaron para que tomáramos algo de aire. Nosotros les seguimos en silencio. En vez de pasear en el patio, nos sentamos en un banco, callados y entristecidos. La última cosa que recuerdo es cómo mi visión fue estrechándose hasta desvanecerse. Sentí que la cabeza se me fue para atrás y todo se puso negro.

4. DESGARRADOS

TODO SE HABÍA DESVANECIDO. Toda mi fuerza se había ido. No podía ni hablar ni gritar para pedir ayuda. Me sentía impotente esforzándome en salir de esa niebla, desesperado por recobrar la consciencia.

Alguien estaba junto a mí. ¿Sería un guardia? Quise extender mi mano para tomar su brazo, pero no podía. Mi cuerpo me había dejado bloqueado. Oía a alguien gritar, pero calladamente, como si estuvieran en otra habitación. ¿Sería Norine?

—¡No voy a perderte! ¡Satanás! ¡No te lo puedes llevar!

Era Norine, cierto. Reconocí su voz. Yo intentaba regresar de cualquier cosa que me mantenía lejos de ella. Tenía que volver a ella, no podía irme. Y seguí luchando por no volver a perder la consciencia. Poco a poco, vi cómo los colores y las formas volvían gradualmente. Norine estaba junto a mí, todavía gritando e implorando que no me fuese, y un guardia estaba mirándome.

Podía ver el miedo en la cara de Norine.

Aunque me llevó algo de tiempo, finalmente pude respirar con más facilidad. No podía hablar, mi corazón latía con rapidez, aunque débil, pero al menos, había regresado. Al menos, podía ver a Norine otra vez.

Había estado inconsciente varios minutos y todavía me encontraba demasiado débil para caminar por mí mismo. Dos guardias me ayudaron a caminar a nuestra celda y, una vez allí, me eché en la litera, empapado en sudor, consumido, exhausto.

Burak entró y me miró antes de pronunciar el veredicto:

—No tiene buen aspecto. Vamos a llevarle al hospital.

—¡No! —Les dejé bien claro que eso no iba a suceder. Por muy débil que estuviera, seguía siendo consciente de los riesgos de estar separados. Una vez que nos separaran, ¿quién sabe si iban a dejarnos vernos otra vez? No quería que Norine se quedara sola en la celda—. ¡Tan solo déjenme dormir!

No sé cuánto tiempo Burak permaneció en la habitación, pero, al abrir los ojos, ya no estaba. Yo temblaba de frío, y Norine me dijo que le había pedido a un guardia que trajera un calentador, pero no funcionaba. Así que ella me cubrió con todas las mantas disponibles.

—No nos quejemos —dije yo—, no les demos ninguna razón para separarnos.

Burak regresó al poco tiempo. Esta vez, insistió más en llevarme al hospital.

—¡No quiero ir! ¡No necesito ir!
—Usted no decide eso.
Sabía que él tenía razón, pero estaba desesperado temiendo que nos separaran.
—Está bien, iré. Pero, por favor, permitan que mi esposa vaya conmigo.

Él negó con la cabeza:

—Para eso tendría que enviar a otros dos policías para custodiarla. No, va a tener que ir solo.

En pocos minutos me metieron en una patrulla. Estaba demasiado cansado como para protestar de que me hubieran puesto las esposas por primera vez en mi vida. Estaba demasiado débil para que me importara que me estuvieran tratando como un criminal. Aunque traté de mantenerme firme, finalmente acabé recostado sobre el hombro de uno de los policías junto a mí.

Ya en el hospital, la poca fuerza que tenía la utilicé para mantenerme de pie sin caerme, para responder a las personas cuando me hacían preguntas.

Nunca antes me había sentido tan enfermo ni tan débil, pero no quería darle a nadie ninguna razón para que me dejaran en el hospital más tiempo del estrictamente necesario.

Después de hacerme una resonancia magnética, me llevaron de nuevo al centro de detención, pero esta vez sin las esposas. Ya se habían dado cuenta de que no me encontraba en condiciones de resistirme de ninguna manera. En el hospital no me encontraron nada mal y tampoco me dieron ninguna explicación de lo que había sucedido.

Era ya muy tarde cuando entré a la celda y me dejaron solo, con Norine. Oír cómo cerraban la puerta fue extrañamente reconfortante para mí.

EL DÍA SIGUIENTE transcurrió difuminado entre un dormir a medias y un soñar despierto. Intenté comerme la comida que trajeron, pero no tenía hambre. Cuando recuperé parte de las fuerzas, traté de elaborar un horario para que pasar el tiempo se hiciera más aguantable.

Al principio, hablábamos mucho, sin embargo, a medida que los días avanzaban, cada vez teníamos menos cosas de qué hablar. Nos sentábamos en silencio, contentos de estar juntos, pero con una sensación cada vez más fuerte de temor. Sencillamente, no podíamos hablar con mucho gozo, o esperanza, o confianza sobre cosas que podían estar en peligro: nuestros hijos, nuestro ministerio, nuestro futuro.

Lo que nos quedaba era orar y caminar. Estos tiempos llegaron a ser nuestro enfoque y, mientras caminábamos en forma de óvalo, Norine estando a menudo delante de mí, juntos cantábamos alabanzas, tratábamos de recordar versículos y orábamos. También variábamos nuestra rutina, usando las mañanas para centrarnos en cosas por las que estábamos agradecidos, mientras que en las tardes a menudo orábamos por nuestros hijos y por la iglesia. Por la noche, intentábamos entrar en el estado anímico adecuado para poder dormir y, a veces, orábamos con las palabras del Salmo 23.

Estábamos en medio de una de nuestras sesiones matutinas cuando la puerta se abrió y un guardia nos dijo que Melih quería vernos. Estaba sentado

en su mesa cuando entramos. Encima de la mesa había unas cuantas prendas de vestir nuestras que habían traído de casa.

—Sus amigos han traído esto para ustedes. Llévenselo si quieren.

Empezamos a poner la ropa en una bolsa vacía que estaba en el suelo. Toda la ropa y los artículos de higiene eran bienvenidos, sin embargo, cuando vi mi Biblia mi corazón comenzó a latir con intensidad. La agarré fuertemente, contento de finalmente poder pasar tiempo leyendo las Escrituras. Pero, en el momento en el que la agarré, Melih me la arrebató.

—No —dijo mientras ponía la Biblia en una estantería detrás de él—. Esto no se lo vamos a dar.

Yo estaba realmente sorprendido:

—Nosotros somos cristianos. Deberían permitirnos tener nuestro libro sagrado. ¿Por qué no nos deja tenerlo?

Melih se encogió de hombros y dijo con desdén y crueldad:

—Solamente pueden usar los libros que nosotros les suministramos. Esa es mi norma aquí.

Al igual que sentía hambre desesperada por leer la Biblia, también podía sentir cómo la ira surgía de mí, aunque era consciente que estábamos a la merced de Melih.

—¡Por favor! —dijo Norine mucho más calmada que yo—. Es una Biblia en turco que fue impresa en Turquía. No tiene nada de ilegal.

Melih se sentó y se despidió de nosotros con la mano.

CAMBIARNOS DE ROPA fue un gran alivio. No solo olíamos mejor, Norine también descubrió que lavar la ropa del día anterior ayudaba a matar un par de horas cada mañana. Además, las tardes iban haciéndose cada vez más frías y necesitábamos más capas de ropa. Habíamos estado intentando cubrir la

ventana rota del baño con una bolsa de basura, pero eso no era suficiente para mantener el frío alejado.

Mi admiración por Norine aumentó. Yo había obtenido varios títulos en el seminario y un doctorado en Nuevo Testamento. Había estado predicando y enseñando durante muchos años. Sin embargo, Norine parecía ser la más fuerte en Isikkent. A lo largo de los años, yo había sido como la liebre, esprintando para después detenerme, pero ella era la tortuga, apartando cada día para orar y leer la Biblia sin importar lo ocupada o lo cansada que estuviera. Ahora contaba con un profundo depósito de tiempo con Dios del cual sacar fuerzas. El hecho de estar con ella me calmaba.

HABÍA UN TEMA de conversación con Norine que no me ayudaba a sentirme en calma o en paz: el estado de emergencia en el que estaba Turquía.

Tres meses antes, en julio, se había producido un intento fallido de golpe de Estado para derrocar al presidente Erdoğan. Aunque había sido totalmente inesperado, después del intento de golpe, Erdoğan parecía tener un plan bien claro en cuanto a cómo responder al mismo. Él declaró públicamente que el golpe de Estado había sido "un regalo de Dios". Impuso el estado de emergencia y comenzó a gobernar a base de decretos. Su control sobre los poderes del Estado era absoluto, y decenas de miles de personas habían sido detenidas y podían pasar años en prisión sin ser juzgadas. A menudo, oíamos historias de personas que, sencillamente, desaparecían.

Norine se encontraba en los Estados Unidos visitando a nuestros hijos cuando se produjo el intento de golpe de Estado, y yo también llegué con ella justo después del mismo. Nosotros no habíamos tenido ningún tipo de inconveniente en volver a Turquía en agosto ya que el golpe de Estado no tenía que ver nada con nosotros.

Ahora, nos preguntábamos hasta qué punto el estado de emergencia tenía que ver con el hecho de estar retenidos ahí, sin acceso a asistencia jurídica ni a visitas consulares. Esta era una Turquía diferente a la que habíamos conocido.

—ANDREW —dijo un policía un día cuando estábamos tomando aire en el patio—, todos queremos saber cuándo va a llegar el helicóptero.

Yo tuve que mirar la sonrisa burlona de su cara para darme cuenta de que estaba tratando de hacer una broma. Lo ignoré.

—Su país le ha olvidado, Andrew. ¿Cómo es eso?
—El problema no es *mi* país —le contesté yo—. El problema es *su* país.

A parte de este comentario, la mayoría de los guardias no fueron hostiles con nosotros durante nuestros días juntos en el centro de detención. Con algunos era más fácil hablar que con otros, y aquellos con los que hablábamos parecían estar genuinamente confundidos en cuanto a por qué todavía nos mantenían en ese lugar. Buscábamos oportunidades para hablarles de Jesús y orábamos por algunos de ellos, sabiendo que la mayoría de los turcos nunca han conocido a un cristiano.

LA MAYOR PARTE DEL TIEMPO me consolaba con la gracia y la paz que Norine mostraba. No obstante, cuando terminamos nuestra doceava sesión nocturna de oración, ya sentíamos una pesadez tangible sobre nosotros. Después de casi dos semanas de incertidumbre, estrés y lucha en oración, nuestras palabras ya se sentían débiles. Y la celda se llenó con los pensamientos de temor que venían a nuestras mentes.

Desde el principio, había temido el que me separaran de Norine. No había querido dar voz a esos pensamientos tenebrosos que había estado teniendo, como si el hecho de hablarlos en voz alta, de alguna forma, hiciera más probable que se hicieran realidad. Sin embargo, al final del doceavo día, ya no podía aguantar más.

—Norine, lo que más me aterra es que nos separen. No voy a saber qué va a estar pasándote. Y no sé cómo voy afrontar el estar solo, sin ti. No sabemos cuánto tiempo va a durar esto, o cómo va a terminar.

Norine me abrazó. El silencio se hizo largo. ¿Qué podía decir ella? Nos acostamos sobre los colchones que habíamos puesto sobre el suelo, abrazándonos.

NORINE NO ME LO DIJO en ese momento, pero, en realidad, ella temía que no pudiéramos salir de allí a corto plazo y trataba de mantenerse fuerte. ¿Era posible que, sencillamente, desapareciéramos en el sistema penitenciario turco tal y como les estaba ocurriendo a otros? ¿Íbamos a poder ver a nuestros hijos de nuevo? ¿No sería que Dios quería que estuviéramos en la cárcel para así compartir de Jesús a las personas que estaban allí? ¿Podría ser que la cosecha espiritual que Dios nos había mostrado para Turquía fuera a comenzar en la cárcel? Sin embargo, guardó sus pensamientos para sí misma, para que yo no me preocupara.

LOS DOS ESTUVIMOS CALLADOS al día siguiente. Estábamos sentados sobre un colchón, comiendo algo. Entonces, Norine sacudió la cabeza y me dijo con una media sonrisa:

—Lo siento. Hoy creo que he llegado al final de mí misma. Ya no tengo nada más que decir.

—Está bien. Ya hemos dicho todo. ¿Qué más podemos decir?

Esa mañana no paseamos ni oramos, como era ya nuestra costumbre. Sencillamente, nos quedamos sentados en el suelo mientras las horas pasaban.

—Estoy imaginándome simplemente sentada delante de Dios. Él está callado y yo estoy callada, pero Él sabe que estoy ahí —dijo Norine en un momento—. Puede que te ayude a ti también hacer lo mismo. No es necesario decirle nada. Tan solo siéntate en Su presencia. Y espera.

Y así seguimos tan callados cuando nos llevaron al patio por la tarde. Y nos sentamos en el banco. Norine le dio una patada a una piedra y exclamó:

—Este ha sido el día más difícil para mí. Ahora sí que estoy luchando.

Unos minutos después, volvió a hablar:

—¿Sabes qué día es hoy?

Yo me encogí de hombros.

—Es el cumpleaños de mi mamá —dijo Norine sonriendo tristemente. Su madre había muerto unos años antes.

La puerta del patio se abrió y una mujer policía entró con Burak. Yo no les habría prestado atención, sin embargo, estaba seguro que había oído pronunciar el nombre de Norine. Y en ese momento, sentí cómo la adrenalina me corría por todo el cuerpo.

La mujer se acercó hasta nosotros y dijo mirando a Norine:

—Vamos a soltarla a usted.
—Espere —dije yo—, ¿qué le van a hacer? ¿La van a deportar?
—No, tan solo es una orden para ponerla en libertad.

Yo miré a Norine. Ella parecía tan confundida como yo por lo que estaba pasando.

—Bueno, ¿puedo ir yo también? —pregunté.
—No. La vamos a llevar a ella al hospital para hacerle una revisión. Cuando regrese, podrá verla mientras recoge sus pertenencias. Después, se irá.

Y, en un minuto, Norine se había ido.

A mí me llevaron a la celda y me encerraron solo, por primera vez. Empecé a caminar. Me sentía aliviado por ella, feliz de que, finalmente, la fueran a poner en libertad, contento de que, finalmente, alguien ahí fuera iba a poder luchar. Pero también me sentía aterrado. Mi garganta se cerraba y mi corazón palpitaba. ¿Cómo iba a enfrentarme ahora cuando aquello que había estado temiendo todo ese tiempo estaba a punto de suceder?

Todo en la celda se veía extraño.

Después de retomar algo la compostura, oré desesperadamente y tomé la resolución de dedicar este tiempo a Dios, cantar canciones de alabanza, enfocarme en confiar y en aferrarme a Dios. Quería tomar buenas decisiones. Quería atravesar todo lo que pudiera venir de la mejor manera.

También sabía que necesitaba pensar con claridad y no paralizarme por el temor. Así que, aunque mi respiración era frágil y me temblaban las manos, saqué de la bolsa de basura algunos platos de poliestireno de los que habíamos comido y usé mis uñas para escribir con arañazos nuestras cuentas online, así como una lista de personas en las que podía pensar y que podrían ser capaces de sacarme de ahí.

La cerradura se abrió y por la puerta entró Norine.

—Tiene diez minutos para guardar lo que necesite —dijo el guardia—. Y después, se pueden despedir.

Esos minutos pasaron más rápido de lo normal. Tenía bastantes cosas que decir, pero no tenía tiempo para decirlas.

—¡Pelea por mí! —dije mientras el guardia la guiaba a la puerta—. ¡Pelea por mí!

Los guardias me permitieron ir con Norine hasta la oficina. Burak estaba esperando ahí y, mientras le hacían la ficha de salida y la hacían firmar unos papeles, dividimos sus cosas de las mías. Cuando empezaron a llevársela, Norine se giró para discutir con Burak:

—Espere, yo quiero quedarme con mi esposo. ¡Por favor, deje que me quede!

—No, eso es imposible. Tiene que irse — le contestó Burak.

—¿Por qué no puedo quedarme? No quiero dejarlo. Déjeme quedarme con él.

Burak la ignoró e hizo un movimiento con la cabeza para que los guardias la sacaran. Antes de que saliera por la puerta, nos abrazamos por última vez.

Escuchar las palabras que ella dijo significó mucho para mí. Yo sabía lo que le había costado arriesgarse para que no la liberaran. Cuando había estado tan deprimida ese día y la noche anterior, la opción de quedarse conmigo resultaba durísima. Pero también yo sabía que ellos no iban a prestar atención a nada de lo que ella había dicho.

—¡Te amo! —grité mientras los guardias me conducían a mi celda escaleras abajo—. ¡Sigue luchando, Norine!

—Tú bien sabes que voy a remover cielo y tierra por ti.

La puerta se cerró con estruendo y echaron el cerrojo. Estaba completamente solo. Corrí a la ventana y miré por los barrotes. Podía verla en la calle, y la saludé con la mano por última vez.

Y después, se fue.

TRAS RETIRARME de la ventana, volví a hacer nuestra rutina de cantar, orar y recitar la Escritura, tratando de convencerme a mí mismo de que esto no era tan diferente después de todo. Me metí en la cama temiendo la larga noche.

Tuvo que haber sido medianoche cuando oí pasos fuera, en el pasillo. En vez de la rutina habitual en la que la ventanilla se abría y un guardia alumbraba con una linterna, la cerradura sonó, la puerta se abrió y, de repente, la habitación se llenó de luz.

—Recoja sus cosas —me dijo el guardia—. Se va a ir.

—¿Me van a deportar? —contesté sintiendo un suspiro de esperanza dentro de mí.

—No lo sé. Lo único que sé es que va a salir de aquí ahora mismo.

Burak estaba esperándome en su oficina. Se veía cansado, con el semblante diciendo que no tenía ganas de discutir:

—Acabamos de recibir una orden para llevarle a otro centro. Vamos.

Y lo seguí, caminando hacia lo incierto.

PARTE 2

5. SOLO

A ELLOS LES GUSTA TRANSPORTARLE A UNO DE NOCHE. Cuando las carreteras están silenciosas y oscuras es cuando las autoridades te trasladan. Así resulta más intimidante.

Yo, más que asustado, estaba entumecido. Algunas veces, cuando me pasan cosas malas, hay una parte de mí que se bloquea y es casi como si fuera un mero observador, sentado fuera y viéndome a mí mismo desde la distancia.

Al principio, traté de estar al tanto de la ruta que estábamos tomando, sin embargo, conforme fuimos alejándonos de las luces de la ciudad y adentrándonos a la oscuridad de las montañas, me rendí. Todo lo que podía hacer era sentarme y orar para que, de alguna manera, Norine pudiera encontrarme.

Antes de salir de Isikkent, Burak había hecho que me llevaran a su oficina. Y mencionó un nombre que yo nunca antes había oído, un centro de deportación llamado Harmandali, y me dijo que había recibido una orden para que me transfirieran allí inmediatamente. Se sentía molesto porque le estaba haciendo perderse el partido de fútbol que pasaban en la televisión.

—¿Y qué pasa con mi esposa? ¿Alguien le informará? ¡Por favor, ella lo tiene que saber!

Burak siempre se había mostrado menos frío que Melih. Pero, cuando le imploré que se pusiera en contacto con Norine, no prestó ninguna atención a mis palabras y me despidió.

Una hora después, el vehículo aminoró la velocidad y salimos de la carretera. De repente, reconocí el lugar donde nos encontrábamos al pasar por el departamento de unos amigos turcos muy cercanos pertenecientes a la

iglesia. Había comido allí en varias ocasiones. Pero ahora estaba pasando por allí en el silencio de la noche, tan cerca, pero al mismo tiempo ellos no tenían ni idea.

Después, transitamos por otra carretera pequeña llena de baches durante unos cuantos kilómetros. Estaba demasiado oscuro como para ver con claridad el edificio a la distancia, pero, cuando finalmente nos detuvimos, pude ver unas puertas metálicas, una caseta de seguridad y un puñado de policías esperando.

Una vez dentro, después de que me hicieran pasar por un puesto de seguridad como el de los aeropuertos, un grupo de guardias volcaron el contenido de mi mochila en una mesa. Cuando un hombre canoso entró, de repente, todos se pusieron firmes. Todo lo que decía el hombre mayor lo hacía con una especie de ladrido ruidoso:

—¡No le den eso! —Exclamó señalando mi reloj—. ¡Ni tampoco eso! —añadió refiriéndose a mis lentes.

Cuando los guardias vieron la pequeña cruz de plástico que Norine me había dejado en Isikkent, los ojos del hombre mayor se abrieron como ventanas.

—¡Quítale eso! ¡No le den nada!

Acto seguido, me condujeron en silencio a una habitación que se encontraba en un nivel más abajo. Una vez que cerraron con llave la puerta metálica, miré a mi alrededor. Había tres literas, pero ninguna persona en ellas. Había sábanas sucias, pero no había mantas. Un inodoro de estilo occidental pero que no tenía agua. Una ventana con barrotes.

Sin ningún aviso, las luces se apagaron.

Con la luz de la farola de la calle apenas podía deambular por la celda. Después de unos minutos, me rendí en mi intento por encontrar el interruptor de la luz, agarré todas las almohadas que había y me eché en una de las

camas. Aunque mi cuerpo temblaba de frío y mis ojos estaban abiertos, interiormente estaba adormecido. De hecho, me sentí así desde que salí de Isikkent.

Tumbado en silencio, una ráfaga de preguntas bombardeó mi mente como si fuera una plaga de langostas.

¿Norine podrá encontrarme aquí?
¿Qué sucederá si no me encuentra?
¿Qué me pasará si la deportan?
¿Qué pasará conmigo si no me deportan?

Intenté bloquear todas esas preguntas. Traté de distraerme, de orar y recordar canciones que habíamos cantado juntos en Isikkent. Pero no había manera. Lo único que podía hacer era inhalar el olor de Norine que todavía permanecía impregnado en mi ropa, y esperar.

LAS LUCES SE ENCENDIERON temprano a la mañana siguiente. Algunos de los guardias estaban golpeando la puerta, gritando que era tiempo para que me levantara. Minutos después, la puerta se abrió de golpe. Un hombre bajito, pero fortachón, me gritó:

—¡Salga de aquí! ¿Qué espera? ¿Por qué no está listo?

—Por favor —le dije levantando mis manos—. Deje de gritarme. Yo no sé ninguna de las normas. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—¡Vamos, fuera!

Fuera de mi habitación – de mi celda – había varios guardias. No tenía ni idea por qué era necesario que hubiera tantos, pero todos me escoltaron por el pasillo hasta la habitación donde había un té turco y pan sobre una mesa. Uno de los guardias señaló con la cabeza a la comida y exclamó:

—¿Quiere comer aquí o prefiere comer en su celda?

Yo estaba tan estresado que ni siquiera podía pensar en comer. Así que les dije que no tenía hambre. A los pocos segundos, ya estaba en mi celda. Cerraron la puerta con fuerza y la cerraron con llave. Estaba solo.

La ventana estaba lo suficientemente baja como para poder mirar al exterior, pero la vista no se asemejaba nada a la que había tenido en Isikkent. Allá por lo menos había calles, autos y, de vez en cuando, una persona a la que mirar. En Harmandali no había nada más que maleza, un edificio al pie de unos montes cuya construcción se había detenido y, muy, muy lejos, se podía entrever la línea del mar.

Nunca me había sentido tan lejos de Norine.

Miraba por la ventana buscando alguna señal de vida o alguna actividad que pudiera distraer mi mente, pero no había nada para ver. Así pasaba las horas, mirando, pero no sucedía nada.

Estaba en medio de la nada. Y estaba en aislamiento.

A MEDIDA QUE EL DÍA TRANSCURRÍA, el reto de mantener mi ansiedad bajo control se hacía cada vez más difícil. Justo antes de que Norine se fuera, habíamos convenido que siempre iba a colgar una prenda específica de ropa en la ventana de mi celda para que ella supiera que yo estaba todavía allí. Pensar que ella fuera y viera la ventana sola me destrozaba.

De vez en cuando, oía ruido en el pasillo - guardias gritando, puertas cerrándose – y mi corazón se aceleraba. Me quedaba viendo la puerta preparándome para cuando se abriera, o aguantaba la respiración hasta el momento en el que estaba seguro que los guardias se habían ido.

Recordaba el pensamiento de que era el tiempo de ir a casa. En apenas dos semanas, había pasado de llorar porque *tenía* que salir de Turquía a llorar porque *no podía* salir. Había pasado de pedir que nos dejaran quedarnos en Turquía a implorar que nos permitieran salir.

Pensaba en todo lo que habíamos estado haciendo en Turquía y en el precio que estaba pagando.
Pensaba en mis hijos.
Pensaba en mi esposa.

Pensaba en una canción que no había escuchado en años: "*Driving Home for Christmas*" [Conduciendo a casa por Navidad], de Chris Rea. En mi mente sonaba el estribillo interminables veces. Sentía que la canción se estaba burlando, se estaba riendo de mí. ¿En realidad me iban a retener ahí hasta Navidad? ¿Iba a tener que permanecer encerrado otras nueve semanas en aislamiento? ¿Podría aguantarlo?

No tenía control sobre las cosas que mi mente pensaba y el pánico que sentía se hacía más insoportable.

En la hora de la comida la puerta se abría y me daban los alimentos. Ya no me sacaban de la celda como antes, sino que me traían el plato de poliestireno.

—Usted es prisionero de alta seguridad —me dijo el guardia—. No puede salir de aquí.

¿Alta seguridad? ¿Por qué me consideraban de alta seguridad? No importaba dónde me alimentaran, no podía comer. El estómago se me había cerrado, al igual que la garganta.

Lo mismo ocurría con el sueño. Aunque sabía que mi cuerpo lo necesitaba, no podía dormir. A lo largo de la tarde, trataba de acostarme y cerrar los ojos. Pero, cada vez que parecía que me iba a dormir, una ráfaga de adrenalina me despertaba de golpe y mi corazón volvía a latir con rapidez.

La celda ya era una tortura en sí misma. Tan solo estaba yo y una cama. No tenía una silla, y no me podía sentar con facilidad en la litera porque era muy bajita. Por eso, o me acostaba sobre la cama, o me quedaba de pie o caminaba. No se podía hacer nada: ni leer, ni escribir, ni hablar con nadie. Tan solo eso era suficiente para volverme loco. Sin embargo, con el peso añadido del miedo, era abrumador.

Trozo a trozo, podía sentir cómo me desintegraba.

En los momentos en los que era capaz de pensar con claridad, me forzaba a centrarme en una sola pregunta: ¿Qué voy a hacer para evitar volverme loco? Temía que, si dejaba mi mente vagar demasiado lejos, el pánico absoluto me controlaría y me derrumbaría por completo.

Caminaba por la celda orando, obligándome a enfocarme en Dios para así no perder el control. Por primera vez, me di cuenta de que estaba en manos de un poder espiritual aterrador y malévolo. Esto me producía un miedo que me consumía y que me congelaba el corazón. Me sentía débil e indefenso, un hombre solitario cautivo por una fuerza enorme y oscura.

A lo largo de ese día, cada vez más me daba cuenta, con mucho dolor, que todo esto era muy, muy serio. Quizá nunca me iban a dejar salir.

EN ALGÚN MOMENTO DE LA TARDE de mi primer día en Harmandali, un guardia me dijo que tenía una visita. La esperanza surgió dentro de mí. Me levanté de un salto.

—¿Quién es? ¿Es mi esposa?
—No lo sé. Pero tiene que venir conmigo ahora mismo —me dijo.

Norine estaba en el mismo lugar donde yo había tenido que pasar por el control de seguridad.

Tan pronto como la abracé, comencé a llorar. Traté con dificultad de inhalar aire suficiente para finalmente poder hablar:

—Mira lo que me han hecho, Norine, mírame.
—Está bien, mi amor. Te he encontrado. Estoy aquí. Pero no tenemos mucho tiempo, así que ahora tienes que escucharme —me dijo abrazándome con más fuerza.

Todo el tiempo que había pasado en mi celda había estado esforzándome para hacer que, de alguna forma, el tiempo pasara más rápido. Ahora, con mi cabeza reposando en el hombro de mi esposa, inhalando el perfume de su pelo, rogaba que el tiempo se detuviera.

—Desde que salí, he estado hablando con personas constantemente. Tus padres me pusieron en contacto con un grupo especializado en este tipo de casos y que luchan por cristianos que han sido encarcelados en Medio Oriente. Son muy buenos y dicen que ya están pidiendo a líderes políticos de todo el mundo que discretamente se pongan en contacto con el gobierno de Turquía. Van a ayudarnos a sacarte de aquí. Y quizá por eso te han transferido aquí. Este es el lugar desde el que deportan a la mayor parte de las personas.

Escuchar la voz de Norine, sentir sus brazos alrededor de mis hombros y saber que estaba luchando por mí, me calmó.

Pero, entonces, todo llegó a su fin. Un guardia nos separó. La puerta a la libertad estaba en frente de mis ojos, pero solamente Norine podía pasar por ella. Por un breve momento, me pasó por la mente la idea de zafarme del guardia y salir corriendo. ¿Pero adónde iba a ir? Me detendrían inmediatamente.

Me sacaron de allí y, un minuto después, ya estaba de vuelta en mi celda.

Solo.

6. AGUANTANDO

NO SOLO ESTOY LLORANDO, ESTOY SOLLOZANDO.

Estoy de pie frente a una puerta de madera maciza con barrotes de metal en la ventana. Aunque no estuviera cerrada con llave, no tendría fuerza suficiente para abrirla. Tengo cinco años, quizá seis, pero sé tres cosas con total seguridad. Sé que la razón por la que estoy siendo hostigado es porque soy el único extranjero en la escuela. Sé que, tarde o temprano, el director se va a cansar de escucharme llorar y va a ceder a mi exigencia de llamar a mis padres y pedirles que vengan a recogerme. Y sé que mis padres van a decir que no.

Después de que me trasladaron a Harmandali, comenzaron a aflorar memorias de mis primeros años en México. Mis padres habían ido allí como misioneros justo después de que yo naciera. Como parte de su ministerio, cada año recibían a unos veinte jóvenes mexicanos para que vivieran en nuestra casa mientras terminaban sus estudios de secundaria. Era como una familia extendida grande, muy grande, ya que yo también era el mayor de siete hermanos. Al mismo tiempo, el hecho de ser los únicos estadounidenses en una localidad pequeña atraía mucha atención negativa hacia mí siendo un niño pequeño. Durante gran parte de mis primeros años de vida, fui un forastero. Como si fuese sal sobre una herida, esas memorias de mi infancia intensificaban el dolor que sentía en Harmandali.

PERO ESOS NO ERAN LOS PENSAMIENTOS que más me preocupaban. El único contacto que tenía era con los guardias. Algunos hablaban más que otros. Haciéndoles preguntas, fui dándome cuenta que Harmandali era principalmente el hogar de refugiados y de personas indocumentadas de otros países. La mayoría eran afganos, paquistaníes y africanos. Todos estaban esperando a ser deportados. Se les permitía salir tres veces al día para comer y para ir al patio para tomar algo de aire y para fumar.

Lo que más me frustraba era que todas las personas encarceladas en Harmandali eran libres de irse en cualquier momento. Tan solo tenían que estar de acuerdo en que las deportaran y listo, los llevaban al aeropuerto para regresar a sus países en el siguiente avión. No obstante, pocos lo hacían. Todos querían quedarse en Turquía o, al menos, proseguir hacia un país mejor que aquel del que habían huido.

Pero yo no. Yo era la única persona allí que no podía salir.

Incluso los guardias estaban perplejos. Esto nunca antes le había pasado a ningún estadounidense anteriormente. Además, había otra cosa distinta en *mi* caso, y ninguno de los funcionarios que trabajaban ahí quería suministrarme la más mínima información sobre lo que estaba pasando, en el caso de que supieran algo. Todos, desde los guardias en la puerta hasta el director, parecían seguir nerviosamente las órdenes estrictas que habían recibido respecto a mí. Estaba claro que Ankara estaba tomando todas las decisiones, las grandes y las pequeñas.

PASABA HORAS CADA DÍA mirando por la ventana. Me daba la impresión de que las celdas al otro lado del pasillo daban al patio en el que la gente paseaba y charlaba, pero estaba contento de poder ver la fachada principal del edificio. Así podía estar atento por si veía a Norine. Ver que nuestra camioneta estaba allí me hacía comprender que ella estaba todavía en el país, y que yo no estaba completamente solo.

Ella venía todos los días. Tan pronto como amanecía, me encaramaba a la ventana cual centinela, con los ojos fijos en el horizonte, en el lugar donde ella aparecería por lo alto de una colina recorriendo el camino angosto que conducía al estacionamiento del centro de detención. Podía ver cuando la camioneta subía la última colina para, después, desaparecer de mi vista.

A Norine no siempre le permitían verme. Y yo esperaba, a veces hasta dos horas seguidas, esperando con impaciencia que mi puerta se abriera y que un guardia me dijera que tenía una visita.

La mayoría de los días, mi puerta permanecía silenciosa y cerrada. Cuando no le permitían entrar, Norine conducía a un lugar más allá del valle y se detenía por unos instantes. Entonces ella – y usualmente otras personas de la iglesia – se bajaban. Como no tenía mis lentes, solamente podía distinguir la silueta de las personas, pero sabía que estaban orando por mí. Y yo seguía mirando por la ventana hasta que la camioneta se alejaba lentamente. Aunque me dolía no poder verla ni abrazarla, al menos sabía que estaba a salvo y todavía libre. ¡Cuánto deseaba poder estar en esa camioneta, yéndome con ella!

Un día, justo cuando ya había perdido toda esperanza de que me dejaran verla, la puerta se abrió. Un guardia estaba sosteniendo un pedazo de papel, haciendo señales para que fuera y lo agarrara.

Era una nota de Norine.

"*No siempre me permiten entrar y verte, pero me han dicho que puedo hacerte llegar esta nota. Sigo siendo esa viuda persistente, y hay muchos nuevos amigos a los que les importas. Yo conduzco aquí y trato de visitarte cada día. No pierdas la esperanza mi amor. N"*

Eso era como estar sosteniendo una obra de arte de incalculable valor. No paraba de leerlo y de volverlo a leer. *Sé esa viuda persistente…* eso es lo que yo le dije a Norine la noche en que la pusieron en libertad. Jesús contó la historia de un juez injusto que insistía en denegar la petición que le hacía una mujer viuda. Sin embargo, fue tan insistente que, finalmente, cedió. Y yo sabía que Norine estaba insistiendo a mi favor.

Así que me convertí en un centinela. Pasaba horas enteras cada día de pie, mirando, y eso me producía una especie de consuelo. Ella siempre venía, y la anticipación de ver la camioneta aproximarse siempre hacía que mi corazón se pusiera tan vehemente como nuestro pastor alemán, jalando la correa con fuerza para llegar hasta Norine.

Pero entonces, un día, no vino.

Inmediatamente, pensé lo peor. *¿Qué le ha pasado a Norine? ¿La han vuelto a arrestar? ¿La han deportado? ¿Ha tenido un accidente?*

Me sentía desarmado. Todo lo que había ganado viendo a Norine, todo el consuelo que había encontrado en mi rutina, se esfumó. El pánico me invadió. Me costaba respirar, mi corazón palpitaba con fuerza, y mi mente daba vueltas sin parar. ¿Cómo iba a poder continuar si ahora estaba completamente solo?

En ese estado me quedé dos días. Aislado casi completamente de todo contacto con seres humanos, privado de sueño y de descanso para mi cuerpo y para mi mente, nunca me había sentido tan débil e indefenso. Oraba por ella de día y de noche. Solo fue cuando vi la camioneta aparecer por la colina al tercer día cuando el temor disminuyó.

Estaba tan agradecido de saber que ella estaba fuera que ni siquiera pensé que le fueran a permitir hacerme llegar una nota, ni mucho menos que me pudiera visitar. Sin embargo, a los pocos minutos de su llegada, un guardia estaba a mi puerta anunciándome que tenía una visita. Rápidamente, tomé el plato de poliestireno en el que había "escrito" unas anotaciones para mi próxima visita.

Como no tenía ni bolígrafo ni papel, había empezado a guardar mis platos de poliestireno que no estaban demasiado sucios y usaba mis largas uñas para escribir palabras: listas de oración, fragmentos de versículos, preguntas para hacer a Norine, cosas de ánimo que ella había dicho… para que no las olvidara y para poder leerlas una y otra vez.

En cuanto a las uñas de mis manos, estaban largas porque los guardias no me permitían cortármelas.

TRATÉ DE CONTROLAR MIS EMOCIONES casi todo el tiempo: *Enfócate, aguanta, no pierdas el control…*No obstante, cuando vi a Norine, la persona que me amaba y que me consolaba, mis defensas se desmoronaron y mis emociones se derramaron. No podía evitarlo. Además, después del miedo de esos dos últimos días, el sentimiento era todavía más intenso.

Tanto Norine como yo sabíamos que teníamos poco tiempo, así que hablamos rápido. Ella me dijo que el abogado le había aconsejado que se mantuviera alejada durante un par de días, razón por la cual no me había visitado.

—¿Qué hay de tu visado? ¿Va todo bien?

Norine evitó contestar mi pregunta y se limitó a contarme que ahora había dos grupos que estaban abogando por mí: Middle East Concern (MEC) y ACLJ (el Centro Americano para la Ley y la Justicia), con base en Washington, DC.

—MEC quiere mantener las cosas en silencio —dijo Norine—. Quieren seguir adelante escribiendo cartas para así presionar a los líderes turcos. Probablemente, eso es lo mejor que se puede hacer mientras esperamos las elecciones presidenciales en Estados Unidos.

Nuestro tiempo se estaba agotando.

Yo había ideado un plan para comunicarnos en los días en los que Norine no pudiera entrar para visitarme. Si ella o nuestros amigos se estacionaban en la primera vereda en el valle, significaba que todo iba bien. Si lo hacían en la segunda, entonces había algún problema. Le ayudé a saber cuál era mi ventana diciéndole que iba a colgar ahí una prenda en particular para que supiera que yo todavía estaba allí, que no me habían transferido.

Eso significó un gran alivio para ella.

—Andrew, la semana pasada, mientras esperaba que me dieran permiso para verte, un hombre gritó desde una de las ventanas, y lo hizo en inglés. En su voz había desesperación. Unos minutos después, un vehículo policial salió por la puerta y se fue. Traté de ver si eras tú quien estaba en la parte trasera, pero no pude. Estaba muy nerviosa porque no me habían dado permiso de visitarte y comprobar si todavía estabas aquí o no.

Ese suceso la había dejado conmocionada. Después, todos los días, siempre venía con el temor de que yo hubiera desaparecido en el sistema, y no se relajaba hasta que veía la camiseta en la ventana.

La visita terminó demasiado pronto. Volví a mi celda y observé la camioneta traqueteando por el camino para, después, detenerse donde ella dijo que lo haría. Nuestro ensayo había funcionado. Ya lo teníamos.

LA PRIMERA SEMANA llevó a la segunda, y todavía seguía encarcelado en mi celda todo el día. Me obligaba a comer, a modo de disciplina para Dios. Había rechazado la posibilidad que me brindaron de que me sacaran al patio para tomar aire. ¿Para qué? Como estaba recluido con alta seguridad, yo era la única persona allí, es decir, como si estuviera solo en mi celda.

Aunque el centro de detención era un edificio moderno, a menudo cortaban el agua. Cada día me daban una botella de agua de medio litro en la comida y en la cena. Aprendí a conservar estas botellas y a llenarlas cuando volvía el agua a los grifos. Pronto logré coleccionar suficientes botellas para una ducha rápida. Y, cuando el pequeño radiador estaba encendido, ponía las botellas junto a él durante la noche para que el agua estuviera un poco menos fría.

AL FINAL DE LA SEGUNDA SEMANA, recibí el mayor de los ánimos durante mi tiempo en Harmandali, hasta entonces.

Empezó cuando me dirigí a la zona de visitas. Norine estaba esperándome allí, lista para darme un abrazo. Además, no estaba sola. Junto a ella estaban dos queridos amigos de la iglesia, dos coreanos que estaban viviendo en Turquía. Aunque me sorprendió mucho verles, Norine me miró de tal forma que entendiera que tenía que hacer como si eso fuese lo más normal del mundo.

Hablamos y oramos. En un momento dado, cuando Norine me dio otro abrazo, me susurró que los guardias habían permitido entrar a nuestros amigos porque pensaron que habían venido desde Corea para verme.

Me habían traído un poco de *kimbap*, una comida coreana en un rollo de sushi que a mí me encanta.

—Han puesto tu favorito ahí —dijo Norine señalando el interior de la bolsa donde había una capa de papel al fondo. Por debajo, podía apenas ver los trazos de algo escrito. De nuevo, Norine volvió a mirarme de la misma forma que antes, *como si no pasara nada*, y, después de despedirnos, me fui rápidamente a mi celda, esperando vehementemente que se me permitiera guardar la bolsa.

Y sí me lo permitieron. Tan pronto como cerraron la puerta, levanté cuidadosamente el *kimbap*. Escondido en el fondo había un libro fino que a penas tenía cuarenta páginas titulado *Oraciones para Fortalecer su Hombre Interior*, escrito por Mike Bickle.

En ese mismo instante, me di cuenta de que ese libro era más precioso que el oro para mí. Era vida. Finalmente, tenía a mi disposición algunos versículos de la Biblia que podía leer, algunas oraciones que podía orar cuando mis palabras y pensamientos estaban demasiado empañados por el miedo. Ahora tenía algo en torno a lo que podía elaborar mi día, y comencé a pasar horas y horas cada tarde y cada noche paseando desde la puerta hasta la ventana y viceversa, recitando los versículos y permitiendo que el libro inspirara mis oraciones. Cuando no estaba sosteniéndolo (siempre dando la espalda a la puerta) escondía el libro en mi pila de ropa esperando que, en alguna de las inspecciones regulares e inesperadas que hacían de la celda, el guardia no estuviera demasiado interesado en mirar mi ropa interior.

YO NECESITABA TODA LA AYUDA que pudiera obtener. Conforme los días pasaban y los efectos del escaso sueño y del poco contacto humano se acumulaban, se me hacía cada vez más difícil mantenerme tranquilo. Por mucho que caminaba, que oraba y que meditaba en las páginas de mi librito, me daba cuenta de que estaba deslizándome.

Las escenas de mis años en México volvieron a mi mente. Esos días en el jardín de niños no eran los únicos malos recuerdos de ese tiempo. Nosotros éramos la única familia estadounidense en la ciudad y, peor todavía, también

era un hijo de misioneros, lo cual me convertía doblemente en un blanco. Cuando estaba en la secundaria, a menudo tuve encuentros desagradables con grupos de jóvenes, incluso hombres de unos veinte años, que se reían de mí, me gritaban y me arrojaban todo lo que encontraban en ese momento, mientras yo corría despavorido.

Vivía con miedo, pero mi mamá siempre decía que los problemas con los que me encontraba en la calle me estaban haciendo más fuerte. Y tenía razón. Me estaban haciendo más fuerte, pero en el sentido de que mi corazón se estaba endureciendo. Y, peor que eso fue lo que esos problemas ocasionaron en mi manera de ver a Dios. Empecé a creer que podía esperar que Dios me pusiera en circunstancias difíciles precisamente para hacerme fuerte.

En poco tiempo, empecé a ver los paralelismos entre México y Harmandali. Yo era un extranjero en ambos sitios. Estaba aislado. Estaba encerrado. Se me mantenía apartado de mi familia. Y la figura de autoridad que podía salvarme – en este caso no eran mis padres, sino Dios – estaba usando el dolor y el temor de la experiencia para endurecerme.

TENDIDO EN LA CAMA, en medio de la oscuridad, trataba de silenciar todos estos pensamientos cuando, una noche, oí pasos en el pasillo. Mi luz se encendió. Nunca pasa nada bueno en estos lugares de noche.

Contuve la respiración.

La puerta se abrió.

—Recoja todas sus cosas —dijo uno de los dos guardias que entraron—. Vamos a trasladarle.

—¡No, por favor! —les imploré—. ¡No me trasladen!

Mis palabras eran débiles. No tenía ningún control de la situación. Todo lo que podía hacer era lo que ellos me decían. Recogí mi ropa, desesperado para que el libro permaneciera escondido en mi ropa interior. Les seguí a otra habitación en un piso superior. Era casi idéntica a la mía, una celda exterior con una ventana que daba al estacionamiento, a las colinas y a la pequeña

carretera por la que Norine solía venir. Pero esta era mejor. Había un interruptor de la luz en la pared, y la vista me permitía ver la oficina de seguridad por donde entraba Norine.

¿Me habrían subido de categoría? Comencé a limpiar la habitación y a hacer la cama. Una hora después, lo mismo sucedió. Pasos fuera en el pasillo. La puerta se abrió y los guardias me dijeron que me levantara y saliera.

Esta vez, me llevaron a mi antigua celda. Mi confusión era todavía mayor, pero no había tiempo para preguntas. A penas tuve tiempo para sentarme y habituarme a la oscuridad.

Una vez más, la puerta se abrió. De nuevo, me condujeron por el pasillo, escaleras arriba. De nuevo, me encontraba frente a una puerta esperando a que el guardia encontrara la llave correcta para abrir la puerta. Sin embargo, en esta ocasión, la celda no estaba al lado del edificio que daba a la fachada principal. Era una celda interior que daba al patio.

El corazón se me encogió. Ya no iba a poder ver a Norine. Ya no podría saber si todavía estaba en el país. Ya no iba a recibir el ánimo de verla estacionarse en el valle, sabiendo que estaba ahí por mí. Ahora me encontraba todavía más aislado.

El guardia principal estaba en el pasillo. Le imploré que me permitiera quedarme en mi antigua celda, pero me ignoró. No había nada que pudiera hacer más que entrar en la celda y oír cómo cerraban la puerta detrás de mí.

Me eché en la cama, temblando, susurrando la pregunta que provenía del dolor tan profundo que sentía dentro de mí:

—¿Dónde está mi Padre amoroso?

Y pensaba que conocía la respuesta – que Dios, sencillamente, quería hacerme todavía un poco más fuerte. Ese era un pensamiento aterrador. ¿Cuánto más necesitaba endurecerme? ¿Cuánto más tenían que empeorar las cosas antes de que Dios viniera a rescatarme?

7. TAN SOLO RESPIRA

ESTABA ACOSTADO Y DESPIERTO LA MAÑANA DEL 4 DE NOVIEMBRE DE 2016, viendo cómo la luz gris del día invadía lentamente la habitación.

Me sentía más aislado que nunca. Aunque esta celda tenía un interruptor de luz y el inodoro funcionaba, eso ya no me importaba. Literalmente, me sentía enfermo. Finalmente, me levanté y me arrastré por la habitación hasta llegar al espejo. Me puse frente a él y me quedé mirando al hombre desaliñado y sin rasurar que me miraba. Se veía tan triste y salvaje que tuve que retirarme.

A los pocos minutos, un guardia estaba golpeando la puerta. Cuando la abrió, miré por el pasillo y vi a un grupo de unas cincuenta o sesenta personas amontonadas y esperando para ir a desayunar. Yo rehusé ir. No tenía el ánimo para salir de la celda. Sin embargo, cuando vino la hora del almuerzo, me esforcé para ir con ellos y me senté en una silla en una mesa vacía, ignorando las miradas de perplejidad de unas cuantas personas.

Entre el interruptor de la luz, el espejo y la cena en comunidad, llegué a la conclusión de que me habían trasladado a una zona para personas de menor riesgo, pero no podía entender por qué. Al menos, no pude hasta que, más tarde, ese mismo día, me llevaron de mi celda a la sala de visitas donde pude ver a Robert, el funcionario consular.

—Siento mucho que me haya llevado tanto tiempo poder verle, Andrew. Acaban de darme permiso para poder visitarle.

Me sentía aliviado de verle. Durante mi primera semana en Harmandali, un funcionario me había presionado para que firmara un documento diciendo que no quería verme con ningún oficial estadounidense. Yo me negué.

Después de un par de llamadas telefónicas a unos superiores, intentó volver a persuadirme. Y eso me indignó:

—Su gobierno ya me engañó una vez. No voy a confiar en ustedes otra vez. ¿Por qué iba a firmar algo así? Eso solamente demuestra cuáles son sus verdaderas intenciones.

Burak y Melih me habían engañado en Isikkent haciéndome creer que solamente viéndonos con un abogado haría que nos quedáramos allí meses. El papel que querían que firmara y que decía que no quería que un abogado apelara mi deportación ahora lo estaban usando para impedir que recibiera cualquier ayuda legal para apelar mi detención. Y, después de eso, no iba a firmar ningún papel.

Le di las gracias a Robert, pero le dije que estaba confundido por lo que estaba sucediendo.

—No sé por qué estoy aquí o qué es lo que están haciendo —le dije haciendo esfuerzos para que mi voz no se viera sobrepasada por mis emociones.

Estaba a punto de responder cuando se abrió la puerta. Un policía entró, seguido por un hombre que daba la impresión de ser cuidadoso y reservado. Este se presentó como Hasan y explicó que era el jefe administrador.

Robert me echó una mirada que me decía que debía dejarle hablar a él por el momento. Le escuché pedirles que me devolvieran los lentes y, también, que me dieran unos libros, un bolígrafo y algo de papel que Norine había enviado.

El policía contestó con cierta tensión:

—Tendremos que preguntar a Ankara.

Yo sentía que la oportunidad se estaba escapando, pero Hasan contestó:

—Está bien, no hay problema. — Y alargó su mano para tomar los dos libros que Robert había traído, los ojeó rápidamente y asintió con la cabeza—. Puede quedarse con los libros. No es importante.

Yo no podía dejar de fijarme en mi Biblia. Como un hombre hambriento en un banquete, quería tomar todo lo que mis manos pudieran agarrar.

—Por favor —dije de golpe—, realmente quiero volver al otro lado del edificio. Es bueno para mí poder ver el sol. Es más cálido y así puedo saber qué hora es. Y también eso me ayuda… psicológicamente.

—Averiguaré qué se puede hacer… —contestó sin prestar mucha atención mientras se iba.

Ya otra vez en mi celda, me puse junto a la ventana y dejé que la fría brisa me acariciara. Sabía que necesitaba sacar mi libro de oración y pasar un tiempo recitando las Escrituras y orando mientras caminaba por la celda. Estaba contento de, finalmente, contar con los tesoros que Robert me había traído, especialmente la Biblia, aunque seguía confinado en la misma celda interior.

Había estado mirando por la ventana sin darme cuenta de que, por encima de mí, al otro lado del patio, había una oficina. Había una luz encendida y podía ver a Hasan, el hombre con el que me acababa de reunir.

Yo sabía lo que debía hacer. Sabía que debía permanecer callado, sin molestarle ni hacer nada que pudiera incomodarlo. Sin embargo, no podía aguantar.

—¡Disculpe usted, señor! —grité—. Por favor, no se olvide de mí.

Él asintió con la cabeza levemente y me dio la espalda.

Una hora más tarde, la puerta se abrió. Dos guardias estaban ahí.

—Vamos —me dijeron—, recoja sus cosas.

Yo no pregunté por qué. Si me estaba llevando a un lugar mejor, eso sería bueno. Pero, si mi grito había sido una equivocación y estaba a punto de recibir un castigo, pues que así fuera. Ya no podía hacer nada.

LA NUEVA CELDA estaba en el mismo piso. Era para reclusos que requerían menor seguridad, como la anterior, por lo que podía controlar mi propia luz y podía mirarme en el espejo. También estaba en la fachada principal del edificio, y estaba más arriba que en la celda original, por lo que podía ver, no solo la vereda, sino también el estacionamiento y la caseta de los guardias en la puerta.

Incluso antes de que la puerta se cerrara detrás de mí, comencé a escribir en mi nuevo cuaderno:

“El Dios bueno, el Dios bondadoso, el Dios a quien le importa mi corazón.” Esto es lo que estoy pensando, las lágrimas corriendo por mis mejillas, después de dos o tres días difíciles que ciertamente han probado mi corazón… días en los que esperaba que quitaras esas cosas que me importan, que me despojaras para así hacerme duro, a prueba de balas. Sin embargo, mi corazón grita: '¡No quiero ser duro! Lo que quiero es ser tu hijito…' Gracias. Tengo un bolígrafo y papel, libros y una Biblia. Me han devuelto los lentes. Esta es la mejor celda que he tenido, y ahora podré ver a Norine con más facilidad. Que pueda salir de aquí sabiendo que, mientras camino por el valle de los lobos, Tú estás conmigo y que, incluso en presencia de mis enemigos, estás haciendo cosas buenas para mí."

NO SOLO LAS COSAS ESTABAN MEJOR en mi nueva habitación, sino que, pronto, permitieron a Norine visitarme la mayoría de los días. Y, no solo durante veinte minutos, sino a veces, hasta una hora. Eso fue un cambio importante.

Siempre que permitían a Norine visitarme, ella me daba noticias de ánimo.

—Andrew, la oración realmente ha despegado. Estoy enviando informes a otras personas, y ellas, a su vez, están divulgándolos a sus redes.

Algunas veces, traía cartas de amigos con palabras que ella esperaba que me inspiraran a seguir adelante y a salir triunfante de esta prueba.

—¡Canta como Pablo y Silas! ¡Predica a todos a tu alrededor! ¡Pásalo bien en este tiempo a solas con Dios!

Aunque yo entendía por qué me escribían cosas así, la verdad es que, espiritual y emocionalmente, estaba luchando tan solo por sobrevivir. Siempre que abría mi boca para cantar, sentía que me ahogaba.

Así que estuve agradecido por una carta que recibí y que contenía el consejo que más me ayudó: *“Tan solo respira. Mantén tus ojos en Dios. Eso es todo, no hay otras expectativas. Tan solo, respira, y lo atravesarás.”*

Eso era precisamente lo que yo necesitaba.

FUE BUENO OÍR que varios miembros del Congreso de los Estados Unidos se habían puesto en contacto con la embajada estadounidense en Ankara instándole a actuar. Yo estaba preocupado de que el tiempo se nos estuviera agotando. En términos estadounidenses, el trabajo que Norine y yo habíamos estado haciendo era demasiado pequeño, y no contábamos con un perfil que nos pudiera respaldar. Con toda seguridad, no iba a pasar mucho tiempo hasta que el interés de las personas pasara a alguna otra crisis digna de sus esfuerzos o que, sencillamente, dejaran de sentirse mal por un pastor encarcelado y volvieran a sus vidas normales.

Ese no era el único reloj que estaba corriendo. El visado de Norine expiraba el 10 de noviembre, y eso pesaba sobre mí como una losa desde que nos separaron. Ella era la única persona a la que permitían visitarme. La idea de que la obligaran a irse del país había estado atormentándome constantemente. Había orado durante horas interminables suplicándole a Dios que interviniera, teniendo la sensación de que se trataba de un juez listo para dictar una sentencia.

Conforme la fecha fue acercándose, hubo muchos cambios, pero nada sustancial. Incluso mi mamá se desplazó desde Estados Unidos a Turquía unos días antes de que el visado expirara, para poder ayudar en el caso de que Norine tuviera que irse inmediatamente. Después de un par de visitas, ya no le permitieron verme y se quedaba en el estacionamiento hasta que yo sacaba el brazo entre los barrotes para saludarla.

En el último momento, Norine descubrió que le habían permitido quedarse en el país. Yo me sentía extasiado cuando me lo dijo. Sin embargo, después de unos días, volví a deprimirme, luchando con preguntas relativas a la fe, temores sobre personas olvidándose de mí, sospechas de que me fueran a llevar cada vez más profundamente en el sistema judicial turco para que, así, Dios me endureciera todavía más.

El tener que comer con los refugiados era descorazonador. Se corrió la voz entre ellos que había un *americano* por allí. Y me preguntaban extrañados: *"Pero, ¿qué hace usted aquí?"* Y yo, ¿qué podía decir? Me parecía doloroso incluso tratar de explicar y, a menudo, volvía a la celda abatido. La mayoría de ellos nunca antes había conocido a un pastor, y sentían curiosidad. Aunque muy pocos de ellos hablaban inglés o turco, yo oraba por ellos y les ayudaba de cualquier manera posible, y respondía a las preguntas que me hacían sobre mi fe. Yo les decía que Dios es bueno y amoroso, que es un Padre que ama a sus hijos. No obstante, había pequeñas fisuras de duda en mi corazón. En realidad, no tenía tanta confianza como la que mostraba al hablar, no estaba tan confiado como quería estar.

UNA TARDE, acababa de escribir en mi diario: *"¿Dónde estás, mi Pastor?"* En ese momento, escuché el tintineo de las campanas que anunciaba que el rebaño de ovejas que a menudo pastaba fuera estaba pasando. Me acerqué a la ventana. Las ovejas estaban subiendo la colina, pero solamente los perros las acompañaban. No podía ver ningún pastor.

¡Qué ironía! Eso me hacía sentir punzadas en el corazón. ¿Dónde estaba mi Pastor?

CUANTO MÁS TIEMPO PASABA, más difícil era resistir la tentación de poner a Dios a prueba.

En mis primeras semanas en Harmandali, le había pedido a Dios tres cosas: ver a Norine más a menudo, que ella no fuera deportada y que me llevara a casa para Navidad, cuando mi hija planeaba casarse. Él ya me había contestado las dos primeras, pero, ¿qué hay de la tercera?

Un día, me senté y escribí lo siguiente:

"*Si me pierdo la boda, me sentiré profundamente defraudado, seré un hombre destrozado, y tú lo habrás hecho. Temo lo que le suceda a mi confianza en ti. Aunque, por supuesto, esto no es una prueba para ti. Yo sé que esto, a la luz de la eternidad, es algo trivial. Pero a mí me llenará de dolor y profunda pérdida. ¿Cómo podría mi corazón sobrevivir a algo así?*"

Cada una de esas palabras me salía del corazón.

Sin embargo, unas horas más tarde, me sentía diferente. Oré y me arrepentí de lo que había escrito. ¿Quién era yo para poner a Dios a prueba?

Debería sacar de mi corazón cualquier condición que ponga a Dios en un lugar de aprobar o reprobar.

ME ENCONTRABA MIRANDO por la ventana el día en el que Norine caminaba por el estacionamiento para hacer su visita. Esperó unos instantes, como solía hacer, para recibir el permiso del guardia que estaba en la garita de la puerta. Sin embargo, por alguna razón, en esa ocasión no le permitieron entrar. Aunque no podía oír lo que ella decía, por su lenguaje corporal era obvio que se sentía frustrada. La puerta permaneció cerrada.

La vi caminar unos pasos a un lado y arrodillarse. Sabía que lo hacía para hacerme ver que estaba orando por mí. Sin embargo, verla ahí, arrodillada sobre el hormigón en frente de la puerta principal, me hizo sentir mucha ira.

Me sentí enojado durante días. Enojado con el director. Enojado con el guardia. Enojado con Turquía por retenerme de esa forma y por hacerle a mi esposa tanto daño.

UN DÍA, DE FORMA INESPERADA, cuando me encontraba paseando por mi celda, salieron de mi boca las siguientes palabras:

—¿Pero acaso existes, Dios?

Empecé a llorar.

Había fallado.

¿Cómo podía haber llegado tan bajo? ¿Cómo era posible que entraran a mi mente dudas así? Aunque sabía que Dios había estado involucrado en mi vida, estas dudas eran feroces.

—Papá, ¡sálvame! —oré—. Tengo miedo de mi mente y de mis propios pensamientos.

Después de ese suceso, decidí que necesitaba disciplinarme para declarar algunas verdades muy básicas.

Cada día, hacía las siguientes declaraciones:
"Dios, Tú existes. Tú me amas, y Tú estás en esto."
"Soy un prisionero por causa del evangelio de Jesucristo."
"Estoy sufriendo por Jesús. Esto da sentido a mi dolor. Es precioso para Dios, y Él me dará una recompensa eterna."

Y, también, añadía:

"En algún momento, me rescatarás. Tú dijiste que 'es tiempo de ir a casa'."

Esta frase se la recordaba a Dios muchas veces. Me aferraba a ella como si fuera una promesa, y esperaba desesperadamente que se hiciera realidad muy pronto.

UNO DE LOS LIBROS que me habían permitido tener contaba la historia del conde Zinzendorf, un misionero del siglo XVIII. Él se encontraba en un barco que se vio envuelto en una tormenta horrible, una tormenta tan peligrosa que el capitán dijo a los pasajeros que en menos de dos horas el barco estaría en el fondo del océano.

—¡No! —dijo el conde Zinzendorf—. Dentro de dos horas la tormenta habrá pasado y todos estaremos a salvo.

El capitán estaba equivocado. El conde tenía razón. Cuando el capitán le preguntó cómo podía haberlo sabido, el conde Zinzendorf le explicó que, desde que era niño había podido escuchar la voz de Dios con precisión en su corazón.

Esta historia se arraigó en mi mente.

¿Cómo era posible que el conde Zinzendorf estuviera en medio de una experiencia tan estresante y, aun así, escuchara a Dios tan claramente? Y, ¿por qué Dios no me había hablado a mí de esa forma?

Dentro de mi mente, de forma bastante inesperada, vino el pensamiento: "*Diecisiete días.*"

—Espera, ¿cómo? —oré yo—. ¿Estás diciendo esto, Dios? ¿Es posible que me estés hablando a mí?

Inmediatamente, un segundo pensamiento entró en mi mente: "*Lo confirmaré*."

Esa noche, no podía dormir. Diecisiete días más tarde sería el 12 de diciembre. El pensamiento siguió golpeando mi mente. Al día siguiente, vi cada una de las notas que Norine me había traído para ver si aparecía el número. Busqué por la Biblia, pero parecía que había pocos versículos 17 que la gente citara. Estaba desesperado, tratando de comprender. Si no estuviera

en lo cierto, sería una terrible decepción. Pero, si estaba en lo cierto y Dios realmente acababa de hablarme a mí, estaría en casa para Navidad.

Unos cuantos días después, cuando Norine me visitó, ella parecía insegura.

—¿Qué ocurre? —, le pregunté.
—Alguien de la iglesia dijo que piensan que te van a liberar pronto.
—Oh, ¿dijeron cuándo? — dije yo tratando de mantener mi voz calmada.
—El 12 de diciembre.

Mi anticipación iba en aumento.

Y todavía aumentó más un par de días después cuando Norine volvió y me habló de un email que había recibido de un amigo de Bélgica. Este le había escrito a Norine para decirle que había tenido un sueño en el que me ponían en libertad en 12 días.

—Norine —exclamé mirando el email—, lo envió ayer, el 30 de noviembre. Eso quiere decir el 12 de diciembre.

Ella sonrió y me abrazó más fuerte.

—Vamos a tratar de tomar esto con calma, mi amor.

8. EL LOBO

DURANTE UN TIEMPO, CASI ESTUVE EN PAZ.

Casi.

Sin embargo, incluso después de hablar con Norine ese día, podía sentir temor. Sí, ahora tenía algo que me daba esperanza. Pero… *¿Qué pasaría si no sucedía? ¿Qué pasaría si, en realidad, estaba yendo hacia el quebranto de corazón, en vez de hacia la libertad? ¿Podía estar tan seguro de que Dios no me iba a triturar de nuevo?*

Cuanto más se acercaba el 12 de diciembre, más ansiedad sentía. Un nuevo frente se abría en la batalla, y cada día me enfocaba en pelear contra mis miedos para llegar a un lugar en donde me rindiera a lo que Dios tenía preparado para mí. Por muy difícil que fuera, sabía que eso era algo vital. Y también sabía que era incapaz de cambiar mis propios sentimientos. Necesitaba que Dios me ayudara. Quería ser capaz de decir sí a cualquiera cosa que Dios quisiera, incluso aunque eso implicara quedarme más tiempo en Harmandali, de tal forma que los planes de Dios se llevaran a cabo completamente.

—Con mi voluntad me someto a Ti —declaré tantas veces—. Que esta copa pase de mí, pero someto mi voluntad. No mires mis sentimientos, sino mis palabras.

Cada día era la misma batalla. Solamente cuando, finalmente, llegaba a ese lugar de relativa paz y de rendición, me permitía anticipar mi vida después de ser liberado. Puse por escrito mis pensamientos sobre cómo los dos meses anteriores me habían moldeado.

“*Seré más humilde, seré más tierno con los que sufren o con los que dudan, hablaré con más cuidado…*”

ESTABA ACOSTADO EN LA CAMA justo antes de la medianoche del 8 de diciembre, medio dormido, cuando una guardia entró a mi celda.

—Recoja sus cosas, lo van a deportar.

Por un momento, me sentí emocionado. Sí, eran cuatro días antes, pero ya sabía lo lenta que era la justicia turca. Quizá este era el comienzo de mi liberación, el principio del fin.

Me levanté y comencé a juntar mi ropa. Entonces, me detuve. Algo iba mal. *¿Por qué venían a buscarme a la medianoche?* Ya había visto cómo deportaban a unas cuantas personas de Harmandali, y a todos ellos se los llevaban por la tarde para que llegaran a Estambul por la noche y pudieran volar la mañana siguiente.

—¿Realmente me están deportando? ¿Está usted segura de eso?

Ella se desentendió. Yo solté la camiseta que estaba en mis manos y le dije:

—¿Podría ir a preguntarlo, por favor? Si me están deportando, dejaré muchas de estas cosas aquí. Pero, si solamente me están transfiriendo a otro lugar…

Mi voz se me entrecortó, y la guardia desapareció.

Cuando regresó, yo estaba caminando por la habitación.

—No estoy segura que lo vayan a deportar, pero lo estamos sacando de esta celda.

El pánico regresó. Mi corazón palpitaba con fuerza y mis pensamientos inundaban mi mente.

—¿Qué está pasando?

Ella dijo que no sabía nada más que lo que ya me había dicho.

—Tan solo, guarde sus cosas.

Yo miré a mi alrededor. En las siete semanas que había estado en Harmandali, a Norine le habían permitido traerme casi todo lo que le pedí, especialmente después de la visita del cónsul estadounidense. Tenía mantas y una almohada, artículos de higiene, ropa, toallitas húmedas para limpiar la celda, varios libros, bolígrafos y papeles. Era más de lo que podía meter en mi mochila. Andaba rebuscando, tratando de decidir qué llevarme, cuando dos guardias más llegaron.

—No sabemos a dónde va, pero sí sabemos que se va. Así que recoja todas sus cosas.

No sabía lo que estaba pasando, pero no me daba buena impresión. Sentía que me descomponía otra vez, que me llenaba de pánico pensando si iba a terminar en la celda de un sótano en algún lugar. Y, ¿cómo iba a saber Norine dónde estaba? Ya me había encontrado antes, pero, ¿cuánto tiempo más le iba a tomar esta vez?

Los tres guardias me sacaron rápidamente y me bajaron por las escaleras a tropiezos, con mi mochila llena de papeles y de ropa, y llevando en las manos las mantas.

Tan pronto como vi a dos hombres vestidos de civil y provistos de pistolas esperando en el mostrador de la entrada, supe que estaba en serios problemas. Uno de ellos, un hombre de unos cincuenta años, me dijo que eran policías, mientras que el hombre más joven, que llevaba unos *jeans* ajustados, una chamarra de cuero y tenía una expresión desdeñosa, me dijo que estaban ahí para arrestarme.

Antes de que pudiera explicarles que ya estaba bajo arresto administrativo y esperando ser deportado, me dijo apuntándome con el dedo:

—Ahora está bajo arresto judicial.

Me hicieron vaciar todo lo que llevaba en el mostrador y el policía joven y desdeñoso me dio órdenes con gritos que parecían ladridos, como el director de pelo gris había hecho cuando llegué allí.

—Tome esa bolsa. Ponga algo de ropa interior y unos calcetines también. Y también un cepillo de dientes, pero eso es todo. ¡Deje todo lo demás!

Yo estaba entumecido otra vez. Demasiado conmocionado como para poder decir algo, demasiado asustado incluso para pensar. Alcancé a agarrar un par de pantalones y la camiseta de colores vivos que había colgado en la ventana para Norine.

—¡No, le he dicho que ya tiene suficiente! ¡No se va a llevar nada más!

Los guardias sacaron una caja con el resto de mis posesiones que habían estado guardando: mi pasaporte, algo de dinero para comprar un pasaje de avión cuando me liberaran, mi reloj, la pequeña cruz que Norine me había dejado la noche en la que la sacaron de Isikkent. Era lo suficientemente pequeña como para esconderla en la mano, y en ese momento vino a mi mente el versículo que tenía escrito: *"Y sabemos que todas las cosas obran para bien a los que aman a Dios."*

Esas palabras nunca habían sonado tan lejanas para mí. Miré al policía mayor y le dije:

—Por favor, ¿podría alguien llamar a mi esposa para informarla? Ella no lo sabe.

Le di el número de teléfono y él llamó. Yo suplicaba que Norine respondiera al teléfono, pero no hubo respuesta. En pocos segundos, el policía se encogió de hombros, terminó la llamada e hizo un gesto al policía más joven para que agarrara mi archivo que estaba en la mesa.

—¡Vámonos! —dijo dirigiéndose al vehículo que esperaba fuera.

AUNQUE NO ME ENCONTRABA ESPOSADO cuando iba en la parte trasera del automóvil junto al policía más joven, no tenía ninguna duda de que era un prisionero. Me ignoraron durante todo el trayecto. Después, me llevaron a hacer la visita reglamentaria al hospital para confirmar que no me habían torturado, el mismo hospital al que me habían llevado cuando me desmayé en Isikkent, el que estaba a unos cuantos minutos de mi casa y de mi esposa, que estaría durmiendo en ese momento.

Acto seguido, ya de nuevo en el vehículo, me llevaron a un lugar cercano y se estacionaron fuera de un edificio que me era familiar. Se encontraba justo enfrente del antiguo edificio de nuestra iglesia, y yo había caminado junto a él muchas veces. No sabía para qué fin lo iban a utilizar, pero, mientras esperamos en frente de las puertas metálicas al tiempo que el policía mayor golpeaba la puerta para que abrieran, pude ver el letrero. Me habían llevado al nuevo *Centro Policial Antiterrorista*.

Una vez dentro, les llevó dos horas pasarme por todo el proceso de seguridad y transferirme a la celda en el sótano que había estado temiendo todo ese tiempo.

Los barrotes que cruzaban la parte frontal de la celda iban desde el suelo hasta el techo. Alrededor de las tres paredes había una cornisa estrecha de hormigón, suficientemente ancha para sentarse en ella, pero demasiado estrecha como para acostarse. No había ni cama, ni colchón, ni lavabo ni inodoro.

Estaba demasiado oscuro como para ver quién estaba en las celdas adyacentes. La celda era demasiado fría y demasiado incómoda, y mi corazón latía demasiado rápido para poder dormir. Todo lo que podía hacer era recostarme sobre el suelo de hormigón, envuelto en una manta, y clamar silenciosamente a Dios.

Dios, ¿qué estás haciendo? ¿Qué estás permitiendo que ocurra? Se supone que me van a poner en libertad el doce, pero aquí estoy en este calabozo. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que Norine me encuentre? ¿Qué me va a pasar?

Cuando me sacaron de la celda, el tráfico de la mañana retumbaba en la calle que estaba por encima. Estaba desorientado y no podía pensar bien por la falta de sueño y el exceso de adrenalina. Pero sí hice lo que me dijeron que hiciera. Me metí en el automóvil cuando me indicaron y facilité al policía el número del teléfono celular de Norine mientras circulábamos.

—Consiga su abogado —le ordenó a ella—. Le estamos llevando en este momento a los juzgados para que le interrogue el fiscal.

No pude oír lo que Norine le respondió. El policía no esperó para escuchar. Sencillamente, colgó. El resto del trayecto fue en silencio.

TAN PRONTO COMO ENTRÉ en el juzgado y me escoltaron al pasillo fuera de las oficinas de un fiscal llamado Berkant Karakaya, pude sentir la tensión. Además de los dos policías que me habían escoltado, había varios hombres con subfusiles, que eran los guardaespaldas del jefe de Karakaya, el fiscal jefe: Okan Batu.

Aunque no había oído de él antes, sí conocía la reputación de ese despacho. Era exactamente el tipo de lugar al que un fiscal ambicioso podría venir para hacerse famoso persiguiendo con agresividad a las personas que el gobierno mira con malos ojos.

Yo seguí de pie, cansado y callado… esperando. Durante unos instantes, me imaginé que ese podía ser el giro final antes de que me pusieran en libertad. Cuanto más pensaba en ello, más creía que mi liberación debería producirse. Después de todo, yo era un ciudadano de un país aliado de la OTAN, se me había retenido durante sesenta y tres días sin tener acceso a un abogado, y tan solo se me habían permitido dos visitas de un funcionario consular.

Políticos de Estados Unidos y de otros países habían estado pidiendo mi liberación, incluido el senador Bob Corker, quien se había reunido con el embajador turco en Washington, D.C., y le había entregado una carta para que él se la remitiera al presidente Erdoğan. Había sido firmada por diecisiete

senadores y, mediante ella, le instaban a actuar. Erdoğan había dejado a un lado la diplomacia, llegando a insultar al presidente Obama después de las elecciones. Sin embargo, con el presidente electo Trump, a pocas semanas de su toma de posesión, ¿no era ya tiempo para que comenzara a comportarse debidamente con los Estados Unidos?

A mí me parecía que todo eso debía haber sido toda una vergüenza para Turquía. ¿No habría sido mucho más fácil para ellos si, sencillamente, se hubieran deshecho de mí silenciosamente? Y, si eso era lo que querían, ¿qué mejor manera que llevarme ante un fiscal implacable para que me interrogara, reconocer que no había razón para retenerme y enviarme a casa?

—¡Andrew!

Miré y vi a Norine al otro lado del pasillo. Había demasiados hombres con demasiadas armas entre los dos para que pudiera acercarse, pero lo que sí hizo fue quedarse de pie, poner su mano en el corazón y tratar de sonreír diciendo:

—Así es cómo Dios te va a sacar.

Antes de que pudiera decir algo más me llevaron a la oficina de Karakaya. Una mujer turca estaba sentada junto a mí y se presentó como Suna, la abogada que Norine había escogido para mí. Tenía una mirada aguda con la que escaneaba la sala mientras hablaba.

Teníamos dos minutos para que me explicara lo que iba a suceder. Señaló a mi fiscal y me dijo que él era quien me iba a hacer preguntas.

En el momento en el que Okan Batu entró y se sentó junto a su ayudante, la sala se quedó en silencio. No solamente callada, sino ese tipo de silencio que te hace sentir miedo y te corta la respiración.

A los turcos – especialmente los nacionalistas – les gusta identificarse con los lobos. No es raro ver aficionados de fútbol y manifestantes en la calle

apretando sus dedos imitando el hocico de un lobo, siendo los dedos meñique e índice las orejas del lobo.

Okan Batu era el lobo alfa al que todos obedecían. Suna se trasladó a su silla. Nadie se atrevía a hablar. Todas las miradas estaban fijas en Okan Batu. Y sus ojos, llenos de puro odio, estaban fijos en mí.

—Andrew Brunson —dijo mi fiscal—, usted dio un discurso en octubre de 2013 alabando a Fethullah Gulen.

Me tomó un momento procesar sus palabras. Como todo el mundo en Turquía, yo había oído de Fethullah Gulen, el jefe exiliado del movimiento Gulen, un grupo islamista que había abierto escuelas en más de 170 países. Gulen y Erdoğan habían sido una especie de aliados durante muchos años. No obstante, cuando unos policías y unos fiscales llevaron a cabo una investigación por corrupción en 2013 que tendió una trampa a personas cercanas a Erdoğan, incluido su hijo, Erdoğan se puso en pie de guerra en contra de todo el que estuviera asociado a Gulen. Tres años después, Fethullah Gulen fue acusado de estar detrás del golpe de Estado fallido, y sus seguidores fueron la mayoría de las decenas de miles de personas que habían sido detenidas y encarceladas.

Yo no podía recordar mis predicaciones del año 2013, pero sí sabía que nunca había dicho nada para alabar a Fethullah Gulen o su movimiento. Traté de calmar mi voz y de no mirar a Okan Batu cuando respondí:

—Nunca he conocido a ningún gulenista en toda mi vida, señor. Y nunca he hablado en apoyo a ellos. Le ruego que me diga en qué reunión me encontraba cuando, supuestamente, yo dije eso.

Yo he hablado turco por años, y la gente nunca tiene problemas en entenderme, pero a Karakaya parecía que le estaba hablando en código. Se me quedó mirando, y continuó con sus preguntas ignorando la que yo le había dicho.

—¿Ha estado usted alguna vez en el edificio del periódico Zaman? —Este era un periódico gulenista.

—Nunca he estado allí. Ni siquiera sé dónde está.

—¿Ha estado usted predicando en kurdo?

—¡No! No hablo kurdo. Yo ni apoyo el separatismo kurdo ni apoyo el separatismo de ninguna manera. Creo en la indivisibilidad del territorio turco.

Después de una pausa, Okan Batu habló:

—¿Qué quiere decir con eso?

Todo el mundo sabía lo que quise decir. La indivisibilidad del territorio es un tema candente en Turquía donde el PKK, el grupo separatista kurdo, había estado luchando durante años por su autonomía. Yo estaba siendo honesto al decir que no lo apoyaba de ninguna manera. Sin embargo, eso no era suficiente para Okan Batu, y sus ojos se llenaron de más ira:

—No es solo el territorio lo que tiene que estar unido, sino cualquier cosa que pudiera causar división entre los turcos.

Fue en ese momento cuando supe que estaba en peligro. Él me estaba hablando como a un misionero, poniéndome a la par con las fuerzas que estaban tratando de desestabilizar su país. Para mí, el cristianismo solo podía entrañar cosas buenas para Turquía. Para un hombre como Okan Batu, un musulmán nacionalista determinado a repeler todas las fuerzas externas, mi fe me convertía en un claro enemigo.

—Por favor, déjenme volver a mi casa. Nunca he hecho nada para hacer daño a Turquía. Fui arrestado con la finalidad de ser deportado. Por favor, permítanme ir a mi casa en los Estados Unidos.

Mi fiscal levantó la mano y dijo tranquilamente:

—No, yo creo que existen suficientes razones para retenerle mientras seguimos con nuestra investigación.

Suna me miró. Su gesto era lúgubre. Yo le susurré al oído:

—Me van a encarcelar, ¿verdad?

Ella no era el tipo de persona que pudiera darme falsas esperanzas:

—Va a tener que comparecer ante el juez, por lo tanto, todavía hay posibilidades. Pero, sí, le van a enviar a la cárcel.

Casi inmediatamente me llevaron a otro pasillo para esperar fuera de la oficina del juez. Norine me encontró y, aunque estábamos separados por dos puertas de cristal, se quedó en un lugar donde pudiera verla durante toda la hora en la que estuve allí esperando. Cuando me puse la mano en el pecho, ella hizo lo mismo. Era nuestra manera de decirnos: “*Te amo*”.

Finalmente, me llevaron ante el juez quien me miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que tiene que decir en su defensa?
—Aunque sé las preguntas que me acaban de hacer, no se hicieron cargos formales. ¿Cómo puedo defenderme cuando ni siquiera conozco los cargos contra mí?

El juez me miraba con una mezcla entre indiferencia y altivez.

—Por favor —le imploré —, no he hecho nada. Por favor, tan solo envíenme a casa.
—Envíenlo a prisión — dijo él mirando para otro lado.

ME VOLVIERON A LLEVAR al pasillo para esperar mientras decidían a qué prisión me iban a enviar. Norine estaba allí, tras las puertas de cristal, de nuevo con la mano sobre el corazón. Mi mamá también había llegado. Ambas estaban pálidas por la conmoción, y en sus rostros era evidente la tristeza. Mi mamá puso sus manos delante de ella haciendo como si estuviera meciendo a un bebé. Algunos de los guardaespaldas y de los policías que me rodeaban la señalaban burlándose.

El ruido alrededor de mí, las personas agolpándose y riéndose, todo se desvaneció. Oía a alguien diciéndome que me iban a llevar a Sakran, aunque ese nombre no me resultaba familiar. Todo lo que tenía era ese pánico, ese miedo, ese dolor de estar tan cerca de mi esposa, pero no poder tocarla.

Los dos policías que habían estado a mi lado todo el día me bajaron al pasillo hacia el hueco de la escalera. Yo miré para ver si Norine y mi mamá me seguían por detrás. Uno de los funcionarios nos detuvo:

—Adelante —exclamó apuntando a Norine—, tienen un minuto.

Sentí cómo Norine me abrazaba. Yo me aferré a su cuello, y comencé a llorar:

—Me van a llevar a la cárcel, Norine. Por favor, haz esto público y pelea por mí.

—Claro que voy a pelear por ti. El lunes mismo se va a presentar una apelación. Será el día doce. Apelaremos y puede ser que te liberen, amor mío. Será el doce de diciembre, ¿te acuerdas?

¿El día doce? Todo eso parecía que correspondía a otra vida. Ahora las lágrimas me brotaban con mayor fuerza. Era difícil hablar, las palabras se me encasquillaban en la boca y se mezclaban con mis lágrimas y con jadeos en mi intento por respirar.

—Norine, voy a la cárcel… voy a la cárcel.

El policía tiró de mí. Y yo miré atrás por última vez antes de girar la esquina, y ya me había ido. Me llevaron por las celdas del sótano, me fotografiaron y me tomaron las huellas digitales otra vez. Entonces, me metieron en la parte posterior de una patrulla.

Yo me senté, aturdido por todo lo que acababa de ocurrir.

El lobo me había atrapado.

PARTE 3

9. LA PRIMERA NOCHE

TAN PRONTO COMO SE CERRÓ LA PUERTA DEL AUTOMÓVIL, el pánico que había estado atenazándome por dentro se desvaneció.

En su lugar… no había nada.

Una vez más, estaba entumecido, adormecido. Era como un hombre muerto al que le llevan por las oscuras calles de la ciudad en medio del invierno, mirando un mundo ajeno tras los cristales.

Me llevó más tiempo llegar a la nueva prisión de lo que me llevó llegar a Harmandali. El trayecto se hizo largo, estando yo sentado en la parte de atrás del vehículo que olía fuertemente a cigarros rancios y a sudor, con los dos mismos policías en la parte de adelante, sin hablar nada entre ellos. Durante todo el viaje solamente hubo una interacción entre nosotros:

—Usted ha vivido aquí ya muchos años. ¿De verdad que no pensaba que el trabajar con refugiados le iba a traer problemas? ¿Cómo puede ser tan estúpido?

Yo no me molesté en contestar. Aunque había muchas cosas que decir, me encontraba emocionalmente exhausto. ¿Qué sentido tendría? A ellos no les iba a importar ni lo más mínimo. Para ellos solo era otro prisionero a quien transportar. Así que me quedé sentado y sin moverme, con los ojos cerrados. Podía sentir una enorme tormenta espiritual que comenzaba a fraguarse, más intensa que cualquier cosa que había experimentado antes.

En pocos minutos, me vi rodeado por un torbellino demoníaco, una oscuridad furiosa girando alrededor de mí. Esto no era una mera turbulencia emocional. Realmente, podía sentir la presencia del mal.

El redoble de un nuevo pensamiento comenzó a sonar en mi mente. *Soy Job. Soy Job. Soy Job.*

En la Biblia, Dios entregó a Job a Satanás para ser probado, para ver si permanecía fiel en medio de un sufrimiento intenso. En ese momento, *supe* que Dios me había dado la espalda. Dios había cambiado de opinión, había quitado su protección para llevar a cabo propósitos más altos, pero a expensas de mí. No, esto no era solo persecución, era algo más.

Mi corazón era un pantano de temor, conmoción y enojo: "*¡Cómo podrías traicionarme de esta manera, Dios!*"

El vehículo tomó la salida hacia Sakran, a pocos kilómetros de Pérgamo. Tenía sentido. Pérgamo, la ciudad que Jesús había identificado como el lugar en el que se encontraba el trono de Satanás.

LA PRISIÓN DE SAKRAN no es en realidad una prisión, sino siete. Es un campus que se esparce por una extensión del tamaño de cien campos de fútbol y que es el hogar de diez mil reclusos: asesinos, revolucionarios, rebeldes, psicópatas, mujeres y niños.

A mí me llevaron a la prisión T4 y me pusieron en una celda con barrotes (una jaula, en realidad) hasta que estuvieran listos para ficharme y pasarme por el proceso de seguridad. Volvieron a fotografiarme y a tomarme las huellas digitales, me hicieron pasar por detectores de metales y, después, me cachearon completamente:

—Quítese la ropa. Agáchese. Tosa.

En un momento dado, un guardia trajo unos cuantos objetos que me habían permitido traer de Harmandali. No eran muchas las cosas que tenía. El joven policía burlón solo me había permitido traer la ropa que llevaba puesta, así como unos calcetines y ropa interior extra. Sí había podido traer mi Biblia. Pero ahora veía con impotencia como me la arrebataban.

PRONTO PUDE DARME CUENTA de que, en comparación con Sakran, Harmandali era como un complejo vacacional. Sakran era una prisión de alta seguridad, y todo allí era distinto. Las puertas eran más altas, las ventanas eran más pequeñas, los pasillos estaban divididos cada pocos metros por pesadas puertas metálicas que había que abrir con llave.

Los guardias también eran diferentes. En Harmandali, algunos de ellos gritaban e insultaban a los reclusos, mientras que otros se mostraban más comprensivos. Sin embargo, todos ellos eran civiles. Caminaban muy tranquilamente por los pasillos y algunos de ellos incluso hablaban contigo si se sentían bien. En Sakran los guardias eran más intensos. No había nada de charla amistosa y, cuando daban órdenes, esperaban que uno obedeciera inmediatamente. Su mirada estaba llena de sospecha y siempre se movían por la prisión en grupos, nunca solos.

No había nada de flexibilidad, y comunicación había poca o ninguna. No sabía nada de lo que me iba a suceder. Me sentía más débil de lo que jamás me había sentido en toda mi vida. Me sentía exactamente como ellos querían que me sintiera.

El sentimiento de letargo seguía afectándome. Me ponía de pie cuando me lo decían, caminaba cuando me lo ordenaban, y me detenía en silencio mientras los guardias abrían la puerta de la celda en la que me pusieron. Era como si todo le estuviera pasando a otra persona.

El guardia estaba de pie al otro lado de la pesada puerta metálica, mirándome a través de la ventanilla que solamente se podía abrir desde el exterior:

—Se quedará aquí durante el fin de semana hasta que decidamos qué hacer con usted.

Yo miré a mi alrededor. Cada parte de la celda estaba sucia: el suelo, las sábanas de la litera, la bolsa del pan cubierta de una gruesa capa de moho y colgando de la ventana con barrotes, el retrete estilo cuclillas lleno de excrementos humanos. No tenía apetito y no podía ni imaginarme poder

dormir en esa situación, pero sí sabía que debía tomar agua. Como tenía miedo de enfermarme si bebía el agua de la llave, le pedí al guardia que me trajera una botella de agua.

—No —me contestó disponiéndose a irse—, estamos en fin de semana.

No había estado solo a lo largo de todo el día desde que el guardia me sacó de la celda de hormigón en el Centro Antiterrorista. El silencio me perturbaba, y traté de llenarlo preparándome mentalmente para estar varios días en total aislamiento. Ya había pasado por eso al principio de mi tiempo en Harmandali, cuando no tenía ni libros, ni Biblia, nada. Pero ahora era diferente. La ansiedad era mayor. Había sido acusado de delitos de terrorismo y puesto en una prisión de alta seguridad. El estar solo no era la peor cosa posible. ¿Qué iba a pasar si terminaba rodeado de verdaderos criminales? ¿Cómo reaccionaría un terrorista al descubrir que estaba compartiendo una celda conmigo? Yo sabía que iba a ser el único estadounidense, el único cristiano y, con toda seguridad, el único misionero. No tenía ni idea de cómo comenzar a prepararme para una situación así. Sin importar lo que hiciera, podría acabar siendo el blanco.

Después de encontrar las sábanas, las almohadas y las mantas más limpias, preparé mi cama. Estaba agotado físicamente después de no haber dormido nada la noche anterior y después de un día tan horrible. Aun así, empecé a caminar por la habitación. Aunque me sentía traicionado por Dios, sabía que no tenía otra opción sino mirarlo a Él y tratar de aguantar. Mis oraciones eran cortas, sencillas y repetitivas. Lo único que podía decir una y otra vez era: "Jesús, ayúdame."

UNA HORA DESPUÉS de que me encerraran en la celda, oí cómo abrían varios cerrojos de la puerta. El guardia había regresado acompañado de otro:

—Venga con nosotros —dijo después de abrir mi puerta—. El director quiere verle.

Cuando entré a su despacho, el director me miró con el ceño fruncido, como si estuviera tratando de analizarme en profundidad.

—¿Por qué está usted aquí? —preguntó después de que yo hube esperado en silencio, de pie frente a su mesa.

—Soy un pastor. No he hecho nada.

Su ceño se relajó y, en su lugar, en su rostro se dibujó una leve sonrisa.

—¿Es eso cierto? Usted está con el grupo FETO, ¿no es así?

—No, no he conocido a ningún *gulenista* en toda mi vida.

El director agachó la mirada hacia un papel que tenía en su escritorio.

—Bueno —dijo suspirando—, esa es la razón por la que está en la cárcel. Voy a enviarle a otra celda ahora mismo. Hay una en el Bloque C.

El miedo me sacudió por dentro.

—Tiene que tener cuidado con quién me pone. A algunas personas podría caerles muy mal por lo que soy.

—No se preocupe. No le vamos a poner con delincuentes comunes. A las personas acusadas de terrorismo siempre se les pone juntas.

¿Con qué clase de personas me iban a poner? El fiscal había mencionado tanto el FETO como el PKK. Si me enviaban a una celda con los del PKK sería más duro porque eran personas que habían pasado años luchando en las montañas. ¿Qué me harían? Lo único positivo de esa opción era que podría aprender kurdo…

—No se preocupe —dijo el director sin expresión en el rostro—. Lo voy a poner con unos *gulenistas*. Son todos inofensivos. La mayoría son profesores de escuela.

Minutos más tarde, estaba de pie junto a otra puerta de metal sólida, viendo cómo un guardia corría cerrojos tan grandes como sus brazos y abría, al menos, tres cerraduras: una que tenía un cerrojo grueso, un cerrojo de

seguridad, y un tercer mecanismo que requería una herramienta parecida a un gato para cambiar neumáticos. No había manera de salir de esa celda.

Con gran temor, pasé dentro. Once caras dejaron de ver la televisión que estaba en la pared y fijaron sus ojos en mí. Estaban sentados en sillas de plástico alrededor de dos mesas de plástico, comiendo semillas de girasol.

—Tengo un nuevo amigo para ustedes —dijo el guardia principal—. Que alguien lo ayude a encontrar una cama.

Después de que el guardia saliera y cerrara la puerta, uno de los hombres habló:

—¿Quién es usted?
—¿Ha comido? —dijo otra voz—. Tenemos galletas, por si desea alguna.
—Tenemos té.

En sus rostros podía ver interés, incluso bondad. Ciertamente, parecían ser profesores más que terroristas. Abrí la boca para hablar, pero estallé en llanto. Había estado reprimiendo mis emociones desde que dejé a Norine pero cuando me dieron esa bienvenida mis defensas se cayeron.

MÁS TARDE, MIENTRAS ESTABA RECOSTADO EN MI CAMA, una litera inferior que el recluso más joven me había cedido cuando le dije que me habían operado del cuello seis meses antes, pude oír el tintineo de los vasos de té cuando daban vueltas a los terrones de azúcar mientras hablaban y veían la televisión. También podía oler el humo de sus cigarros subiendo hasta la zona de las camas. Aún con todo, me sentí aliviado por el recibimiento de mis compañeros de celda.

No obstante, también estaba aterrorizado. Sakran era peor que cualquier cosa que había experimentado hasta entonces. Los cerrojos, los barrotes, la forma de comportarse de los guardias… era imposible ignorar el hecho de que ahora sí que estaba en una prisión de verdad.

Me estaban tratando como a un terrorista de verdad.

10. EL COLAPSO

AUNQUE SAKRAN ERA GRANDE, uno no podía conocer todo el recinto estando encerrado tras una puerta con cerrojos. Cada celda es un dúplex independiente. Las literas ocupan una zona para dormir en la parte superior y, en la parte inferior, hay suficiente lugar para que diez personas puedan juntarse alrededor de dos pequeñas mesas de plástico para comer. Hay una única ducha, un inodoro estilo turco, y una sola puerta que da a un patio interior con paredes de diez metros de alto coronadas por alambre de púas. Ahí es donde los prisioneros lavan su ropa en un balde y la cuelgan para que se seque.

Sakran fue ideada para mantener a los prisioneros lejos de la sociedad y lejos los unos de los otros. Por esa razón, no hay zonas comunes, ni un programa diario de actividades, ni una zona común donde comer; y en ningún momento se puede salir de la celda o desplazarse.

Uno está encerrado las 24 horas de los siete días de la semana. Se permite hacer una llamada telefónica de diez minutos una vez por semana, aunque, para prisioneros políticos como yo, esa única llamada se podía hacer cada dos semanas. Una vez a la semana, se recibe una visita de treinta y cinco minutos en persona, aunque separados por un cristal grueso y hablando a través de un teléfono. Y, una vez cada dos meses, te toca la lotería: una visita abierta en la que, finalmente, puedes sentarte en la misma habitación con tu visitante. Si ni los barrotes, ni el hacinamiento de presos ni la falta de luz solar te afectan, el hecho de que tan solo te permitan darte la mano con tu esposa seis veces al año acabará deprimiéndote con toda seguridad.

Si a tu abogado le dan permiso de entrar, solamente puedes pasar una hora a la semana con él, pero cada momento de su visita es filmado en video. Aparte de eso, cada minuto de cada día estás atrapado en tu celda. Puedes pasar año tras año allí y nunca conocer a un prisionero de otra celda.

Si tienes dinero, la prisión te vende artículos de su lista, como mesas o sillas de plástico, refrigeradores y televisiones, aunque, naturalmente, ellos controlan los canales disponibles. Puedes comprar comida extra – como las galletas que me ofrecieron en mi primera noche – y algunos periódicos a los que dan la aprobación.

Cada celda tiene que pagar por su agua, lámparas, electricidad, agua potable, cubiertos y platos de plástico. La prisión provee la habitación y las cerraduras; todo lo demás tiene un precio.

A la hora de repartir la comida, los guardias acuden a la puerta en parejas y derraman la comida en los boles comunes que los presos meten por la ventanilla de la puerta.

En Sakran no hay programa de reinserción.

Lo que hay en Sakran es aislamiento.

MI LLEGADA ese viernes por la noche hizo aumentar el número de ocupantes a doce personas para una celda diseñada para ocho personas. Aunque ya estaba saturada, mis compañeros de celda dieron la bienvenida a una nueva persona con la que interactuar. A pesar de eso, me estaba derrumbando. No quería hablar ni quería escuchar ninguna historia.

Aunque no podía comunicarme mucho, no tenía nada con lo que ocuparme. No tenía ni Biblia, ni libros, ni certidumbre. Pasé la mayor parte de ese primer fin de semana llorando en la cama, desesperado y totalmente confundido.

Muy poco a poco, fui haciendo preguntas para aprender las normas y las restricciones, que eran horribles. Me enteré que el día para visitas en nuestra celda era los lunes, y eso me dio la motivación para esperar hasta poder ver a Norine. Estaba seguro de que ella estaría a la puerta de la prisión, tratando de informarse sobre la manera de entrar a verme… y yo necesitaba profundamente poder verla.

El lunes era también el día en el que mi abogado apelaría mi encarcelamiento. Esta era una oportunidad para que el gobierno turco salvara las apariencias. Un juez podría dictar mi puesta en libertad mientras la investigación seguía su curso. Después de todo, ni siquiera había un procedimiento en mi contra, tan solo unas alegaciones no oficiales. Y, el lunes era el doce de diciembre. Quizás, solo quizás, Dios iba a intervenir justo en el último momento.

EL LUNES, la celda se abrió y los guardias anunciaron que era el momento para que los presos tuvieran su visita semanal con los miembros de sus familias. Yo me levanté y me puse en fila hacia la puerta.

—No, usted no —dijo el guardia—. Usted no tiene ninguna visita.
—¿Por qué no? Todos ellos van a ver a sus esposas. ¿Por qué yo no puedo ver a la mía?
—Porque usted es un extranjero. No tiene derecho a visitas. Su esposa puede hacer una solicitud a Ankara para que le den permiso, y ellos decidirán.

Eso es todo lo que podían decir.

La puerta se cerró de un golpe, y la cerraron con llave.

DURANTE UNOS INSTANTES, me quedé perplejo y, después, la perplejidad dio paso al pánico. Traté de subir y sentarme en mi litera, pero eso no me ayudó. Cada respiración hacía que mi pecho se pusiera más tenso. Necesitaba correr, pero no tenía ningún sitio al que correr.

Salí acelerado por la puerta hasta el patio. Paseé por el rectángulo lleno de angustia. Siete pasos. Giro. Cinco pasos. Giro. Siete pasos. Giro. Y, después, me detenía. Miraba la pared que se levantaba y tan solo podía ver un diminuto rectángulo de cielo. Me encontraba en lo profundo de un agujero.

De repente, las siguientes palabras me llegaron del lugar más profundo, más oscuro y más airado de mí: *¡Me has traicionado! ¡Me has entregado! ¿Por qué?*

¿Cómo has podido hacer esto a un hijo que te ama, a un hijo que te ha obedecido?

¿Te importa en lo más mínimo? ¿O me has entregado y te has ido?

¿Me has engañado? ¿Me has mentido?

ESTAR EN UNA PRISIÓN había significado un cambio drástico e inesperado. Sencillamente, no le había sucedido a ningún misionero en Turquía, por lo que nunca me había preparado para ello. No podía hacer frente a la multitud de preguntas que bombardeaban mi mente. Ni tampoco había nadie a quien pudiera acudir. No podía acudir a mis compañeros de celda que eran musulmanes y que no me comprenderían para nada. Para ellos la idea de que yo cuestionara a Dios era inconcebible.

Tampoco podía acudir al Dios que amaba, a quien llamaba Papá. Él me había entregado para que se ensañaran conmigo. Ni siquiera a Norine, a quien deseaba ver desesperadamente. Necesitaba que escuchara mis terribles pensamientos, que me hablara la verdad y que me convenciera de que estaba equivocado.

Sin embargo, tan solo podía hablar conmigo mismo. O con Dios… tenía que seguir hablando con Él. Y, ¿POR QUÉ estaba tan callado? Yo le gritaba, no a voz en cuello, pero sí en mi corazón: *¡Sería lo mismo hablarle a esta pared!*

Todo lo que oía era el silencio.

Mis lágrimas me cegaron. *¿Dónde estás cuando más te necesito? Me has herido el corazón. ¿Cómo voy a poder recuperarme?*

Mi fe se estaba derrumbando. Todo el progreso que había hecho durante mis últimas semanas en Harmandali – en el que oraba varias veces al día para rendirme al plan de Dios – se había desvanecido.

LOS GUARDIAS VINIERON al patio a cerrar la puerta. Eran las 5 de la tarde. Mi reloj había dejado de funcionar en la madrugada del 12 de diciembre. Cuando vi por la noche que las agujas se habían detenido en el diez y en las dos – que, inmediatamente, me di cuenta que sumaban doce – un escalofrío

me recorrió el cuerpo. El doce ya se había acabado. Claramente, mi apelación había sido denegada. Todavía estaba en prisión.

Incluso mi reloj se estaba burlando de mí.

DESCUBRÍ que todos mis compañeros de celda eran nuevos en Sakran. Me contaron que les habían transferido desde una prisión fría y decrépita en las montañas llamada Buca. Según ellos, Sakran era mejor.

También descubrí que el director solamente me había contado parte de la historia al decirme que eran profesores. Algunos de ellos habían trabajado en escuelas del movimiento Gulen, pero seis eran policías, y dos de ellos, jefes de la policía.

Después del intento fallido de golpe de Estado, el ambiente en Turquía había sido muy tenso. El trasiego entre los miembros de la policía y del sistema judicial había sido enorme. No solo Erdoğan estaba aprovechándose de la oportunidad para encerrar a sus oponentes políticos, sino que fiscales y jueces ambiciosos, y miembros de la policía también estaban acusando a compañeros suyos de ser gulenistas con el fin de asegurar su posición. Otros lo estaban haciendo para salvarse el pellejo.

A la persona que detenían le ofrecían un trato: dinos quién ha estado involucrado con Gulen y te dejaremos libre *si* nos facilitas nombres suficientes. Algunos hombres desesperados ponían en una lista a sus amigos a quienes, acto seguido, los detenían y los encarcelaban. No era necesario presentar prueba alguna, el hecho de estar en una de esas listas era suficiente.

Uno de mis compañeros de celda había sido acusado de asistir a un picnic con gulenistas hacía diez años, una época en la que el mismo Erdoğan alababa a Gulen. Incluso habíamos oído que el antiguo director de Sakran estaba ahora preso en su propia cárcel. Un día, uno podía estar haciendo su trabajo, arrestando a sospechosos y ayudando a seguir la pista a los conspiradores y, al día siguiente un testigo secreto podía acusarte de ser desleal, sin presentar ninguna prueba, y te llevarían ante el juez.

Esto es lo que le sucedió a otro de mis compañeros de celda. Lo habían llevado ante un juez que conocía bien. Le rogó que lo dejara libre y defendió su inocencia. "*Ya lo sé - dijo el juez – pero tiene que ser tú o yo. Si no te envío a la cárcel, otra persona me enviará a mí en tu lugar.*"

Uno tras otro fueron contándome historias similares. Algunos de los hombres conocían la identidad del colega que les había dado una puñalada en la espalda, y otros podían imaginarse quién había sido.

Uno de ellos destacaba, un hombre de unos treinta y cinco años que se llamaba Emin. Su familia era rica y muy conocida en toda Turquía. Su padre conocía a Erdoğan, pero fue acusado de contratar a profesores gulenistas en la universidad que había fundado. Primero arrestaron al padre, y después fueron por Emin acusándole de llevar dinero a Kazajistán para fundar colegios gulenistas allí.

Emin sonrió al decirme que el fiscal había mencionado las fechas en las que él creía que Emin había estado en Kazajistán.

—Yo le enseñé mi pasaporte para probar que no había estado fuera del país cuando decían que había estado, pero me encerraron de todas formas. Okan Batu estaba decidido a ir contra mi familia.

—¿Okan Batu? – dije acordándome del fiscal lobuno que me había mirado con tanto odio en el juzgado.

La celda se llenó de los murmullos llenos de indignación, pero había poca sorpresa en sus voces. Yo me quedé callado. Había tenido mucho tiempo para pensar en mi caso. En primer lugar, algún funcionario en Ankara había tomado una decisión para deportarnos. Sin embargo, después, alguien en algún lugar, y a un nivel superior, había tomado otra decisión: "*Vamos a retenerle y ver cómo podemos usar esto.*"

Yo era estadounidense, cristiano y misionero: tres categorías que se combinaban para convertirme en un blanco atractivo. Por eso acabé en

Harmandali. También querían ponerme de ejemplo para intimidar a otros misioneros.

No obstante, lo que ahora me estaban haciendo había alcanzado niveles todavía más altos. Fue Okan Batu quien había exigido que me enviaran a prisión. Pero, gracias al senador Corker, yo sabía que mi caso había llegado a las más altas esferas del gobierno turco. Unos cuantos días antes, diecisiete senadores habían pedido mi liberación a Erdoğan. Y su respuesta fue enviarme a Sakran.

AUNQUE OKAN BATU no era en última instancia el hombre que me estaba reteniendo en la prisión, esto no impidió que me atormentara en un sueño. Los problemas con el sueño que me habían estado desgastando en Harmandali continuaron en Sakran. Cuando, finalmente, era capaz de quedarme dormido, con frecuencia era atormentado por terribles pesadillas en las que era rodeado por una oscuridad maligna. Una noche, pude ver a Okan Batu moviéndose furtivamente y aproximándose a mí. Se me subió al pecho y me presionó con toda su fuerza:

—Vamos a retenerte aquí por meses —dijo con sus ojos de lobo penetrando los míos — y después, te vamos a condenar.

Incluso cuando dormía, no podía descansar. Estaba agotado todo el tiempo.

NO TENÍA NADA DE ROPA PARA CAMBIARME. Había estado llevando la misma ropa maloliente durante días, desde que me sacaron de Harmandali. Es posible que alguien se hubiera dado cuenta, porque el mismo joven que había cambiado su litera por la mía me prestó unos pantalones deportivos y una camiseta. Otro preso me dio una toalla y, en pocos días, ya había desarrollado una molesta infección con hongos en la parte interior de mis muslos que se pusieron en carne viva. Apenas podía caminar, y recuerdo que le escribí a Norine: "*Ahora sí que me he convertido en Job*."

Había escrito una carta a Norine cada día desde que llegué a Sakran, y en esas cartas derramaba mi corazón. Tan solo se me permitía escribir en turco,

lo cual no era exactamente lo mismo. Al menos, eso me ayudaba a saber que Norine, en algún momento, podría llegar a leer acerca de mis luchas, y podría responder.

Necesitaba recibir noticias de Norine. Estaba desesperado por averiguar lo que estaba sucediendo fuera. *¿Se estaría haciendo algo? ¿Ella estaba bien? ¿Estaría todavía en el país?*

En el momento de escribir nuestra dirección en el sobre, algunas veces temía estar enviando las cartas a una casa vacía.

Un día, un guardia abrió la ventanilla de la puerta metálica y dijo mi nombre. Como la ventanilla se encontraba a la altura de la cintura, la única forma de poder ver a la persona al otro lado era arrodillándome y torciendo el cuello. Cuando logré ver al guardia, vi que llevaba un papel.

—No estamos enviando sus cartas. Las consideramos una amenaza a la seguridad de la prisión, por lo que estamos confiscándolas.

Esto me dejó perplejo.

—¿Qué está pasando?
—Usted escribió a su esposa y le habló sobre "el Señor", y que necesitaba su ayuda.

Obviamente, estaba refiriéndose a Fethullah Gulen. Está enviando mensajes secretos.

—¡No! —dije tratando de guardar la calma—. No estoy hablando de Gulen. Estoy escribiendo acerca de Dios.
—Firme esto —me dijo dándome el papel que llevaba—. La prisión ha emprendido acciones legales contra usted por causa de sus cartas.

Tan pronto como le devolví el papel, la ventanilla se cerró de golpe. Fin de la discusión. Todo eso era absurdo, pero estaban hablando en serio.

A lo largo de los siguientes días, me fui dando cuenta de lo aislado que estaba. Necesitaba ponerme en contacto con mi abogada, pero no me permitían llamarla, y la prisión tampoco se iba a poner en contacto con ella. Yo podía escribir una carta y esperar que la enviaran pronto. Sin embargo, al mismo tiempo, mi caso iba a seguir adelante, con defensa o sin defensa.

Estaba ansioso esperando recibir noticias del juzgado. El primer día, la prisión me había dado una hoja con una lista de castigos. La prisión podía aislarme de todo contacto, como visitas, durante meses. Podían ponerme en régimen de aislamiento. Aunque la celda era incómoda y ruidosa, y tenía demasiadas personas para el tamaño tan pequeño, era mejor que la tortura de estar solo.

El primer juez que revisó el caso relativo a mis cartas dijo: *"Este hombre claramente está escribiendo cartas a su esposa"*, y desestimó el caso. El director de la prisión apeló a un tribunal superior que revirtió la decisión, aduciendo que mis comentarios a Norine eran de hecho una amenaza a la seguridad de la prisión, y que era un mal ejemplo para los demás presidiarios. Desde entonces, todas las cartas que escribía las examinaban en la fiscalía. Lo mismo también sucedía con las cartas que ella me escribía.

MIS CARTAS no fueron la única fuente de controversia. El lunes después de mi primer fin de semana en Sakran, se me acusó de intentar pasar una memoria USB de contrabando a la prisión. Habían encontrado un lápiz USB en mi mochila cuando terminaron de procesar mis pertenencias. El USB había estado en mi mochila desde que fui a la comisaría de policía el 7 de octubre. Sin embargo, en ningún momento había tocado mi mochila desde que llegué a prisión, ya que no había estado en posesión de aquello en ningún momento. Entonces, ¿cómo podía haberlo pasado de contrabando? Aun con todo eso, comenzaron un proceso en mi contra y, después, dijeron que había pruebas escondidas en la memoria.

Al parecer, estaban tratando de inventar excusas para condenarme. No había hecho nada, era inocente, pero ellos siguieron acusándome de cosas que podían implicar condiciones todavía peores en la prisión. Y yo cuestionaba a Dios:

En Harmandali me mostraste bondad proveyendo algunas cosas para mí en presencia de mis enemigos. Pero ahora me las han quitado todas. Y todas las decisiones en la prisión son en mi contra. Todo va de mal en peor. ¿Dónde estás Tú en todo esto?

Me sentía completamente abandonado.

DOS DÍAS ANTES DE NAVIDAD, recibí mi primera carta. Era nuestra foto de familia más reciente, tomada en la Navidad del año anterior. Norine me la había enviado sola, sin nada escrito, y ello con la esperanza de que me llegara con más facilidad. Lloré inconsolablemente.

No iba a estar en casa para Navidad.

EL DÍA DESPUÉS DE NAVIDAD había visita abierta. Todos iban a estar en la misma habitación con sus familias. Todos excepto yo.

Para ese entonces, ya había estado casi tres semanas sin ver a Norine. Se me había aislado y mi desesperación iba en aumento. Habían confiscado mis cartas, no me estaba llegando ninguna carta y no se me permitía hacer la llamada telefónica que los demás hombres hacían cada dos semanas. Estaba aislado por mi cultura, por mi experiencia de vida, por mi nacionalidad y, lo que es más importante, por mi fe. La prisión había presentado otras dos demandas judiciales contra mí, y yo sabía que ese gobierno se había puesto en mi contra a los más altos niveles. Estaba abrumado por la sensación de tinieblas espirituales.

Y había dos temores que me estaban empujando hasta el límite.

Tenía temor de estar volviéndome loco. Emin me había prestado una novela de *Sherlock Holmes* en turco. Leí un capitulo y, cuando lo dejé, tenía una sensación surrealista, una sensación de trastorno: *¿Dónde estoy? ¿Es esto real?*

Mis sueños me parecían reales. Entonces, me despertaba a una pesadilla de la vida real desorientado en principio, pero después dándome cuenta de

dónde estaba cuando alcanzaba a enfocar los barrotes de la ventana. Había veces en las que podía sentir que estaba al borde de la locura, y tenía que hacer un esfuerzo para volver a mis cinco sentidos. Probé la locura y temí entrar ahí y ya no poder salir.

Todavía más terrorífico era el temor de que pudiera perder mi fe. En realidad, no tenía ningún deseo de rechazar mi fe, sino más bien estaba aferrándome a ella desesperadamente. Sin embargo, temía que, con todas mis preguntas, dudas y con mi aislamiento de cualquier persona que pudiera animarme o corregirme, pudiera de alguna forma fallar o apartarme. Las palabras de Jesús vinieron a mi mente: *si tu mano te es ocasión de pecar, entonces es mejor cortar la mano e ir al cielo que mantener ambas manos, pero ir al infierno.* ¿No sería mejor suicidarme para así asegurarme de no perder mi fe? En mis pensamientos torcidos esto tenía sentido.

CUANDO LOS HOMBRES SE PUSIERON EN FILA para reunirse con sus familias el 26 de diciembre, yo fui el único en quedarme en la celda. Salí al patio. Comprobé la soga. Sí, la cuerda para tender la ropa era lo suficientemente fuerte como para aguantar mi peso.

Estaba listo para ir al cielo.

11. EL SUSURRO MÁS CRUEL

ME CONSOLÓ UN POCO saber que podía escapar de esa pesadilla. Saber eso alivió mi desesperación lo suficiente como para ayudarme a resistir.

Dos días después de comprobar la cuerda, me encontraba de nuevo en el patio, caminando como de costumbre, cuando mis compañeros de celda empezaron a gritar mi nombre:

—¡Tiene una visita! ¡Es su esposa!

Habían pasado tres semanas desde que llegué a Sakran, y no había dejado de pensar en Norine ni por un momento. Me preguntaba cuánto tiempo iba a ser necesario para que la dejaran venir a verme. El saber que, finalmente, había podido entrar en Sakran y que estaba allí para verme en ese momento me dejó casi eufórico. Subí a mi litera, agarré mi cepillo de dientes y fui al baño.

—Pero ¿qué hace? —dijo Emin—. Ya le están descontando su tiempo. ¡Vaya ya!

TAN PRONTO COMO ME INTRODUJERON en la habitación donde Norine estaba esperando, me puse a llorar incontrolablemente. No solamente estaba Norine allí, sino que también habían permitido a mi mamá visitarme, lo cual significaba que me iban a permitir hablar en inglés. Sin embargo, durante los primeros cinco minutos, lo único que pude hacer era sollozar.

—Mi amor —dijo Norine meciéndome suavemente en sus brazos—, está bien. Estoy aquí. Te he encontrado, ¿verdad?

Con tres guardias mirándonos, nos sentamos juntos en una mesa en un rincón de la sala. Norine y yo no dejamos de abrazarnos durante toda la visita.

Cuando, finalmente, fui capaz de hablar, estaba desesperado por explicar la crisis espiritual que me estaba sofocando:

—Norine, yo soy Job. Soy Job. Dios me ha entregado a Satanás.

Mi aspecto era el de un hombre sin afeitar, angustiado y dando rienda suelta a su desesperación. Mi mamá estaba preocupada de que yo estuviera ya yendo por un camino peligroso al culpar a Dios.

—Sabes, Andrew: cometí un error cuando te dije en Harmandali que eras prisionero de Dios. En realidad, eres prisionero *para* Dios.

Yo sabía lo que estaba haciendo: tratando de darme una perspectiva correcta. Sin embargo, no estaba listo para decir que esto era solo persecución. Estaba convencido de que Dios había planeado liberarme, pero cambió de opinión para llevar a cabo algún propósito. Cualquiera que fuera ese propósito yo lo desconocía. Eso significaba que, en última instancia, Él era quien me estaba reteniendo en la prisión. En cierto modo, Él era mi carcelero.

Norine me explicó que había estado intentando contactar conmigo desde el primer momento y que, incluso, había venido a la prisión el primer sábado. Pero en este lugar no había nada de flexibilidad. También me explicó que, para entrar, tuvieron que pasar por numerosos puntos de seguridad, les habían tenido que cachear detenidamente y les habían escaneado el iris de los ojos dos veces. Las altas paredes, la seguridad, los barrotes de hierro… todo les resultaba imponente e intimidante.

—Espero que, finalmente, podamos hablar por teléfono esta semana. Como nuestro número de casa y el número de mi celular fueron registrados a tu nombre, la prisión no aprobó esos números. Así que tuve que obtener otro número y registrarlo a mi nombre y, después, enviar por correo electrónico todos los documentos. Créeme que he estado haciendo todos los trámites.

Estaba convencido de que eso era cierto. Sabía que Norine iba a seguir luchando por mí. Pero también sabía que los dos estábamos indefensos en ese lugar.

MI PESADILLA sobre Okan Batu había estado perturbándome, pero había otro sueño del que quería hablar con Norine.

Era uno de esos sueños donde, más que ver algo, sientes que sucede algo y, en el mío, sentía que Turquía, Irán y Rusia se estaban uniendo para formar una alianza tan tenebrosa que me desperté sudando y con la respiración entrecortada. Eso parecía contrario a lo lógico ya que Turquía e Irán eran enemigos históricos. En cuanto a Rusia, Turquía había derribado uno de sus aviones de guerra un año atrás, y los dos países estaban a favor de bandos distintos en la guerra de Siria. Entonces, tres días después de mi sueño, un policía turco fuera de servicio asesinó al embajador ruso en una exposición de arte en Ankara. Aunque yo pensaba que eso les iba a separar más, el asunto fue el centro de las noticias durante los días siguientes y se puso claramente de manifiesto que el suceso había hecho que Erdoğan y Putin se acercaran el uno al otro. El sueño me asustó.

—Norine, tienes que sacarme de aquí antes de que eso suceda.

Yo quería que ella entendiera la urgencia que yo sentía. Si Turquía se desligaba de sus aliados occidentales de la manera en la que había visto en el sueño, iban a ser malas noticias, y muy malas noticias para mí en particular.

—Su tiempo ha terminado —dijo uno de los guardias.
—¿Van a pasar otras tres semanas hasta que te vea otra vez? —pregunté con voz adolorida.
—No sé cuándo podré verte otra vez —dijo Norine con suavidad en su voz.

Y yo lo entendía.

Ellas habían hecho todo lo posible para animarme durante esos escasos minutos, pero yo necesitaba algo a lo que aferrarme, un hilo de esperanza, por muy vago o insustancial que fuera. Entonces, hice una pregunta que había estado rondándome desde que llegué a ese lugar:

—¿Voy a envejecer y a morir aquí?

Y pude oír cómo la respiración se entrecortó en la garganta de Norine.

UNOS CUANTOS DÍAS DESPUÉS, precisamente el día en que cumplí cuarenta y nueve años, las cosas en la celda se pusieron más feas. La puerta se abrió por la tarde y un hombre entró con un par de bolsas de basura llenas de sus pertenencias. Otro hombre entró después de ese y, al final de ese día, pasamos de ser doce a ser dieciocho hombres en una celda construida para ocho.

Aunque habían puesto en libertad a muchos delincuentes para tener espacio para los presos del FETO, todavía no había lugar suficiente para alojar a todas las personas que estaban siendo arrestadas. Tampoco podían construir prisiones nuevas lo suficientemente rápido.

Las literas se llenaron y a los cuatro últimos que llegaron les dieron un colchón y les dijeron que buscaran un hueco para dormir en el suelo. El espacio de sesenta centímetros que distaban de mi litera a la litera de mi vecino se convirtió en el hogar de un policía militar de unos veintitantos años. Desde el primer momento, estaba claro que, aunque me toleraba, no le gustaba, algo que me hizo sentir todavía más estresado. Cuando estábamos cada uno en nuestras respectivas camas, a menudo acabábamos con nuestras caras a escasos centímetros de distancia.

Estaba contento de tener una cama, era el único lugar al que podía retirarme. Cada tarde, sacaba algo de papel y escribía una carta a Norine expresándole toda mi ansiedad. Escribía las mismas cosas una y otra vez: "*¿Soy Pedro o soy Santiago?*" Ambos fueron discípulos íntimos de Jesús. Pedro fue liberado de la prisión, pero Santiago no.

De la misma forma en que seguía haciendo las mismas preguntas, también necesitaba escuchar las mismas palabras de tranquilidad de Norine una y otra vez.

Una de mis mayores preocupaciones tenía que ver con ella. Además, mis sueños no me ayudaban. En muchos de ellos me veía con Norine pero,

entonces, ella desaparecía, o se encontraba en un lugar donde podía verla pero no podía alcanzarla. Algunas veces, parecía como si no le importara. Entonces, me despertaba y los sentimientos de que ella estuviera distante o que me estuviera dejando atrás seguían estando ahí. Y tenía que repetirme a mí mismo: “*¡Eso es solo un sueño! ¡Esa no es realmente Norine!”*

Aunque yo sabía que iba a permanecer fiel, me preguntaba si ella regresaría a la vida normal. Los domingos eran particularmente difíciles. Durante muchos años, habían sido el día más importante de mi semana, y era el día en que sabía dónde estaría Norine y qué estaría haciendo a cualquier hora del día. Sabía el momento en el que estaría saliendo del departamento, la hora en que comenzaría nuestra reunión, y la hora en la que terminaría. Me imaginaba a todos los hermanos saliendo para comer juntos después de la reunión, como había hecho con ellos tantas veces. ¿Estaría ella con ellos? ¿Estaba siguiendo adelante con la vida, pasándolo bien, disfrutando de la vida?

A lo largo de toda nuestra vida juntos, Norine nunca me había dado ninguna razón para dudar de ella. En su día más difícil, cuando salió en libertad de Isikkent, luchó por quedarse conmigo. Sabía que me amaba, siempre lo había sabido. Incluso estando en mi celda sabía que mis temores no tenían ningún fundamento, pero los sentía fuertemente. Ella es mi confidente más cercana, de todo el mundo ella es la persona con la que más deseo estar. Nunca he pasado demasiado tiempo con ella. Nunca he tenido que tomarme un descanso para dejar de estar con ella. Siempre hicimos todo juntos.

Por todo ello, el susurro que venía en los momentos más oscuros – que Norine no me estaba extrañando, que había proseguido con su vida y que, en algún momento, me iba a olvidar – ese era el susurro más cruel de todos. Aunque sabía que mi miedo era irracional, no por ello dejaba de ser desalentador.

Cuando, finalmente, nos permitieron hablar por teléfono y pude hablarle acerca de mis temores, ella me dijo exactamente lo que necesitaba oír.

—Andrew, no puedo tener una vida normal sin ti, ni tampoco deseo tenerla. ¿Te sentirías distinto si estuvieras en mi lugar y yo en el tuyo? Para mí es un honor caminar por esto junto a ti. Mi amor, te estoy esperando. Volveremos a la vida normal *juntos*.

Eso me consoló. Aunque ahora suene patético, yo le dije lo siguiente:

—Necesito oír esto a menudo. Sigue diciéndomelo.

Entonces, le hice la pregunta más grande de todas:

—¿Tienes esperanza? ¿Podré salir de aquí?

Incluso antes de que ella dijera nada, sentí como si mi interior estuviera siendo aplastado. El silencio solamente duró uno o dos segundos, pero era evidente que ella estaba sopesando sus palabras cuidadosamente.

—No lo sé —dijo suavemente—, yo no soy Dios.

Nunca antes había sentido un pánico tan intenso. Quería arañar las paredes.

—Tienes que sacarme de aquí, Norine. Tienes que sacarme de aquí.
—Cálmate, mi amor.

La línea del teléfono se cortó. Ya habíamos usado nuestros diez minutos. Después, seguí a los guardias hasta la celda. Al llegar, no le dije nada a nadie y fui directamente al patio para tomar aire. Estaba devastado. A penas estaba aguantando. Si Norine no tenía esperanza de que yo fuera a salir, entonces era mejor rendirse.

Me acordaba de las historias que había oído a lo largo de los años de cristianos chinos siendo perseguidos por el estado. Al parecer, cuando los arrestaban y los metían en cárceles horribles, ellos estaban llenos de gozo. Aunque sufrían por causa de su fe, de alguna manera, hacían que la

persecución pareciera un privilegio. Era inspirador. Quería ser como ellos. Pero la verdad es que no lo era.

¿Cómo podía estar siendo tan quebrantado por la cárcel? ¿Qué es lo que estaba mal en mí? Una y otra vez solía decir: *"Dios, has escogido al hombre equivocado."* ¿Por qué me pondría Él en un lugar donde empezaría a creer que es más difícil vivir para Dios que morir por Él?

EL 20 DE ENERO DE 2017, tuve otro recordatorio de la forma en la que las cosas se me estaban escapando de las manos. Un día en el que me encontraba viendo la televisión en la celda, mostraron una noticia de los Estados Unidos: la investidura del presidente Donald Trump.

Durante semanas Norine había intentado contactar con alguien del equipo del presidente electo, y nuestra mayor esperanza hasta ese momento era Franklin Graham. Él creció en la misma iglesia de Carolina del Norte a la que mi familia pertenecía. Increíblemente, a Franklin lo habían invitado a participar en la ceremonia, y oímos que él iba a presentarle mi caso a Trump si tuviera la oportunidad.

Yo miraba en silencio.

Franklin estaba ahí, frente al micrófono. Estaba orando y el presidente Trump también estaba ahí. Estaban muy cerca, y yo suplicaba a Dios que los dos hombres pudieran hablar.

Después de eso, los días pasaron. Nada cambió.

LA VIDA EN EL MÓDULO T4 proseguía con una lentitud insoportable.

Erol fue el primero de nuestra celda que fue a juicio. Esto era algo importante ya que todos los demás habían estado ahí por meses sin que hubiera ningún movimiento en sus casos: ninguna inculpación, ninguna fecha de juicio, ningún final a la vista. Erol era un hombre callado y amable que trabajaba para el departamento forestal. Cuando su esposa traía a su hijo de cuatro años a las visitas abiertas, le decía al muchacho que su padre estaba

trabajando en este edificio. Ella pidió a los guardias que le siguieran el juego: "*Papá trabaja aquí, ¿verdad?*" Era muy triste.

Erol había sido arrestado por una sencilla razón: tenía un *app* en su teléfono. ByLock era una aplicación de mensajes seguros que había estado disponible gratuitamente. El problema para Erol fue que algunas de las personas que habían planificado el golpe de Estado habían hecho uso de ByLock para comunicarse. Cuando el gobierno descubrió esto, hackeó el servidor y comenzó a arrestar a todo el que lo hubiera utilizado.

El día en el que Erol fue a juicio para su tercera comparecencia ante el juez, en la celda se respiraba tensión, incluso aunque todos estaban de acuerdo en que los cargos de ByLock eran absurdos. Antes de que Erol saliera de la cárcel, uno de los antiguos jefes de la policía le explicó con precisión por qué iba a volver como un hombre libre:

—No se han probado los delitos, y no hay ninguna conexión con los conspiradores del golpe de Estado. Es sencillamente imposible que te condenen. Los tribunales no van a permitirlo.

Sus palabras tenían mucho sentido y parecían lógicas. Sin embargo, esto era Turquía después de un intento de golpe de Estado. La lógica no servía para mucho. Erol salió nervioso, pero, al parecer, bastante optimista. El resto de los hombres pasaron el día hablando nerviosamente y haciendo sus oraciones islámicas. Hablaban de sus casos y yo pude comprobar que, al menos, otros seis hombres de la celda también habían sido detenidos por tener ByLock en sus teléfonos.

Otro hombre había sido detenido por tener una cuenta en el Banco Asya, un banco vinculado al movimiento gulenista. El simple hecho de tener una cuenta allí era razón suficiente para que alguien terminara en Sakran, y eso a pesar de que, cuando se abrió la primera sucursal del banco, fue el mismo Erdoğan quien presidió la ceremonia de inauguración.

Conforme pasaron las horas, escuché a mis compañeros de celda hablar más y más sobre un tema nuevo.

—Cuando salga de aquí, me van a deber mucho dinero en compensaciones.

—¡Ah, sí, setecientos dólares por cada mes!

—Además, también puedes demandarles por ganancias perdidas y por daños y perjuicios.

—He oído de un hombre que ha obtenido 100.000 dólares. ¿Qué te parece?

—Me voy a comprar un chalet de verano.

—Andrew, usted sí que puede demandarles. ¿Cómo puede ser que encarcelen a un *americano* durante meses y de esta manera? ¡Le van a deber mucho, mucho dinero!

Yo solamente sonreía y movía la cabeza. No había manera de que ninguno de ellos fuera a ser capaz de presentar una demanda.

Conforme se hacía de noche, el sentido de anticipación aumentaba respecto al regreso de Erol. Tan pronto como entró a la celda, el ambiente cambió. Erol se sentó a la mesa, con el rostro descolorido y con la voz temblorosa y débil:

—Le supliqué al juez que mirara mis mensajes y viera que eran todos mensajes normales que uno envía a sus familiares y amigos. No había nada que tuviera que ver con el golpe de Estado ni con ninguna otra cosa. No obstante, el juez dijo que el solo hecho de tener la aplicación significaba que yo formaba parte de FETO. Entonces, me dio diez años.

Todos seguimos sentados en silencio.

No solo los que tenían ByLock en sus teléfonos se lo tomaron muy mal, todos nosotros lo hicimos. Todos supimos, entonces, que no había nada en el sistema judicial que fuera justo o imparcial.

No había escapatoria.

12. LA BOCA DEL INFIERNO

CUANDO ESTÁS ENCARCELADO EN UN PAÍS cuyo sistema legal es corrupto y cuya independencia judicial es un mito, estás a la merced de personas que tienen más poder que tú. Tu única esperanza es que alguien en algún lugar pueda utilizar su influencia para ayudarte.

No mucho tiempo después de que me llevaran a Sakran, algunos amigos pusieron a Norine en contacto con Mustafá, un hombre de negocios, turco, que ofrecía ayuda. Él explicó que su abogado conocía tanto a mi fiscal como al juez que me había enviado a prisión, y estaba bastante seguro de que, trabajando con su abogado, podía acelerar el final de proceso y podía hacer que volviera a casa. Solo necesitábamos pagar $35,000 dólares para cubrir los honorarios del abogado.

Eso era mucho dinero, un dinero que no teníamos y que íbamos a tener que pedir prestado de amigos y familiares. Norine hizo una investigación de todo esto. Mustafá conocía a personas en Estados Unidos y había estado asistiendo al *Desayuno Nacional de Oración* durante años. Si estaba operando al nivel que él afirmaba, entonces a Norine le parecía que no querría dañar sus relaciones en los Estados Unidos por lo que debía ser una pequeña cantidad para él.

Por lo tanto, ella decidió hacerlo. Tan solo pudo reunir $25,000 dólares. Norine envió el dinero y, después de pocos días, empezó a sentirse intranquila. Mustafá aseguraba que el dinero no había llegado. Cuando ella hizo una solicitud oficial para retirar el envío, el banco respondió que el dinero ya se había depositado y que el titular de la cuenta se negaba a devolver los fondos. Mustafá nos había estafado.

Yo sabía por Emin que este tipo de cosas le estaban sucediendo a otras personas, y que gente sin escrúpulos estaba aprovechándose de personas en apuros. Esto sucedió cuando le estaban negando a Norine que me visitara, por

lo que tuvo que tomar la decisión sin poder consultarlo conmigo. Yo no estaba tan enojado por el dinero perdido sino por la persona que había manipulado y engañado a mi esposa. Pero ella estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para sacarme. Ese pago había sido por amor a mí.

POCO A POCO LAS VISITAS DE NORINE se hicieron más frecuentes. No podía saber con anticipación si le darían permiso o no, pero yo esperaba con ansiedad cerca de la puerta cada vez que el guardia venía y llamaba por nombre a través de la ventanilla al primer grupo. Si no mencionaban mi nombre, esperaba al segundo grupo. Aunque se le daban cincuenta minutos a cada celda, tan solo el trayecto de ir a la zona de visitas y regresar a la celda tardaba unos quince minutos. La puerta se abría y el grupo de diez presos se ponía de pie y hacía fila. Después de quitarnos los zapatos, nos cacheaban y seguíamos a un guardia en fila india a través de varias puertas de seguridad. Al llegar, entraba en la cabina donde Norine estaba esperando y ponía mi mano contra la suya separados por un grueso cristal, y Norine oraba por mí. *"Te bendigo en el nombre del Señor. Y declaro esperanza para ti."*

Ella solía pedirle a Dios con antelación que le diera algo por lo que orar y algo que decirme cada semana. Y, después, literalmente, erguía su cabeza al acercarse a la puerta de la prisión y declaraba: *"Soy una hija del Rey, y estoy aquí para ver a un hijo del Rey."*

Tenía miedo que me olvidaran. También estaba preocupado de que la gente dejara de orar y de que dedicaran su atención a la siguiente crisis. Sin embargo, cada semana, Norine me contaba noticias de nuevos lugares. *"Los iraníes están orando. En China han publicado un millón de folletos sobre ti. La Alianza Evangélica alemana acaba de tener un día de ayuno y oración por ti. Los cristianos en España, Corea, Madagascar, Hungría, México y Líbano están orando. No puedo estar al tanto de todos los países. Nuestra amiga Leyla ha estado renunciando a todos los postres los domingos, y tú ya sabes cuánto le gustan los dulces. Y David sigue ayunando café hasta que te pongan en libertad."*

Yo no me sentía digno de todas esas oraciones. ¿Cómo era posible que los chinos y los iraníes estuvieran orando por mí cuando había tantísimos entre

ellos que estaban encerrados en prisiones? Supe que hermanos y hermanas a los que nunca antes había conocido estaban luchando por mí, y me sentía profundamente agradecido por ello.

EL ALIENTO DESDE EL FRENTE DIPLOMÁTICO llegó pronto. Teníamos la esperanza de que la nueva administración trabajara activamente a nuestro favor. En febrero, Norine oyó que el vicepresidente Mike Pence y el secretario de Estado Rex Tillerson habían hablado con sus homólogos turcos sobre mí. Setenta y ocho senadores y miembros del Congreso habían llevado a cabo un esfuerzo que incluida a ambos partidos para instar a Ankara a ponerme en libertad. Saber que había personas en las más altas esferas que estaban abogando por mí significó un gran ánimo para mí.

La pregunta era si Turquía iba a responder bien. Cuando el secretario de Estado, John Kerry, había hablado sobre mí con su homólogo turco, éste le rechazó y, cuando un senador presentó mi caso ante el embajador turco en los Estados Unidos, éste le dio la espalda sin responderle ni una sola palabra. Esta actitud tan hostil había sido evidente incluso en la manera en la que los funcionarios consulares habían sido tratados cuando me visitaron en Sakran.

OTRA RESPUESTA A LA ORACIÓN vino de una forma más indirecta. Alguien que conocía a alguien que conocía a alguien habló con un asistente del primer ministro turco. Un día, Norine recibió una llamada telefónica de Adnan Bey, uno de los directores de la prisión.

—¿Cuándo hará la próxima visita a su marido? Podrá traerle algunos libros.

Esto significaba un gran cambio, ya que anteriormente se había mostrado muy desdeñoso. Al principio, eran solo libros turcos. Sin embargo, en poco tiempo, también permitieron libros en inglés. Esto era todo un salvavidas: una Biblia, libros cristianos, novelas y algo de historia. Ahora sí tenía algo que me ayudaba a pasar las horas interminables. Le dije a Norine que un día en la cárcel era como diez fuera. El tiempo pasaba tan despacio. Tener una Biblia me trajo un enorme consuelo… tan solo el mero hecho de poderla sostener en mis manos.

MI NUEVA RUTINA ahora incluía caminar por la mañana tan pronto como abrían el patio, tratar de dormir una siesta por la tarde, y escribir cartas y leer por la noche. Una tarde, tuve un sueño inusual. Vi mi nombre escrito en una hoja de papel. Junto a mi nombre estaba el número sesenta y ocho. En el sueño, de repente comprendí que ese era el número de días hasta mi liberación. Entonces, me desperté. Así que me puse a contar. *Dentro de sesenta y ocho días será el 22 de mayo. ¿Podía ser posible?* Ese pensamiento lo alejé de mi mente.

En medio de mi dolor y de mi desilusión, no había dejado de hablar con Dios. Le había acusado de engañarme, pero ya le había pedido perdón. Cada día pasaba horas y horas hablando con Dios – cuando paseaba fuera en el patio, cuando estaba tendido en la cama tratando de pasar el tiempo, por la noche, cuando trataba de dormir, cuando me despertaba a lo largo de la noche. Y comencé a pensar que Dios también estaba hablando conmigo.

Debido a que necesitaba que Norine estuviera conmigo en Turquía, ella no podía luchar y hacer campaña en persona por mi liberación desde Estados Unidos. No obstante, cuando se enteró que Rex Tillerson, el nuevo secretario de Estado, iba a venir a Ankara para hablar con el presidente Erdoğan, ella trató por todos los medios de lograr reunirse con él. Esa semana estuve pidiéndole a Dios que le concediera eso a Norine. En varias ocasiones, el siguiente pensamiento me vino a la mente: *"Se va a reunir con Norine. Por cuanto tú estás en mi agenda, yo te pondré en su agenda."*

Cuando la vi en nuestra siguiente visita, le dije lo que pensaba que estaba oyendo de parte de Dios. Norine había solicitado una reunión a través del senador James Lankford y de Phil Kosnett, el embajador interino; pero el martes ambos le dieron la misma respuesta: no va a haber reunión. Le dijeron que no tenía ningún sentido que viajara a Ankara para verlo.

Sin embargo, Norine fue por lo que yo le había dicho. Ella esperó. Y yo me encontraba en Sakran, tumbado en la cama, orando, pidiéndole a Dios que interviniera para hacer posible esa reunión. Si no sucedía, significaría que, en realidad, no estaba oyendo a Dios. A las 4 de la tarde, tuve el siguiente

pensamiento: *"Está hecho."* ¿Cómo? ¿Qué está hecho? ¿Se había ido Tillerson? ¿Se había acabado todo? Al día siguiente, mi abogada me dio noticias de Norine. A las 4 de la tarde, había recibido una llamada para decirle que fuera a reunirse con Tillerson a su hotel.

Dios me había puesto en la agenda de Tillerson. *¡Sí me estaba hablando!*

NORINE SE REUNIÓ CON EL SECRETARIO TILLERSON el jueves, y yo me reuní con mi abogada, Suna, el viernes. Ella y Norine habían ido al despacho del fiscal esa mañana y, por primera vez, Suna parecía optimista, incluso sonriente.

—El secretario Tillerson le habló de ti al presidente Erdoğan, quien dijo que estaba al tanto de tu caso. Y, escucha esto Andrew, Erdoğan le dijo a Tillerson que están a punto de emitir una acusación formal. El fiscal nos dijo que tendrá todo listo en dos semanas. Está diciéndole a la policía que tienen una semana para presentar las pruebas que hayan reunido y que lo que no hayan conseguido, lamentablemente, será demasiado tarde. Dijo que, después, evaluaría lo aportado por la policía. Si no ve nada, archivará el asunto y te pondrán en libertad.

Dejé que sus palabras calaran en mi ser, bebí de ellas. Por primera vez en meses, pude sentir la esperanza brotando dentro de mí.

DOS SEMANAS PASARON. Nada ocurría. Norine volvió a visitar al fiscal, pero éste se mostró evasivo.

Suna vino a verme. Ya no estaba sonriendo.

—Ya no quiero que sigas alimentando falsas esperanzas, Andrew.

—No te preocupes por eso, Suna.

—El fiscal se ha retractado aduciendo que hay una prueba de un video en el que apareces.

—¿Qué video? ¿Prueba de qué?

—No lo sé. No tenemos acceso a tu sumario.

Me sentía frustrado. Y también preocupado. Algo había vuelto a cambiar arriba, y estaba bastante seguro de que estaban haciendo cálculos políticos para retenerme. Turquía estaba a punto de celebrar un referéndum para Erdoğan, para cambiar a un sistema presidencial, dándole así legalmente la potestad que ya se había otorgado en la práctica. Lo más que podía esperar es que paralizaran mi caso hasta que se llevara a cabo el referéndum.

DESPUÉS DEL TRIUNFO DE Erdoğan en el referéndum de abril, el presidente Trump le invitó a ir a Washington para una cumbre el 16 de mayo. Las noticias de las reuniones de preparación de la cumbre eran buenas. En base a la información que estaba recibiendo, CeCe, nuestro fiscal en ACLJ, le había llegado a sugerir a Norine que era posible que en junio nuestra hija Jacqueline pudiera casarse. Era posible que, pronto, pudiera estar acompañándola por el pasillo de la iglesia.

Ya estaba nervioso, pero, cuando Norine me dijo que hablarían sobre mí en la cumbre, es decir, que los presidentes Trump y Erdoğan estarían hablando de mí, me permití volver a tener esperanza.

Seguro que eso bastaría. No le iba a costar nada a Erdoğan liberarme como gesto de buena voluntad, ya que él sabía que yo era inocente.

Entre las noticias de la cumbre y el recuerdo de mi sueño que apuntaba al 22 de mayo como la fecha de mi liberación, yo tomé un paso de fe. Aunque no estaba seguro y tenía mucha ansiedad, envié a casa mi ropa de invierno y empaqueté mis pertenencias, separando lo que me iba a llevar de lo que iba a dejar en la prisión.

AUNQUE LOS INDICIOS ERAN BUENOS, había un par de cosas que ponía de manifiesto el cinismo del gobierno turco y que me producían intranquilidad.

En el fin de semana del 1 de mayo – un fin de semana festivo – el fiscal le pidió a Norine la contraseña de mi teléfono. Habían incautado mi teléfono el 7 de octubre y, ahora, ocho meses después, habían decidido finalmente examinarlo. Estaban buscando algo – lo que fuera – antes de que fueran a Estados Unidos.

En las reuniones de preparación de la cumbre, Mevlut Cavusoglu, el ministro de Asuntos Exteriores, le había dicho a la delegación estadounidense: *“Íbamos a permitir que Brunson se fuera hace dos semanas, pero él nos ha dicho que quería quedarse.”* Esto era absurdo. Yo había escrito en numerosas ocasiones solicitando regresar a los Estados Unidos. Mi abogada me hizo firmar una declaración rápidamente diciendo que yo deseaba expresamente irme de Turquía. Sin embargo, ya habían habido suficientes piedras en el camino para saber que ninguna salida sería fácil.

EL DÍA DE LA CUMBRE, mis compañeros de celda estaban pegados al televisor cuando cubrían los sucesos en Washington. Yo no podía verlo. Pasé ese día ayunando y orando desesperadamente. Esa noche, pude oír el comentario relativo al momento en el que el presidente Erdoğan y el presidente Trump se dieron la mano en el Despacho Oval. La cumbre daba comienzo.

Y duró veintitrés minutos.

Me eché en la cama y lloré. ¿Cómo podían haber hablado de mí estando juntos tan poco tiempo? Todo me decía que cualquier oportunidad de que me pusieran en libertad se había esfumado.

PASÉ LA MAÑANA SIGUIENTE paseando por el patio, esperando que, de alguna manera, hubiera habido una conversación sobre mí entre los dos líderes. Después de unas horas, sucedió. Algunos de mis compañeros de celda empezaron a gritar mi nombre:

—¡Venga aquí, Andrew! ¡Están hablando de usted en la televisión!

Los comentaristas estaban explicando que el presidente Trump, no solo había hablado sobre mí una vez, sino tres veces a lo largo de su breve conversación.

—¡Esto es increíble! —dijo uno—. Con todas las cosas importantes que tenían que hablar y Trump decide hablar sobre esto tres veces. ¿Quién es este sacerdote, de todas formas?

En los otros canales de televisión también estaban contando la misma historia. Algunos de mis compañeros de celda me felicitaron:

—Andrew, su presidente ha abogado por usted. Seguro que no tendrá que esperar aquí mucho. Quizás mañana o, como mucho, en unas semanas encontrarán la forma de dejarle en libertad sin quedar mal.

Yo no solo estaba atónito, sino también encantado. Una cosa era que el presidente Trump hablara sobre mí en una reunión tan breve. ¡Pero tres veces! No podría haber pedido más.

Meses antes, le había musitado a Norine: "*Si dos presidentes acaban hablando de mí será un milagro.*" Es muy difícil llegar al presidente de los Estados Unidos. Pero, habiendo llegado a él, ¿mostrará interés? Y, si muestra interés, ¿se acordará después? Y, si se acuerda, ¿hará algo al respecto? Pues sí habían hablado sobre mí. Mi milagro se había producido. Durante unos momentos, me permití preguntarme cuánto tiempo pasaría antes de que estuviera en casa.

Sin embargo, un conductor de noticias tenía otra versión de los hechos, e hizo sus propias sugerencias en cuanto a la manera en la que podrían tratar conmigo:

—¿Sabe lo que yo diría si estuviera escribiendo el encabezamiento de un periódico? Yo diría: "Dame al imam y llévate al sacerdote".

Ya podía sentir el suelo comenzando a moverse bajo mis pies. El imam era Fethullah Gulen, el enemigo número uno de Turquía, el hombre al que Erdoğan culpaba de ser el cerebro del intento fallido de golpe de Estado. Estaba viviendo en Pensilvania, y Erdoğan quería que le enviaran de vuelta a Turquía.

AL DÍA SIGUIENTE, estaba en el patio caminando cuando oí un grito:

—Andrew, otra vez estás en la televisión.

El ministro de Asuntos Exteriores estaba hablando de mí en el canal de noticias nacionales. Más que serio, se le veía enfadado.

—El sacerdote Brunson es un terrorista —espetó Cavusoglu—. Tiene vínculos con el FETO. También está vinculado al PKK. Hemos entregado a los americanos su expediente con todas las pruebas contra él. Este caso continuará como un asunto judicial.

Esto me hizo polvo. Uno de los principales cargos del gobierno – el mensajero de Erdoğan – estaba declarando públicamente que yo era culpable de ser terrorista. Ahora, ya no había ningún tribunal en Turquía que fuera a dejarme ir.

Unas cuantas horas más tarde, salieron los periódicos. Aunque no quería mirarlos, sabía que tenía que hacerlo. El titular de una portada decía así: “*Dame al imam y llévate al sacerdote*.”

La boca del infierno se había abierto.

PARTE 4

13. EL TIBURÓN

DURANTE DÍAS, LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SE DIERON UN BANQUETE con mi historia, acusándome de ser un terrorista y llamándome "*Sacerdote Espía*". Era como si fueran lobos hambrientos y yo un cordero herido.

Lo que de veras me asustaba era saber que el gobierno estaba dirigiendo el embate. Ellos habían dirigido a los medios de comunicación en la dirección que querían. Más tarde, escuché de alguien que había estado en la cumbre cuando el presidente Trump había preguntado sobre mí: "*Estaba mirando a Erdoğan y vi cómo su semblante cambió cuando el presidente pidió tu regreso. Le estaba mirando – ¡su cara cambió! En ese momento estaba calculando que se iba a aprovechar de ti un poco más.*" Así que esta era su respuesta a Trump.

Yo estaba devastado.

Los medios de comunicación habían investigado el incidente del hombre armado que había venido a nuestra iglesia años antes y había intentado dispararme. Dijeron que fui capaz de vencer a mi atacante apoyándome en lo que ellos, ridículamente, afirmaban que era un adiestramiento avanzado de la CIA, y comenzaron a llamarme "el Sacerdote Rambo".

Otro periódico decía que la policía había hecho una redada en nuestro departamento – algo que nunca ocurrió – y que habían encontrado un montón de manuales de entrenamiento de las fuerzas especiales probando así que yo era un oficial del ejército estadounidense, y que estaba dando órdenes en Turquía a muchos otros miembros de las fuerzas especiales de los Estados Unidos.

A medida que los medios seguían cubriendo la noticia, las acusaciones se hacían cada vez más impensables. Fui acusado de ayudar a organizar el fallido golpe de Estado, después de ser un agente de la CIA a cargo de Turquía, e

incluso de toda la región del Medio Oriente. Otros afirmaron como un hecho que se me había ofrecido el puesto de director de la CIA si lograba derrocar a Erdoğan en el golpe de Estado.

Todas estas acusaciones en otra situación me hubieran parecido chistosas, pero produjeron un profundo temor en mí. Cada mañana, tan pronto como los guardias abrían la puerta del patio, salía para dar los siete pasos por cinco pasos vez tras vez. Quería fatigarme con la esperanza de que, si caminaba lo suficiente durante el día, tendría posibilidades de dormir algo durante la noche. Estaba desesperado por poder dormir.

No podía estar tranquilo ni por unos segundos. Tenía que seguir moviéndome porque, cada vez que intentaba sentarme, el pánico empezaba a surgir en mí y me sentía al borde del precipicio, listo para atacar las paredes e intentar subirlas con la fuerza de mis uñas. Caminaba constantemente y, durante todos los meses que permanecí en Sakran, solo me senté para comer unas doce veces. Era como si fuese un tiburón: constantemente en alerta, constantemente en movimiento. Era la única forma en la que podía sobrevivir.

A pesar de la respuesta tan dura de Erdoğan, me aferré a un hilo de esperanza de que algo *podría* ocurrir el 22 de mayo. Todavía quedaban unos días para que se cumplieran los sesenta y ocho días que había visto en mi sueño en marzo.

La noche siguiente, tuve un sueño en el que oía una hermosa canción con un arreglo complejo y un conjunto de voces que no había escuchado antes, como si un coro de ángeles estuviera cantando. La música me atrajo de tal manera que, tras despertar del sueño, me di cuenta de que estaba cantando la estrofa: “*Aleluya, las cadenas han sido rotas. Aleluya.”* Esto era claramente algo de Dios. No podía haberlo inventado, de hecho, era justo lo opuesto de lo que estaba pensando después de todas esas mentiras de los medios de comunicación: que iba a estar encadenado para siempre. En contraposición a mis temores, esto era esperanza líquida fluyendo desde el cielo. Con toda seguridad Dios me estaba afirmando.

EN LA MAÑANA DEL 22 DE MAYO, mi amigo Kaya me dijo que acababa de soñar que me iban a liberar, y que iba a suceder pronto. Este se suponía que iba a ser mi día de liberación. Sin embargo, cuando vi a Norine en nuestra visita unas cuantas horas después, no había nada que celebrar. Ella intentó animarme para que no me rindiera, pues algo podría estar ocurriendo tras bambalinas, y era sensato que esperáramos una semana o dos. No obstante, yo estaba empezando a quebrantarme.

Era consciente de que prefería estar en el cielo que continuar durante años en una cárcel turca con un aislamiento terrible y un ambiente espiritual oprimente. Estaba dispuesto a forzar la situación.

—Norine —dije con mis ojos demasiado pesados como para poder mantenerlos abiertos—, quiero hacer una huelga de hambre si no sucede nada antes de principios de junio.

Esto lo había pensado una y otra vez. No se trataba de algo tan inmediato ni tan irreversible como una soga, sino que dejaría tiempo para que algo sucediera. Y, si nada cambiaba, entonces estaba listo para irme.

Norine me miró negando con la cabeza y dijo:

—No hagas eso, mi amor. Por favor, espera.

Poco después de que viera a Norine y le hablara sobre mi plan, pedí poder ver al médico de la prisión. Me había dado cuenta de que había perdido mucho peso desde el octubre pasado y quería saber cómo me encontraba antes de poder emprender mi huelga de hambre. Cuando me puse de pie sobre la báscula y vi lo que marcaba la aguja, me quedé perplejo. Había perdido veinticinco kilos desde mi detención. Si dejaba de comer, probablemente, no iba a durar ni un mes y, posiblemente, eso no sería tiempo suficiente para que la diplomacia pudiera funcionar.

Eso me hizo volver en sí.

Sin embargo, no cambió mi panorama. De hecho, me hizo sentir todavía peor. Otra salida se me había cerrado.

DESPUÉS DE HARMANDALI, había caído en picada. Me sentía traicionado, sentía que Dios había permitido que fuera engañado en cuanto a esperar poder salir el 12 de diciembre. A lo largo de los últimos meses, había podido salir paulatinamente del agujero. Pensaba que estaba oyendo a Dios hablar – que no iba a estar ahí durante el mes de Ramadán, el mes de ayuno, y que estaría en casa en verano para la boda de Jacqueline. Y el sueño sobre los sesenta y ocho días, ¿acaso no venía de Dios? ¿Por qué Dios estaba permitiéndome ser engañado de esa forma, otra vez? Tenía la sensación de que todo se estaba escabullendo, y de que estaba viviendo un accidente a cámara lenta.

Sin embargo, la montaña rusa todavía no había llegado a su fin. Momentos después de que la vi, el 22 de mayo, Norine recibió una llamada telefónica en la que le aseguraban que se había alcanzado un acuerdo y que el presidente lo iba a cerrar en la cumbre de la OTAN, unos días más tarde. Esto es lo que le dijeron al día siguiente: "*Prepara tus maletas. Y pon algo de ropa para Andrew.*"

Yo estaba asombrado cuando ella me dijo esto. No había sido engañado. *Mi sueño había sido verdadero.* ¿Quién, sino Dios, habría podido hacer esto? ¿Quién más podría haber dispuesto los sucesos de tal manera que, precisamente en el día señalado – sesenta y ocho días después – los dos gobiernos se pusieran en movimiento?

Sin embargo, dos días después, los turcos rompieron el acuerdo. Se canceló el trato.

TODA MI VIDA había creído que Dios era todopoderoso y que, con solo un movimiento de uno de Sus dedos, el universo podría darse la vuelta. Y todavía seguía creyéndolo. No obstante, la única cosa en la que podía pensar era que, de alguna manera, Dios había sido impedido. Él había planeado sacarme – había ideado todo para que hubiera un acuerdo, y me había dado señales – pero, por alguna razón, en el último minuto, ya no pudo llevarlo a cabo. La

única conclusión a la que podía llegar en ese momento era que Dios se había limitado a Sí mismo, que tan solo estaba dispuesto a intervenir hasta cierto punto, y debido a eso su plan había sido derrotado. Era eso o había cambiado de parecer. ¿Qué era peor, que cambiara de parecer o que se hubiera visto impedido? Ambas posibilidades me aterraban.

No quería ni pensar en las implicaciones. Sin embargo, no podía escapar de ellas. Si Dios había decidido dejarme ahí, o si no podía rescatarme, entonces, ¿qué esperanza tenía yo de poder salir? Me sentí inmerso en la crisis de fe y de duda más profunda de toda mi vida. No estaba enojado con Dios. No le estaba gritando como sí lo había hecho en diciembre. Pero estaba perplejo, estaba anonadado. Estaba quebrantado, completamente quebrantado.

Y volví a pensar en la soga. Aunque sabía que eso sería una derrota vergonzosa, y sabía que eso no era en absoluto lo que Dios quería para mí, no podía deshacerme de los pensamientos de suicidio. Un día, estando tumbado en mi cama, gemí en tono algo desafiante:

—Dios, ya no me importa mi reputación. Y Tú bien puedes estar preocupado por la tuya. Después de todo, Tú eres quien me mantiene aquí en la cárcel.

Me encontraba en caída libre. Y el cielo estaba tan solo a una soga de distancia.

ME SENTÉ FRENTE A NORINE, separados por el cristal de seguridad, y la escuché mientras ella trataba de animarme.

—Prométeme que no te vas a hacer daño esta semana, mi amor. Necesito que me lo prometas.

Yo apoyé la cabeza en el cristal, con mi mano puesta junto a la suya. Estaba tan cansado en tantos sentidos.

—Andrew, declaro VIDA sobre ti. Vas a vivir, y no a morir. ¡Nuestros hijos necesitan a un padre! Andrew, hay tantas personas, tantos niños que están orando por ti. Dios está poniéndote en sus corazones. Están recordándoles a sus padres constantemente que oren por ti. No comen hasta que hayan orado por ti. Acabo de oír la historia de un niño autista que nunca te olvida. Algunos de ellos han ayunado dulces y dispositivos electrónicos. ¿Te das cuenta de lo fieles que son las oraciones de los niños y lo lleno de fe que están? Aunque esto no es lo más importante, sin duda que estas personas recibirían un duro golpe si te haces daño a ti mismo.

Yo la escuché. Y prometí no hacerme daño esa semana.

CUANDO SE ACABÓ LA VISITA, le pedí a los guardias que me llevaran directamente al despacho del director de la prisión. Me llevaron y me sentaron en una silla frente a su mesa. Yo me vine abajo y comencé a llorar con las manos sobre mi rostro, con todo mi cuerpo temblando violentamente.

—¡No puedo aguantar más! —dije— Tengo un pánico constante, no puedo dormir. He perdido veinticinco kilos. He luchado durante ocho meses para controlarme, pero ya no puedo más. Necesito ayuda. Necesito medicación.

Al principio, cuando llegué a Sakran, había estado aterrado de que el director me viera como un problema de tal manera que me quitara de la celda y me pusiera en otra de aislamiento total. Sin embargo, la ansiedad me había cambiado. Durante meses, el estrés había inundado mi cuerpo con adrenalina. Había pasado tanto tiempo así que ya mi sistema estaba agotado. Los ataques de pánico me sobrevenían como olas. No era solamente en mi mente, no era un asunto de lograr disciplinar mis pensamientos. No necesitaba ningún desencadenante. Yo no escogía el pánico, sino que éste venía con fuerza sobre mí. El pánico, mezclado con la desesperación, es una combinación mortal. Por eso ya no podía confiar en mí mismo.

El director de la prisión se inclinó hacia mí y medio sonrió.

—De acuerdo, le conseguiremos un psiquiatra.

Pero yo no había terminado:

—Hace tanto calor en mi celda que no puedo dormir y estoy siempre empapado en sudor. Mi cuerpo está agotado. Me estoy desmoronando. ¿Por favor, podría conseguirme un ventilador para poner junto a mi cama?

Ya antes había intentado comprar un ventilador en la tienda de la cárcel – estaba en su lista, por lo que podría haberse hecho realidad – sin embargo, ignoraron mis peticiones.

El director le dijo a un guardia:

—Mira en el almacén, busca un ventilador y asegúrate de que llegue a este hombre.

El ventilador llegó esa misma tarde.

Esto supuso un alivio inmediato. Lo puse encima de mi cama para que soplara sobre mí. Los turcos son famosos por tener miedo de resfriarse por el aire del ventilador, por lo que algunos de los hombres en la celda comenzaron a quejarse del ventilador. Yo traté de ajustar la posición para evitar que el aire llegara a los que se estaban quejando, y sentí alivio cuando los que estaban más cerca de mí empezaron a pedir que también les llegara a ellos el aire. El calor reinante había vencido a los recelos iniciales.

El tiempo de espera habitual para obtener una cita con un psiquiatra era de un par de meses. La psiquiatra venía a la prisión una vez por semana, y había otros diez mil reclusos. Seguramente, el director debió preocuparse por mí ya que me puso en la lista para una visita inmediata. No obstante, la psiquiatra no vino esa semana. En vez de eso, me llevaron para que me viera el doctor de la prisión quien no mostró ningún interés en atender a mis peticiones para que me suministrara medicinas.

—Ya no quiero escucharle más —dijo agitando su mano como si estuviera espantando a un mosquito—. ¡Llévenselo!

No obstante, en ese momento dudó:

—Pero antes pónganle una inyección de Valium.

Yo nunca antes había tomado Valium y me sorprendió la velocidad de su efectividad. En apenas un minuto, me caí desplomado sobre mi silla, y solo fui capaz de volver a la celda con la ayuda de dos guardias que me llevaron casi arrastrando los pies. Me sentía muy bien. Mi pánico desapareció como si perteneciera a otra persona. Proseguí mi rutina habitual en el patio, tropezándome como un zombi durante las siguientes dos horas.

Aunque me gustaba la sensación del Valium haciendo su efecto en mi cuerpo, cuando se desvaneció su efecto quería más. El pánico volvió, lo mismo que los temblores. Cuando los guardias vinieron a la puerta, me arrodillé junto a la ventanilla y les supliqué que me ayudaran.

En la tarde del día siguiente, me volvieron a llevar a la clínica y me pusieron otra inyección de Valium. Pasé las horas hasta la noche sintiéndome adormecido y, en cierto modo, aliviado hasta que, gradualmente, la droga fue perdiendo su efecto y el pánico comenzó a apoderarse de mí.

EL 5 DE JUNIO, Norine y yo tuvimos nuestra siguiente visita abierta. Era su cumpleaños y nos sentamos en el banco el uno junto al otro. Había llevado algo de jugo y unas galletas para así poder celebrar la Santa Cena juntos. Viendo a Norine mirándome a mí, dándome cuenta de la preocupación y del dolor que se dibujaban en su rostro, supe que era una tortura para ella verme así, pero no podía dejar de temblar.

—Norine —dije con mis brazos envueltos en mi pecho, pudiendo palpar el espacio entre mis costillas con la punta de mis dedos—. Ya no confío en mí mismo. No puedo prometer que no vaya a hacerme daño. Necesito ayuda. Estoy intentando conseguir medicamentos.

Después de una semana con inyecciones diarias, finalmente pude ver a la psiquiatra de la cárcel. Los fármacos que me prescribió – Xanax para la ansiedad, antidepresivos y algo para ayudarme a dormir – comenzaron a

funcionar rápidamente. Me sentía más calmado. Aunque todavía podía sentir la ansiedad a flor de piel, por lo general no cruzaba el límite del Xanax.

EN NUESTRA SIGUIENTE VISITA, era evidente que Norine se sentía aliviada al verme mejor. Incluso podía percibir una leve sonrisa dibujándose en mi cara y, cuando le pregunté cómo estaba, ella se veía sorprendida.

Durante meses, había usado toda mi energía y mi atención para luchar contra el pánico que me estaba consumiendo. Sin embargo, ahora, con la medicación refrenándolo, ya era capaz de mirar más allá de mí mismo con más facilidad. Durante las últimas noches había estudiado la fotografía que nos habíamos hecho juntos en nuestra visita abierta el día de su cumpleaños. Ella era la única mujer en el mundo para mí, la más hermosa. Sin embargo, en esa fotografía, también podía ver el cansancio y el dolor. Sabía que ella estaba pasando por el fuego conmigo. Ahora mi corazón se quebrantaba por ella también.

Y por nuestros hijos. Lloré por el tiempo que no estaba pasando con ellos. No había oído sus voces en nueve meses. Sabía que también era difícil para ellos. Por primera vez, me enteré que Jacqueline se había casado con Kevin en una ceremonia civil unos meses antes. Norine sabía que yo daba mi aprobación, pero me lo había estado ocultando porque pensaba que me iba a entristecer. Iban a esperarme para llevar a cabo su ceremonia de boda.

Mi esposa había simplificado sus oraciones a: "*Señor, si no haces algo, Andrew se va a quitar la vida. He orado lo que sé orar, otras personas están orando. ¿Qué más puedo hacer? Tú tienes que hacer algo.*" Ese día la ví llorar por primera vez en Sakran cuando dijo: "*No quiero perderte*". No podía aguantar verla llorar.

ASÍ COMO LO PEOR DEL PÁNICO HABÍA DESAPARECIDO, también lo hizo la intensidad de los impulsos suicidas. Aunque todavía seguía estando en una montaña rusa diaria, los altos y los bajos eran menos pronunciados. Cientos de veces al día oraba echando una bocanada de aire: "D*ios, ya no me queda más fuerza. Lo único que puedo hacer es mirarte para que tengas misericordia. No puedo sostenerme; tendrás que ser Tú quien me sostengas.*"

Al mismo tiempo, comencé a luchar en contra de pensamientos tenebrosos que me habían llevado al límite. Cada vez que pensaba en el suicidio, declaraba la frase que Norine me había dado – que me había ordenado – que dijera: "*Andrew en Cristo escoge la vida.*"

Lo que el Xanax no podía hacer era tratar con el dolor profundo de mi ser. Deseaba en gran manera vivir, pero no de esa manera. Aunque no me iba a matar, sí seguí pidiéndole a Dios que lo hiciera por mí: que me enviara a casa o que me llevara al cielo. En varias ocasiones tuve fuertes palpitaciones. Después de la oleada inicial de adrenalina y temor, rápidamente cambiaba a un modo de expectación – quizá eso era Dios respondiendo mi oración.

El día que el terremoto sacudió la prisión de Sakran, la mayoría de los hombres corrieron al patio, pero yo me quedé tumbado en mi litera y esperé para ver si el edificio se derrumbaba sobre mí. No me importaba nada.

PERO, AUNQUE LE PEDÍA A DIOS una muerte misericordiosa, no lo hacía ni por ira ni por rencor. Sencillamente, no podía imaginarme seguir adelante.

Una guerra interior se intensificó.

Un Andrew comenzaba a orar: "Y*a que, de todas formas estoy sufriendo, que no sea en vano; completa la obra que quieres hacer en mí.*" Y el otro Andrew decía: "*¿Qué más da? Entrégame a mi familia o al cielo. Ya no puedo soportar esto más.*"

Estos dos Andrews estaban en una pelea diaria el uno con el otro. Mientras uno estaba luchando con Dios, el otro estaba tratando de alinearse con Dios.

14. EL HORNO DE LOS MIEDOS

POR LO QUE PODÍA PERCIBIR, yo era el único hombre en la celda que estaba luchando con Dios. Los demás no podían entender mi angustia, mis dudas o mis gemidos para con Dios. Sin embargo, yo lo miraba como Padre y el silencio y la distancia que estaba experimentando de Su parte me confundían profundamente.

No obstante, para mis veintiún compañeros de celda, las cosas eran distintas. Como musulmanes, ellos no compartían mi esperanza de que Dios me consolara con su presencia o que Él demostrara su amor permitiéndome escuchar su voz, incluso en la cárcel. Estaban habituados al silencio de Alá. Además, creían que estar encarcelados era su destino decretado por Alá y que, siguiendo sus normas en ese tiempo de prueba, les otorgaría favor en el día del juicio. Por todo ello, se esforzaban todavía más en practicar los rituales de su religión. Ellos eran musulmanes apasionados por guardar las leyes del islam. La mayor parte de ellos habían sido así desde antes de llegar a la cárcel, y los que no lo habían sido, llegaron a serlo en prisión.

Cuando llegué a la celda (que tenía capacidad para ocho hombres), ya estaba abarrotada, pero al menos era posible para mis once compañeros musulmanes arrodillarse sobre sus alfombras en la parte superior, la que estaba destinada para dormir, y hacer sus oraciones al mismo tiempo. Cada uno de ellos estaba desesperado por salir de la prisión y creían que la mejor manera de persuadir a Alá para que interviniese a su favor era haciendo todas sus oraciones. Cuando los demás llegaron y la celda superó por mucho su capacidad, la única opción que les quedó fue hacer turnos. Entonces, lo que comenzó siendo una sesión de oración de treinta y cinco minutos, cinco veces al día, se convirtió en una reunión interminable de oración.

No era suficiente limitarse a ofrecer las cinco oraciones diarias habituales, ni tampoco ofrecer oraciones extra. En pocos días, estaban alargando sus tiempos de oración a períodos en los que cantaban y recitaban los nombres

de Alá. Casi en el instante en el que un grupo terminaba, el otro comenzaba. Varias veces al día, se formaban grupos para cantar el Corán. Se sentaban en círculo, siete u ocho hombres al mismo tiempo, y se turnaban para dirigir, recitando en árabe. Son pocos los turcos que saben leer el Corán en árabe, pero todos los hombres de mi celda sabían hacerlo – y los que todavía no lo sabían estaban ocupados aprendiéndolo.

En un momento dado, uno de los hombres sugirió que debían leer todo el Corán en voz alta cada semana, y la tarea estaba debidamente dividida entre los habitantes de la celda. Cuando no se estaba llevando a cabo una sesión de oración o de canto, lo más normal es que alguien estuviera enseñándole a otros el Corán.

Además, muchos de los hombres tenían sus propias rutinas personales. Uno de ellos leyó en algún lugar que recitar un capítulo específico del Corán catorce veces al día durante un mes o repetir una oración decenas de miles de veces, daría como resultado ser puestos en libertad. Esto lo hacían sobre sus literas, en el patio, en todos los lugares y a todas horas.

Había algunos hombres que dormían durante el día porque estaban ayunando y en medio de la noche se sentaban para estudiar el Corán. Era difícil que hubiera alguna hora, de día o de noche, en la que no se estuviera llevando a cabo alguna actividad religiosa.

Aunque yo trataba de ignorarlo, ni dentro ni fuera había posibilidad de escapar del sonido de las oraciones y lecturas islámicas, o del escuchar a mis compañeros debatiendo en turco los pasos necesarios para desatar el favor de Alá y obtener su liberación de la cárcel.

Una noche, escuchaba en silencio una conversación en la que hablaban de Jesús. Un par de hombres – que anteriormente me habían dicho que yo era el primer cristiano que habían conocido en toda su vida – hablaban largamente sobre los fallos del cristianismo.

—La Biblia ha sido alterada —dijo uno—. Jesús no murió en la cruz. Hay contradicciones en cada una de sus páginas. Aunque los cristianos nunca admitirán esto, el libro entero ha sido modificado a lo largo de los años.
—Los cristianos creen que Jesús, Dios y María son todos dioses. Y niegan que Abraham, David y Jesús fueran musulmanes.

"¡Bien!", me dije a mi mismo mientras me levantaba de la litera y bajaba al suelo:

—¿Quieren saber lo que un cristiano cree? ¿Me permiten que les hable?

Ellos se quedaron callados mirándome.

Entonces, proseguí. Intenté explicar al Jesús de la Biblia de una manera que ellos entendieran. Expuse las diferencias teniendo cuidado de no decir nada sobre Mahoma que pudiera ofenderles.

Ellos escucharon. Algunos sentían una curiosidad genuina, un par de ellos me miraban callados, disgustados y frunciendo el ceño. Después de un par de horas, pude darme cuenta de que ya había dicho bastante.

Ese fue un momento clave en la celda. Ahora sabían exactamente lo que yo creía y el compromiso tan serio que tenía con mi fe. Algunos de ellos trataron de animarme a aceptar el islam y bromeaban mucho sobre eso. Desde ese día, siempre que alguien venía y me hacía preguntas, dos o tres hombres más se acercaban para discutir conmigo, y dirigían la conversación hacia un largo discurso sobre las glorias del islam.

Con el tiempo me cansé de esto. Cuando me pedían que les explicara algún punto, tomaba mi Biblia en turco y les decía mientras señalaba un pasaje:
—Por favor, lean esto primero y después podemos hablar.

Si había curiosidad o interés genuinos, con gusto respondía.

Solo Yilmaz, un hombre mayor que dormía junto a mi litera, leyó la Biblia de pasta a pasta; pero la mayoría de ellos ni siquiera tocaron el Libro. Sin embargo, casi todos aceptaban que orara por ellos. Cuando alguien estaba enfermo, yo ponía mi mano sobre él y oraba para que fuera sanado. Uno de los hombres, que no era muy amistoso, tenía un problema con una de sus piernas y me permitió orar por él varias veces. A cambio, algunas veces escuchaba mi nombre mencionado en la oración islámica que se hacía a diario por la liberación de todos en nuestra celda.

EL RITMO DE LOS CICLOS DE ORACIÓN y el zumbido constante de los cánticos en árabe me agotaron. Era como si estuviera viviendo en una mezquita, pero todavía con más actividad religiosa que una mezquita, y mucho más intensa. *La ilaha illalah, la ilah illalah*… Había escuchado la frase “No hay Dios más que Alá” recitada y cantada tantas veces que me daba vueltas en la cabeza de día y de noche. Algunas veces, llegué a pensar que sería mejor estar en aislamiento para poder aliviarme de esa atmósfera que se me hacía tan pesada.

Aun así, apreciaba la forma en la que ellos se apoyaban unos a otros y verlos me hacía desear la compañía de otros cristianos en la celda – alguien con quien orar, alguien que me animara, alguien que me hablara la verdad cuando mis dudas comenzaran a gritarme. Norine era mi salvavidas, pero solamente podía verla durante los treinta y cinco minutos que duraba nuestra única visita semanal. El resto del tiempo, estaba solo, tan solo en mi fe.

También había perdido a Emin. Los otros hombres que se encontraban en la celda eran funcionarios públicos o dueños de pequeños comercios, y solo muy pocos de ellos habían viajado fuera de Turquía. Al ser de una familia muy rica, Emin había pasado varias temporadas en Occidente y había visitado Estados Unidos varias veces. De todos los que estaban allí, él era quien mejor comprendía las diferencias entre mi trasfondo y el trasfondo de los demás; y en esos primeros días en Sakran, él fue quien me ayudó a entender cómo funcionaba la celda y ayudó para que los de la celda me entendieran mejor a mí.

Emin había sido puesto en libertad en febrero. Aunque me alegraba por él, me dio tristeza cuando se fue, pues me sentí todavía más solo. Lo peor era que ya no había nadie que pudiera explicar mi “extraño” comportamiento y forma de pensar occidental a mis compañeros de celda turcos. La riqueza y la posición social de Emin hacían que los demás lo escucharan. Cuando él se fue, perdí a mi “protector”.

A PARTE DE LAS LARGAS HORAS EN ORACIÓN, cantando y estudiando el Corán, mis compañeros de celda procuraban llevar a cabo las purificaciones ceremoniales. Tenían normas estrictas y detalladas que debían seguir para que sus oraciones fueran aceptables. Tenían que lavarse de la manera correcta antes de las oraciones y también tenían que evitar cualquier cosa que pudiera contaminarlos y hacerlos espiritualmente impuros. La mayoría de los hombres en la celda no tenían problema en dejarme en paz e ignorarme. Pero para algunos, como yo no era musulmán, representaba una amenaza.

Comenzó con la comida. Algunas mañanas, cuando pasaban lista, rompía un trozo de la barra de pan para comerlo con algo de queso antes de volver a la cama. A veces, tiraba el último pedacito del borde de pan que no me había comido. Una mañana, uno de los hombres que siempre me estaba vigilando decidió ofenderse por eso.

—¡Lo que estás haciendo es un pecado, Andrew!

Yo ignoré su comentario y seguí yendo hacia la cama. Sabía que él me quería intimidar.

Cada día la prisión repartía pan fresco y, al final de cada día, la gente en esta celda discretamente tiraba todo el pan sobrante.

Lo mismo dijo este hombre al día siguiente. Una vez más, lo ignoré y volví a la cama. La tercera vez que me vio tirando un pedazo de corteza de pan a la basura, se volvió hacia los otros hombres que los guardias habían juntado para el conteo de la mañana.

—Yo no sería capaz de tirar ese pedazo de pan —dijo buscando la aprobación de los demás—. Eso es un pecado y tienes que dejar de hacerlo.

—Puede que sea un pecado para ti —contesté—, pero no lo es para mí. Déjame en paz.

Creí que era necesario dejar las cosas claras y marcar una línea.

Él cambió algo de actitud. Sin embargo, unas semanas después, surgió otro problema. Solíamos comer nuestras ensaladas y otras cosas en cacerolas grandes para todos, por lo que cada uno metía su cuchara y se alejaba de nuevo para comer, al más puro estilo turco. Pude darme cuenta de que la gente evitaba tocar la comida por la parte donde yo metía mi cuchara. Finalmente, pasó lo inevitable y me dijeron que ya no podía comer de sus cacerolas y que yo tendría que servirme por separado.

—De acuerdo —dije yo.

Aunque estaba bastante contento de comer en mi propio plato, no me gustaba la razón por la que se me excluía.

Había toda una mezcla de actitudes en nuestra celda. La mayoría de los presos me dejaban en mi propia burbuja, y algunos me ayudaban, incluso se preocupaban por mí. Un ex-policía siempre me ofrecía una bebida caliente de canela cuando se tomaba su té por la noche, y un amable maestro de escuela que era experto en el Corán me cortaba el pelo con el cortapelos que nos permitieron comprar en la celda. Kaya, un antiguo jefe de policía, a menudo se detenía junto a mi litera para darme alguna palabra de ánimo. Sin embargo, también había algunos que me trataban con sospecha y cuya actitud comenzó a contagiar a otros. Ellos me veían como un impuro, y me hacían sentir así.

Muchos de los hombres pasaban la tarde y parte de la noche en la zona de abajo, viendo la televisión. Algunos de sus programas favoritos – cada uno de los cuales llegaban a durar hasta cuatro horas – eran dramas históricos en los que se retrataba a los cristianos como los malvados agresores que siempre

cometían crímenes terribles en contra de los nobles turcos musulmanes. Los cristianos en las historias eran mentirosos, traicioneros y peligrosos.

Durante nuestros años en Turquía, Norine y yo tuvimos una buena relación con la mayoría de los turcos – les amábamos y, a nivel individual, eran cálidos y amables con nosotros – sin embargo, yo era muy consciente de la antipatía que había hacia los cristianos. A parte de esto, durante muchos años las encuestas confirmaban que un profundo sentimiento *antiamericano* iba en aumento.

Cada vez más, me sentía apartado y aislado.

Cuando alguien me decía algo duro, normalmente yo me disculpaba y me quedaba callado. Trataba de quedarme a solas lo más posible y evitaba hacer cualquier cosa que pudiera molestarlos. Era como caminar sobre huevos. A finales de la primavera, escribí esto a Norine: *"Hablo, quizá, diez frases al día. Estoy tratando de ser invisible."*

AUNQUE FUERON INTENSOS esos primeros meses en Sakran, la atmósfera se cargó más cuando comenzó el Ramadán a finales de mayo. Mis compañeros se dedicaron a sus oraciones hasta altas horas de la noche. Lo único positivo era que, como todos dormían durante el día, podía caminar libremente por el patio sin ser interrumpido.

Conforme el mes de oración y ayuno fue acabándose, las temperaturas comenzaron a subir. Casi todos los días superábamos los 38 grados centígrados y, el día que se alcanzaron los 46 grados, el calor era comparable a un horno. Las únicas ventanas daban al patio, todo de hormigón y rodeado de muros; y estábamos en medio de múltiples filas de celdas donde daba el sol tanto como en la nuestra. En la celda sin aire, repleta desde hacía mucho tiempo de más de veinte cuerpos sudorosos, el calor se hizo oprimente. Me di cuenta de que la única manera que tenía para resistirlo era quedarme en *shorts* y acostarme encima de las sábanas.

Pero eso no les gustó a algunos.

Mi litera estaba en la parte alta de la escalera, por lo que todo el que subía o bajaba pasaba a mi lado. Un día, cerca del final del Ramadán, uno de los hombres me dijo que tenía que cubrirme.

—Cuando pasamos cerca de ti yendo hacia nuestras oraciones te vemos. Nos estás distrayendo y estás haciendo que perdamos nuestra limpieza ceremonial.

—¿Cómo es que yo los distraigo? —dije queriendo reírme en voz alta.

—Un hombre debe cubrirse desde el ombligo hasta las rodillas, Andrew. Tienes que ponerte unos pantalones largos y una camiseta.

Ya así, estando semidesnudo, estaba empapando la cama y la almohada con mi sudor, y me había salido un sarpullido en los brazos por el calor. Así que le contesté con respeto, pero manteniendo mi postura:

—Le sugiero que no me mire cuando pase por aquí. Hace mucho calor, por eso no quiero llevar pantalones largos. Además, yo no soy musulmán, por lo que no estoy obligado a seguir sus normas sobre ropa.

La conversación se acabó pronto, pero la tensión siguió.

UN PAR DE DÍAS DESPUÉS, cuando varios de los hombres habían recibido malas noticias sobre sus respectivos casos, estaban hablando con mucho ánimo en el patio. Yo estaba caminando como de costumbre, cuando uno de ellos me gritó:

—¡Tú ya has tenido suficiente! ¡Ya no puedes caminar más, detente!

—No le estoy cortando el paso. ¿Por qué me está dando órdenes? ¿Qué pasa? —le contesté sin detenerme.

—Claro que te doy órdenes. ¡Eres un *hayvan*!

Entonces, me detuve en el acto.

Llamar a alguien un *hayvan* – un animal – es un insulto grave en Turquía. Hay personas que asesinan por menos de eso. El hombre no paraba de repetir la palabra una y otra vez, diciéndome que era sucio e impuro.

Estaba seguro de que me iba a atacar. Con la mirada borrosa, veía como movía los brazos al hablar, y los ojos parecían explotarle. Miré a los demás preguntándome si se iban a unir a él o si lo iban a detener, pero todos se quedaron callados.

Mi estado era tan frágil que fui a mi litera, ya que era el único lugar seguro que tenía. La sensación de aislamiento me sobrepasó y comencé a llorar, sintiendo la fuerza de mis sollozos sobre mi pecho. Traté de cerrar los ojos e ignorar los sentimientos de soledad y de desesperación, pero eso era imposible. Estaba debilitado e indefenso, no solo físicamente, sino también emocionalmente.

Esa noche, mis compañeros se reunieron para hablar de mí.

Los hombres que me habían llamado animal se disculparon – solo cuando los demás les dijeron que lo hicieran – y, después, se pusieron a hablar sobre los defectos de mi carácter.

— Andrew es una persona egoísta. Piensa que puede exigir y hacer que las cosas se hagan a su manera. Pero eso se ha acabado. Desde ahora, va a hacer lo que nosotros le digamos.

Aunque oí cada una de sus palabras, no estaba pensando en cambiar o en la necesidad de ser más dócil y complaciente con el grupo. Lo único en lo que podía pensar era que, en algún momento, si las cosas se ponían peor, los ataques verbales podían cambiar. Si algunas de las personas de la celda decidían usar la fuerza física conmigo, entonces estaría completamente en su control.

15. EL VALLE DE LOS HUESOS SECOS

LA TENSIÓN CADA VEZ MÁS CRECIENTE EN LA CELDA acentuó una preocupación que había comenzado a tener en mi mente.

Cuando el ministro de Asuntos Exteriores apareció en la televisión en mayo y me acusó de apoyar tanto al FETO como al PKK, me puso automáticamente en el centro de una diana. Una cosa era oír a mis acusadores inventarse historias sobre mí diciendo que era gulenista. Todos mis compañeros de celda sabían muy bien que eso no podía ser verdad, especialmente porque algunos de ellos sí estaban vinculados a Gulen. Además, ellos son un movimiento islámico, lo cual implicaba que mi trabajo era completamente contrario al suyo.

Sin embargo, durante los años anteriores, nuestro trabajo con refugiados había propiciado que Norine y yo tuviéramos contacto con muchos kurdos sirios. Los turcos creen muchas teorías de conspiración, y los medios de comunicación estaban repletos de historias sobre mí diciendo que apoyaba al PKK y que era un espía. No me sorprendería que algunos de mis compañeros de celda comenzaran a dudar de mí.

Tan pronto como comenzamos a trabajar con refugiados sirios en 2014, supimos que estábamos corriendo un riesgo. Comprendíamos que eso podía causarnos problemas, que estarían vigilando más nuestro ministerio y, potencialmente, podrían malinterpretarnos, especialmente debido a que muchos de ellos eran kurdos. Sin embargo, también vimos una oportunidad inusual. Siria era un país musulmán cerrado. Había sido, casi por completo, inaccesible. Pero, entonces, varios millones de sirios estaban entrando en masa a Turquía, huyendo de los combates en su país. No queríamos perder esta oportunidad de compartirles nuestra fe. Pensábamos que lo peor que podía hacernos el gobierno era deportarnos.

En 2014, habíamos viajado a Gaziantep, una ciudad turca cerca de la frontera con Siria, para dirigir una conferencia para unos veinte cristianos que estaban viajando desde Siria e Irak. Algunos habían sido retenidos y golpeados en la frontera, y pudieron seguir adelante a duras penas, literalmente arrastrándose por las alcantarillas. Otros habían caminado por un campo lleno de minas para poder llegar ahí.

El hambre espiritual que estas personas mostraban me estimulaba en gran manera, pero todavía quedé más impresionado cuando, después de esa semana que duró la conferencia, volvieron a cruzar la frontera a lugares muy difíciles y peligrosos para poder ministrar a otras personas. Si ellos estaban dispuestos a asumir tales riesgos tan solo para recibir formación, entonces, ¿no debería yo estar dispuesto a invertir en ellos, aunque eso significara riesgos para nosotros?

Cuando se produjo la crisis de los refugiados unos cuantos meses después, comenzamos a trabajar con más frecuencia en la frontera con Siria. A lo largo de los dos años siguientes, iba a la zona fronteriza a menudo, varias veces con Norine; y siempre conmovía mi corazón conocer a personas que habían perdido tanto en circunstancias tan terribles.

Con un equipo que podía hablar kurdo y árabe, entregamos comida y apoyo, hablamos abiertamente sobre nuestra fe, tuvimos estudios bíblicos con las personas interesadas y, después, cuando algunos de los nuevos cristianos decidieron volver a Siria, hicimos lo que pudimos para enviarlos bien preparados. De vuelta a nuestra ciudad, nuestro equipo comenzó una iglesia de refugiados y algunas personas decidieron seguir a Cristo y fueron bautizadas. Justo antes de que nos arrestaran, habíamos logrado juntar a unos setenta refugiados para un retiro de iglesia.

Nunca he sido simpatizante del PKK. Nuestra meta es la que siempre ha sido: hablar a las personas de Jesús, eso es todo. Sin embargo, el gobierno estaba vinculando a todos los refugiados kurdos con el PKK, y yo sabía que había fotos de mí con refugiados kurdos. Dado el clima político en Turquía, y teniendo en cuenta todas las mentiras que estaban propagando sobre mí, yo sabía que podían usar nuestro ministerio para hacerme daño. Y no podía estar

seguro de que todas las personas en mi celda pensaran que yo era inocente. A lo mejor estaba siendo paranoico, pero ya no me sentía completamente seguro en la celda.

CUANDO PODÍA, leía libros escritos por otras personas que habían sido encarceladas para ver si había algún secreto que debía aprender. Kenneth Bae, en Corea del Norte, parecía tener paz. El hermano Yun, en China, afirmó que experimentaba gozo cada día. Aunque Dan Baumann, en Irán, había intentado suicidarse, más tarde fue cautivado por una visión de la belleza de Jesús. También estaban los hermanos rusos que habían soportado pacientemente las prisiones miserables de Siberia.

Pero esa *no* era mi experiencia.

—Dios se equivocó al escogerme a mí —le dije a Norine más de una vez.

—No —ella respondió siempre—, yo creo que él escogió al hombre indicado. No fue un accidente.

Yo era consciente de que no daba la talla. Sin embargo, después comencé a descubrir que algunos de los cristianos que admiro habían tenido sus luchas. Adoniram Judson había pensado en saltar desde un puente cuando lo transportaban de una prisión a otra en Birmania. Haralan Popov, en Bulgaria, y Helen Roseveare, en el Congo –ambos en lugares distintos, pero con alguien apuntándoles con una pistola en la cabeza – pidieron que apretaran el gatillo.

Nunca había pensado mucho sobre la desesperación de estas personas, pero ahora, podía identificarme de una forma nueva con Elías, Job y Jeremías, todos ellos hombres que desearon morir por causa de sus sufrimientos.

Aunque no osaba ponerme a la altura de ninguna de estas personas, sentí alivio y, extrañamente, incluso ánimo, al saber que yo no era la única persona que estaba batallando.

AUN ASÍ, LUCHABA para motivarme a mí mismo a mantener mis rutinas y mis disciplinas. Desde el principio en la prisión de Sakran, había estado haciendo algo de ejercicio siguiendo la recomendación de Norine. Había

llenado un par de botellitas de agua y las usaba como pesas para ayudarme a fortalecer los músculos de mi cuello después de la cirugía. Hacía flexiones apoyado contra la pared y caminaba, al menos, cuatro horas al día. No caminaba para mantenerme en forma – necesitaba hacerlo para llenar el tiempo, para cansarme y poder dormir, para mantener bajos los niveles de pánico.

Hablaba con Dios constantemente. Había calculado que, a mi velocidad promedio de casi cinco kilómetros por hora, habría cubierto ya una distancia similar a la que hay entre Carolina del Norte y la ciudad de Los Ángeles.

No obstante, cuando la boca del infierno se abrió y fracasó el trato entre Turquía y Estados Unidos, frené todo de golpe. Dejé de ejercitar mi cuerpo. Leía mi Biblia menos, oraba menos. Dejé de escribir cartas a Norine cada día. Dejé de escribir en mi diario.

Caminar fue lo último que dejé de hacer.

CUANDO TERMINÓ EL RAMADÁN y mis compañeros de celda dejaron de dormir durante el día, nuestra relación dio otro giro todavía peor.

Ya no era el único que quería hacer uso del patio. Mis compañeros de celda querían sentarse a la sombra para hablar durante horas interminables, y me dejaron bien claro que no querían verme caminar de un lado a otro.

—Andrew, ya no puede salir fuera.
—¿Cómo? ¿No puedo simplemente caminar en la zona soleada mientras ustedes están sentados a la sombra?
—No, eso se ha acabado. Ya no queremos verlo pasear por aquí.

Aunque las medicinas estaban impidiendo que el pánico se descontrolara, todavía podía sentir cómo surgía dentro de mí. Si ya no se me permitía el acceso al patio, irremediablemente tenía que quedar confinado a mi litera. Estaría atrapado en una prisión del tamaño de mi colchón.

Traté de convencer a los hombres para que reconsideraran su decisión, pero rehusaron darme permiso. Entonces, solicité poder ver a la psicóloga de la prisión a la que expuse mi situación con la esperanza de que me permitieran hacer uso de otro patio para mí solo un par de horas al día. Lo único que pudo aconsejarme era que me cambiaran a una celda de aislamiento.

— Al estar en una celda de aislamiento tendrá acceso a un patio una hora al día.

No me quedó otra opción que quedarme donde estaba. Mi mundo había quedado reducido a mí mismo, a mi litera y a mi ventilador. Aun así, ni siquiera esto era algo seguro. Uno de los hombres comenzó a hablar conmigo delante de los demás:

—Andrew, vamos a quitarle el ventilador.

Yo me quedé callado. Entonces, empapaba mi camiseta bajo el grifo, me tumbaba durante una hora mientras la brisa del ventilador me enfriaba y, después, me levantaba otra vez para volver a mojar la camiseta. Hora tras hora, permanecí allí tumbado y leyendo.

Acababa de leer que muchas personas pasan por tiempos de prueba pero no salen de ahí. Podía imaginarme el valle de la prueba repleto de huesos secos, los esqueletos de los que se habían quedado en el camino. ¡Estaba tan cerca de fallar y acabar ahí! Y oré: “*Por favor, Dios, ayúdame a terminar bien.*”

—¡Andrew!

Yo intenté ignorar las voces que me llamaban por mi nombre. Estaba concentrado en el ventilador. El sonido de las aspas dando vueltas, la sensación de la brisa sobre mi piel. Mi camiseta ya casi estaba seca. Pronto tendría que volverla a mojar.

—¡Andrew, baje aquí!

Esta vez no era uno de mis compañeros de celda sino un guardia. Lentamente, y con cierta dificultad, me bajé de la litera.

Uno de los guardias principales estaba en la puerta:

—Han aprobado su traslado.

Yo lo miraba con confusión. No había hablado con nadie sobre ningún traslado. No deseaba un traslado. Los traslados siempre son malas noticias.

—No comprendo —dije—. ¿Qué quieren decir?
—Va a salir de aquí. Y le van a llevar a Buca.

PARTE 5

16. MÁXIMA SEGURIDAD

ME ENCONTRABA EN LA OFICINA DEL ASISTENTE DEL DIRECTOR DE LA PRISIÓN y respiraba lenta y profundamente mientras suplicaba que me dejaran quedarme en Sakran. Recordaba todas las historias que mis compañeros de celda me habían contado sobre Buca, y estaba desesperado por evitar ir allí.

Sabía que no estaba en un estado idóneo para que me enviaran a una prisión arcaica llena de combatientes del PKK donde la mitad del año el agua está demasiado fría para poder lavarte, y donde pasas los días acurrucado bajo las cobijas que puedas encontrar.

Cuando dejé de hablar, el director de la prisión extendió las manos, y mostrando indiferencia dijo:

—Ya está decidido. Tendrá que irse.

El miedo volvió a recorrer todo mi cuerpo.

—Pero ¿qué pasa si está repleta de gente? ¿Qué pasa si me ponen en una celda como la de aquí y no hay cama para mí? Si tengo que dormir sobre un colchón en el suelo, me harán levantarlo durante el día y, entonces, ¿cómo pasaré el tiempo si no puedo caminar fuera? ¡Y mis medicinas! ¿Qué pasará si no me dejan tomarme mis medicinas allí?

Las palabras salían precipitadamente de mí. Estaba tan frágil que cualquier cambio importante en mi rutina me lanzaba lleno de pánico al borde de un precipicio.

—¡No hay nada que discutir, Andrew! ¡Vamos a trasladarle!

Ya de vuelta en la celda, comencé a recoger mis pertenencias. Tan pronto como fue evidente que me iba, los hombres que estaban durmiendo en el suelo comenzaron a hablar entre ellos sobre quién iba a ocupar mi litera. Dos de los hombres que originalmente me habían tratado bien me dijeron que se sentían tristes de que me fuera. Me ayudaron a guardar mis cosas en bolsas de basura mientras los guardias esperaban en el pasillo. Al acercarme a la puerta, abracé rápidamente a cada uno de mis veinte compañeros de celda –incluidos los que me habían criticado y me habían tratado como a un impuro.

Kaya, un hombre bondadoso que había visto las señales alarmantes de un posible suicidio durante mis primeros días allí y quien se aseguró de que no me quedara solo, puso su mano sobre mi hombro y dijo:

—Andrew, si me dieran la opción de ir a Buca, dejaría este lugar sin dudarlo. Es mucho mejor.

Yo sabía que lo estaba diciendo para animarme, algo que aprecié. Sin embargo, no había ni una célula en todo mi cuerpo que creyera lo que Kaya me estaba diciendo.

EN ALGÚN MOMENTO entre la salida de Sakran y el trayecto por carretera por las montañas en dirección a la prisión de Buca, tuve una revelación. Aunque no me quitó el temor por lo que se avecinaba, sí cambió algo en mí.

Mientras conducíamos por la carretera, trataba de ignorar los subfusiles que colgaban de los hombros de los policías militares que me escoltaban. En vez de eso, miraba por la ventana de la patrulla que me transportaba. Salimos de Sakran por la tarde y, cuando nos acercamos a la ciudad donde habíamos vivido tantos años, las calles estaban llenas de personas que estaban regresando a su casa.

Casa.

El pensamiento me vino como una puñalada al principio. Estaba tan lejos de casa, y era tan incapaz de ir allí. A mi esposa y mis hijos nunca los había percibido tan lejos. Pero, entonces, un leve rayo de luz irrumpió en mi tristeza.

Miré a un hombre en su Volkswagen Golf. Él no se daba cuenta de que lo miraba. Como casi todo el mundo en ese momento, estaba manejando de vuelta a su casa para ver a su familia.

Delante de él había años de libertad. Delante de mí estaba Buca. Y aunque no sabía nada sobre su historia, sí sabía algo sobre la mía: yo conocía a Jesús. No sabía si algún día volvería a estar en libertad para estar con mi familia, pero tenía la promesa de la vida eterna, la garantía de la máxima libertad.

Mi vida tenía sentido.

Mi vida no estaba vacía.

Mi sufrimiento no era el final de mi historia.

CUANDO LLEGAMOS A BUCA, era evidente que estábamos en las montañas. Hacía calor, pero no tanto como en Sakran. Al menos, estaba agradecido por eso. También pude darme cuenta de que los hombres en mi vieja celda tenían la razón. Sakran era una cárcel inmensa, moderna y tecnificada. Buca era más vieja y más austera.

La rutina de la llegada fue comparable a la que tuve en Sakran. Me entregaron a los guardias, me llevaron a una habitación y me cachearon. El asistente del director de la prisión era un hombre grande y de pelo blanco. No cabía duda de que él estaba a cargo, pero parecía más relajado que los directores que había conocido en Sakran.

Recorría con su mano mis pertenencias que estaban sobre la mesa delante de mí: los libros y la ropa que me habían permitido tener en la celda, y algunos artículos que las autoridades habían estado guardando, como mi cartera, documentos personales y el pasaporte. Era extraño ver esos artículos prohibidos. Con cada traslado, me daba la impresión de que eran cada vez menos míos.

Cuando estaba en Sakran, Norine había peleado bastante para que me permitieran tener una Biblia y otros libros en inglés. Aunque había tardado meses, finalmente alguien había conseguido el permiso de Ankara. Me preguntaba cuánto tiempo se iba a necesitar en Buca para que se me permitiera tenerlos de nuevo.

—Por favor —dije—, si primero me van a poner en una celda de aislamiento, ¿podría llevar mi Biblia y otro libro? Para mí es difícil estar solo sin nada que leer.

El director de la prisión se alejó un poco de la mesa y pensó durante unos instantes en su respuesta, con la sala en silencio.

—De acuerdo —dijo finalmente.

Con alegría, agarré mi Biblia, así como el libro más grande que pude encontrar, una novela de Tom Clancy.

El director me despidió y seguí en silencio a los guardias hasta mi celda. La disposición de la celda era similar a la de Sakran: cada celda tenía su propio patio. Sin embargo, había una diferencia importante. Buca era una cárcel de máxima seguridad. Era lógico pensar que en una cárcel llena de personas acusadas de terrorismo y de los delitos más graves cometidos, el riesgo más grande no era que se escaparan, sino la violencia, o el que los presos divulgaran su ideología entre otros reclusos. Cuanto más peligroso o valioso era el preso, menos compañeros podía tener.

En Buca las celdas estaban hechas para tres personas, y estaban cumpliendo con ese límite de tres personas, a diferencia de Sakran donde veinte o más reclusos estaban metidos en una celda.

—Se va a quedar aquí durante un tiempo —dijo el guardia mostrándome la celda. Me di cuenta de que, a diferencia de Sakran, donde los guardias siempre parecían estar tensos y endurecidos, los dos guardias que me acompañaron a mi celda en Buca parecían estar un poco más relajados.

Cuando la puerta se cerró y los guardias la cerraron con llave, sentí el peso del silencio. Sakran estaba ajetreada y era ruidosa, no solamente dentro de la celda, sino también fuera, en los pasillos, pues los guardias iban y venían durante todo el día y toda la noche. Buca era distinta. No se oía nada, aparte del sonido lejano de un generador eléctrico.

Después de una hora, abrieron mi puerta.

—Lo vamos a trasladar —dijo otro guardia casi sonriendo—. Telefoneamos a Sakran y nos hablaron de usted. Nos dijeron que no lo dejáramos solo. Agarre sus cosas, vamos a ponerlo con alguien más.

Yo me estaba poniendo más nervioso a cada paso. Aunque sabía que era mejor estar con alguien que estar en aislamiento, mi mente empezó a hacer conjeturas acerca de mi nueva compañía. ¿Sería un hombre de línea radical al que podría ofenderle mi fe? ¿Sería un nacionalista agresivo que estaría enfadado con un *americano*, especialmente uno que había sido acusado de ser espía?

El guardia abrió la puerta de mi nueva celda y yo entré.

El hombre que había dentro parecía inofensivo, como el típico vecino turco que estaría dispuesto a dejar todo lo que está haciendo para sentarse a tomar té con su invitado.

Me saludó con una media sonrisa mientras examinaba mi cara.

—Lo conozco —dijo después que los guardias salieron—. He visto su historia en la televisión.

Yo esperé su veredicto.

—¡Bienvenido! Soy Ramazan. ¿Prefiere que lo llame *Sacerdote Rambo* o, simplemente Andrew?

A LO LARGO DE LOS SIGUIENTES DÍAS fui conociendo más la historia de Ramazan. Era un abogado que hacía trabajos para el Asya Bank, el cual estaba vinculado con Fethullah Gulen. También tenía ByLock en su celular, por lo que, según las autoridades, había razones más que suficientes para considerarlo un prisionero de alta seguridad y retenerlo durante más de un año antes de concederle un juicio. Sin embargo, mientras mis compañeros de celda en Sakran se frustraban a menudo por la situación de sus casos judiciales y estaban desesperados por que las cosas avanzaran, Ramazan había aceptado de muchas maneras que era incapaz de cambiar su situación, y sabía que todo lo que podía hacer era esperar.

AUNQUE RAMAZAN ME AGRADABA, yo seguía estando nervioso.

El traslado me afectó psicológicamente y sacudió mi frágil estado espiritual. Tenía la sensación de no tener ancla, de que Dios quería que estuviera en una posición en la que todo era completamente oscuro y desconocido. Aunque sabía que la situación en mi celda era mejor en Buca, temía que el estar en una cárcel de máxima seguridad, en algún momento, me diera más problemas. O iban a ser más estrictos conmigo – dándome menos acceso a Norine – o el traslado era una señal inquietante de que el gobierno iba a redoblar y a inventar nuevos y serios cargos contra mí.

Como parte de mi admisión, me llevaron a la psicóloga de la prisión. Le dije que estaba muy ansioso por mi esposa ya que no sabía que me habían trasladado. Agarró un bolígrafo y me dijo:

—Deme su número de teléfono y la llamaré más tarde. Voy a informarle que usted está aquí.

Un par de horas después, un guardia me sorprendió gratamente cuando vino a la celda para decirme que se habían puesto en contacto con Norine. El saber que, en algún momento, iba a verla, alivió mi mente. En Sakran nunca nadie nos decía nada.

Pero, entonces, me llevaron al psiquiatra de la prisión.

Yo le hablé de mi medicación en Sakran y cómo me había ayudado. La cosa iba bien hasta que nuestra sesión llegó a su fin.

—Estas medicinas que le recetaron —dijo confiadamente— ya no las necesita. Estoy seguro de que podrá estar bien sin ellas.

—¡No! —dije rechazando su argumento inmediatamente—. No voy a poder. He tenido ataques de pánico frecuentes y pensamientos suicidas antes de empezar a tomarla. Desde que tomo la medicación, estoy mucho mejor. Pero, dejarla no es una opción para mí.

—Creo que va a estar bien. Vamos a empezar a reducir las dosis —dijo mientras indicaba a los guardias que me llevaran.

Ya en la celda, traté de aplacar el temor de que me quitaran mi medicación. Había aprendido, por experiencia, que en la prisión, sin importar lo urgente que fuera una necesidad, no podía hacer nada por hablar con alguien afuera hasta que no tuviera una visita. Tenía que ser paciente y esperar a que alguien apareciera.

AL DÍA SIGUIENTE, antes de lo que yo esperaba, me sacaron de la celda para verme con mi abogado. Suna se preocupó cuando le dije lo del psiquiatra y prometió decírselo a Norine para que pudiera comunicárselo a la embajada.

—Estoy preocupado —le dije intentando mantener mi voz en calma—. Este no es el tipo de lugar de donde le dejan a uno salir fácilmente. Aquí es donde te envían cuando quieren olvidarse de ti durante años y años. Este lugar es más duro que Sakran.

Suna sacudió la cabeza y respondió:

—No, Andrew. Nosotros pensamos que este cambio es positivo para ti. Ahora eres más valioso. Quizás te enviaron aquí para mantenerte a salvo.

No estaba muy seguro de eso.

Sin embargo, cuando Norine vino a visitarme dos días después, me trajo el mismo mensaje que Suna. Me dijo que la política de visitas era mucho mejor,

que nos iban a permitir estar juntos toda una hora, en vez de los treinta y cinco minutos habituales de Sakran.

—Creemos que esto va a ser mejor, mi amor —me dijo cautelosamente.

Probablemente, tenía razón. Buca era una cárcel de máxima seguridad, pero estaba empezando a sentir la diferencia entre la intensidad de la celda abarrotada de Sakran y vivir solo con Ramazan. Ahora ya podía estar solo, en quietud, la mayor parte del tiempo. Además, había otra persona cerca que me protegía del temor que había sentido al estar en régimen de aislamiento.

Aun así, seguía teniendo mis dudas. *¿Por qué estaría Dios poniéndome en un lugar mejor? ¿No sería que me habían traído aquí porque Dios sabe que no habría podido sobrevivir mucho tiempo en un lugar como Sakran? ¿Qué pasa si él me está preparando para un encarcelamiento largo?*

Yo quería permitir que su optimismo y el optimismo de Suna me animaran. Pero ya antes me había permitido tener esperanza estando entre rejas. Y eso todavía no había terminado bien.

17. UN NUEVO TRAYECTO

LLEGUÉ A BUCA COMO UN HOMBRE DESTROZADO. Sin embargo, hice algo que cambió mi trayectoria.

Me di cuenta de que no podía hacer mucho para luchar por mi libertad, pero sí podía luchar por mi fe. Si no sobrevivía espiritualmente, iba a perderlo todo. Había pasado tantas horas caminando por el patio y acostado en mi litera, acusando a Dios, confundido y, a menudo, enojado y ofendido con Él. Sin embargo, en ese momento tomé una decisión solemne y se la anuncié a Dios casi en tono desafiante: *Independientemente de lo que hagas o de lo que no hagas, te seguiré.*

Esto se convirtió en la base de mi declaración, y le añadí más.

Si no me hablas, te seguiré.
Si no me dejas sentir tu presencia, te seguiré.
Si no me muestras tu amabilidad o tu bondad, te seguiré.
Si permites que sea engañado, te seguiré.
Si me dejas en prisión, te seguiré.

Sabía que no podía hacerlo sin la ayuda de Dios. No obstante, en lo que dependiera de mí, tomé la determinación de perseverar.

Tomé una decisión: *¡No me voy a rendir!*

Puede que esté aterrado, puede que sea débil, puede que esté quebrantado, pero me voy a aferrar a Jesús. Fijaré mis ojos en Jesús y no apartaré la mirada de Él. Correré a Jesús y, si fuera necesario, me arrastraré hasta Él.

CADA CÁRCEL ESTABLECE SUS PROPIAS NORMAS dentro de ciertos parámetros. Una de las diferencias más importantes con respecto a Sakran era

que Buca no me obligaba a escribir en turco. Tenían un guardia que sabía leer en inglés y que tenía la tarea de revisar todo mi correo, el entrante y el saliente. Eso implicaba que, ahora, otros podían escribirme y, además, Robert, el del consulado, podía traer notas mecanografiadas en sus visitas. La cárcel las revisaba, y el guardia me las entregaba en uno o dos días. Cada vez que me daban esas notas era como un tesoro. Normalmente, leía rápidamente por encima las hojas que Norine había recopilado para mí, y después las volvía a leer y las digería lentamente durante dos o tres días.

Lo más significativo era que podía escribir en inglés a mis hijos. Durante mi tiempo en Sakran había estado tan abrumado que casi no había tenido nada que dar a mi familia. Sin embargo, en Buca, Norine expuso la verdad: los niños necesitaban oír de mí. Por tanto, traté de conectar. Necesitaba ser un padre para mis preciosos hijos, y ello a pesar de que no podía verlos y estaba tan lejano a sus vidas. No sabía cuándo iba a poder estar con ellos, así que comencé a pensar en el legado que quería dejarles. Mis cartas fueron una oportunidad para animarlos y afirmarlos, para hablar a sus vidas, para darles mi bendición y mi amor.

Escribí acerca de las cosas que deseaba que aprendieran, la manera de interpretar lo que me estaba sucediendo, la forma en la que debían responder al sufrimiento, y la esperanza que yo tenía para sus vidas.

Mientras me encontraba en Sakran, Jacqueline le había dicho a Norine que, si no era liberado pronto, iba a venir a vernos en verano. Nosotros nos preocupamos por su seguridad ya que, a veces, el gobierno turco había encarcelado a los hijos o a los padres mayores de un hombre. Sabíamos que eran capaces de usar a nuestros hijos para ejercer más presión. Aunque ella tenía miedo, Jacqueline dijo: "*¡Voy a ir!*" Yo pensaba que el hecho de que su esposo, Kevin, estuviera en el ejército estadounidense, iba a disuadir a Turquía de arrestarla.

Nos daba más tranquilidad que Blaise viniera a vernos porque pensábamos que era poco probable que le hicieran algo a un menor de edad en un caso tan famoso como éste.

A Jordan le dijimos que no viniera.

Finalmente, compramos boletos de avión para Jacqueline y Blaise, y obtuvimos permiso de Ankara para que pudieran venir a mi siguiente visita abierta.

Dos semanas antes de mi visita abierta en Sakran, fue cuando me trasladaron a Buca.

Estábamos preocupados de que perdiéramos nuestras visitas ya que Buca disponía sus visitas en los meses impares en vez de en los meses pares. Sin embargo, el director dio el visto bueno por lo que, dos semanas después de mi traslado, finalmente llegó el día de la visita.

Yo tenía sentimientos encontrados. Por supuesto, anhelaba ver a mis hijos y poder abrazarlos, pero no quería que me vieran en un estado tan terrible.

Los guardias vinieron a buscarme, pero, en vez de llevarme a la habitación destinada a las visitas, me llevaron a la habitación habilitada para las reuniones con Suna. Tenía un escritorio que dividía la sala en dos, así como acolchado de espuma en las paredes para reducir el eco y facilitar la grabación de la conversación.

Yo me puse firme y me negué a entrar.

—El director me dijo que puedo tener una visita abierta. ¡No voy a entrar a esa habitación!

El guardia me miró con frío desdén y me dijo:

—No, esto es lo que hay –. Y me empujó hacia adentro.

Norine ya estaba allí, pidiendo con vehemencia lo mismo al guardia al otro lado de la sala. Había pasado casi un año desde la última vez que había visto a Jacqueline y a Blaise. Fui rápidamente hacia ellos e intenté acercarme por encima del escritorio para abrazarlos, pero era muy raro. Finalmente, decidí

subirme de un salto al escritorio, basculé mis piernas al otro lado y así pudieron reunirse conmigo encima del escritorio.

Sabía que había guardias viéndonos al otro lado del cristal, y era probable que se molestaran, pero lo hice de todas formas. Todo lo que me importaba era que, al menos durante unos instantes, pudiera sentarme junto a mis hijos, abrazarlos fuertemente y sentir sus lágrimas mezclarse con las mías.

Volví a sentirme como un padre otra vez.

A PENAS SALÍ DE LA CAMA durante tres días enteros después de la visita. Volví a repasar cada minuto: cómo nos habíamos dicho una y otra vez que nos amábamos. Las palabras finales de Blaise – "Te amo. Aguanta, papá." – se me grabaron de una forma permanente. Todavía podía oírlas. Todavía podía sentirlas. Estaba tan contento de haber visto a Jacqueline y a Blaise, pero también me sentía muy impotente. Podía sentir la desesperación, ya tan familiar, penetrando mis entrañas, y regresando a las viejas preguntas sobre Dios.

¿Estaba Dios siendo impedido por algo? En ese caso, ¿se había limitado a Sí mismo de tal manera que no podía salvarme? Y, si no estuviera siendo impedido, ¿qué estaba pasando? ¿Por qué permitía que estuviera tan engañado, si es que realmente yo estaba engañado? ¿Por qué no podía sentir Su presencia? ¿Por qué estaba permitiendo que estuviera siendo tan quebrantado?

Estas preguntas estaban sofocando mi relación con Dios. No decidía seguir pensando en ellas, sino que estaban ahí y no se iban; me dominaban y no podía escapar de ellas. Además, me impedían recibir la verdad y el ánimo de Dios, de la Biblia, de Norine y de cualquier otra fuente.

Había leído un libro escrito por Dan Baumann en el que explicaba cómo, después de haber sufrido una gran decepción con Dios, encerró bajo llave sus preguntas en una caja imaginaria. Yo decidí hacer lo mismo. Imaginaba una caja de seguridad moderna y sofisticada, con un escáner manual en la parte delantera, así como una manivela. Dios y yo éramos los únicos capaces de

abrirla. Tomé cada una de mis preguntas y dudas y, de forma deliberada, las puse en la caja.

—Dios —oré imaginándome a mí mismo cerrando herméticamente la tapa —, estoy escondiendo bajo llave estas preguntas. No voy a preguntarlas más, y no voy a exigir respuestas. No entiendo, estoy confundido y me duele. No obstante, estas preguntas y estas dudas permanecerán en esta caja hasta que llegue un tiempo distinto. Tú puedes abrir esta caja si quieres, pero yo la voy a dejar sellada. No necesito saber las respuestas para poder continuar mi relación contigo.

Desde ese momento, cada vez que alguna de las preguntas venía a mi mente, las enviaba de vuelta a la caja cerrada herméticamente.

AUNQUE NO HACÍA EL MISMO CALOR en las montañas que en Sakran, no tenía ventilador en Buca. Mis sábanas estaban frecuentemente empapadas de mi sudor, y durante el día me salía sarpullido en el cuello, pecho, barriga y por la parte interior de mis brazos. En Sakran, incluso con la medicación, la intensidad de la celda abarrotada me había mantenido en tensión y había arruinado mi sueño. Pero, ahora, la energía nerviosa había cedido al letargo, por lo que dormía hasta diez horas al día.

Cada día, deseaba que llegara el anochecer, cuando el aire comenzaba a refrescarse, y sabía que pronto podría, hasta cierto punto, escapar del estrés que me rodeaba quedándome dormido. Ese era mi momento de mayor paz. También era cuando me sentía más fuerte, y podía decir: “Sí, Jesús, estoy dispuesto a sufrir por ti.” No obstante, sabía que, a la mañana siguiente, me iba a despertar e iba a sentir el temor, el pavor y la monotonía de la vida tras los barrotes golpear mi corazón una vez más.

Tenía que pelear cada día para enfocarme en Dios y mantenerme en ese espíritu durante el día. Trataba de que mi tiempo – desde la mañana hasta la noche, siempre que estaba despierto – estuviera lo más orientado hacia Dios como fuera posible.

UNA MAÑANA, RAMAZAN Y YO estábamos en nuestras literas leyendo cuando la ventanilla de la puerta se abrió.

—Recoja sus cosas, Andrew. Vamos a trasladarlo —dijo uno de los guardias—. Hay una nueva directiva que dice que los extranjeros tienen que estar en la misma celda. Así que vamos a llevarlo con el alemán.

—¡No, por favor, no! —dije yo moviendo los pies—. Estoy a gusto con Ramazan, ya me acostumbré a estar con él. No quiero tener que empezar otra vez. ¡Y no hablo alemán!

Después de que terminé de protestar, dijeron que irían a preguntar al director quien les envió de vuelta para decirme que estaba dispuesto a mover al alemán a nuestra celda, con Ramazan y conmigo. Antes de que acabara ese día, la puerta se abrió y se unió a nosotros Nejat, un hombre muy alto que tenía voz de trueno.

Nejat había nacido y crecido en Turquía, pero había estudiado ingeniería en Alemania. Era un hombre de negocios que se había nacionalizado alemán y, como nosotros dos, fue acusado de apoyar a Fethullah Gulen. Sin embargo, a diferencia de muchos otros, Nejat sí admitía que había participado en reuniones, aunque, insistía – y con razón – no había hecho nada ilegal.

Nejat me cayó bien. Había viajado y había vivido en la cultura occidental, por lo que yo no era objeto de su curiosidad. Al mismo tiempo, era un musulmán ferviente. Casi tan pronto como Nejat llegó, noté un cambio en Ramazan. Inmediatamente, se animó y empezó a desplegar su alfombra de oración antes del amanecer para arrodillarse junto a Nejat. Rezaba en voz más alta que antes.

En mi aturdimiento matutino, pensaba en algunos de los amigos que más me gustaría que estuvieran conmigo en la prisión. Extrañaba estar con otros cristianos, y esto me hizo valorar más la iglesia.

Al principio, me preguntaba si las cosas en la celda tomarían la misma dirección que en Sakran. Y, cuando Ramazan me recordó que no cruzara su

campo de visión en frente de la alfombra cuando hacia sus oraciones, yo pensé: *Ya ni modo…*

—Eso no es así —exclamó Nejat—. La zona de mi alfombra de oración es el lugar sagrado, no el espacio enfrente.

Nejat no solo se detenía para corregir y para animar a Ramazan. A menudo también me dirigía su atención y, con su voz retumbando por toda la celda, compartía su opinión sobre mi difícil situación.

—Tienes que dejar de estresarte, Andrew. Deja de pensar en las noticias y no intentes entender cada cosa nueva que pasa. Deja de preocuparte por la política y por lo que está sucediendo. No importa lo que Trump diga ni tampoco importa lo que Erdoğan diga. Cuando Dios diga que tú salgas, saldrás. Hasta ese día, no vas a ir a ningún lado, así que, ¡no pienses en lo que alguien está haciendo o no!

Sus palabras eran justo lo que necesitaba. En varias ocasiones, le dije:

—¿Sabes algo, Nejat? Tú serías mejor cristiano de lo que soy yo.

Después de hacer un gesto con la mano como dando a entender que lo que yo había dicho no era importante, dijo:

— Los dos estamos siendo probados, Andrew. Y Dios está al control. Eso es todo lo que podemos decir.

CUANDO NEJAT Y RAMAZAN no estaban haciendo sus oraciones, a menudo estaban viendo la televisión. Yo no era el jugador de ajedrez que Ramazan habría deseado y, entre el estrés y el sueño producido por mi medicación, que había continuado, sencillamente no tenía interés para seguir las telenovelas turcas. Además, era doloroso ver la vida normal, saber que estaba pasando sin mí. Algunas veces, veían un programa sobre búsquedas de casas que tenía lugar en Carolina del Norte, algo que, no solo estaba cerca de mi hogar, sino que era el tipo de programa que Norine y yo solíamos ver juntos.

Yo estaba intentando usar la energía que tenía en lo único que sabía que era esencial para mí: acercarme a Dios.

Norine y yo hicimos un plan. Como familia, íbamos a enfocarnos en orar especialmente cada día por una persona, comenzando por el más joven: Blaise los lunes, después Jacqueline, Jordan, Kevin y finalmente Norine los viernes. Como estábamos dispersos en tres países, escogimos una hora en la que todos estuviéramos orando: las 08:00 p.m. de Turquía. Estábamos intentando unir a la familia.

Comencé a ayunar dos veces por semana – un día por los niños y el otro por Norine, porque estaba llevando un peso muy grande. También acordé con ella llevar a cabo un plan de lectura diario, y cada noche me sentaba en la cama y abría la Biblia en los Salmos. Aunque estábamos separados, me sentía más cerca de ella sabiendo que estábamos leyendo lo mismo.

Para ese entonces, el gobierno turco había cancelado el visado anual de Norine, por lo que solamente podía solicitar visados de tres meses. Siempre que iba a pedir una extensión, aguantábamos la respiración. El día de nuestro aniversario se acercaba y pensaba en lo agradecido que estaba por mi esposa.

Le escribí:

"Estaba pensando hoy en nuestro siguiente aniversario de cuando me tocó la lotería y me casé contigo. Gracias por veintiocho años, particularmente por este último año que ha sido el más difícil. Creo que no estaría vivo si no me hubieras dado ánimo y proclamado la verdad, por tu corrección ocasional y la reprensión (no te guardo rencor, tú lo sabes), y por los recordatorios frecuentes de tu amor por mí. Gracias por tu fiel amor, por luchar por mí, por esperarme, por sufrir conmigo."

TOCAR LA GUITARRA fue otro paso positivo que di en Buca. En la primera visita a mi nueva prisión, Norine se sorprendió al ver "guitarra clásica" en la lista de objetos permitidos (¡junto con canarios!), así que inmediatamente se

puso a buscar una. La primera vez que me enteré de esto fue cuando el guardia vino a mi celda:

—Aquí tiene, Andrew —dijo sosteniendo una guitarra—. Su esposa le ha traído esto.

Norine me animó a tocarla cada tarde. Yo había dirigido la alabanza con una guitarra durante años, pero eso ahora parecía muy lejano, y no tenía ganas de cantar. Sin embargo, lo hice como disciplina. Estaba determinado a recuperar una parte de mí que existía antes de que fuera un preso, y haría todo lo posible por adorar, aunque fuera con un corazón quebrantado.

Lo más raro de todo es que también había comenzado a bailar. Había estado leyendo acerca de Richard Wurmbrand, un pastor rumano que fue encarcelado y torturado durante catorce años bajo el régimen comunista. Él tomó las palabras de Jesús "gócense y alégrense" como un mandato directo y decidió regocijarse bailando en su celda, a pesar de las cosas tan horribles que estaba teniendo que soportar.

Decidí hacer lo mismo. Aunque no tenía gozo, mi cuerpo estaba débil, y mi espíritu triste, había algo en la historia de Wurmbrand que me cautivó. También me convenció, pues me di cuenta de lo lejos que estaba de las palabras de Jesús que decían específicamente que deberíamos regocijarnos cuando fuéramos perseguidos. Por tanto, decidí bailar, así como Wurmbrand bailaba. Cada día, por lo menos cinco minutos, me ponía a dar saltos por el patio. Sin importar las pocas ganas que tuviera de hacerlo, el calor o la lluvia, yo bailaba. Era un acto de la voluntad.

Norine me dijo: *"Estoy segura de que, cuando te pones a bailar, el patio está lleno de ángeles que están siguiendo tu ejemplo."* Y yo sé que Dios Padre estaba complacido. En cuanto a Ramazan y a Nejat, ellos sencillamente me miraban de reojo.

EL 24 DE AGOSTO, seis semanas después de ser transferido a Buca, los guardias vinieron a mi puerta y me dijeron que me preparara. Norine tenía

que venir a la prisión para nuestra visita semanal, pero todavía quedaba, al menos, una hora para eso. Así que yo les miré extrañado y les pregunté:

—¿Ya está aquí mi esposa?

—No, usted tiene una comparecencia oral en el juzgado en diez minutos. Vamos.

Yo les seguí a una habitación pequeña donde habían instalado una videocámara y una pantalla de televisión en una cabina. Pude ver al juez y, tan pronto como me senté, comenzó el juicio.

Entonces, yo interrumpí:

—Señoría, no voy a participar en nada sin mi abogado.

El juez paró y se quedó mirándome:

—Bien, entonces le asignaremos un abogado nosotros.

Al principio de todo, yo habría cedido. Habría estado de acuerdo con la esperanza de que, al no pelear, pudiera ganarme su buena voluntad. Pero ya había sido suficiente.

—¡No! —dije—. Quiero *mi* abogado.

El juez me miró molesto y ordenó que me llevaran a la celda.

Después de una hora, me llevaron de nuevo a la habitación de videoconferencias.

—Perdone —le dije al guardia antes de que cerrara la puerta—. Mi esposa viene para visitarme hoy y no quiero perderme esa visita. Por favor, ¿podría decirle que me espere?

Esta vez, podía ver también en la pantalla a mi abogada, Suna. Parecía preocupada y el juez estaba haciendo todo muy rápido. Todo era raro y precipitado.

—Andrew Brunson, hay nuevos cargos contra usted. Intento de derrocar al gobierno. Intento de derrocar el orden constitucional. Intento de derrocar el parlamento. Además, también se le acusa de espionaje militar. Los cargos originales de terrorismo siguen vigentes. ¿Qué tiene usted que decir?

En principio, no tenía nada que decir. Había escuchado cada palabra que el juez había dicho, pero estaba atónito. ¿Podían realmente hablar de *mí* y de estos delitos en la misma frase?

El espionaje militar conllevaba una sentencia de veinte años, mientras que cada uno de los tres primeros cargos con los que ahora me enfrentaba implicaban una sentencia a cadena perpetua agravada. Eso se traducía en un régimen de aislamiento, con una hora de ejercicio al día, una llamada telefónica cada dos semanas y una visita abierta cada dos meses. ¡Durante el resto de mi vida!

Entonces, sentí como la indignación comenzaba a hervir en mí. Me acerqué al micrófono y disparé mis palabras:

—¿Cuándo y cómo he estado involucrado en espionaje militar? ¿Por qué iba a apoyar un movimiento islamista? Quiero que el gobierno me explique esto a mí.

El juez no dijo nada.

—Esto es un insulto a mí y a mi fe. Yo vine a Turquía con un solo propósito: hablar de Jesucristo. Y eso lo hice abiertamente.

—¿Algo más?

—Usted hace acusaciones generales, pero no me pregunta nada sobre cosas específicas. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Con quién? No me es posible saber a qué debo responder.

Mi protesta no cambió nada. A penas los hizo detenerse. Por el contrario, el juez me indicó con la mano que me fuera:

—Queda usted ahora arrestado por estos cargos.

LOS GUARDIAS me llevaron a ver a Norine. Estaba frustrado y furioso. Por la misericordia de Dios, habían permitido que ella me esperara para así poder vernos, pero había poco por lo que sonreír. Cuando terminé de contarle lo que había sucedido, ambos nos sentamos en silencio, con los ojos fijos a través del cristal que nos separaba.

El temor había invadido cada parte de mi cuerpo. Había saturado cada respiración que tomaba.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa, Norine? Yo estaba pensando que, quizás, me enfrentaba a una sentencia de entre diez y quince años. Pero esto es otra cosa. Aunque solo me condenaran por uno de estos delitos políticos, sería cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Nunca me van a soltar.

Norine levantó su mano y la puso junto a la mía contra el cristal. Me dijo que CeCe y ACLJ habían dicho que, en casos como el mío, a menudo, a las personas las declaran culpables antes de ser puestas en libertad. Sin embargo, sus palabras me sonaban distantes, muy lejanas.

—¿Qué pasa si el gobierno de Estados Unidos les cree? ¿Saben ellos que los tribunales turcos están totalmente politizados? Ya no lucharán por mí si piensan que estoy metido en todas esas cosas.

Ella no podía abrazarme. Todo lo que podía hacer era apretar su mano todavía más contra el cristal.

—No es suficiente con humillarme y maltratarme. Ellos saben que soy inocente, pero quieren destruirme. ¿Cómo podré soportar esto, Norine?

18. LA CANCIÓN DEL CORAZÓN

EL 25 DE AGOSTO, el día después de conocer los nuevos cargos contra mí, no leí las Escrituras, no toqué la guitarra ni moví un pie para bailar. Me habían golpeado duro. Había estado manteniéndome a flote durante las últimas semanas, pero estas noticias me habían vuelto a hundir en la miseria otra vez, y sentía un peso tan grande sobre mí que me pasé todo el día tumbado en la cama. No podía sacar de mi cabeza el pensamiento de que podría pasar el resto de mis días en la cárcel. Incluso en el momento en el que me llevaron a la sala de videoconferencias, había algo en mí que se preguntaba si estaba a punto de ser puesto en libertad. Este golpe fue brutal. Me preguntaba cuándo Dios iba a decir "¡Basta!", si es que fuera a decirlo. Aun así, sabía que tenía que volverme a levantar.

El día posterior a la videoconferencia con el juzgado, salieron nuevas noticias. Era por la tarde, y Ramazan estaba viendo la televisión cuando oí una noticia sobre un nuevo anuncio del gobierno: "*El Decreto 694, en su Artículo 74, confiere al presidente la autoridad para intercambiar o devolver presos a sus países de origen cuando sea del interés de Turquía.*"

Instantáneamente, supe que eso tenía que ver conmigo, y comprendí por qué el juez había hecho las cosas tan precipitadamente y había emitido todos esos nuevos cargos. Al incrementar mi posible sentencia de los quince años originales a la cadena perpetua, más otros veinte años, estaban aumentando las posibilidades. Además, en el caso de que los Estados Unidos tuvieran alguna duda, el decreto dejaba bien claro que era perfectamente posible para el presidente Erdoğan otorgar mi liberación, siempre que obtuviera antes algo significativamente importante a cambio. No obstante, él no tenía ninguna prisa. De hecho, el mismo día también decretaron que los presos podían permanecer en la cárcel hasta siete años antes de ser juzgados.

En cierta ocasión leí que tan solo un minuto de horror – de temor intenso – deja el cuerpo exhausto. Y es verdad. Después de los nuevos cargos, quedé

completamente agotado. Luchaba bajo el peso de lo que sentía como una pena de muerte. Al tercer día, me forcé a comenzar a bailar y a tocar la guitarra y adorar. Sin embargo, especialmente en las tardes, me envolvían el pánico y la desesperación. Leía la Biblia, meditaba y oraba, pero el miedo podía asaltarme en cualquier momento.

Cuando leía que la gente estaba orando o que algunos, incluso, me consideraban como un modelo a seguir, me sentía animado para continuar. Un querido amigo me había escrito para recordarme que viviera para la eternidad, y mencionó la gran nube de testigos que me había precedido. Pero lo que más captó mi atención es el hecho de que también hay un gran número de personas que viene después de mí. Esto subrayaba, personalmente, la necesidad de ser un buen ejemplo. Por ello, me esforcé por re-enfocarme, decidí perseverar y, aunque me sentía solo, declaraba: *"No estoy solo."* Así era mi montaña rusa diaria. Me derrumbaba, pero no permanecía así durante tanto tiempo como lo había hecho en el pasado.

DE ESTE TIEMPO TAN SUMAMENTE OSCURO vino una de las victorias más importantes.

Fue en la tarde de un día a principios de septiembre, un par de semanas después de mi aparición en el juicio. Estaba caminando alrededor del patio, sobrepasado por la idea de que mis años se alargaran en ese silencio solitario mientras me iba consumiendo. Abrí mi boca para orar, para derramar mis sentimientos, pero, en vez de acusación o queja, salió algo completamente distinto.

"*Tú eres digno, digno de mi todo."*

Comencé a cantar estas palabras una y otra vez. En medio del dolor de mi corazón, estaba declarando que Jesús era digno de cualquier cosa que pudiera sufrir y, conforme lo hacía, me vinieron más palabras:

"*Pero mi corazón desmaya, ahogado en la tristeza, sobrepasado.*
Hazme como Tú, que lleve mi cruz, que persevere, que sea fiel hasta el final."

Le abrí mi corazón a Jesús. Sabía que había estado muy cerca de tirar la toalla en muchas ocasiones diferentes. Necesitaba desesperadamente que Él me transformara para poder terminar mi carrera como Él lo hizo.

Cuando dejé de cantar, la canción prosiguió, y creció dentro de mí con nuevas estrofas. Durante un par de días, seguí elaborándola en mi mente hasta que, finalmente, la puse por escrito y añadí algunos acordes con la guitarra. Esta era la canción de mi corazón, una canción de amor para Dios desde lo más profundo de mi ser.

Había pasado la mayor parte de mi tiempo en Sakran inmerso en una niebla de pánico. Sin embargo, en Buca era capaz de pensar con más claridad. Recordé un momento muy bajo cuando le había dicho a Dios: *"Sea lo que sea que hayas planeado para mí, cualquiera que sea la forma en la que quieras usarme, no lo quiero, renuncio a todo. No me importa si no obtengo recompensa en el cielo. Tan solo, llévame de vuelta con mi familia. Ya no puedo soportar esto más."*

No obstante, la letra de esta canción demostraba cuánto había cambiado dentro de mí:

"*Quiero ser hallado digno de presentarme delante de ti en ese día*
Sin tener que lamentarme de ser un cobarde, de dejar las cosas sin hacer
Poder escuchar de tus labios: ´Bien hecho, mi fiel amigo. Y ahora entra en tu recompensa.' Jesús, gozo mío, Tú eres el premio hacia el cual corro."

No quería llegar al cielo y tener que lamentar las decisiones que había tomado en la tierra. Podía imaginarme a mí mismo delante de Jesús, y a Él mostrándome las cosas que había querido hacer a través de mí, cosas que me había perdido. No tenía duda de que todavía podía ser un cobarde. Sin embargo, estaba determinado a que mis emociones no tuvieran la última palabra. Estaba declarando con mi voluntad que deseaba aceptar con gusto cualquier misión que Dios tuviera para mí, aún la cárcel, si fuera necesario.

Desde entonces, le cantaba a Dios mi canción cada día.

A medida que se acercaba el primer aniversario de mi detención, los esfuerzos diplomáticos parecían ir en círculos. Norine había oído que el presidente Trump había hablado con Erdoğan insistiendo que me pusiera en libertad. Cuando Erdoğan le repitió los cargos que pesaban contra mí, cargos de terrorismo y de espionaje, la respuesta de Trump fue categórica y contundente: *"¡Déjate de tonterías! Sabemos que eso no es verdad."*

Después de unas cuantas semanas de mis nuevos cargos y del anuncio del Decreto 694, Erdoğan estaba ofreciendo públicamente intercambiarme por Fethullah Gulen, y habían estado pidiendo a los Estados Unidos que le extraditaran. "*Denos a Gulen*", dijo en un discurso televisado dirigido a los policías a finales de septiembre. "*Entonces, nosotros juzgaremos a Brunson y se los daremos.*"

Finalmente, lo que yo había sabido durante mucho tiempo, vino a ser de conocimiento público. Mientras el gobierno turco había estado insistiendo públicamente que yo solo era otro terrorista más siendo procesado, por detrás habían estado haciendo exigencias de una larga e imposible "lista de peticiones". Oíamos que, en un momento dado, el presidente Trump había dicho: "*Pídeme algo que yo te pueda dar.*"

Aunque los turcos habían estado cerca de llegar a un acuerdo muchas veces, siempre cambiaban de parecer. Ahora la verdad había quedado expuesta claramente para que todos la vieran: me estaban reteniendo solamente por el capricho del presidente Erdoğan.

Oyendo a Erdoğan hablar sobre mi caso como lo hizo no me hacía sentir confiado. Era evidente que yo era un rehén político, y perdí la cuenta de las veces en las que Ramazan o Nejat me llamaron para decirme que algún periodista u otra persona estaba hablando sobre mí de nuevo. Al principio, solía ir para mirar o escuchar, pero pronto decidí no prestar demasiada atención al asunto.

El estrés del caso había empezado a hacerse manifiesto. Suna había trabajado duro para nosotros durante todo ese tiempo, pero su nombre

empezó a salir en los medios de comunicación. La realidad de la Turquía del año 2017 era que a los abogados los estaban enviando a la cárcel si osaban defender a la persona equivocada. Por eso, entendimos completamente cuando quiso dejar mi caso en el mes de septiembre.

Cuando Norine comenzó a buscar otro abogado, se dio cuenta de lo políticamente intocable en lo que esto se había convertido. Algunos se ofrecieron a defenderme, pero solo si pagábamos unos honorarios astronómicos. Afortunadamente, después de unas semanas encontramos un nuevo abogado. Cem era un cristiano armenio afincado en Estambul, y nos lo presentaron como el tipo de abogado valiente y fuerte que estaría dispuesto a luchar por nosotros.

A parte de la presión de tener que encontrar un nuevo abogado, a mí me preocupaba que mi propio gobierno se cansara de trabajar en mi caso y que pasara a ocuparse de otros asuntos. En julio, CeCe nos había dicho que el Congreso y la administración habían mostrado un interés y un esfuerzo sin precedentes para ponerme en libertad. Yo era consciente de que el presidente Trump seguía hablando de mi caso en las conversaciones que sostenía con Erdoğan, y que mi liberación era parte de un diálogo más amplio con Turquía sobre una serie de asuntos entre los que estaba Siria. No obstante, las semanas pasaron y las señales de progreso eran escasas. Los turcos eran inflexibles. ¿Durante cuánto tiempo mi gobierno iba a seguir llevando a cabo sus esfuerzos? En mi mente siempre escuchaba susurros que me decían que quizá iban a terminar creyendo las acusaciones sobre mí y a retirarse silenciosamente.

El 5 de octubre, cuando dos miembros de la USCIRF (La Comisión Estadounidense sobre Libertad Religiosa Internacional) me visitaron junto con un funcionario del consulado estadounidense, me transmitieron una tranquilidad que estaba necesitando. Kristina Arriaga y Sandra Jolley eran dos activistas que parecían genuinamente conmovidas cuando le pregunté al cónsul si ellos creían que yo era inocente. Kristina me miró a los ojos y me dijo de forma enfática, mientras yo lloraba:

—Por supuesto que usted no es culpable.

UNA MAÑANA, Ramazan anunció que había enviado una solicitud para que nos tomaran unas fotografías, y que los guardias iban a llegar pronto. Cuando llegaron, les seguimos hasta el patio y nos pusimos juntos para que nos sacaran una foto a los tres. Después, yo le pedí al guardia que sacara una foto de mí solo. Me puse de pie apoyándome en la pared del patio.

—¿Qué es lo que está sujetando? —me dijo el guardia con cara de sospecha.

Se trataba de una cruz pequeña que un cristiano chino me había regalado antes de mi arresto. La estaba sosteniendo para que colgara en mi mano, la cual estaba cubriendo mi corazón.

—No puede tomarse una foto con una cruz. No se permiten los símbolos religiosos.

—Por favor —le respondí—, haga la foto. Su supervisor podrá borrarla si él quiere. Por favor, tómela.

No tengo ni idea de por qué accedió, pero el caso es que lo hizo. Y en ese patio sombrío sentí algo que no había experimentado en todo ese año en el que había permanecido como rehén. Felicidad. No es que ya no tuviera preocupaciones, ni que estuviera a punto de reír a carcajadas. Sin embargo, en algún lugar dentro de mí, callado pero fuerte, estaba contento. Estaba declarando quién era, sosteniendo con orgullo una cruz que me recordaba a mis hermanos cristianos que habían sido perseguidos por su fe. Estaba abrazando mi identidad.

Yo pertenecía a Jesucristo.

Yo era Andrew de la cruz.

Si mira de cerca, lo podrá ver en mis ojos.

REALMENTE, HABÍA DESEADO MUCHO que Norine y los niños tuvieran esa fotografía. Quería que esa fuera la manera en la que me vieran. En la visita siguiente, el guardia se la dio a Norine.

Esas visitas eran tan importantes para mí. El ánimo que recibía durante esa hora tenía que durar para mis siguientes 167 horas. Cuando era el momento de terminar la visita, siempre hacía la misma pregunta:

—¿Crees que voy a salir de aquí?
—Sí lo creo —ella respondía—. Pero no sé cuándo.

Y a esto siempre seguía:

—¿Por qué crees que voy a salir?

Aunque yo sabía la respuesta, necesitaba oírla.

—Por dos razones. Andrew, piensa en todas las palabras para nuestro futuro que Dios nos dio antes de que esto comenzara. No pueden estar todas equivocadas. Yo creo que tú tienes un futuro fuera de la prisión. Y, en segundo lugar, Dios ha levantado un movimiento enorme de oración, y Él va a contestar esas oraciones. Lo único es que no lo ha hecho *todavía*. La gente *todavía* sigue orando. En lugares como Vanuatu, al sur del Océano Pacífico, en Indonesia, Senegal, Bolivia… Es algo absolutamente sobrenatural. Dios está despertando a personas en medio de la noche para que oren por ti… ¡Tan solo, aguanta!

Y, finalmente, no podía resistir el preguntarle:

—¿Crees que va a llevar mucho tiempo?

Me había sentido tan solo durante mi encarcelamiento, y todavía seguía sintiéndome muy solo. Sin embargo, era cada vez más consciente de que había muchos creyentes por todo el mundo uniéndose conmigo en mi celda cada día. Tenía varias docenas de fotografías de Brasil de grupos orando por mí en iglesias y en grupos de hogares, y en clases de escuela dominical para niños. Estaba muy agradecido por la familia de Dios.

INTENTABA QUE NO ME PERTURBARA DEMASIADO el continuo ajetreo de los acontecimientos políticos, pero sí me afectaban emocionalmente ya que sabía que cualquier nueva dificultad entre los países iba a empeorar mi situación.

Cuando Erdoğan estuvo en Washington para asistir a la cumbre, algunos miembros de su equipo de seguridad agredieron a manifestantes en la calle fuera de la embajada turca en Washington D.C. Después de eso, se produjeron algunas detenciones, y todo eso amenazaba con llegar a ser otra espina en la relación.

Reza Zarrab y Hakan Atilla, ciudadanos turcos, también debían comparecer pronto en un tribunal estadounidense por un caso de ayuda para que Irán evadiera las sanciones de Estados Unidos. Era casi seguro que esto iba a causar un gran pesar al gobierno turco.

En octubre, el gobierno de los Estados Unidos anunció que dejaba de conceder visados a ciudadanos turcos después de que Turquía detuvo a un segundo empleado del consulado estadounidense. Esto, en realidad, significaba una oportunidad inusual para que también mi situación se resolviera antes de que se volvieran a conceder visados. Era la primera vez en la que Estados Unidos estaba yendo más allá de las conversaciones diplomáticas en relación a los arrestos ilegales. Nosotros, sencillamente, miramos y esperamos. Sin embargo, los visados volvieron a darse antes del año nuevo. No había cambiado nada.

Y ASÍ PASÓ EL TIEMPO.

A medida en la que se acercaba Navidad, le dije a Norine:

—Si todavía sigo aquí en Navidad, voy a agradecer a Jesús por venir a esta tierra. Si todavía estoy aquí para Año Nuevo, le daré gracias por guardarme durante este año. Si todavía estoy aquí para mi cumpleaños, le daré las gracias por la vida que me ha dado.

Cuando nuestra hija se graduó de la universidad, Norine no podía parar de llorar viendo la ceremonia por Internet.

Pasé otra Navidad en la cárcel. Norine me envió una bufanda bonita y suave, algo que me guardara del frío, pero también era algo visible que me hiciera recordar su amor. Y, aparte de eso, me dijo:

—Siente mis brazos alrededor de tu cuello cada vez que te la pongas.

En enero, cumplí cincuenta años.

El padre de Norine murió, pero ella no fue al funeral porque temía que no le permitieran volver a Turquía.

Y cada día, yo seguía con la misma lucha de llegar a un punto en el que estuviera dispuesto a aceptar con los brazos abiertos el plan de Dios para mí.

A PRINCIPIOS DE FEBRERO DE 2018, Norine me dijo que iba a viajar a Ankara para hablar con Wess Mitchell, el asistente del secretario de Estado. La relación entre Turquía y los Estados Unidos había ido de mal en peor a lo largo de mi encarcelamiento. Un funcionario me dijo:

—Si alguien hubiera querido escribir un guión sobre las relaciones, no podría haberlo hecho peor.

Norine seguía mirando de cerca la relación entre ambos países porque, aunque ninguno de esos asuntos tenía que ver con nosotros, todos ellos afectaban nuestra situación. Tillerson estaba volviendo a Ankara para encontrarse con Erdoğan y para tratar de arreglar las cosas. Se reunieron durante tres horas y media.

Cuando Norine vino a visitarme otra vez, las noticias eran buenas:

—Me han dicho que la reunión ha ido bien, y que eso es bueno para las relaciones entre los países, y que podría hacer que las cosas fueran en buena dirección para ti. Creen que tu situación podrá quedar resuelta pronto. El día

después de la reunión, liberaron a un periodista alemán que había estado encarcelado durante un año. Fue condenado y le permitieron salir en libertad quedando pendiente de juicio, y le dejaron salir del país el mismo día. Quizás eso es lo que harán contigo, cariño.

Un funcionario del Departamento de Estado recomendó a Norine que pidiera a los contactos en el Congreso que retiraran las sanciones que iban a imponer a Turquía. Como ahora parecía que las cosas iban mejor, era posible que las sanciones resultaran contraproducentes.

Los dos nos sentíamos moderadamente optimistas. Sin embargo, en los días previos a la visita de Tillerson, Karakaya había venido a la prisión para interrogarme. Yo le había pedido que retirara los cargos. Después de todo, los dos sabíamos que era inocente. Sin embargo, rechazó mi petición.

—Por supuesto que no —dijo—. Tenemos más de cuarenta carpetas de información sobre usted.

¿Cuarenta carpetas? Tenía que estar alardeando, pero aun así, me molestó. Y el momento también era significativo. ¿Qué es lo que Karakaya había desencadenado? Era una señal política por parte del gobierno turco como antesala de la visita de Tillerson. Y eso podía ser algo bueno… o malo.

LA ESPERANZA QUE HABÍA ESTADO ALBERGANDO sufrió un duro golpe unas semanas más tarde cuando Tillerson salió del gobierno. Tomaría tiempo encontrar su sustituto, y el mapa de ruta que ya se había acordado era posible que cambiara. Sentía que había regresado a la misma situación que cuando me arrestaron, que todo quedó suspendido hasta la toma de posesión de Trump.

Pero la salida de Tillerson no era la única cosa que me preocupaba. En medio de la esperanza de que, de alguna forma, esto se fuera a terminar finalmente, Norine oyó algo que la enfadó, aunque no la sorprendió. Alguien que se había hecho cercano al gobierno turco resumió la posición de Erdoğan respecto a mi caso de la siguiente forma: “*¿Por qué debemos dejar que se vaya cuando tenemos a los americanos doblegados?*” Parecía que, con

cualquier gesto de buena voluntad de los Estados Unidos, Erdoğan entendía que era una rendición ante su dura posición y exigía más.

NO MUCHO TIEMPO DESPUÉS, los medios de comunicación empezaron a divulgar rumores de que se me iba a condenar. Mientras cenábamos, el 13 de marzo, Nejat se dio cuenta de que en las noticias con texto en movimiento en la parte inferior de la pantalla decía que se había presentado una acusación que pedía la cadena perpetua para mí. Mis ojos se quedaron fijos en la televisión cuando el presentador de noticias salió en pantalla y, después de enumerar mis supuestos delitos, confirmó que el fiscal estaba pidiendo la cadena perpetua. Se me fue el apetito, y lo único que podía hacer era estar en el patio hasta que los guardias nos encerraran para la noche. Subí a la litera y leí mi salmo. *"El Señor está conmigo. No temeré. ¿Qué podrá hacerme el hombre?"* Aunque conocía bien la respuesta correcta, tenía miedo. Eso es lo que causa escuchar que te quieren dar una cadena perpetua.

Después de esta conmoción, las cosas se calmaron. Un par de días después, Cem, mi nuevo abogado, le preguntó cara a cara al fiscal si había presentado una acusación. La respuesta de Karakaya fue intensa:

—No – hasta que se detuvo y disimuló un poco musitando algo entre líneas—. Bueno, quizás presente algo.

Al mismo tiempo, la embajada había enviado a un portavoz porque pensaban que podría haber algo de movimiento que condujera a mi liberación. Yo no sabía nada de estas cosas hasta el 19 de marzo, cuando un guardia abrió la ventanilla de la puerta y dejó caer un montón de papeles.

—Firme esto —dijo—, es su escrito de acusación.

Podrían haber archivado mi caso. Podrían haberme enviado a casa. Pero no lo hicieron.

Iba a ir a juicio.

PARTE 6

19. DE VUELTA AL HOYO

EL ANUNCIO DE 2018 en el que Mike Pompeo iba a ser elegido secretario de Estado, fue un punto de inflexión. No solo porque había prometido "devolver la vitalidad al Departamento de Estado" o porque fuera miembro de la misma denominación de iglesias a la que pertenecemos Norine y yo. La llegada de Mike Pompeo fue muy significativa para mí porque me envió un mensaje a manera personal: *"No soy muy pródigo en promesas, pero sí en acciones. Díganle a Andrew y a Norine que estoy comprometido para la acción."*

El proceso que rodean las acusaciones es distinto en los Estados Unidos, donde se presenta una vez que el jurado ha revisado las pruebas presentadas por el fiscal y ha acordado que hay suficientes pruebas para que el caso vaya a juicio. En Turquía, la acusación la presenta el fiscal sin que nadie la revise. El fiscal puede hacer todas las acusaciones que quiera, y depende del juzgado revisarlas y decidir aceptar o desestimar el caso.

Esto era una clara oportunidad para que Turquía limpiara su imagen haciendo que el juez revisara los cargos contra mí y desestimara el caso, o me dejara en libertad condicional pendiente de juicio – y que me quitaran las restricciones para viajar – justo como habían hecho con el periodista alemán. Cuando Tillerson era todavía secretario de Estado, los oficiales turcos habían hablado sobre la posibilidad de resolver mi caso. Sin embargo, a la semana de dimitir, volvieron con las acusaciones, y el juzgado había decidido mantenerme en prisión.

EL AUTO DE PROCESAMIENTO constaba de sesenta y dos páginas, y estaba lleno de acusaciones ridículas. En las primeras páginas leí que yo era un agente de una oscura organización llamada CAMA que, supuestamente, dirige la CIA, la NSA, el FBI y el estado profundo americano, así como todas las iglesias en los Estados Unidos. Las acusaciones de un testigo secreto – cuyo código era *Dua* u "Oración", formaban casi la mitad del auto de

procesamiento, y en gran parte versaba sobre los mormones. Todo era tan extraño que no me podía creer lo que estaba leyendo. Según Cem, mi abogado, era uno de los autos de procesamientos más mal hechos que jamás había visto.

También sorprendió a unas cuantas personas en el Departamento de Estado. Algunos oficiales estadounidenses habían pensado en un principio que yo, sencillamente, había quedado atrapado por las repercusiones del fallido golpe de Estado. Con el tiempo, se fueron dando cuenta de que me estaban reteniendo como una pieza de negociación por causa de mi nacionalidad, pero se mostraban escépticos de que tuviera que ver algo con mi fe. Habiéndose hecho pública la acusación, se puso de manifiesto que me habían elegido como blanco específicamente por razón de mi fe. Mi delito era la "cristianización", el actuar como "un agente de guerra psicológica y no convencional" bajo la "apariencia de un pastor de una iglesia evangélica". Todo nuestro trabajo tenía como finalidad fragmentar Turquía, decían, y hacerla pedazos. En definitiva, el auto de procesamiento asociaba la "cristianización" con el terrorismo, y presentaba al cristianismo como un peligro para la unidad de Turquía.

Cuando Karakaya me había dicho que había cuarenta folders de material sobre mí, no estaba mintiendo. Los medios de comunicación hicieron público este número por todos lados para dar la impresión de que había montones de pruebas, pero, cuando Cem y un querido amigo de la iglesia revisaron las carpetas, hallaron que treinta y cinco de ellas no tenían nada que ver conmigo – estaban llenas de información sobre los mormones. Además, gran parte de las cinco restantes no eran relevantes para el caso. Por lo menos, las carpetas ya no estaban selladas y podíamos acceder a ellas.

Por primera vez, supimos que me habían retenido en Sakran durante ocho meses simplemente por la palabra de un testigo secreto, Dua. Este hombre había acusado anteriormente a los mormones en un juzgado, pero había perdido el caso. El 9 de diciembre – el día que me envió a prisión – Karakaya llamó a Dua para que diera un nuevo testimonio. Dua repitió la misma acusación que ya había sido rechazada por el tribunal, pero esta vez añadió: *"Andrew estaba involucrado en todo eso."* Dua dijo todo lo que sabía que

Karakaya quería, y esas eran las “pruebas” que el ministro de Asuntos Exteriores había usado para declararme un terrorista en televisión justo después de la cumbre.

Desde el principio, los turcos habían estado cambiando los motivos que alegaban para mantenerme preso, buscando que algo funcionara. Primero dijeron que iban a echarnos del país a Norine y a mí en base a una petición del departamento que combate el tráfico humano. Después, decidieron deportarnos por considerarnos amenazas para la seguridad nacional. Después de unas semanas, contaron al Departamento de Estado una nueva historia – que había ido a Siria para reunirme con el PKK. Un par de meses más tarde, Karakaya me acusó de dar un discurso en nuestra iglesia alabando a Gulen y, una semana después, cuando el ministro de justicia se reunió con el senador Lankford, dijo que estaba arrestado porque había hablado negativamente sobre Turquía a los refugiados, había ayudado a algunos de ellos a salir de Turquía y había asistido a una conferencia de Gulen años antes. Nada de esto era verdad, pero el patrón tenía sentido.

Todo esto coincidía con lo que un amigo nos comunicó resultante de una charla que había tenido con un gobernador turco al principio de mi encarcelamiento. Al hablar de mí, Erdoğan le había dicho al gobernador de forma firme que no iban a dejar que me fuera.

LAS BUENAS NOTICIAS eran que los cargos que se me habían comunicado por videoconferencia el verano del año anterior ya no estaban, y ya no estaba enfrentándome a tres sentencias de cadena perpetua. O la información de la televisión de la semana anterior había sido errada, o el fiscal había cambiado el auto de procesamiento. Aun así, los cargos que todavía pesaban contra mí – espionaje militar, así como apoyo al FETO y al PKK – implicaban potencialmente una sentencia de treinta y cinco años de cárcel. Como había cumplido cincuenta años de edad en enero, era prácticamente el equivalente a una cadena perpetua.

La fecha de mi juicio se estableció en abril, lo cual me daba menos de un mes para estudiar el auto de procesamiento y preparar mi defensa. No era fácil. No podía llevar a cabo ni la más básica investigación porque estaba

encerrado, y mi tiempo con Cem era muy limitado. Norine pasó horas examinando las carpetas del sumario, escudriñando llamadas telefónicas, correos electrónicos y mensajes, y reuniendo pruebas exculpatorias. Esto incluía repasar mis sermones en busca de pruebas que me ayudaran a refutar la afirmación de que había apoyado a los separatistas kurdos. Ella encontró una grabación de uno de mis mensajes en el que animaba a turcos y a kurdos a reconciliarse y a "amarse los unos a los otros", y otra en la que enseñaba el principio de que los cristianos han de someterse a nuestras autoridades y orar por ellas.

Había días en los que me sentía inspirado para seguir adelante y preparar mi defensa lo mejor que pudiera, contento por la oportunidad de, finalmente, presentar la verdad a los juzgados turcos. No obstante, también había días cuando tenía la sensación de que mi trabajo no merecía la pena para nada. Mi destino no estaba en manos del juez turco que escuchara mi caso. Mi destino lo estaba controlando un solo hombre: Erdoğan. Ningún juez iba nunca a dictar un veredicto en base a sus propias conclusiones respecto mí. Solamente se iban a mover cuando Erdoğan les indicara que lo hicieran. Mi defensa podía ser la mejor del mundo, pero no iba a poder marcar ninguna diferencia.

Yo trataba de recordarme a mí mismo que, mientras el presidente Erdoğan ostentara el poder en Turquía, la última palabra siempre la tenía Dios. Y, si Dios quería liberarme de la prisión, entonces iba a ser liberado. Tan solo no sabía ni cómo ni cuándo.

Ahora que la fecha de mi juicio ya estaba fijada, me di cuenta de que me estaban tratando de forma distinta en Buca. Cada vez que me reunía con Norine o con Cem, siempre había el doble de guardias alrededor de mí, así como un asistente del director de la prisión.

La rutina de entrega de mi comida también había cambiado. Hasta entonces, Nejat y yo habíamos recibido nuestra comida como cualquier otro recluso: sacando los recipientes vacíos de nuestra celda por la ventanilla metálica de servicio a un compañero recluso que era supervisado por un guardia mientras los llenaba con comida, para después volver entregarnos los recipientes llenos. Sin embargo, las cosas cambiaron después del auto de

procesamiento. Un director de la prisión visitaba la cocina y supervisaba cómo se sacaba la comida de nuestra celda de una olla común y se ponía en contenedores sellados. Entonces, acompañaba a los guardias que traían la comida a nuestra celda y nos la entregaban a nosotros directamente.

Claramente, las autoridades no estaban corriendo ningún riesgo con mi seguridad. De acuerdo a los medios de comunicación turcos, a la CIA le preocupaba que yo estuviera a punto de revelar sus planes secretos y, por lo tanto, estaban preparándose para asesinarme en cualquier momento. Esto era casi gracioso, excepto por el hecho de que había ciertas facciones en Turquía que deseaban crear todavía más problemas entre los dos países. En la tierra de las conspiraciones, el tener un sospechoso predefinido haría que fuera mucho más fácil si me sucedía algo a mí.

UN DÍA, ESTABA LEYENDO en la Biblia donde Pablo decía: *"Todos miran por sus propios intereses, y no por los de Jesucristo."* Aunque ya había leído Filipenses 2 muchas veces, en esa ocasión, este versículo se clavó directamente en mi corazón. ¡Pablo estaba describiéndome a mí! Estaba abstraído con mis propias preocupaciones: ganar la libertad y volver con mi familia. Pero, *¿qué hay de los intereses de Jesús? ¿Qué hay si sus propósitos se llevaban a cabo mejor manteniéndome en la cárcel?*

Estaba seguro de que, varios años antes, Dios me había dado la misión de prepararme para una cosecha espiritual en Turquía. Ahora, mientras oía de tantas personas orando por mí a lo largo y ancho de todo el mundo, y que ese movimiento no estaba menguando, sino que se estaba propagando, estaba empezando a ver la forma en la que todo esto iba a servir los intereses de Dios. Gracias a mi caso, miles de oraciones estaban levantándose en favor a Turquía.

¿No debería estar dispuesto a servir a Dios estando en la prisión? Sentía mi fracaso tan profundamente. Lloré y le pedía a Dios que me perdonara.

RECIBÍ UN BUEN EMPUJE un par de semanas antes del juicio cuando el senador Tillis, originario de mi estado Carolina del Norte, me visitó en la cárcel. Antes, le había dicho a Norine:

—He venido para mirarle a los ojos y asegurarle que no le vamos a olvidar.

Durante unos meses, había tenido problemas auditivos, problemas que iban a peor. Por esa razón, antes de su visita, usé un *Q-tip* para tratar de limpiar mis oídos, pero acabé perdiendo la audición casi por completo. Tenía que rodear mis orejas con mis manos mientras el senador Tillis tenía que gritarme en la sala de entrevistas. Solamente podía oír en parte, pero él hablaba alto y claro:

—Esperemos y veamos lo que sucede con esta primera cita del juicio. Si las cosas no van bien, entonces es cuando nosotros nos vamos a quitar los guantes.

—¡GRACIAS, SENADOR! —le grité al despedirnos.

CUANDO EL JUICIO SE ESTABA ACERCANDO, Cem me explicó lo que podíamos esperar. Se me había citado para comparecer en persona en el juzgado en Sakran, y los dos asumimos que me iban a llevar en automóvil allí y me iban a volver a llevar para cada sesión. Cem me recordó que los días de juicio en Turquía están dispersos y que, a menudo, pasan meses entre una comparecencia y otra. También me dijo que, aunque los juicios políticos pueden llevar entre cinco y diez años, él pensaba que el mío iba a finalizar antes de tres años. A mí me aterraba el pensamiento de estar encerrado años mientras el juicio se retrasaba.

A primera hora de la mañana del domingo, el día anterior al comienzo de mi juicio, me despertaron unos golpes en la puerta. A Ramazan lo habían trasladado a otro lugar meses atrás, por lo que solamente estábamos en la celda Nejat y yo. Un grupo de guardias entró por la puerta y me dijeron que agarrara mis cosas y que me preparara para volver a Sakran.

—¡Esperen, mi juicio no empieza hasta mañana!

—Sí, le vamos a llevar allí ahora. Es por su seguridad – nadie sabe cuándo les estamos llevando.

Eso era algo que no me esperaba. A penas tuve tiempo para poner mis apuntes, algo de ropa y otros objetos en mi bolsa. Mis dedos temblaban y mi mente luchaba por pensar claramente. Odiaba Sakran tanto que la idea de estar allí tan solo una noche era suficiente para poner mi corazón a cien por hora y para hacer que mi garganta se cerrara. Y también estaba preocupado de que pudiera quedarme ahí mucho más de una noche. Así que seguí tratando de enterarme de cuánto tiempo iba a estar allí, pero nadie quería decírmelo.

Ya me habían transferido suficientes veces como para pensar que ya conocía la rutina, pero, mientras esperaba que me llevaran fuera al patio, las cosas eran distintas. Había docenas de policías militares de pie. Me dieron un chaleco antibalas para que me lo pusiera antes de salir y entrar en el autobús, y después salimos en forma de convoy.

Me disgustaba mucho pensar en irme de Buca. Todo allí había sido mejor que en Sakran. Nejat era el compañero de celda perfecto, siempre contento de hablar y contento de estar en silencio. El lugar era más tranquilo, más fresco y estaba gestionado de una manera más relajada. Incluso la comida era mejor.

Tan pronto como llegué a Sakran, me pasaron por todo el proceso de seguridad, pero no como si fuera un visitante. Se trataba de un traslado permanente. Iba a estar ahí por el resto del juicio. Buca se había acabado.

Acto seguido, me pusieron en una celda de aislamiento. El lugar era exactamente tan ruidoso y tan caótico como lo recordaba. Me senté en la única litera que había, saqué mis anotaciones para el juicio y mi Biblia, y lloré. Estaba de nuevo en el lugar donde era considerado como un *hayvan* – un animal – y donde había sentido cómo mi salud mental y mi fe se deslizaban.

Todavía tenía trabajo que hacer para el próximo día, pero la idea de tomar un bolígrafo y ponerme a escribir se me hacía sumamente difícil. Estaba devastado y abrumado. Pensaba en Norine. El hecho de que estuviera en Sakran también iba a ser difícil para ella. Y nuestras visitas se iban a reducir a treinta y cinco minutos otra vez. No iba a haber más cartas en inglés, lo cual

significaba que solamente Norine iba a poder escribirme. Y yo iba a estar solo, en régimen de aislamiento.

—¡Oh, Dios! —clamé—. Me has traído al lugar donde fui quebrantado tan duramente. ¿Por qué?

Él no respondió. Pero sí lo hizo otra persona.
—Oiga —dijo una voz cercana que debía ser turca—, la persona nueva que está en la celda de al lado, ¿quién es usted?

Al principio, no respondí. Sin embargo, cuando repitió la pregunta una tercera vez, le contesté:

—Soy el cura.
—¡Ah, le conozco! He estado siguiendo su historia.

20. EN EL JUICIO

LA SALA DEL JUZGADO EN SAKRAN no había sido construida para celebrar juicios. Había sido construida como cancha de basquetbol. Sentado en mi silla, con mis manos y mis piernas temblando, mirando el techo que se alzaba sobre mí, me parecía que casi todo allí estaba diseñado para desequilibrarme y para hacerme sentir pequeño.

Estaba sentado en una zona que había sido acordonada por una barandilla baja de madera. Cem estaba al otro lado de la sala, de modo que, para comunicarme con él, tenía que pedir permiso al juez y, después, acercarme acompañado por dos soldados. Detrás de mí, separada por unas quinientas sillas vacías, estaba la tribuna del público. Si me daba la vuelta podía reconocer a Norine, pero incluso forzando los ojos, las caras estaban difuminadas. Cuando entré en la sala, Norine se levantó y me saludó con la mano para que supiera dónde estaba. En cualquier caso, Cem me había dicho que no mirara. "*Mantén la mirada al frente*", me había dicho. Aunque seguí su consejo la mayor parte del tiempo, cuando me daba la vuelta para mirarla, Norine hacía lo que podía para animarme – una mano sobre su pecho significaba '*Te amo y estoy contigo.*', un pulgar hacia arriba me decía '*¡Bien hecho!*', y un dedo apuntando hacia arriba me decía que mirara a Dios.

Los tres jueces se encontraban a unos tres metros de mí sobre un estrado de unos dos metros de alto – tan alto que tenía que alzar la cabeza para ver. Junto a ellos – justo al lado de ellos en el mismo estrado – se encontraba el fiscal. A ambos lados de ellos, había dos pantallas de video de gran tamaño.

No había podido dormir para nada durante la noche anterior, ni durante la noche del día precedente. Tampoco había comido, pero lo peor es que no me habían dado los medicamentos esa mañana. Ya estaba nervioso de por sí por no haber dormido ni comido, sin embargo, sin el Xanax, mi ansiedad era sumamente intensa. Lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que me estaba enfrentando a treinta y cinco años de prisión y que, incluso antes

de que comenzara, todo lo relacionado con el juicio estaba orientado a declararme culpable.

Cem me había advertido de que, aunque técnicamente era inocente a menos que se probara que soy culpable, el hecho de que mi delito era de naturaleza política significaba que recaía sobre mí la responsabilidad de probar que era inocente. Sus palabras resonaban en mi mente al escuchar al juez dar comienzo al juicio con algunos detalles preliminares. A medida que él hablaba, mis temblores se hacían más intensos.

En un momento dado, el juez indicó que era el momento para que yo me levantara y me dirigiera a él. Cuando comencé a hablar por el micrófono, me sorprendió comprobar que mi voz era firme y fuerte:

—Andrew Craig Brunson. Deseo presentar mi defensa —dije consultando las páginas de anotaciones escritas a mano que llevaba conmigo.

El juez no dijo nada, y sus dos compañeros me observaban con expresión inmutable. Así que, yo continué.

Fui repasando cada parte del auto de procesamiento, aludiendo a cada afirmación falsa y a cada imprecisión que el fiscal había dispuesto en mi contra. Estaba perfectamente tranquilo, con la voz firme. Las palabras difíciles en turco del ámbito del derecho me venían con fluidez a la mente, y ni mis manos ni mis piernas temblaban ya. Los minutos pasaron y yo seguí hablando, explicando cuidadosa y claramente por qué cada una de las acusaciones carecía de fundamento.

Hablé durante toda la mañana, solamente deteniéndome de vez en cuando para tomar un trago de la botella de agua que tenía. El juez principal a penas me miraba a mí o a mi abogado. A menudo, cuando levantaba la vista para mirarle, estaba inclinado a un lado hablando con otro juez, ignorándome completamente. No obstante, continué.

Sentía una gracia especial sobre mí para hablar claramente a pesar de mi pánico, de mi trauma y de la falta de sueño, medicinas y comida.

Cuando ya habían pasado casi tres horas desde haber comenzado a hablar sin parar, el juez interrumpió y me dijo que era el momento de hacer un descanso. La gracia se fue y entré en pánico, vaciándome de repente de toda la energía y la concentración que había tenido toda la mañana.

—Por favor —supliqué al juez—, al final de la jornada, envíeme a Buca. El problema no es la prisión, sino que soy yo. He experimentado un gran trauma en Sakran.

Esto lo dije con mucho cuidado porque un director me había advertido esa misma mañana que no me quejara ni de la prisión ni de sus trabajadores.

El juez se encogió de hombros y me dijo que eso lo decidiría más tarde, y después hizo una indicación a los dos soldados que estaban a mis dos lados para que me llevaran. Así lo hicieron agarrándome de los brazos. La sala se llenó de ruido porque la gente se iba a comer, y yo me quedé mirando con impotencia a Norine mientras me llevaban al calabozo.

La tarde fue más dura que la mañana. Hablé durante otras tres horas, y después respondí a algunas preguntas directas sobre un mensaje de texto que le había enviado a un pastor amigo mío unos días después del golpe de Estado. Había escrito que Turquía estaba siendo sacudida – por el golpe, y también por las purgas posteriores al golpe y porque todo se estaba precipitando rápidamente hacia el gobierno de una sola persona – pero que esta tribulación daría como resultado el que muchas personas se volvieran a Jesús: *“Creo que las cosas se van a poner más negras, y también veremos un paso adelante en gloria y en milagros. Ganaremos al final.”* El juez insistía diciendo que estas palabras eran prueba de que yo había ayudado a planificar el golpe de Estado.

Traté de ser muy claro en mi defensa, diciéndole al juez que yo había predicado durante muchos años que Dios permite que las cosas en las que confiamos sean sacudidas para que nos volvamos a Él. El juez no parecía impresionado en lo más mínimo.

ENTONCES, ME TOCÓ escuchar el testimonio de tres testigos. Antes de que cada uno de ellos hablara, tuvieron que prestar juramento ante el extravagante secretario del juzgado quien dirigía a cada uno de los presentes a levantarse y a repetir después de él mientras sacaba el pecho y se ponía pomposamente la mano en el corazón, con la cabeza erguida, mirando a la distancia con la mirada de un verdadero creyente, orgulloso de formar parte de la justicia turca en acción, al tiempo que cada uno de los falsos testigos pronunciaba su solemne juramento.

Aunque todo eso quería hacerme reír, la visión de los testigos secretos dando sus testimonios desde otro lugar y apareciendo en las dos pantallas que colgaban desde lo alto me causó asco y enfado. Ese era un juego cínico. No había razón para que fueran testigos secretos ya que no estaban corriendo ningún peligro. De hecho, nosotros sabíamos la identidad de todos ellos, pero, como es un delito decir quiénes son, se nos impidió exponer sus motivaciones y sus mentiras. Además, el juez les dijo que, como testigos secretos, no estaban obligados a responder a ninguna pregunta si así lo deseaban.

Todos los testigos, los que ocultaron su identidad y los que no lo hicieron, mintieron. La persona cuyo nombre codificado era Dua tejió una larga historia en la que aseguraba que me había oído enseñar que los kurdos eran la décimo tercera tribu de Israel, y que yo estaba trabajando activamente para desmembrar a Turquía y para establecer un estado cristiano para ellos. Yo nunca había oído hablar de una décimo tercera tribu, y mucho menos había predicado sobre ella. Sin embargo, Dua aseveró confiadamente que todos los cristianos enseñan esto, y que yo compartía esta idea con los mormones, y que, de hecho, yo era un dirigente de una iglesia mormona.

No me podía creer cuando el juez le pidió solemnemente a Dua que explicara más acerca del CAMA, la demencial teoría conspirativa que había detallado en el auto de procesamiento. Dua le aseguró al juez que todos los pastores en Turquía éramos agentes del Estado profundo americano y que habíamos sido enviados para disgregar Turquía. Todo eso parecía una película de James Bond, y yo me quería reír. Sin embargo, ni los jueces ni los fiscales estaban riéndose. Estaban escuchando atentamente.

DUA NO HABÍA TERMINADO DE HABLAR. Tenía muchas más cosas que decir sobre mí. Según él, yo había reunido información sobre personas que trabajaban en los ferrocarriles para hacer preparaciones para una invasión de Turquía, y eso probaba que yo era un espía militar. A parte de que yo nunca antes había visto nada de esto, le pregunté, para empezar, si los nombres de los empleados del ferrocarril estaban clasificados. El juez dijo:

—*Nosotros* determinaremos qué es un secreto de Estado.

Cem sacó un montón de páginas impresas y las puso sobre la mesa frente a él pidiéndole que presentara alguna prueba al tribunal. El juez indicó con la cabeza reaciamente al secretario que lo aceptara. Era una lista de todos los empleados de los ferrocarriles estatales, una lista incluso mayor que la que Dua había aportado.

—He buscado esta información en Google y las he descargado de Internet —explicó Cem—. Cualquiera puede hacer esto. ¿Cómo puede usted afirmar que esto es información secreta?

El juez estaba callado, claramente descontento.

Yo veía la silueta borrosa de la cara de Dua y escuchaba su voz digitalmente distorsionada – un gruñido similar al de una película de miedo – mientras continuaba hablando por varias horas. Deseaba levantarme y gritar que era un estafador. Yo sabía que le habían expulsado de una iglesia por estafar a unas personas. En un momento dado, le dijo al juez:

—Brunson bautizó a veinticinco personas, les sacó el dinero y les dijo que podía ayudarles a ir a Canadá.

En realidad eso era algo que él mismo había hecho. Yo supe que, después de eso, había trabajado como traductor para los mormones antes de que lo echaran. Eso fue cuando emprendió acciones en el juzgado contra ellos, pero perdió, y eran las mismas acusaciones con las que había fracasado con los mormones las que ahora estaba reciclando en contra de mí. Sin embargo, yo tenía las manos atadas. El fiscal iba a abrir un nuevo proceso judicial en mi

contra si revelaba quién era él. Por tanto, me senté en silencio y oré para que, de alguna manera, la verdad saliera a la luz.

A la siguiente testigo secreta la conocíamos muy bien. Había ocasionado todo tipo de problemas en el poco tiempo que había estado en nuestra iglesia y se había ido amenazando: “*Tan solo esperen y verán lo que les voy a hacer.*” Nos había hecho sentir enfermos al saber que en realidad era una bruja, profundamente inmersa en el ocultismo.

En más de una ocasión, el juez me reprendió por no seguir correctamente el protocolo – cosas como no responder a un testigo con una afirmación, o por no acercarme al estrado cuando se dirigía a mí. Era agotador y, para cuando dio por terminado el juicio, ya eran cerca de las diez de la noche.

—La fecha siguiente para este juicio es el 7 de mayo. Hasta entonces, usted permanecerá en prisión.

Yo le supliqué al juez que me regresaran a Buca. Él dijo que iba a recomendar un traslado, pero añadió que no le competía a él tomar esa decisión. Dos policías militares me tomaron de los brazos y me condujeron hacia la salida para los reclusos.

—¡Norine! —grité, esforzándome para verla entre la multitud al fondo de la sala—. ¡Sácame de aquí! ¡Me estoy volviendo loco!

El senador Tillis había venido, junto con Sam Brownback, embajador extraordinario para Libertad Religiosa Internacional, así como otros amigos de varias iglesias. Estaba casi en la puerta, pero me sentía muy agradecido por su apoyo. Sabía que algunos habían venido solamente para orar. Así que llené mis pulmones para dar un grito final:

—¡Gracias a todos los que vinieron!

Minutos después, estaba de nuevo en mi celda en Sakran. Solo.

LA REACCIÓN DEL SENADOR TILLIS a lo que había presenciado en el juzgado ese lunes fue instantánea y contundente. En el juicio se me había acusado de tener una habitación secreta en la iglesia donde se llevaban a cabo reuniones secretas en torno a un mapa secreto que mostraba cómo yo estaba planeando dividir el país para los kurdos. Varios testigos testificaron haber visto esta habitación y aseguraron que había banderas del PKK colgando de las paredes, así como otro material de propaganda por toda la iglesia. El martes, el senador Tillis pidió a Norine que le mostrara la iglesia para que pudiera ver esa habitación secreta. Se trataba de nuestra pequeña oficina en la iglesia.

El viernes, un grupo bipartidista de sesenta y seis senadores liderados por los senadores Tillis y Jeanne Shaheen, ya había enviado una carta a Erdoğan exigiendo mi liberación. La carta se refería a mi auto de procesamiento como "*una colección absurda de acusaciones anónimas, vuelos de fantasía, y una difamación aleatoria… Es un insulto, no solo a un individuo que ha sido encarcelado injustamente, sino a las tradiciones de la jurisprudencia turca.*"

En cuanto a mí, esa era la tercera noche seguida que no podía dormir. No tenía apetito y no podía hacer nada más que estar tumbado en la cama, sintiéndome molido. Durante meses, había estado ganando pequeñas victorias en Buca, pero ahora me habían vuelto a noquear. Estaba listo para tirar la toalla.

Incluso los guardias parecían estar preocupados por mí.

—Venga, venga —dijo el guardia principal el día después del juicio (un hombre que anteriormente había sido duro conmigo, cuando había estado en mi antigua celda)—. Le ayudaré a salir. Le vendrá bien tomar un poco de aire. Venga.

Finalmente, cedí, pero, después de diez minutos en el patio, pedí volver dentro. Independientemente del juicio, tan solo pensar en estar encerrado otra vez en Sakran era demasiado.

El guardia principal volvió a dejarme dentro de la celda y se fue. Yo me quedé tumbado, temeroso y con lágrimas de tristeza corriéndome por las mejillas. En mi mente seguían dando vuelta los pensamientos: *"¿Dónde estás, Dios? ¿Por qué has permitido que vuelva a este lugar horrible? ¿Por qué no has intervenido en mi favor? ¿Por qué estás tan lejos, tan callado?"*

Abrí la boca llorando a voz en cuello, y las palabras que me oí murmurar me dejaron atónito: *"¡Te amo, Jesús!"*

Y, otra vez, "*¡Te amo, Jesús! ¡Te amo, Jesús!*"

Inmediatamente, me di cuenta, *¡Aquí está mi victoria!* En mi momento más bajo, el clamor de mi corazón era un clamor de amor hacia Jesús. Estaba extasiado. Este era un triunfo en mi corazón, una respuesta a Dios que me mostraba lo distintas que eran ahora las cosas para mí. Cuando estuve en Sakran antes, había estado lleno de miedo y de dolor. Aunque todavía tenía miedo y dolor, acababa de descubrir lo profunda que era mi devoción. Había sido probada y había sido hallada verdadera.

AUNQUE ESTABA EN UNA CELDA DE AISLAMIENTO, sí tenía contacto con otros reclusos. Aunque no podía verlos, si alzaba la voz podía hablar con los hombres que se encontraban en las celdas a ambos lados de la mía a través de la ventana. Además, cada vez que alguien caminaba por el patio era también posible hablar con él. Así es cómo descubrí que las personas a mi alrededor eran militares que habían sido acusadas por jugar un papel importante en el fallido golpe de Estado. Entre los pocos que conocí brevemente, dos eran generales y los otros eran soldados de élite. Aunque yo estuviera enfrentándome a mentiras y a cargos, estaba seguro de que las posibilidades de estas personas eran mucho peores que las mías.

Fue uno de los generales quien me había hablado a mí primero cuando llegué en la noche anterior al juicio. Después, otro general me animó diciéndome:

—Sea fuerte. Cuando me trajeron aquí, yo también me quería morir. Quería tirar la toalla. Pero me hice fuerte, y lo mismo le pasará a usted. Además, he estado viendo su caso. Le dejarán libre en el próximo juicio.

Aunque no estaba muy seguro en cuanto a lo de la liberación, su consideración me consoló. Otro de mis vecinos me mostró su amabilidad de otra forma. A través de los barrotes de su ventana, arrojó una Coca Cola fría y un cuenco del que comer a un recluso que estaba pasando su hora en el patio quien, acto seguido, me los lanzó a mi ventana. Él también me transmitió unas noticias alentadoras que había oído en la televisión. El día después de mi juicio, el presidente Trump había enviado un mensaje por Twitter afirmando que yo estaba siendo perseguido en Turquía sin razón alguna: "*Le llaman espía, pero yo soy más espía que él.*"

—Todo va a ir bien —me dijo el hombre que se encontraba en el patio—. No se preocupe, todo se va a arreglar.
—¡Vamos! —dijo el general—. Dile al cura por qué estás aquí.

El hombre se rio antes de explicarlo.

—Yo estaba en el equipo al que se acusa de ser el escuadrón asesino. Sin embargo, a nosotros se nos dijo en el último minuto que teníamos que ir a un hotel en particular de la ciudad. Ni siquiera teníamos una dirección, y tuvimos que detenernos en una tienda para que nos dieran indicaciones sobre la ubicación del hotel. ¿Le parece a usted que esa es la manera en la que un escuadrón de élite iría a asesinar a un presidente?

¿Qué podía decir yo? Para mí estaba claro que estaba en serios problemas. El ánimo y la perspectiva que todos ellos me dieron me conmovieron grandemente. No me podía creer que unos hombres que se enfrentaban a una pena de cadena perpetua en régimen de aislamiento estuvieran tratando de animarme.

MÁS TARDE, CUANDO ME LLEVARON para ver a la psicóloga de la prisión, como es habitual para todos los que entran a la cárcel, las cosas se pusieron desagradables otra vez.

—Andrew, vamos a cuidar bien de usted. Se va a quedar aquí durante unos meses, quizás unos años, pero va a estar bien aquí.

Yo me derrumbé:

—¡Por favor, pídanles que me devuelvan!

Ella se detuvo pensativa durante unos segundos y contestó:

—De acuerdo, lo pediré —aunque era evidente que ella no podía hacer gran cosa.

Una vez en mi celda, me desplomé en la cama. Tenía la esperanza de que, entre Norine, la embajada y algunos de nuestros amigos en el gobierno estadounidense, pudieran trasladarme. Pero, ¿cuánto tiempo llevaría eso? No había ninguna garantía. Me imaginé que tendría que esperar.

Sin embargo, no tuve que esperar mucho tiempo. Al quinto día, dos guardias abrieron la puerta de mi celda y me dijeron que me iban a regresar a Buca.

—¿De verdad? ¿Cuándo?
—Ahora.

Junté la poca ropa que tenía, las anotaciones de mi juicio y mi Biblia. Y, en pocos minutos, ya estaba listo para irme. Antes de irme, logré sonreír al guardia mientras le daba las gracias.

Él respondió rápidamente a mis palabras con un gesto con la mano, y dijo:

—Sinceramente, todos nos sentimos más tranquilos de que usted se vaya.

Nunca había pensado que podría estar tan contento por ir a prisión, pero para mí era un alivio inmenso volver a mi celda en Buca. Nejat estaba contento de verme y me saludó como si nunca me hubiera ido.

21. TESTIGOS FALSOS

TRES SEMANAS DESPUÉS DE LA PRIMERA VEZ EN LA QUE ME SENTÉ EN LA CANCHA DE BASQUETBOL, me encontraba cerca de la entrada de la prisión de Buca, preparado para irme. Me disponía a ir a la segunda sesión de mi juicio, y las medidas de seguridad eran todavía más fuertes que la vez anterior. Ya me habían cacheado, esposado y me habían colocado un chaleco antibalas, pero todavía quedaba algo más.

Estaba rodeado de varios policías militares armados y, tan pronto les avisaron por radio que emprendieran la marcha, me llevaron a través de un estacionamiento hasta el autobús para transportar reclusos. No podía ver a través de las ventanas tintadas de negro, e iba sentado en silencio en el cubículo de seguridad del autobús. El motor ya estaba en marcha, pero, al menos durante un minuto, los inexpresivos soldados con sus metralletas preparadas y yo, nos quedamos parados.

Otro mensaje llegó por la radio. Uno de los hombres se levantó de golpe y me sacó del autobús para, después, introducirme en otro idéntico que acababa de llegar. El autobús señuelo partió sin mí, y nosotros esperamos a que fuera nuestro turno, escoltados por varios vehículos policiales.

Cuando llegamos a Sakran, el corto paseo entre el autobús y la entrada para reclusos de la prisión estuvo franqueada por unos veinte comandos. Los soldados que me escoltaban estaban agrupados encerrándome de forma hermética con sus brazos apretando los míos y abriendo el paso por el túnel que los comandos habían formado.

Nada de eso se hacía para impresionar. El juicio me había convertido en un blanco, incluso en el objeto de odio de muchos. No creo que a ellos les preocupara de forma especial que las fuerzas de los Estados Unidos pudieran llegar volando en helicóptero para rescatarme. Estaban protegiéndome de su propia gente.

YO SABÍA que iba a ser un día difícil. El primer día habían testificado contra mí tres testigos, pero para esa segunda sesión del juicio había seis personas preparadas, dos de ellas en secreto. Conforme los jueces fueron llegando y tomando sus posiciones en el estrado, yo me preparé para las mentiras que estaba a punto de oír.

Miré atrás y me tocó el corazón ver al pastor de nuestra iglesia en Carolina del Norte sentado junto a Norine. Era un recordatorio de los ayunos y de las vigilias de oración que se estaban llevando a cabo en numerosos lugares.

El primer testigo era secreto, pero yo sabía quién era, aunque nunca antes le había visto. Durante unos meses, había asistido a una iglesia que habíamos comenzado en otra ciudad, pero el liderazgo de la iglesia le había pedido que se fuera después de que causara serios problemas. Dijo que yo le había dado al ejército de los Estados Unidos coordenadas para entregar armas al PKK, que estaba trayendo a combatientes del PKK para que recibieran cuidados médicos, y que era un dirigente de FETO.

Después de él, otra testigo secreto afirmó que había visto un mensaje en el teléfono de alguien avisándole para que se preparara para un terremoto – prueba, según dijo el fiscal, de mi implicación en el golpe de Estado. Sin embargo, ella dijo que no me conocía, y que el mensaje no era mío, así que no llegué a comprender la conexión.

Después de ella, ya no hubo testigos secretos, aunque sus testimonios también fueron igual de ridículos.

Un recluso, que parecía estar enfermo mentalmente, se puso ante el estrado y dijo que yo era el líder de los Testigos de Jehová y que, junto a ellos, había ayudado a planificar las protestas del Parque Gezi que se habían extendido por todo el país en 2013. Erdoğan estaba ahora diciendo que eso había sido un intento de derrocar su gobierno. Después de él, habló otro recluso que, obviamente, estaba intentado lograr que se le redujese su condena a base de decir más mentiras sobre mí.

—Andrew Brunson trabajó para la organización de Fethullah Gulen, su iglesia recibió fondos de ella, y él conocía a unos cuantos de sus dirigentes. También le vi reuniéndose con miembros del grupo terrorista PKK en el Hotel Hilton de Gaziantep.

—¿Es eso cierto? —Exclamó el juez inclinándose—. ¿Y vio usted alguna vez a Andrew Brunson con Murat Safa?

—Sí, sí que lo vi, señoría.

—¡Sí le vio! —dijo el juez dando palmas y sonriendo—. ¿Y lo vio usted alguna vez con Bekir Baz?

—Sí.

—¿Y a Enver Muslim? ¿Vio usted a Andrew Brunson con él? —dijo volviendo a dar una palmada y volviendo a sonreír.

—Sí, por supuesto que lo vi con todas esas personas.

Antes de que Cem hiciera unas preguntas al testigo, yo me levanté para hacer mi declaración:

—Señoría, nunca he conocido a ninguno de las personas que ha mencionado. Nunca he estado en ese hotel. Y usted tiene los registros de mi celular que prueban que yo no visité Gaziantep ese año.

Entonces, añadí con exasperación:

—Y usted está suministrándole todos estos nombres, y él está diciendo si a cada uno de ellos. Si le da otros diez nombres, también dirá sí a todos ellos.

El juez se quedó mirándome.

Cuando Cem se levantó, miró directamente al testigo:

—¿Ha estado usted en prisión anteriormente a esto?

El hombre se quedó quieto por unos instantes. Entonces, se rascó la barbilla y miró al techo:

—Bien, estuve en la prisión una vez. O, quizás dos veces. O… déjeme pensar… quizás en tres ocasiones.

Cem se dirigió al juez:

—Quiero presentar al tribunal pruebas de que este hombre ha sido condenado en catorce ocasiones por estafa, y hay otras veinticuatro órdenes judiciales pendientes para proceder a su arresto.

Yo quería saltar y gritar de alegría, pero el juez miraba el papel que Cem le acababa de entregar.

—¿Qué relevancia tiene esto?

Yo estaba tan estupefacto como Cem.

—Es un estafador, señoría. ¿Cómo no va a ser relevante?

El juez no estaba escuchando. Todos estaban siguiendo órdenes de Ankara, pero muchos de ellos también tenían sus propias actitudes. El juez estaba mostrando sus verdaderas intenciones.

EL SIGUIENTE TESTIGO aseguró haber sido mi amigo por años, aunque yo nunca lo había visto en mi vida. Habló de unos conciertos que habíamos organizado en los que cantamos canciones sobre el PKK, ondeamos banderas terroristas y dimos discursos sobre el PKK.

Años antes, después de haber sido atacado por el hombre armado en la calle, la Policía Antiterrorista me había asignado dos guardaespaldas. Dejé de hacer uso de los guardaespaldas después de un par de semanas, pero ellos me dijeron en ese entonces algo que no me sorprendió en lo más mínimo: “*Tenemos un archivo de usted. El gobierno le ha estado vigilando durante años.*”

Cem también había logrado, de alguna manera, obtener un informe de la MIT (Agencia Nacional de Inteligencia) en el que se reconocía que estaban

haciendo un seguimiento de todos los extranjeros que ellos pensaban que podrían ser misioneros.

Armado con todos estos hechos, me levanté y me dirigí al tribunal.

—Se me ha acusado de muchas cosas: desde organizar mítines y conciertos para el PKK hasta espiar militarmente y coordinar el envío de armas. No obstante, está claro que he estado siendo vigilado durante años por la MIT y por el Departamento Antiterrorista. Entonces, ¿cómo es posible que haya estado cometiendo todos estos delitos mientras que sus mismas agencias gubernamentales han estado sometiéndome a estrecha vigilancia? Si yo he cometido alguna de estas cosas, ¿no debería haber alguna prueba física concreta? Pero ustedes no han hallado ningún texto o mensaje electrónico. No hay historial telefónico que me vincule con nadie. No existen audios que prueben que yo haya predicado estos mensajes, y no hay ni videos ni fotografías de la iglesia supuestamente llena de propaganda y de banderas del PKK. Nuestra iglesia está en una calle muy transitada, y sus ventanas y puertas siempre están abiertas. ¿Cómo es posible que actividades terroristas se hayan producido abiertamente durante años sin que nadie haya nunca informado de ellas? La razón es que nunca se produjeron. ¿Por qué sus testigos no aportan ninguna prueba acreditativa? ¿Cómo puede escucharles cuando ni siquiera aportan pruebas?

El juez se reclinó en su sillón:

—No tienen por qué aportar ninguna prueba para acreditar lo que están diciendo. Sus testimonios son la prueba.

Esto me dejó con la boca abierta.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo puedo defenderme cuando todo lo que ellos tienen que hacer es aseverar algo para que usted lo acepte? Esto no tiene ningún sentido.

El juez respondió tajantemente:

—No voy a discutir con usted.

EL DÍA FUE LARGO y, cuando llegó a su fin, yo estaba exhausto. Todavía albergaba una ligera esperanza cuando el juez bajó su mirada sobre mí y me preguntó qué era lo que quería que sucediera, pero yo sabía que eso no era más que una formalidad hueca, una pregunta rutinaria que él tenía que hacer al final de cada día de juicio.

Aun así, yo le dije exactamente lo que quería:

—Tan solo quiero ir a casa, señoría.

Aunque me hubiera escuchado, nada habría cambiado. Con sus palabras finales, me dijo que iba a quedar en prisión preventiva y que mi siguiente comparecencia tendría lugar el 18 de julio, dos meses y medio más tarde.

En el trayecto de vuelta a Buca, lloré lágrimas de ira y de frustración.

22. EL REHÉN

ESTABA FURIOSO. El segundo día del juicio había sido una farsa tal que ya no tenía ningunas ganas de prepararme para el tercero. ¿Qué sentido tenía preparar una defensa? Estaba harto del gobierno turco y de su presunción pública: poniendo una apariencia de justicia e insistiendo en que su sistema judicial era independiente cuando, tras bastidores, habían estado regateando conmigo como mercancía en un mercado.

Incluso la fecha de mi siguiente cita era política, pues estaban postergando mi caso hasta después de las elecciones que Erdoğan acababa de convocar con la finalidad de aparentar ser fuerte enfrentándose a Estados Unidos. Los medios de comunicación estarían allí, así como los representantes de Estados Unidos, y a mí me parecía que la tercera fecha del juicio era una buena oportunidad para devolver el golpe y llamar las cosas por su nombre: un juicio amañado.

Pero, entonces, me preguntaba si era mejor negarme a ir. Si me retiraba completamente, no iba a tener que quedarme sentado más ante semejante teatro. No obstante, si no me presentaba, ¿cómo iba a poder dar testimonio de la verdad?

El mal humor que me dejó el segundo día de juicio se me fue gracias a dos visitas especiales. La primera fue una visita sorpresa y maravillosa de mi hijo Blaise. Estaba de pie a un lado cuando entré a encontrarme con Norine. Cuando lo abracé, necesité unos momentos para ser plenamente consciente de que, en realidad, estaba él ahí, en persona, conmigo. Mi visita abierta justo coincidió con el Día del Padre.

La segunda visita también fue inesperada.

Las visitas nunca se producían durante el fin de semana. Sin embargo, un sábado me llevaron a la habitación donde me había reunido con Blaise y

Jacqueline casi un año antes – la que tenía paredes acolchadas para que pudieran grabar el sonido con mayor claridad – y me presentaron al senador Shaheen y al senador Lindsey Graham.

Se habían reunido con Erdoğan el día anterior y el senador Shaheen le había dicho que los Estados Unidos sabían que los testigos que estaban testificando contra mí estaban mintiendo. Erdoğan le reconoció al senador que era cierto que había problemas con los testigos, y sugirió que el testigo secreto principal podía ser él mismo un gulenista que estaba despistando a los oficiales respecto al caso. Al reformular esto como una trama gulenista, estaba retrocediendo y estaba dando signos de buscar una forma de salirse del rincón en el que se había metido él mismo. Erdoğan estaba más suave y más relajado de lo que esperaban, y les otorgó su petición de visitarme.

—No se habría reunido con nosotros para hablar sobre esto, ni nos habría dado permiso para verle si no hubiera pensamiento de algún movimiento en su caso— dijo el senador Graham.

Poco tiempo después de esta reunión, Norine recibió noticias de que ambos presidentes habían hablado, y que Erdoğan había vuelto a admitir que había un problema con la credibilidad de los testigos.

Había otra razón para su visita. Tenían un mensaje para mí.

—Usted es un rehén —dijo el senador Graham—. Los Estados Unidos no van a hacer tratos para rehenes. Le vamos a sacar de aquí, pero va a tener que ser de la manera correcta. Es preciso que sea paciente. Por tanto, resista, Andrew.

Yo les dije que lo entendía. Ya sabía que la mayoría de las organizaciones misioneras tienen la política de no pagar ningún rescate ya que, de hacerlo, harían que sus trabajadores se convirtieran en blancos. Yo estaba de acuerdo con esa política, y no quería que mi liberación pusiera a nadie en peligro. Aun así, eso era difícil de oír.

Sin embargo, también comprendí que este era un mensaje para Erdoğan. No había duda de que estaban grabando nuestra conversación. Lo sabía, y los senadores también lo sabían. El mensaje llegaría a oídos de Erdoğan: los Estados Unidos no van a hacer ningún trato por mí.

Cuando nuestro tiempo estaba a punto de terminarse, me acordé de que el senador Graham era un buen amigo del senador John McCain quien entonces estaba siendo sometido a un tratamiento por un cáncer que padecía.

—Mi tío fue un prisionero de guerra en Vietnam —dije yo—. Le pusieron en la misma cárcel que el senador McCain. Siempre he admirado la forma en la que McCain estuvo dispuesto a quedarse allí para evitar convertirse en un golpe de propaganda. Demostró mucho valor al hacer algo así.

CUANDO SE ACERCABA LA FECHA DE LA TERCERA SESIÓN DEL JUICIO, las relaciones entre Estados Unidos y Turquía parecían mejorar. Con los Estados Unidos reduciendo sus operaciones en Siria, los noticieros estaban repletos de noticias sobre la propuesta de entregar patrullas en la ciudad siria de Manbij a las fuerzas turcas. El plan consistía en patrullar conjuntamente durante tres meses para, después, entregar las patrullas por completo, pero yo sabía que mi caso era parte del acuerdo y que la entrega era condicional. Esto era un incentivo significativo para Turquía que estaba desesperada por tener acceso a Manbij para eliminar a las tropas kurdas que vivían allí. De vez en cuando, los medios de comunicación turcos anunciaban que las patrullas conjuntas habían comenzado, lo cual me desmoralizaba. Sin embargo, cada vez que eso ocurría, Norine me recordaba en nuestra siguiente visita que no debía creer todo lo que veía en la televisión.

También había otras razones para ser optimistas. CeCe se había asegurado de que el Departamento de Estado conociera los detalles sobre mi caso. De tal forma que, cuando el secretario Pompeo se reunió con su homólogo turco después del segundo día de mi juicio y cuando este le dijo "*no hay nada que podamos hacer*", él confrontó inmediatamente al ministro de Asuntos Exteriores.

—Pero usted tiene la potestad para intervenir —dijo el secretario Pompeo, refiriéndole al Decreto 694, Artículo 74 del verano anterior—. El presidente tiene la potestad de devolver prisioneros a sus países de origen. Eso dejó callado al ministro de Asuntos Exteriores. Después de esto, ya no volvió a poner la misma excusa, aunque las personas por debajo de él sí siguieron haciéndolo.

EL DÍA DEL JUICIO, me senté en mi lugar habitual, empequeñecido por el estrado y por las enormes pantallas, y escuché al primer testigo, Levent, mentir sobre mí. Yo le conocía, y sabía que todas sus mentiras procedían del resentimiento de no habérsele dado una posición de liderazgo en nuestra iglesia. Cuando fue el momento de hablar ante los jueces y dar mi respuesta, sabía exactamente lo que quería decir.

A lo largo de las semanas anteriores a la tercera sesión del juicio, había decidido que iba a usarla como una oportunidad para compartir mi fe. Aunque no podía controlar lo que otros pudieran hacer, y no tenía sentido intentar basarse en la lógica o en la razón ante el juzgado, al menos sí podía escoger qué decir y cómo decirlo. Quería adoptar una posición como representante de Jesucristo, sin pedir disculpas y sin avergonzarme.

Me puse de pie frente al micrófono y escuché el eco de mis palabras introductorias por toda la sala:

—Lo más importante en mi vida es mi fe.

Ya había decidido que, aunque estuviera en el juzgado, iba a predicar.

— Jesús les dijo a sus discípulos que fueran por todo el mundo y proclamaran las buenas nuevas de salvación a todos, y que hicieran discípulos. Esta es la razón por la que vine a Turquía, para proclamar esto.

Solo hay un camino hacia Dios: Jesús.

Solo hay una forma de obtener el perdón para nuestros pecados: Jesús.

Solo hay una forma de obtener la vida eterna: Jesús.

Solo hay un Salvador: Jesús.

Quiero que esto se oiga por toda Turquía.

Se han dicho muchas mentiras sobre mí en los medios de comunicación: que soy un terrorista del FETO, un miembro del grupo terrorista PKK, un agente de la CIA. Sin embargo, lo que quiero que la gente sepa de mí es esto: ¡Durante los últimos veinticinco años he declarado a Jesús como el Salvador! Durante veintitrés años lo hice por elección, y los dos últimos años se me ha forzado a hacerlo desde la cárcel, pero mi mensaje es el mismo. La Biblia dice que nos perdonemos los unos a los otros "*como Dios les perdonó a ustedes en Cristo."* En otro lugar dice: *"Bendigan a los que les persiguen; bendigan y no maldigan."* Así pues, yo perdono a los que me han hecho daño, a los que han dicho mentiras sobre mí, a los que han dado falso testimonio en mi contra. Perdono a cada uno de estos testigos. Perdono a Levent.

Proseguí mencionando, uno a uno, a cada uno de los testigos. Quería declarar que perdonaba a Erdoğan, a Cavusoglu y a las demás personas que estaban reteniéndome ahí porque esa era la verdad. No obstante, no podía decir eso en el juzgado. Mis últimas palabras fueron:

—No voy a guardar odio en mi corazón en contra de ninguno de ellos, y los encomiendo a Dios. Que Dios tenga misericordia.

Al terminar, el juez llamó rápidamente a los siguientes dos testigos. Aunque siguieron vertiendo mentiras sobre mí, yo me mantuve calmado, contento por haber hecho mi declaración. También esperaba deseoso el momento en el que se nos permitiera llamar a nuestro primer testigo.

Teníamos un repertorio de testigos sólidos que podían dejar en evidencia y desacreditar completamente a los testigos contra mí. Sin embargo, por ahora el juez solo estaba permitiendo testificar a uno de ellos. Aun así, yo pensaba que Deniz era un testigo importante ya que, como presidente de la mesa directiva de nuestra iglesia, era en realidad el responsable legal de todo lo que estaba sucediendo ahí.

Deniz tomó su asiento al otro lado del estrado y escuchó con atención a Cem describir las acusaciones que varios testigos habían hecho contra mí. Había hablado de banderas del PKK, de sermones en los que apoyaba a Gulen, de reuniones secretas, de agendas ocultas para dividir el país.

—Nada de esto ocurrió —dijo Deniz calmado, pero enfáticamente—. Nunca vi nada de lo que usted describe.

Cuando le correspondía al juez interrogar a Deniz, levantó la mano y dijo que no tenía preguntas. El fiscal tampoco tenía nada que decir, por lo que el juez prosiguió dirigiéndose a Cem:

—Si esta es la manera en la que el resto de sus testigos van a testificar, entonces no hay razón para que les escuchemos. Si hay un asesinato y alguien es testigo del mismo, deseamos oírle hablar. No tenemos necesidad de hablar a todas las personas que no lo vieron. Su testigo afirma que no ha visto ninguna de las cosas que los demás testigos dicen que han visto. Por lo tanto, ¿qué sentido tiene que le escuchemos?

Yo estaba indignado. Eso era algo completamente ilógico. Quería levantarme y gritar, pero Cem me hizo un gesto para que me aguantara, por ahora.

Tan pronto como despidieron a Deniz, uno de los jueces subalternos se acercó para decirle algo al juez principal. Entonces, instantáneamente, el juez principal se puso alerta y comenzó a llevar a cabo con rapidez las cuestiones de procedimiento que siempre se hacen al final del juicio. Yo no tenía ni idea por qué. Cem también parecía desconcertado, y toda la sala estaba en suspenso.

El juez me preguntó cuál era mi petición en cuanto a seguir en prisión, lo cual era normalmente uno de los últimos puntos de la sesión del juicio. Yo me levanté para alegar:

—Por favor, señoría, he esperado dos meses y medio a que llegara esta sesión del juicio. Me gustaría presentar mi defensa y responder a los testigos.

Él sacudió la cabeza y respondió:

—Envíelo por escrito o déselo a su abogado. Necesito saber cuál es su petición ahora. Vamos a terminar por hoy.

Él estaba moviéndose con rapidez para cerrar todo, pero yo estaba resuelto a hacer otra declaración. Aún corriendo el riesgo de provocar su ira, rápidamente empecé a decir lo que tenía que decir:

— Después de que me arrestaron, pude tener un encuentro con mi madre, y ella me dijo: *"Desde los tiempos de Jesús hasta ahora, los discípulos de Jesús han sufrido por su causa. Hay una larga fila de testigos que se remonta hasta dos mil años atrás. Hijo mío, ahora te toca a ti situarte en esa fila."* Soy inocente de todos los cargos contra mí. No obstante, yo sé por qué estoy aquí: por causa de Jesucristo se me ha dado el privilegio, no solo de creer en él, sino también de sufrir por él. Fui escogido para proclamar la muerte y la resurrección de Jesús. Esta es la razón por la que estoy sufriendo. Pero no me avergüenzo. Jesús dijo: *"Bienaventurados son cuando la gente les insulte, les persiga y digan toda clase de cosas malvadas contra ustedes mintiendo. Regocíjense y estén alegres porque grande es su galardón en el cielo, porque de la misma manera persiguieron a los profetas que vinieron antes de ustedes."*

El juez interrumpió impacientemente:

—¿Ya casi ha terminado?

—¡Solo un minuto más, por favor! —y así yo continué —Se me ha encargado una misión: ser encarcelado por causa de Jesús. Esto es algo muy difícil: estar separado de mis hijos, separado de mi esposa. Ya han pasado veintidós meses. Pero llevo esta misión por causa de Jesús. Y yo declaro:

"Soy bienaventurado porque, por causa de Jesús, muchas personas me han hecho daño, me han perseguido, y me encuentro ahora sufriendo.

Soy bienaventurado porque se me ha forzado a estar separado de mi esposa y de mis hijos.

Soy bienaventurado porque todo tipo de mentira se ha dicho sobre mí, porque todo tipo de calumnias se han dicho sobre mí.

Soy bienaventurado porque estoy en la cárcel."

Estoy en la cárcel por la fuerza, no deseo estar aquí. Sin embargo, escojo voluntariamente sufrir por causa de Jesús y, al sufrir por su causa, espero demostrar a todo el mundo su valor incomparable. Y quiero que Turquía sepa que es por su causa que estoy aquí.

Entonces, tomé asiento. Me sentía desafiante. El gobierno turco había resuelto machacarme, acabar con mi ministerio, quebrantar mi fe e intimidar a otros cristianos para que no se pronunciaran. Yo sabía que todavía podían hacer muchas cosas para hacerme daño. Sin embargo, en ese momento, estaba levantando mi cabeza bien en alto. Era un desafío santo. *¿No se sentiría así David cuando peleó contra Goliat?*

—Volverá a la cárcel. La siguiente sesión de este juicio será dentro de tres meses —dijo el juez en tono de desaprobación.

En ese momento, se hizo el ruido en la sala mientras dos soldados me agarraron de los brazos y me sacaron.

LA NOCHE ANTERIOR a la tercera sesión del juicio, el embajador interino le había dicho a Norine:

—Si esto no funciona, yo no sé qué podrá funcionar.

Nada de lo que había esperado que funcionara había funcionado. Salió del juicio aturdido y fue a hacer unas llamadas telefónicas.

Por la gracia de Dios, el día siguiente era jueves, el día para mi visita semanal. Norine y yo estábamos desanimados porque mi siguiente comparecencia iba a tardar tanto. Ella en particular se sentía entristecida por esto, aunque también tenía buenas noticias:

—El presidente Trump ha publicado un *tweet* sobre ti. Ha dicho que has sido retenido como rehén por demasiado tiempo, y que no has hecho nada malo.

—Eso está bien —dije yo—. Al llamarme públicamente rehén está dejando claro que el gobierno cree que soy inocente.

También significaba que los Estados Unidos no aceptaban el procedimiento judicial como legítimo.

Para nuestra llamada telefónica quincenal, justo al día siguiente, Norine tenía más noticias que darme:

—Habían hecho un trato. Había un avión esperándote. Los turcos se retractaron a último momento —prosiguió Norine—. El senador Graham me llamó y dijo que hace dos días las cosas parecían ir por buen camino, pero que no fue así ayer. Dijo que deberíamos esperar una semana y ver qué pasa.

Aunque me sentía animado por las noticias, era consciente de que ya habían habido tratos en el pasado, y todavía seguía en prisión.

Ese fin de semana, leí algo en la Biblia que me impactó y que estuvo muy vivo en mi mente durante días. Era un pasaje que narraba lo que sucedió la noche en la que Jesús fue arrestado. Pedro sacó su espada para salvar a Jesús, pero Jesús le dijo que apartara la espada. "*¿Acaso no he de beber la copa que el Padre me ha dado?*"

El martes por la noche, seis días después de la tercera sesión del juicio, me senté en la cama y le escribí a Norine:

"*Esta frase sigue rondando mi cabeza a medida que me enfrento con la lucha diaria – a veces a cada hora – de someterme (más allá de eso, de aceptar de manera intencional) a cualquiera que sea el plan de Dios que ha permitido que siga todo este tiempo encarcelado. ´¿Acaso no he de beber de la copa?´ Yo quiero ´beber de la copa´ fielmente, hasta el final. Sin embargo, también digo: ´Señor, he estado bebiendo de esta copa durante casi dos años. ¿Por cuánto más tiempo?´ Pero, que sea fiel hasta el final. Que esté dispuesto a beber de la copa – que continúe bebiendo de ella… ¿Cómo podría hacerlo de otra manera? Cuando estoy en mi mejor estado, me encuentro en ese punto. Pero, entonces, tiemblo de miedo, y no quiero seguir así día tras día. No obstante, quiero ser un hijo obediente.*"

A la mañana siguiente, leí la carta entera de nuevo, la sellé y se la di al guardia que vino a pasar lista. Poco más de un año antes, había llegado a Buca como un hombre destrozado. Sin embargo, Dios me había estado restaurando.

Esa tarde, me encontraba en el patio cuando oí que alguien me llamaba desde la ventanilla metálica de la puerta de mi celda. Me acerqué, me arrodillé y miré hacia arriba para ver al director de la prisión. Eso no era algo normal.

—Andrew, ¿cuál es su dirección?
—¿Para qué la quiere?
—Ya lo verá.

Entonces, se la di.

Unos minutos más tarde, fue Nejat quien me llamó:

—¡Eh, Andrew! Tienes que venir y ver lo que están poniendo en la televisión.
—¿Por qué?
—¡Tan solo ven aquí ahora, Andrew!

PARTE 7

23. ACUERDO ROTO

SEGUÍ CON MI VISTA EL DEDO DE NEJAT QUE SEÑALABA las letras pequeñas en la parte inferior de la pantalla. “*El Sacerdote Brunson liberado para cumplir arresto domiciliario por motivos de salud.*”

Eso era lo último que esperaba. A lo largo de los veintidós meses en los que había estado encarcelado, había pensado mucho sobre la forma en la que podrían ponerme en libertad. Quizás me llevarían directamente al aeropuerto desde la prisión o, tal vez, me esconderían primero en un centro de deportación como Harmandali. Pero, ¿arresto domiciliario? Eso nunca se me había pasado por la cabeza. Además, ¿a qué motivos de salud se estarían refiriendo? Estaba confundido.

El director de la prisión vino a mi celda acompañado por unos cuantos guardias.

—Andrew, se le acaba de poner en libertad para que esté bajo arresto domiciliario.

Recoja sus cosas.

No dije nada. Ninguna pregunta o consulta. Estaba demasiado ocupado poniendo en bolsas de basura todo lo que quería llevarme. Las cosas que estaba dejando en Buca era todavía mayor. Cuando terminé, tomé mi guitarra y me dirigí a Nejat apuntando a un montón de latas de atún, pasta de dientes, libretas de apuntes en blanco y bolígrafos que estaba dejando.

—Todo eso es para ti.

Nos dimos un abrazo en la puerta.

—¿Quieres soltar cualquier ofensa que tengas contra mí? —dijo él sabiendo que, probablemente, nunca más volveríamos a vernos y, como todo buen musulmán, Nejat sentía la necesidad de terminar en buenas relaciones o, si no, tendría que pagar por cualquier ofensa en el día del juicio.

—Sí, por supuesto, amigo mío —le contesté yo con una sonrisa.

En realidad, no había nada que perdonar. La única deuda que había entre nosotros era una deuda de gratitud por todo el ánimo y la bondad que él me había dado. Nos volvimos a abrazar y, en ese momento, me sentí profundamente triste pensando que este buen hombre y padre de tres hijos seguía encarcelado injustamente.

Mientras seguía al director bajando las escaleras, el lugar era un hervidero de actividad. Los teléfonos sonaban y la gente tenía prisa.

—¿Dónde está su esposa? —me preguntó el director en un momento—. No contesta el teléfono.

Yo no tenía ni idea de dónde estaba. No tenía idea de nada. Todo se me hacía tan surrealista. Treinta minutos antes, había estado caminando de un lado a otro en el patio, orando. Me había despertado con el mismo temor tan familiar y con el terror amortiguado que me saludaban cada mañana, y me encontraba en medio de mi lucha diaria para someterme a Dios.

Después de pasar por todo el proceso de salida, y después de que me devolvieran mi pasaporte, mis demás documentos personales y mi dinero, me sacaron rápidamente. Por primera vez, no iba esposado. Tampoco llevaba puesto ningún chaleco antibalas, ni me esperaba ningún autobús señuelo que, acto seguido, partiría sin mí. Tan solo estaba yo, un montón de ropa, unos cuantos libros y – lo más importante – mis cartas en bolsas de basura, y varios policías que me rodeaban y que esperaban a que alguien les dijera qué hacer.

—¡Esperen!

Me acordé de la carta que le había escrito a Norine. Me había parecido tan significativa al escribirla que deseaba llevarla conmigo. Ahora que mi cuenta

en la prisión ya estaba cerrada, ya no iban a enviarla por correo, pero uno de los directores de la prisión tuvo la amabilidad de enviar un guardia para que la buscara en el cuarto del correo.

La espera prosiguió y yo estaba de pie, en silencio, viendo cómo la gente iba y venía. Varios vehículos policiales se pusieron en fila, y pusieron mis pertenencias en uno de ellos. Cuando se abrieron las puertas principales, pude ver una multitud de periodistas esperando fuera. Un guardia corrió hasta donde yo estaba y me entregó la carta para Norine.

—Gracias —le dije sosteniéndola bien fuerte. Viniera lo que viniera después, quería recordar ese lugar de rendición al que había llegado en Buca.

TODOS LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN, al parecer, habían oído sobre mi liberación y enviaron vehículos para seguir nuestro convoy. Tenía demasiadas cosas que procesar y, tan pronto como alguien me dijo que habían hablado con Norine y que ella venía detrás en alguno de esos vehículos, cerré los ojos. Pronto estaría de nuevo con mi esposa. Eso era lo único que, en realidad, importaba.

Cuando finalmente llegamos a nuestro departamento, la policía había acordonado nuestra angosta calle. Eso no había impedido a la gente arremolinarse tras el cordón policial. Esperamos en el automóvil hasta que Norine llamó para decir que ya estaba dentro de casa. Habían tenido un pequeño problema de logística: como ya no tenía mis llaves, tuvimos que esperar hasta que ella llegara. Tan pronto como salí del automóvil, me rodeó una nube de personas.

La situación era caótica con todo ese ruido, las cámaras, y las caras tratando de acercarse por entre los guardias que me rodeaban. Después de haber pasado tanto tiempo viendo las mismas caras cada día, todo eso se me hacía bastante intenso. Entre la multitud, podía ver a algunas personas de nuestra iglesia que estaban cantando y celebrando. Estaba muy emocionado. La última vez que había estado allí fue cuando me levanté de desayunar e, inocentemente, salí por la puerta para visitar la comisaría de policía veintidós meses antes. Había creído en algunos momentos que nunca más iba a pisar

mi casa. Cuando la policía me escoltaba escaleras arriba, pude ver a Norine. Estaba esperando en el descansillo de la escalera junto a nuestra puerta, pero, cuando me vio, bajó corriendo las escaleras y se abalanzó sobre mí para abrazarme. Era un sueño imposible hecho realidad.

Los policías nos metieron prisa para que entráramos. Una vez dentro, Norine y yo nos arrodillamos en el cuarto de estar, nos abrazamos y oramos: "*Gracias, Dios. Gracias. Gracias.*"

Los seis policías se quedaron con nosotros un par de horas. Instalaron la caja de monitorización y me pusieron un brazalete en el tobillo diciéndome que no me lo quitara ni saliera del departamento. Había un ruido constante proveniente de la calle, y muchas personas pedían poder vernos, pero la policía nos dijo que no iban a permitir que entrara ningún visitante esa noche.

—Tan solo quédense tranquilos esta noche, ¿de acuerdo? —Nos dijeron.

Por mí estaba bien. No había hablado con Jordan, nuestro hijo mayor, desde que fuimos arrestados, y estaba desesperado por llamarlo. Tan pronto como vi su cara en mi celular, me puse a llorar. No podía decir ni una palabra por cinco minutos. Debimos haber estado un par de horas hablando por teléfono con Jacqueline, Blaise y mis padres.

Norine puso una canción de adoración. Durante veintidós meses, este tipo de música había sido arrebatado de mi mundo. Había escuchado mucha música turca en la prisión, pero nada que me hablara del amor y del cuidado de Dios. Con el sonido de esa música llenándome de adentro hacia fuera, me acosté en nuestra cama atónito por la emoción.

De repente, me acordé de la carta que había terminado de escribir el día anterior. Estaba arrugada por haber estado llevándola en el bolsillo. Al dársela a Norine, traté de explicarle por qué era tan importante.

—Tú sabes cuánto he batallado, lo bajo que he caído, lo roto que he estado. Anoche escribí esto sin saber que estaba a punto de ser puesto en libertad. Y dice: "*Estoy dispuesto a beber de la copa hasta el final.*" Quiero que

sepas la manera en la que terminé en Buca. Terminé en victoria. Norine, por la gracia de Dios, he terminado bien.

EL DÍA SIGUIENTE FUE IGUALMENTE RARO. Me desperté en mi propia cama, junto a mi esposa, no por el ruido de los guardias pasando lista, pero sí por el de un policía hablando en la calle debajo de nuestra ventana. Aunque ya no estaba en la cárcel, todavía estaba lejos de ser libre. No podíamos gozarnos plenamente porque el arresto domiciliario no era suficiente – la libertad debía ser total, pero no teníamos garantía de que eso fuera a ser así. Estábamos contentos, pero temerosos.

Las noticias de mi salida de la cárcel y de mi arresto domiciliario estaban en todos los medios de comunicación turcos. Cada sitio web de noticias que visitaba o cada canal de televisión que miraba estaba hablando de la misma historia. Y, conforme fue avanzando el día, fui dándome cuenta de por qué se me había permitido salir de la cárcel.

En el transcurso de conversaciones, el presidente Erdoğan le había pedido al presidente Trump que asegurara la liberación de un ciudadano turco que había sido detenido en otro país del Medio Oriente. Trump había ofrecido su ayuda y el individuo en cuestión había regresado a Turquía el 15 de julio, tres días antes de la tercera sesión de mi juicio.

También hubo otras conversaciones sobre el banquero turco, en ese momento ya procesado en Estados Unidos por haber violado el embargo contra Irán, y había un acuerdo de que, si yo era liberado, a él le permitirían cumplir el resto de su sentencia en casa. Sin embargo, en el último minuto, cuando el acuerdo ya estaba en marcha, los turcos rompieron el trato drásticamente incrementando sus exigencias, pidiendo que la investigación que los Estados Unidos estaban llevando a cabo en torno al banco estatal Halkbank – que, probablemente, iba a tener como resultado miles de millones de dólares en multas – se detuviera completamente antes de ponerme en libertad. Trump se había enfadado con Erdoğan, dando un puñetazo en su escritorio mientras hablaban por teléfono, y le había gritado: "*¡Teníamos un trato!*"

Esto explicaba el que la tercera sesión de mi juicio se detuviera tan abruptamente, y que el tono del juez cambiara de repente y quisiera terminar todo precipitadamente. Seguramente, le habían informado que el trato se había roto y que tenían que enviarme de nuevo a Buca.

Mi liberación y arresto domiciliario era la forma que Erdoğan tenía para tratar de retroceder, y los medios de comunicación turcos lo presentaron como un mero problema de comunicación. Por la forma en la que lo dijeron, el presidente Trump pensó que Erdoğan había dicho que iba a regresar a casa en los Estados Unidos, cuando, en realidad, Erdoğan quería decir volver a casa en forma de arresto domiciliario en Turquía.

Eso fue la gota que derramó el vaso y, en mi primer día completo en casa, el presidente Trump recurrió al Twitter para poner claramente de manifiesto la posición de Estados Unidos: "*Los Estados Unidos van a imponer sanciones muy importantes a Turquía por la detención tan prolongada del Pastor Andrew Brunson, un gran cristiano, un hombre de familia y maravilloso ser humano. Él está sufriendo mucho. ¡Este hombre inocente de fe debería ser puesto en libertad inmediatamente!*"

El presidente Trump no fue el único político estadounidense que llegó a encabezar las noticias en Turquía ese día. El vicepresidente Pence se dirigió directamente a Erdoğan en un discurso diciéndole: "*Para el presidente Erdoğan y para el gobierno turco tengo un mensaje en nombre del presidente de los Estados Unidos de América. Liberen al Pastor Andrew Brunson ahora, o prepárense para enfrentarse a las consecuencias. Si Turquía no toma acciones inmediatas para poner en libertad a este hombre inocente de fe y enviarlo a su casa en los Estados Unidos, los Estados Unidos impondrán sanciones significativas a Turquía hasta que el Pastor Andrew Brunson sea liberado.*"

El mensaje no podía haber sido más claro: si Turquía no me liberaba, las sanciones iban a llegar.

La respuesta de los medios turcos fue igualmente clara: debería ser enviado a la prisión inmediatamente. Esto era bastante aterrador.

Aunque la situación era caótica, teníamos la sensación de que algo podría ocurrir pronto, incluso durante el fin de semana.

Muy tarde, ya de noche, un antiguo embajador estadounidense vino a visitarnos. Había contactado con nosotros por medio de unos amigos mutuos y a nosotros se nos hizo creer que él estaba de alguna manera involucrado en mediar un acuerdo entre los dos gobiernos.

Nosotros entramos en Google para informarnos y constatamos que era un ciudadano estadounidense y que había sido embajador años atrás. No obstante, aunque él quería que se resolviera mi situación, después de no mucho tiempo nos dimos cuenta de que no estaba representando los intereses de mi gobierno, sino los de Turquía.

Él quería hablar sobre las amenazas de las sanciones.

—Esta no es la forma de hacer las cosas —dijo—. Esto es una equivocación y usted debería ponerse en contacto con Trump para decirle que se retracte.

Norine y yo nos miramos el uno al otro.

—Bien —dije yo levantándome y acompañándole a la puerta—. Yo no le digo al presidente lo que debe hacer. Por supuesto que no deseo ningún mal al pueblo turco, pero yo no creo que esto se va a resolver sin alguna acción por parte de Estados Unidos. Erdoğan ha tenido muchas oportunidades para hacer las cosas bien, pero ha escogido no hacerlo.

EL SIGUIENTE DÍA LLEGÓ Y SE FUE. El fin de semana también pasó volando. Se nos dijo que estuviéramos preparados para partir, quizás en una semana o en diez días. Nosotros hicimos caso de la recomendación y comenzamos a empaquetar nuestra ropa, cautelosamente esperanzados de que pronto íbamos a dejar Turquía atrás.

Los diez días ya casi habían pasado y yo seguía atrapado en el departamento, todavía con el brazalete en el tobillo y mirando por la ventana para ver a los policías que seguían vigilándome. No obstante, todavía no había

señal de que Turquía estuviera cooperando. Y eso no era por falta de personas que estuvieran intentándolo. Los senadores Lankford, Shaheen y Tillis habían presentado un proyecto de ley para bloquear el envío de aviones de combate F-35, y noventa y ocho miembros del parlamento europeo – de veintiún naciones – habían firmado una carta en la que pedían a Turquía mi liberación. Pero, entonces, el presidente Trump también se puso en movimiento, respaldando su amenaza con acciones.

El Ministerio de Hacienda estadounidense implementó la Ley Global Magnitsky en virtud de la cual bloqueaban los activos del ministro de justicia y del ministro de interior turcos, dos hombres a los que acusaban de ser responsables de mi arresto y de mi detención. El efecto principal de esto era dar un mensaje de que Estados Unidos estaba determinado a tomar pasos. Los mercados tomaron buena nota de ello y, como consecuencia, la lira turca se desplomó inmediatamente.

—La relación está ahora oficialmente en crisis —decía un antiguo oficial del gobierno en el *New York Times*—. Y la única forma de salir de esta crisis es que Erdoğan haga lo que más odia hacer: retroceder.

Cuanto más se alargaba mi semi-libertad, más difícil se me hacía imaginar volver a la cárcel. En Buca había estado enfocado como un corredor de maratón que está agotado pero que continúa corriendo, rehusando tomarse un descanso por temor a, después, no poder comenzar de nuevo. Pero, ahora, estaba con Norine, podía hablar con nuestros hijos, ver amigos, tener acceso a las noticias – la lista de cosas buenas era muy larga. El día en que regresé a nuestro departamento, le había dicho a Norine:

—Está bien si tengo que volver a prisión, si eso es lo que tengo que hacer para que se cumplan los planes de Dios. Voy a estar bien. Simplemente, estaré agradecido por este día que puedo pasar contigo.

Sin embargo, estaba llegando a ser más difícil pensar de esta manera.

Aún con todo, no podía ignorar la posibilidad real de que me encerraran de nuevo en la cárcel. Diez días habían pasado y no había sucedido nada. Las relaciones entre los dos países estaban muy mal, y seguían empeorando.

—Norine —dije con sobriedad una mañana—, ¿qué pasa si no nos dejan ir?

24. LA CRISIS BRUNSON

ESTABA ENCERRADO. La policía había establecido un operativo de seguridad tan riguroso en la calle que un reportero de un periódico llegó a decir que "*incluso los pájaros no pueden volar sin permiso.*" Siempre que Norine volvía del supermercado, le revisaban el bolso y las cosas que había comprado. Cuando nuestros amigos venían a visitarnos, los detenían, los cacheaban y enviaban sus documentos de identidad y sus fotografías al despacho del fiscal antes de permitirles entrar.

Se nos recomendó reducir el número de visitantes y, sencillamente, esperar. Los medios de comunicación intentaban hablar con Norine cada vez que iba a la iglesia, y los fotógrafos, a menudo, estaban esperando a que saliera de la seguridad relativa de nuestra calle acordonada. Tratamos de pasar lo más desapercibidos posible, sin hablar a ninguna persona de los medios – en Turquía o en casa. Nos mantuvimos alejados de Facebook y no escribimos cartas a nadie hablando de nuestro caso.

La prensa turca se obsesionó con nuestra historia. En los periódicos aparecieron fotografías mías retocadas: yo en una carta de barajas, yo en un billete de un dólar, mi cabeza metida en el cuerpo de Rambo. Cada historia terminaba repitiendo las mismas viejas acusaciones contra mí como si fueran verdad. Era muy frustrante que, independientemente de las respuestas que Cem o yo diéramos en el juzgado, o la manera tan contundente en la que desacreditáramos a los testigos, los medios nunca incluyeran nada de eso.

Poco tiempo después los medios de comunicación se pusieron todavía más intensos. Y tuvieron una buena razón para hacerlo. Cuando fue evidente que el presidente Erdoğan no iba a ceder ante las sanciones de la Ley Magnitsky impuestas a dos de sus ministros más importantes, el presidente Trump duplicó los aranceles al acero y al aluminio turcos.

La lira turca se desplomó estrepitosamente. Según algunos informes, hasta $40,000 millones de dólares salieron de la bolsa de valores turca. Todos se vieron afectados. *The Economist* me llamó "el prisionero más caro del mundo". Los medios de comunicación turcos llamaron a esta crisis económica "*La Crisis Brunson*."

Yo seguía confinado en mi departamento. Aunque era maravilloso estar fuera de la cárcel, pronto los barrotes de nuestras ventanas – todas iguales en la mayoría de los hogares turcos – me hicieron sentir como un pájaro en una jaula.

Cada día que pasaba la hostilidad hacia mí aumentaba. Al principio, habían sido principalmente los partidarios de Erdoğan quienes tenían razones para estar enojados conmigo, ya que se me acusaba de estar vinculado a Fethullah Gulen. Después, todas las personas que detestaban al PKK se volvieron contra mí cuando los medios comenzaron a tomar esa línea. Pero, ahora, con la inflación por los cielos y los mercados tambaleándose, todo el mundo en el país tenía razones para odiarme. Entre veinte y treinta policías estaban vigilando nuestro edificio a todas horas. Casi siempre había un vehículo blindado de la policía o del ejército estacionado fuera. No estaban ahí para mantenernos a nosotros dentro, sino para mantener a otros fuera. Me dijeron que no me asomara por el balcón o por las ventanas por temor a francotiradores.

Habían hecho de mí un blanco.

La tormenta que se había desatado era enorme, y me estaban culpando a mí de ella. Incluso leí que la crisis se estaba propagando a otros mercados emergentes y que Argentina estaba a punto de incumplir el pago de su deuda por la cantidad de inversores que estaban saliendo de Turquía. Aun así, la economía de Turquía tenía ya problemas estructurales que habían estado ahí desde mucho tiempo atrás. Las sanciones que el presidente Trump estaba imponiendo fueron sencillamente la gota que derramó el vaso; los inversores se espantaron y comenzaron a retirarse de Turquía.

Sin embargo, Erdoğan aprovechó la oportunidad para echarle la culpa de los problemas económicos de Turquía a los Estados Unidos, y a mí.

Todo parecía indicar que la muerte de la economía turca estaba a la vuelta de la esquina, y el presidente Trump anunció que estaba preparado para más que solamente subir los aranceles. En una llamada con un amigo que trabajaba muy de cerca con la Casa Blanca, supimos que el plan de Trump se reducía a su forma más sencilla pero más poderosa: "*Él sabe que hay un precio que ellos están dispuestos a pagar; y un precio que no están dispuestos a pagar*."

PENSABA MUCHO EN EL Faraón durante esos días. Me preguntaba si algo similar estaba ocurriendo con Erdoğan. En la Biblia, Moisés hablaba con el Faraón para que dejara salir a su pueblo, pero el Faraón seguía endureciendo su corazón. ¿Estaba Erdoğan endureciendo su corazón? ¿Por qué otra causa estaría permitiendo que Turquía fuera afectada tan fuertemente? En varias ocasiones, a lo largo de los dos últimos años, el gobierno turco había hecho algunos movimientos para solucionar mi caso, pero después se echaba atrás. ¿Volverían a hacerlo otra vez? No obstante, en vez de tratar de reparar las relaciones con Estados Unidos, Erdoğan parecía estar aumentando la tensión.

Y el presidente Trump no estaba cambiando de parecer. El 17 de agosto, anunció en un tweet: "*Turquía ha estado aprovechándose de Estados Unidos durante muchos años. Ahora están reteniendo a nuestro maravilloso pastor cristiano a quien debo pedir que represente a nuestro país como gran rehén patriota. ¡Aunque no vamos a pagar nada por la liberación de un hombre inocente, sí estamos reduciendo gastos con Turquía!*"

No estábamos seguros de cuáles eran las implicaciones de que me pidiera ser un *"rehén patriota"*. Jay Sekulow, quien ahora también era uno de los abogados de Trump, nos llamó para explicarnos: "*Esperen. Tengan paciencia para que esto se haga de la manera correcta."*

La información de los medios se hicieron más y más negativos. Ya no se contentaban con publicar encuestas sobre la posibilidad de que volvieran a encerrarme en la cárcel, sino que estaban especulando abiertamente con

tramas para asesinarme. Algunos sugerían que yo me encontraba entre los blancos de la CIA (“De la misma forma derribaron sus propias torres el 11 de septiembre”), mientras que otros argumentaban que era más probable que me asesinara el Mossad israelí ya que eso tendría el beneficio añadido de dañar las relaciones entre los Estados Unidos y Turquía. Incluso, otros dijeron que había equipos de la CIA y del Mossad en departamentos cercanos a nuestra casa, y que su objetivo era el rescatarme, no asesinarme.

Para algunos, todas estas no eran más que teorías de conspiración inofensivas, pero yo sabía que los medios de comunicación turcos no gozaban de más independencia que el sistema judicial. Era posible que estuvieran preparando el terreno para alguna situación, por si acaso fuera necesario. Quizás, algún grupo descontento – una facción dentro del gobierno, u hombres de negocios de peso – fueran a pasar a la acción para deshacerse del problema y poner fin a la crisis. Podrían matarme. O hacerme desparecer. O sustraerme de Turquía y dejarme libre en algún lugar. Esto podría llevarse a cabo independientemente, o incluso con la aprobación secreta de Erdoğan. Yo no quise preocuparme por todo esto, pero sí consideraba las posibilidades. En Turquía, tierra de intrigas y conspiraciones, cualquier cosa podía suceder.

Una o dos veces por semana, saltaba de la cama en medio de la noche por los golpes en la puerta o por el sonido insistente del timbre. La policía hacía comprobaciones sorpresa para asegurarse de que yo seguía en el departamento. Ya fuera de noche o de día, nunca sabía lo que iba a suceder. Podrían llevarme a la cárcel en cualquier momento o hacerme desaparecer. Cuando contestaba a la puerta, lo hacía con el celular en mano, habiendo preparado un mensaje de antemano en caso de que fuera necesario.

Poco después de que me trasladaran de prisión a casa para cumplir el arresto domiciliario, había intentado dejar mi medicación suprimiendo las pastillas para el insomnio y para la depresión y rebajando la dosis de Xanax. Sin embargo, conforme la tensión fue en aumento y las posibilidades de que volviera a la prisión aumentaron, también mi ansiedad fue en aumento. Aunque no quería estar medicado, no era difícil ver que necesitaba volver a mi dosis original de Xanax.

Asimismo, también necesitaba escuchar a mi esposa. Varias veces por la tarde, Norine venía a casa y me encontraba yendo de un lado para el otro, ansioso y alterado.

—¿Qué has estado leyendo?

Entonces, le enseñaba un video de manifestantes destruyendo productos de Apple en la calle o quemando dólares mientras gritaban "Allahu Akbar", o sacaba un artículo en el que Erdoğan hablaba de guerra económica y decía: "*¿Cómo te atreves a sacrificar a 81 millones de turcos por un sacerdote vinculado a grupos terroristas?*"

Yo pensaba que la verdad era precisamente todo lo contrario: que Erdoğan estaba dispuesto a llevar hasta el límite su relación con los Estados Unidos precisamente para mantenerme en prisión. Y mi temor era que, en algún momento, el presidente Trump podría llegar a la conclusión de que el precio era demasiado alto – aunque yo fuera un hombre inocente. El milagro residía en el hecho de que Trump no se estaba echando atrás. Norine me decía que no leyera ni viera nada referido a mí, y yo sabía que tenía razón.

NO ERAN SOLAMENTE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN los que alimentaban mis temores. Norine se encontraba en la iglesia una tarde en el mes de septiembre. Yo estaba haciendo ejercicio en una caminadora eléctrica, lleno de sudor y sin aliento, cuando la policía llamó.

—Hay aquí un sacerdote que quiere verlo, el Padre James.

Pensé que reconocía ese nombre por ser alguien de la iglesia anglicana, así que lo dejé entrar.

Cuando abrí la puerta, me di cuenta de que estaba equivocado. El padre James no era quien yo creía que era, ni tampoco estaba solo. Él me presentó a dos hombres con los que estaba, un hombre de negocios estadounidense y un abogado turco. Y decidí escucharlos.

—Muchas empresas turcas tienen deuda extranjera —dijo el hombre de negocios—. Algunos se están viendo forzados a cerrar pronto, y hay muchos dirigentes de empresas en Turquía y en Estados Unidos que quieren que esto se resuelva ya.

Yo fui precavido. ¿Era ese el tipo de situación por la que habíamos estado preocupados, donde un grupo podría intentar sacarme sin el conocimiento de Erdoğan, haciendo así que las cosas se pusieran peor para mí? Yo les contesté que, cualquiera que fuera lo que tenían que decirme, quería que Norine lo escuchara también, así que la llamé rápidamente.

—Tienes que venir a casa ahora mismo. No estoy en peligro, pero hay aquí algunas personas.

En pocos minutos, ya estaba ahí, lista para oír al hombre de negocios continuar con su historia.

—Acabamos de venir de Estados Unidos en un avión privado y vamos a reunirnos con el presidente Erdoğan mañana. Somos del sector privado y representamos las relaciones entre hombres de negocios de los Estados Unidos y de Turquía. Todos queremos que esto se resuelva y esperamos que sea mañana, y cuando se resuelva queremos llevarlo a su casa. Así que, prepárese. Pueden traer una maleta o dos con ustedes.

Ninguno de nosotros sabíamos qué decir. Nos enseñó unas fotografías en su teléfono de él con varias personas relevantes del gobierno estadounidense y, después de decir unas cuantas palabras más, se fueron.

Norine fue a observar desde la ventana.

—¿Qué piensas? —dije yo—.
— Si estaba tratando de que esto fuera algo secreto, no lo han conseguido. Mira.

Los tres hombres habían atravesado el cordón policial en la calle y se habían acercado a la emboscada de la prensa. El padre James, vestido con su

larga túnica franciscana, estaba atrayendo casi toda la atención, pero él caminó entre los periodistas con la sonrisa más bonita y encantadora, sin decir ni una palabra. Cuando lograron atravesar la multitud y se montaron en su camioneta con matrícula del gobierno, Norine dio voz a la pregunta que yo mismo me estaba haciendo:

—Entonces, ¿hacemos las maletas?
—Me imagino que sí.

PARA CUANDO YA QUEDABAN POCOS DÍAS para la cuarta sesión de mi juicio, nada había cambiado. Los hombres de negocio no habían conseguido persuadir a Erdoğan , por lo que no nos habíamos ido en ese avión privado. Aunque le había prometido a Norine que iba a mantenerme lejos de los sitios web de noticias, la proximidad de la fecha del juicio hizo que me fuera imposible resistirme a la tentación. Aunque la economía de Turquía estaba por los suelos, Erdoğan seguía negándose a retractarse. En un discurso dirigido al parlamento turco, me había acusado de tener "*oscuros lazos con grupos terroristas*", y otros oficiales del gobierno estaban abogando abiertamente por mi regreso a prisión.

Las especulaciones en los medios de comunicación eran diversas. Algunos estaban convencidos de que estaba a punto de ser puesto en libertad, mientras que otros defendían con firmeza la posición de que pronto estaría de nuevo entre rejas cumpliendo mi pena de treinta y cinco años.

Fueron muchas las noches sin dormir en las que, tumbado en la cama, oraba:

—Quiero desesperadamente volver con mis hijos. Pero, si todavía no has terminado con lo que quieres llevar a cabo estando yo en prisión domiciliaria, o volviendo a la cárcel, entonces dame la fuerza, la valentía y la perseverancia para ser fiel hasta el final. Tengo miedo. ¡Dios, permite que me vaya! No obstante, si no es así, ayúdame a ser fiel.

Yo no sabía lo que iba a suceder. Nadie lo sabía. Quizá el mismo presidente Erdoğan no sabía todavía lo que iba a hacer. Sin embargo, decidí qué iba a

decir si me enviaban de vuelta a la cárcel: "Pueden vencerme – eso no es tan difícil de hacer. Pero no pueden vencer al Jesús que vive en mí."

EL DÍA ANTES DEL JUICIO, nos visitó el embajador interino en Turquía en compañía de Tony Perkins, presidente del Consejo de Investigación de la Familia [*Family Research Council*], aunque estaba actuando en su función de comisionado de la USCIRF. Tony se había reunido con el presidente Trump el día anterior y nos traía una carta:

"*Estimado Pastor Andrew:*

Estamos orando por usted, y estamos trabajando para hacerle volver a casa. Mantenga la fe. ¡Vamos a ganar!
Dios le bendiga.

Sinceramente
Donald Trump"

Fue un gesto conmovedor, y los dos lo apreciamos enormemente. Sin embargo. Esa noche, hice dos maletas.

Una para volver a Estados Unidos.

Otra para volver a la cárcel.

25. TREINTA Y NUEVE HORAS

EL DÍA DEL JUICIO MI ALARMA SONÓ A LAS 4:30 DE LA MAÑANA, aunque yo ya estaba despierto. Toda la noche había estado pensando, orando e intentando imaginar lo que el día iba a traer. ¿Acabaría en la cárcel? ¿Era esta mi última noche de libertad? O, ¿sería mi última noche en Turquía? Eran tantas las posibilidades que habían inundado mi mente, pero no sabía qué esperar.

Otros parecían estar más seguros, aunque sus opiniones estaban divididas. Había mucho debate en cuanto a la mejor manera de sacarme del país en el caso de que me pusieran en libertad. Podría permanecer bajo custodia policial y ser deportado, o incluso podría ser acompañado hasta Estados Unidos por la policía turca. También cabía la posibilidad de que me entregaran a la embajada, pero no habría opciones rápidas ya que no habría ningún vuelo disponible hasta el día siguiente.

Cem, por su parte, había estado tratando de convencerme de que no era posible que el caso quedara cerrado al final del día.

—Ni te van a declarar culpable rápidamente, ni te van a enviar de nuevo a la prisión inmediatamente tampoco. La secuencia de los acontecimientos no funciona así. Ellos presentan sus pruebas, y tú presentas las tuyas. Todavía nos queda un largo camino.

Aun así, cuando la policía vino a recogerme a las 5:15 de la mañana, la maleta que llevé conmigo era la maleta que había hecho para la cárcel.

Uno de los policías se detuvo para mirarla.

—¿Qué hay ahí? —me preguntó.
—Mi Biblia y algo de ropa. Cosas que voy a necesitar en la prisión.

—No puede llevárselo. Solamente sus papeles para el juzgado —me dijo negando con la cabeza.

Yo no estaba contento con eso, pero, antes de que pudiera decir algo, Norine me tranquilizó diciéndome:

—Está bien, cariño. Yo te la llevo si la llegas a necesitar.

LA SESIÓN DE LA MAÑANA COMENZÓ con el regreso de uno de los testigos principales del fiscal en nuestra contra. Levent había sido un miembro de nuestra iglesia y, en la tercera sesión del juicio, me había acusado de esconder a fugitivos del FETO en nuestra casa de oración después del golpe de Estado, así como de trabajar con un kurdo que fabricaba bombas –información que él afirmaba le habían comunicado dos personas distintas. Cem había protestado y ahora el fiscal había traído a ambos testigos que él aseguraba que respaldaban las declaraciones de Levent.

Yo los reconocí a los dos. El primer testigo vivía al lado de la casa de oración y, cuando llegó el momento en que el fiscal le pidió que confirmara que él había sido el que le había hablado a Levent sobre mi apoyo a los miembros del FETO, el hombre negó con la cabeza y dijo:

—No, yo nunca le dije eso. Él fue quien me dijo.

Yo estaba sorprendido. Pero todavía había más.

Cuando el fiscal le preguntó al segundo testigo si él era la fuente de la información que apuntaba a que yo era amigo de un fabricante de bombas kurdo, él lo negó completamente:

—Levent es el que me lo dijo. Yo no sé nada de eso. Yo solo soy un cocinero, y solo me preocupo de mis propios asuntos.

Yo estaba contento de que Levent fuera puesto en evidencia como mentiroso. Pero había todavía más.

Las pantallas enormes se encendieron y apareció otro testigo. Después de prestar juramento, se le hizo una pregunta y él respondió exponiendo la verdad:

—No, usted está equivocado. Esto es lo que realmente sucedió…

De esa forma, echó completamente por tierra el testimonio de uno de los principales testigos secretos.

Traté de ver la reacción de los tres jueces, pero todos seguían mirando con la misma falta de expresividad habitual. Sin embargo, el fiscal parecía desconcertado. Le dijo al tribunal que iba a renunciar a sus dos testigos finales – uno que me había acusado de llevar barcos cargados de dinero a Israel para que se canalizara hacia el PKK. El juez anunció que íbamos a tomar un descanso para almorzar.

Yo me senté solo, demasiado nervioso como para comer.

CUANDO LA AUDIENCIA SE RETOMÓ, las cosas se pusieron feas para mí desde el principio. El fiscal pidió permiso para hablar, y se acercó decididamente al micrófono:

—Pido que Andrew Brunson sea transferido a la cárcel ahora mismo por el resto de este juicio.

Yo miré a Cem quien estaba igual de sorprendido que yo. Yo sabía que el que me volvieran a ingresar en prisión era una opción, sin embargo, eso era muy repentino, y yo esperaba que trataran de encontrar alguna forma aceptable de cara al público para que yo me fuera. Pero ahora las cosas iban en una dirección muy mala. A pesar de todas las amenazas, de todo el daño a la economía de Turquía, de todo el caos que este caso estaba produciendo, ¿podía ser verdad que todavía quisieran aferrarse a mí?

Después de consultar con los otros dos jueces, el juez principal denegó al fiscal su petición.

—Bien, en ese caso —dijo el fiscal—, estoy listo para hacer una recomendación al tribunal y solicitar una sentencia.

Volví a mirar a Cem. Él ya no estaba sorprendido, sino resignado por el hecho de que el tribunal iba a hacer lo que quisiera hacer. Yo me sentí enfermo de miedo. Sentía que la bilis casi me llegaba a la garganta. El fiscal estaba desistiendo a proseguir con el caso obligando así al juez a dictar una sentencia. Me daba la impresión de que la boca del infierno se estaba abriendo otra vez.

El fiscal había sacado un grueso documento y estaba leyendo en voz alta al tribunal. Seguramente, lo había preparado antes de esa sesión del juicio. Estaba hablando tan rápido que me era muy difícil seguir su lectura. El secretario me dio una copia y le entregó otra a Cem, y ambos comenzamos a leer, tratando de entender adónde quería llegar el fiscal. Finalmente, dejé de prestar atención a ese rollo incomprensible y salté a la última página.

Su escrito enumeraba todas las razones por las que me consideraba culpable. Había resúmenes de todos los testigos que habían comparecido en las sesiones anteriores, incluidos los que Cem había desacreditado, incluso los que habían sido desestimados esa misma mañana. Parecía que todas nuestras objeciones, nuestras respuestas y nuestras explicaciones habían sido completamente ignoradas. Peor que eso, estaba exigiendo que se me condenara. Toda la esperanza que había experimentado con anterioridad se desvaneció.

El Faraón había vuelto a endurecer su corazón.

Eché un vistazo a Cem. Él tampoco estaba escuchando al fiscal. Había sacado un libro de referencia y estaba mirando los códigos de penas específicas enumeradas en la última página, así como las pautas de imposición de condenas y los años de prisión correspondientes.

El fiscal necesitó casi treinta minutos para leer su escrito y, cuando terminó de leer, el juzgado guardó silencio. Yo quería gritar que las cosas no se

estaban haciendo como era de esperar, pero, sencillamente, me quedé ahí sentado, atónito.

El juez dio comienzo a su resumen, anunciando que el tribunal no iba a escuchar a ninguno de mis testigos ni tampoco iba a aceptar ninguna parte del material que queríamos presentar como pruebas exculpatorias.

Mi corazón estaba adormecido. Solamente un pensamiento resonaba en mi mente: *Me van a condenar*. Estaba seguro que iba a volver a la cárcel. La única pregunta era durante cuánto tiempo.

—¿Desea presentar su defensa final?

Yo miré al juez. ¿Presentar una defensa? ¿Cómo podía presentar una defensa? Nosotros teníamos a nuestros propios testigos que estaban deseosos de testificar. Además de los audios y videos, había declaraciones juradas, mensajes de texto y mensajes electrónicos que ayudarían a exponer las mentiras que el fiscal había dicho sobre mí. No obstante, el juez no estaba permitiendo nada de eso. Al haberme puesto bajo arresto domiciliario, había tenido la posibilidad de preparar con más eficacia mi defensa, y había preparado respuestas para todos los testigos falsos de las sesiones anteriores. Nada de eso importaba ahora. Estaba claro que el juez no estaba interesado. No había nada que hacer.

El juez estaba perdiendo la paciencia conmigo:

—Le he preguntado que si desea presentar su defensa final.

Yo miré primero a Cem, y después a Norine.

—Señoría, querría tener algo de tiempo para hablar con mi abogado y también con mi esposa.

—Muy bien —respondió—, tienen diez minutos.

—NORINE —dije con la voz entrecortada—, quieren enviarme de nuevo a la cárcel. Me van a condenar. Lo sé.

—Espera —dijo Cem ojeando su manual del juzgado—. Mira, han rebajado los cargos y ahora estos conllevan una pena máxima de quince años.

—¿Quince años? Tendré sesenta y cinco años. ¡No puedo hacer eso! Cem, ¿me entiende?

—Sí, le entiendo. Sin embargo, no podemos presentar una defensa aquí. Ni tampoco creo que ellos quieran que presentemos defensa. Creo que algo está sucediendo, que ya se ha tomado una decisión. Déjeme ir a hablar con el juez.

Cem nos dejó a Norine y a mí de pie a ambos lados de la barrera baja que me separaba del resto del juzgado. Recordaba lo que Sam Brownback le había dicho a Norine – que el caso contra mí no duraría ni cinco minutos en un juzgado en Estados Unidos.

No podía leer el gesto de Cem cuando regresaba, pero su voz parecía calmada.

—El juez dice que el fiscal está proponiendo una sentencia inferior y que están dispuestos a reducirla por buen comportamiento y por su actitud respetuosa en el juzgado. No sé lo que le van a dar, pero está claro que ya han tomado una decisión. No tiene sentido prolongar esto más ya que no van a aceptar nada de lo que digamos. No quieren que presentes una defensa, así que yo digo que no la presentemos. Tan solo di unas cuantas frases. Yo diré un par de cosas y, simplemente, veremos lo que hacen.

Yo abrí la boca, pero no salían las palabras. Tan solo podía mover la cabeza. Norine me dio un abrazo. Volví a mi asiento y comencé a escribir mientras los jueces regresaban al estrado. Tenía muy poco tiempo, pero, si iba a decir algo antes de que me sentenciaran, ¿qué debía decir?

Demasiado pronto, el juez comenzó a hablar:

—Estamos preparados para proceder —anunció—. ¿Cuál es su defensa?

Sentía la debilidad en mis piernas cuando me levanté para hablar desde el micrófono, frente al estrado. Me daba la sensación de que los jueces ahora

estaban todavía a más altura sobre mí. Tenía la boca seca. No podía escuchar ningún ruido del numeroso público que estaba sentado detrás de mí.

—Soy un hombre inocente —dije, contento de que mi voz estuviera sonando más calmada de lo que me había temido—. Amo a Jesús. Amo a Turquía.

El juez no reaccionó, sino que miró a Cem. Después de escuchar unos cuantos comentarios de su parte, los tres jueces se levantaron y salieron del estrado para decidir mi suerte.

Yo me quedé sentado y volví a tomar mi bolígrafo. Quería escribir lo que estaba pensando, capturar ese momento y estar listo para decir algo cuando llegara el veredicto final. Me sentía tan desesperado, tan solo, tan destrozado. Después de preguntarme si estaba a punto de ser puesto en libertad, después de que mi gobierno hubiera tomado pasos sin precedentes para asegurar mi liberación, estaba a punto de ser condenado y enviado a prisión. ¿Para toda la vida? Quizás eso también podía ser verdad. Dentro de quince años, mis hijos se habrían hecho mayores, y tendría nietos a los que nunca habría podido abrazar. Y mi esposa… ¡Qué difícil sería esto para ella! Y yo, ¿cómo iba a poder sobrevivir durante tanto tiempo en una soledad tan terrible?

"Soy inocente" —escribí. "*Soy un misionero. Soy un prisionero por causa de Jesús. Por favor, no me olviden. No se olviden de mi esposa ni de mis hijos. Pido a los cristianos que oren por mí. Esto es un peso que yo no sé cómo llevar. Que Jesús me dé la valentía para perseverar hasta el final. Amo Turquía. Amo a Jesús."*

Puse el bolígrafo en la mesa. Ya no había más que escribir.

Me giré para mirar a Norine. Me habían permitido ir a hablar con ella antes, así que le pedí con un gesto que se acercara. Nos pusimos el uno junto al otro apoyando nuestras frentes, con la barrera mediando entre nosotros. Norine oró:

—Señor, cuánto te necesitamos aquí. Te necesitamos aquí, ahora. Invocamos tu nombre.

Cuando terminó de orar, yo susurré mi temor:

—Norine, me van a enviar a la cárcel. Me van a enviar a la cárcel.
—Espera, Cem dice que está pasando algo aquí.
—No. Me van a enviar a la cárcel, Norine. Eso es lo que está pasando.

Oí el movimiento en la zona del estrado y supe que los jueces habían regresado. No quería separarme de mi esposa. No sabía cuándo iba a poder abrazarla de esa forma otra vez.

ME PUSE DE PIE cuando el juez me dijo que me levantara y le escuchara dictar su veredicto.

—Este tribunal le declara culpable de apoyar voluntariamente y conscientemente a un grupo terrorista, sin ser miembro del mismo. Se le condena a cinco años.

Sus palabras se difuminaron. Mi cabeza me daba vueltas. Aunque él seguía hablando sobre la naturaleza política del delito y la manera en la que eso afectaba mi sentencia, todo lo que yo podía oír era "culpable" y "cinco años".

Miré el papel sobre el que había estado escribiendo. Eso seguía siendo verdad: yo seguía siendo inocente, aunque ellos me habían declarado culpable. Y todavía seguía amando a Jesús.

El juez seguía hablando.

Me preguntaba qué iba a suceder después. *¿Me enviarían de nuevo a Buca? ¿Podría volver a estar en mi antigua celda con Nejat?*

El silencio reinaba en el juzgado.

Alcé la mirada hacia arriba para ver cómo me miraba el juez.

—Bien —me dijo como diciéndome adiós con la mano—, eso es todo.

Yo no comprendía. ¿Se suponía que tenía que acercarme a donde estaba la policía militar para que me llevaran a la cárcel? Miré a Cem. Y vi que caminaba hacia mí con una sonrisa en los labios:

—Eres libre —dijo.
—¿Qué?
—La han reducido a tres años, un mes, quince días, y han restado el tiempo que ya has pasado en prisión. El fiscal retiró su petición de que volvieras a la cárcel, así que te pondrán en libertad quedando pendiente de apelación.
—Entonces, ¿quiere eso decir que quedo bajo arresto domiciliario?
—No. Han retirado la prohibición de que viajes. Eres libre. Puedes ir a casa. A Estados Unidos.

Mientras Cem se fue a explicar todo esto a Norine, yo me dirigí a los jueces y les di las gracias. También le di las gracias al fiscal. Entones, Norine, corrió hacia mí y los dos nos arrodillamos en el suelo:

—Gracias, Dios —oramos—. Gracias. Gracias. Gracias, Dios.

ME LLEVARON a mi casa en un automóvil policial que seguía un vehículo militar blindado. Eso era como la división del Mar Rojo. Trataba de no pensar en el Faraón persiguiendo a los israelitas una vez que había acordado dejarlos ir.

Mientras Norine y los demás lidiaban con el tráfico habitual de la hora punta de un viernes, yo esperaba en el departamento con el puñado de policías que me habían acompañado. Me quitaron el brazalete del tobillo, quitaron el transmisor y me dieron unos documentos para que los firmara. En ese momento, recibí una llamada del cónsul estadounidense diciéndome que un avión estaba viniendo desde Alemania. Me sentí aliviado al oír eso, y agradecido con el presidente Trump. Al parecer, Tony Perkins se había puesto en contacto con la Casa Blanca el día antes y les había comunicado que, en el

caso de que me pusieran en libertad, iba a ser esencial darse prisa para sacarme del país.

Uno de los policías se acercó a mí:

—Hay otra llamada para usted. El fiscal jefe.

El corazón me dio un vuelco. Me acordaba del lobo. El hombre que me miró en el despacho de Karakaya con odio en sus ojos.

—¿Okan Batu?

El policía negó con la cabeza. Okan Batu ya no era el fiscal jefe, y Ankara había elegido a su sustituto. Me pasó el teléfono. Yo sabía que cualquier fiscal tenía la potestad de recurrir cualquier decisión que el juzgado hubiera tomado. Si ellos querían que volviera a prisión, podían enviarme al instante. Por eso, la prioridad número uno de la embajada era sacarme del país tan pronto como fuera posible y antes de que cualquier cosa – un *tweet*, una declaración de algún representante gubernamental, un comentario desafortunado de mí – pudiera dar al gobierno turco alguna razón para encarcelarme. Hasta que no saliera del espacio aéreo turco, no iba a estar seguro.

El fiscal fue al grano:

—¿Tiene usted planes de salir?

—Sí, ahora mismo la embajada está tramitando mi salida. En estos momentos, hay un avión procedente de Alemania que viene a recogernos.

—¿En cuánto tiempo llegará?

—No lo sé. Está de camino y debería llegar muy pronto. Están planeando que podamos salir esta misma noche.

Miré a mi alrededor y pude ver que un representante de la embajada acababa de llegar. Así que le entregué el teléfono. No quería seguir hablando con el fiscal ni un segundo más de lo estrictamente necesario.

PASÉ UN PAR DE HORAS con nuestros amigos más íntimos que habían venido para despedirse mientras Norine empacaba algunas de sus pertenencias. Era raro salir de esa manera, que tuviéramos que irnos con tanta prisa después de haber esperado más de dos años. Sin embargo, estábamos deseando salir del país. Teníamos que alejarnos de las muchedumbres y de los medios de comunicación, y también alejarnos del riesgo real de que algo pudiera salir mal.

El embajador interino nos llevó en su camioneta blindada al aeropuerto. Yo era consciente del caos a nuestro alrededor, pero me daba la sensación de que eso le estaba ocurriendo a otra persona. El revuelo y el atravesar la masa de periodistas que nos esperaba mientras tratábamos de acceder a la terminal privada del aeropuerto, la calma cuando revisaron nuestros pasaportes, ya dentro, incluso el momento en el que subimos las escaleras y bajamos las cortinas del avión de la Fuerza Aérea… todo eso le estaba pasando a otra persona, y no a mí.

Eché un vistazo al mapa mientras despegábamos, deseando que el piloto virara en dirección oeste, sobrevolando el espacio aéreo griego. Sin embargo, íbamos en dirección noroeste, bordeando la costa de Turquía. Cuando el capitán, finalmente, anunció que habíamos abandonado el espacio aéreo turco, lo único que podía pensar era que, por fin, la pesadilla había terminado.

Era la 1:30 de la madrugada cuando llegamos a la base estadounidense en Ramstein. No podíamos creer que el embajador estadounidense en Alemania estaba esperándonos en el exterior, donde hacía frío, para saludarnos portando una bandera de Estados Unidos doblada.

—Bienvenidos a casa —nos dijo mientras nos entregaba la bandera.

Yo enterré mi cabeza en ella y dije con todo mi corazón:

—Amo mi país.

CUANDO ATERRIZAMOS en la base aérea Andrews ese mismo día, pude ver a nuestros hijos esperándonos en fila en la pista. Habíamos pedido que no

hubiera periodistas para que pudiéramos enfocarnos en ellos con libertad, abrazarlos y llorar.

Y, después, justo un día después de haber salido del juzgado, nos llevaron en automóvil a la Casa Blanca. Nuestros hijos tuvieron que esperar en una sala mientras que Norine y yo fuimos conducidos hasta la Sala de Mapas.

EN UNOS MINUTOS, el presidente Trump entró. Era más alto de lo que yo imaginaba, con una figura imponente, pero con una sonrisa grande y genuina.

—¡Qué bueno tenerles aquí! —dijo dándome la mano—. ¿Quieren un Tic Tac?

Eso sí que no me lo esperaba. Iba a decir que no, pero, ¿cuántas veces el presidente le ofrece a uno un Tic Tac?

—Sí, claro —le contesté estirando la mano y viendo como me caían tres en la palma de mi mano. Me eché dos a la boca y puse el tercero en el bolsillo. Le dimos las gracias y hablamos durante unos minutos. Después, salimos fuera, caminamos por la columnata y llegamos al Despacho Oval.

La silla fue lo que me llamó la atención. Tan pronto como entré a la habitación, la reconocí: la silla en la que el presidente Erdoğan se había sentado cuando había visitado los Estados Unidos para asistir a la cumbre. La silla en la que se había sentado cuando había estado viéndole desde mi celda en la cárcel. La silla en la que se había sentado y en la que había permitido que su corazón se endureciera cuando el presidente le pedía que procediera a mi liberación. Erdoğan me mantuvo en la cárcel diecisiete meses más desde que se sentó ahí.

Era la misma silla en la que el presidente Trump me invitó a sentarme.

Justo el día antes, el juez me había declarado culpable de terrorismo. Y, ahora, estaba sentado en el Despacho Oval junto al presidente de los Estados Unidos. A un lado, estaba sentada mi familia ya reunificada. Al otro lado, estaban el secretario Pompeo, el senador Tillis, el senador Lankford y otras personas que habían trabajado diligentemente para conseguir mi liberación. Sin embargo, detrás de ellos, invisibles, estaban cientos de miles de personas

de todo el mundo que habían estado llevándome sobre sus hombros en una enorme ola de oración.

Después de varios minutos, tomé la palabra. Había algo que Norine y yo queríamos hacer, y estábamos preparados.

—Señor Presidente, nos gustaría orar por usted. Oramos a menudo por usted, como familia. Mi esposa y yo oramos por usted.

—Bueno, probablemente lo necesito más que cualquier otra persona en esta habitación, así que eso estaría muy bien. Gracias.

—¿Podemos orar por usted ahora mismo?

—Sí, muchas gracias.

Cuando me arrodillé junto a él, él inclinó su cabeza. La habitación estaba en silencio.

—Señor Dios: te pido que derrames de tu Espíritu Santo sobre el presidente Trump, que le des sabiduría sobrenatural para llevar a cabo todos los planes que tienes para este país…

EPÍLOGO

EN MENOS DE DOS MESES DESPUÉS DE MI LIBERACIÓN, el Grupo de Trabajo de las Naciones Unidas sobre las Detenciones Arbitrarias llegó a la conclusión de que las autoridades turcas me habían escogido y me habían arrestado por razón de mi nacionalidad y de mi fe. Confirmaron que fui víctima de persecución religiosa y declararon que la reparación adecuada sería eliminar mis antecedentes penales y concederme un derecho exigible de compensación y otras reparaciones. Instaron al gobierno turco a llevar a cabo una investigación y a tomar las medidas pertinentes en contra de las personas que habían atentado contra mis derechos. Finalmente, instaron al gobierno turco a *"…difundir la presente opinión por todos los medios disponibles y lo más extensamente posible."*

Hasta la fecha, el gobierno turco no ha hecho nada de estas cosas.

El ministro de Asuntos Exteriores sigue refiriéndose a mí en público como un espía y me llama Agente Brunson. Cuando un hombre armado asesinó a cincuenta personas en una mezquita en Nueva Zelanda en mayo de 2019, los medios de comunicación turcos sugirieron que yo era quien había dado las órdenes al asesino.

Esta es la nueva normalidad en Turquía. Los medios de comunicación turcos – respaldados por el gobierno turco – me utilizaron para pintar una imagen pública de los cristianos como traidores, terroristas y enemigos de Turquía, cuando nada podía estar más lejos de la verdad. Esta campaña propagandista deliberada ha dado lugar a un surgimiento de la incitación al odio contra los cristianos. Estamos muy orgullosos de la pequeña, pero valiente iglesia turca que continúa levantándose por Jesús en un medio abiertamente hostil.

ESTANDO EN LA PRISIÓN, a menudo, me preguntaba con angustia por qué estaba luchando tanto, especialmente en comparación con algunos de mis

héroes espirituales – o, al menos, lo que sus biografías dicen de ellos. Y decidí que, si tuviera en algún momento la oportunidad, iba a ser abierto y sincero sobre mis luchas, que mi testimonio iba a estar centrado en mi debilidad: en mi debilidad, pero en la fuerza de Dios. Quizás, Dios escogió a un hombre débil para servir de ánimo a otros que se sienten débiles.

Aunque yo entiendo la persecución, no estaba preparado para lo que me ocurrió. En parte, eso se debe a que conté el costo para algunas cosas, pero no para la prisión – no conozco a ningún otro misionero que haya estado encarcelado en Turquía. Pero lo que realmente me quebrantó fueron las expectativas no cumplidas. Yo esperaba que Dios interviniera y que me llevara por encima de mis circunstancias hasta el gozo; que, incluso en medio del dolor, pudiera sentir la fuerza y una infusión de gracia; y, lo más importante: que gozara de una sensación de su presencia. En vez de eso, me sentí abandonado por Dios. La verdad es que ni la fidelidad, ni la lealtad, ni el amor de Dios jamás se ponen a prueba en nuestras dificultades. Más bien, fue mi fidelidad, mi lealtad y mi amor por Él las que fueron puestas a prueba.

En mi caso, el hecho de no sentir su presencia fue parte de la prueba.

Tuve que aprender la lección de Isaías 50:10: "*El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre del Señor, y apóyese en su Dios.*"

Dios estaba enseñándome a permanecer en pie en medio de la oscuridad, a perseverar independientemente de mis sentimientos, percepciones y circunstancias.

Para mí está claro, especialmente al recordar mi debilidad y mi quebrantamiento, que la gracia de Dios me sostuvo. Por lo general, fue una gracia no percibida, pero estaba ahí. Yo también tenía que poner de mi parte. Tenía que cooperar con Dios. En cada momento, cada vez que me encontraba roto, tenía que tomar una decisión, y escogí volver mi rostro hacia Dios. Tenía dudas y preguntas, me quejaba y peleaba contra Dios, sin embargo, eventualmente, volvía a abrazarlo. Nunca dejé de hablar con Él.

No importa lo que hagas o lo que dejes de hacer, te seguiré.

Quiero mantener mi rostro dirigido hacia ti, Jesús, como el girasol sigue el sol a lo largo del día.

No necesito una respuesta a mis preguntas para tener una relación contigo, Dios.

Al mirar atrás a mi tiempo en la cárcel – y todavía sigo procesándolo –, puedo ver un patrón. Era golpeado por una prueba, me quebrantaba y me venía abajo para, después, lentamente, ir avanzando a un punto de rendición a Dios, tan solo para recibir un golpe todavía más fuerte que me hacía caer todavía más bajo. Sin embargo, cada vez, comenzaba a levantarme de nuevo y, finalmente, lograba rendirme – era una rendición más profunda porque, ahora, ya era más consciente del precio.

Aunque hubo muchos altibajos, siempre hubo una trayectoria gradual ascendente. Y eso era una elección.

Estoy contento de haber escapado del valle de los lobos. Aun así, hay algo que extraño de esa horrible prueba. Un querido amigo mío me habló de una conversación que había tenido con Richard Wurmbrand. A pesar de las míseras condiciones y de las torturas que tuvo que padecer, hubo momentos en los que deseó volver a su solitaria celda de aislamiento donde había probado una intimidad inusual con Dios. Le entiendo hasta cierto punto, pues las condiciones del encarcelamiento – el aislamiento, las amenazas, los temores – me llevaron a aferrarme a Dios como nunca antes. También trajeron una extraña claridad en cuanto a lo que de verdad importa.

En cada uno de mis días en la prisión me consumía el deseo de buscar a Dios, de acercarme más a Él. Ahora gozo de libertad, y estoy agradecido por mi libertad. Sin embargo, extraño estar tan completamente dependiente de Dios y deseo volver a capturar la búsqueda desesperada que tuve entonces.

LA MAYOR PARTE DE ESTE LIBRO ha sido la historia de un hombre en una celda. Sin embargo, había algo mucho más grande que estaba desarrollándose: la historia de Dios.

Desde el principio – antes del principio – Dios estaba preparándolo todo, como el mejor y el Gran Maestro de los jugadores de ajedrez. ¿Puede ser una coincidencia que Philip Kosnett, el embajador interino en Ankara durante la mayor parte de mi encarcelamiento, sea miembro de nuestra pequeña iglesia en Carolina del Norte? ¿O que el secretario de Estado, Mike Pompeo, sea un miembro de mi denominación? ¿Y que el vicepresidente Mike Pence estuviera asistiendo a una de sus iglesias en las que un pastor oraba cada domingo por mi liberación? ¿O que Jay Sekulow quien, como director del ACLJ, se había encargado de mi caso, después llegara a ser uno de los abogados del presidente Trump? Sí, yo me había convertido en un peón, pero el Gran Maestro estaba de mi lado.

Puede que haya sido un milagro que me dejaran en libertad, pero yo pienso que fue un milagro todavía mayor que se hiciera tanto por lograr mi libertad. Todavía estoy impresionado por los pasos sin precedentes que tomó mi gobierno. Fue la primera vez que impusieron sanciones comerciales o que aplicaron la Ley Magnitsky a un aliado de la OTAN.

Las políticas respecto a Siria también se vieron afectadas. Muchos congresistas – hombres y mujeres –, dos tercios del Senado, muchos parlamentarios europeos… todos abogaron por mi causa. También hubo otros países involucrados: Mauritania, Sudán, Hungría, Israel, Mónaco, Canadá y Reino Unido. Todos ellos pidieron la liberación de un pastor cristiano del que nadie había oído hablar anteriormente.

Todo esto fue necesario ya que se requirieron pasos sin precedentes para sacarme de Turquía. No había ninguna garantía de que me pusieran en libertad. Supimos que, incluso en la última noche, antes del último día del juicio, con la economía turca por los suelos y con la amenaza de más sanciones si mi caso no quedaba resuelto, el gobierno turco pidió que Estados Unidos pagara mil novecientos millones de dólares por mi liberación. Su propuesta fue rechazada por completo.

Creo que tanta gente intervino a mi favor porque por todo el mundo había cristianos orando por mí mientras continuaba como rehén. Algunos han afirmado que llegué a ser el hombre por el que más se oró en todo el mundo.

Yo no sé si eso es cierto y, obviamente, en la prisión no tenía la perspectiva amplia de lo que estaba ocurriendo.

Aunque Norine me lo decía, yo estaba demasiado sobrepasado por mis circunstancias. No obstante, así como los cánticos islámicos llenaron mi celda en Sakran, asimismo la iglesia de Jesucristo levantó una voz poderosa al cielo que iba a cambiar a todo, comenzando con mi corazón.

De día y de noche, el pueblo de Dios clamó con angustia en oración, incluso cuando yo no podía hacerlo. Sigo estando maravillado que tantas personas oraran durante tanto tiempo y con tanta intensidad. ¿Por qué? La mayoría de los prisioneros no reciben este tipo de atención. Muchos son desconocidos, excepto para el cielo.

Una de las razones principales es que, ahora, hay millones de personas que han orado por Turquía y que tienen ese país en su radar. Ese fue el plan de Dios todo el tiempo. Mi misión había consistido en ayudar a la iglesia a prepararse para una cosecha espiritual. La prisión no acortó mi cometido, sino que sirvió de la manera más efectiva. Dios usó mi encarcelamiento para organizar un movimiento de oración mundial.

Subido sobre una ola de oración, pude salir de Turquía. Sin embargo, un tsunami de oración por parte del pueblo de Dios ha golpeado Turquía, y esto va a traer gran bendición a sus habitantes.

Un creyente turco dijo:

—Todo el mundo está orando por nosotros con una sola voz. ¡Imagínense lo que podemos hacer con toda esa oración!

El hecho de que Dios tenga un plan maestro también aporta la mejor explicación de por qué las cosas fueron tan mal en las dos fechas en las que yo pensé que Dios iba a liberarme. Es solo en retrospectiva, ojeando mis diarios y comparando las notas con Norine que he empezado a entender lo que sucedió. Después de regresar a Estados Unidos, me impresionó leer en mi diario de Harmandali que, solo unos cuantos días antes de que me

transfirieran a la prisión de Sakran, este pensamiento rondó por mi cabeza: "*¿Estás dispuesto a quedarte si eso trae mayor gloria?"* Y yo dije que sí. Así que, el 12 de diciembre de 2016, en vez de ser puesto en libertad, el juzgado confirmó que debía seguir en la cárcel.

En cuanto al 22 de mayo de 2017, en realidad, los dos gobiernos llegaron a un acuerdo en esa fecha que yo había recibido en un sueño sesenta y ocho días antes. Sin embargo, al día siguiente, cuando se suponía que debía estar disponiéndose a irse, Norine se despertó con una canción en su mente: "Yo lo rindo todo". Y eso es lo que hizo. El día después de esto, Turquía rompió unilateralmente el acuerdo. Algo parecido sucedió en otras ocasiones.

Pensamos que es posible que Dios hubiera acortado el encarcelamiento, pero, como estábamos dispuestos a rendirnos (aunque no sabíamos a qué nos estábamos rindiendo), él lo alargó con el fin de levantar este movimiento de oración. Es como si Dios estuviera diciendo: "*Aunque puedo sacarte de aquí ahora mismo, si permaneces en mi voluntad, voy a hacer una obra todavía mayor.*" Ahora, me doy cuenta del gran privilegio que Dios me dio.

Norine me dijo unas cuantas veces: "*Si somos fieles con esto y atravesamos esto de la forma correcta, al final podremos decir que no tenemos remordimientos, por lo que va a lograr*."

Y no tenemos remordimientos.

FUI EL REHÉN DE ERDOĞAN, pero solo hasta que Dios llevó a cabo lo que quería hacer por medio de mi encarcelamiento.

Entonces, en el tiempo propicio, Dios cumplió su palabra – la palabra que me dio justo antes de que todo esto empezara, la palabra a la que me aferré a lo largo de todo mi encarcelamiento. "*Es tiempo de ir a casa*."

Y Él me trajo a casa.

DIGNO DE TODO

Eres digno de todo lo que soy
Mis lágrimas y mi dolor ofrezco hoy
Enséñame a participar en tu sufrimiento, Dios
Cristo Jesús eres digno de mi amor

Eres digno de todo lo que soy
Me adoptaste, soy hermano de mi Rey
Si padezco junto a ti, también tu gloria veré
Hijo de Dios eres digno de mi ser

Eres digno de todo lo que soy
Aunque mi corazón siento desfallecer
Quiero ser como Tú, llevar mi cruz, ser fiel hasta el final
Y recibir la corona que me das

Eres digno de todo lo que soy
En la dificultad siempre declararé
Tú eres fiel y verdadero, me amas con bondad
Tuyo soy, eres digno de mi amor

Quiero ser hallado digno de presentarme ante Ti
Sin lamentar que dejé algo sin hacer
Quiero oír tu voz decirme: "Bien hecho siervo fiel"
Mi gozo eres Tú, Jesús mi galardón

Eres digno de todo lo que soy //
¿Qué puedo dar al Hijo de Dios quién por mí se dio?
Heme aquí, eres digno de mi amor.

Escrito en la cárcel en Turquía, el 10 de septiembre de 2017
Puedes escucharla en este enlace: Digno de Todo

NOTAS

Capítulo 8 El Lobo
Romanos 8:28

Capítulo 18 La Canción del Corazón
Salmos 118:6

Capítulo 19 De vuelta al hoyo
Filipenses 2:21

Capítulo 22 El Rehén
Efesios 4:32
Romanos 12:14
Mateo 5:11-12
Juan 18:11

Epílogo
Isaías 50:10

SOBRE EL AUTOR



Andrew Brunson es un pastor estadounidense. Tiene un doctorado en Nuevo Testamento por la Universidad de Aberdeen, Escocia. Andrew y su esposa, Norine, estuvieron involucrados en la plantación de iglesias, en la formación de creyentes, en ayuda a refugiados y en una casa de oración en Turquía durante veintitrés años hasta que fue falsamente acusado de terrorista en octubre de 2016.

Después de esto, Andrew estuvo preso en varias cárceles turcas durante dos años. Debido a un movimiento mundial de oración y a una importante presión política por parte del gobierno de los Estados Unidos, fue finalmente sentenciado a pena de prisión y puesto en libertad de forma espectacular en octubre de 2018.

SOBRE PRECIOSA SANGRE

Preciosa Sangre es una organización misionera nacida en España y con alcance en toda Latinoamérica. Nuestra misión es inspirar, capacitar y movilizar a la iglesia hispana a interceder y cumplir con la gran comisión en Medio Oriente. Nuestra base se encuentra en Turquía.

Recursos

E-books | *www.preciosasangre.org/recursos/libros*
En nuestra página web se pueden descargar de manera gratuita e-books relacionados con misiones, evangelismo y Medio Oriente.

Escuela de Turco | *www.escueladeturco.com*
Contamos con una escuela online de turco, también gratuita, para todos aquellos hispanos que quieren aprender el idioma turco antes de venir al campo misionero.

Canal | *www.youtube.com/PreciosaSangreMusic/*

Podcast | *https://spoti.fi/2Hm1Es2*

Cómo involucrarte

1) Viniendo a corto plazo: http://preciosasangre.org/involucrate/turquia/
2) Viniendo a largo plazo: www.preciosasangre.org/emet
3) Orando y sumándote al grupo de intercesores: www.preciosasangre.org/involucrate/oracion
4) Ofrendando: http://bit.ly/DonativoTurquia

Contacta con nosotros

E-mail: info@preciosasangre.org
Web: www.preciosasangre.org
Fb: facebook.com/PreciosaSangreOficial
Instagram: instagram.com/PreciosaSangre
YouTube: youtube.com/PreciosaSangreMusic
Spotify: https://spoti.fi/2XQaIfY